

ARQUEOLOGÍA SURAMERICANA

ARQUEOLOGIA SUL-AMERICANA

Volumen/Volume 2, Número 1, enero/janeiro 2006

Editores: Cristóbal Gnecco y Alejandro Haber

Departamento de Antropología, Universidad del Cauca
Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca
World Archaeological Congress

ARQUEOLOGÍA SURAMERICANA/ARQUEOLOGIA SUL-AMERICANA

Publicada por el Departamento de Antropología de la Universidad del Cauca (con financiación de la Vice-Rectoría de Investigaciones) y el Doctorado en Ciencias Humanas de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca, con el apoyo del World Archaeological Congress / Publicada pelo Departamento de Antropologia da Universidade do Cauca e o Doutorado em Ciências Humanas da Faculdade de Humanidades da Universidade Nacional de Catamarca, com o apoio do World Archaeological Congress

ARQUEOLOGIA SURAMERICANA es una revista internacional arbitrada por pares académicos que se publica dos veces al año (enero y julio). La revista publica artículos de arqueología y disciplinas y saberes afines que discutan temas cuyo locus geográfico y/o geopolítico sea Suramérica. La revista publica artículos y reseñas. Los artículos no pueden exceder 40 páginas en tamaño carta a doble espacio, incluyendo gráficas y referencias; las reseñas no pueden exceder 3 páginas tamaño carta a doble espacio. Además, hay cuatro secciones: en *Lecturas recuperadas* se publican obras clásicas de la arqueología suramericana, inéditas en español y portugués o rescatadas del olvido; en *Discusiones y comentarios* se acogen glosas hechas a textos aparecidos en la revista con anterioridad o puntualizaciones a debates contemporáneos en la disciplina o en sus diálogos inter-discursivos; *Diálogos desde el sur* es un lugar para el encuentro, una incitación a dialogar; finalmente, *Noticias* incluye información relevante de varios tipos. Secciones en otros formatos podrán ser preparadas a pedido de los editores

ARQUEOLOGIA SUL-AMERICANA é uma revista internacional arbitrada por pares académicos e publicada duas vezes por ano (janeiro e julho). A revista publica artigos de arqueologia e disciplinas e saberes afins que discutam temas cujo locus geográfico e/ou geopolítico seja a América do Sul. A revista publica artigos e resenhas. Os artigos não podem exceder 40 páginas, em tamanho carta e espaço duplo; as resenhas não podem exceder 3 páginas, em tamanho carta e espaço duplo. Além disto há quatro seções: em *Leituras recuperadas* publica-se obras clássicas da arqueologia sul-americana, inéditas em espanhol ou resgatadas do esquecimento; em *Discussões e comentários* reúnem-se comentários de textos publicados anteriormente na revista ou posições quanto a debates contemporâneos na disciplina ou em seus diálogos inter-discursivos; *Diálogos desde o sul* é um lugar para o encontro, uma incitação ao diálogo; finalmente, *Notícias* inclui informações relevantes de vários tipos. Seções em outros formatos poderão ser preparadas a pedido dos editores.

Editores

Cristóbal Gnecco (Universidad del Cauca; cgnecco@ucauca.edu.co) y/e Alejandro Haber (Universidad Nacional de Catamarca; afhaber@ciudad.com.ar).

Asistente editorial/Assistente editorial

Carolina Lema (Universidad Nacional de Catamarca).

Asistente gráfico/Assistente gráfico

Marcos Quesada (Universidad Nacional de Catamarca).

Editora de reseñas/Editora de resenhas

Adriana Schmidt Dias (Universidade Federal do Rio Grande do Sul).

Comité editorial/Comitê editorial

Pedro Paulo Abreu Funari (Universidade Estadual de Campinas), Carl Langebaek (Universidad de los Andes), Tânia Andrade Lima (Museu Nacional-Universidade Federal do Rio de Janeiro), Laura Miotti (Universidad Nacional de La Plata), Eduardo Góes Neves (Museu de Arqueologia e Etnologia, Universidade de São Paulo) y/e Gustavo Politis (Universidad Nacional de La Plata-Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires).

Comité asesor/Comitê assessor

Juán Albarracín (Fundación Bartolomé de las Casas), Patricia Ayala (Universidad Católica del Norte), Hugo Benavides (Fordham University), Victoria Castro (Universidad de Chile), Francisco Gallardo (Museo Chileno de Arte Precolombino), Maria Dulce Gaspar (Museu Nacional-Universidade Federal do Rio de Janeiro), Rafael Gassón (Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas), José María López Mazz (Universidad de la República de Uruguay), Santiago Mora (St. Thomas University), Elías Mujica (Condesan), José Antonio Pérez Gollán (Universidad de Buenos Aires), Ernesto Salazar (Universidad Católica del Ecuador), Cristina Scattolin (Universidad de Buenos Aires) y/e Andrés Zarankín (Conicet).

Idiomas

La revista publicará artículos en español y portugués/A revista publicará artigos em espanhol e português.

Suscripción anual/Assinatura anual

Individuales: Suramérica US\$ 30,00. Resto del mundo: US\$ 50,00. Institucionales: Suramérica US\$ 50,00. Resto del mundo: US\$ 100,00/Individuais: América do Sul US\$ 30,00. Resto do mundo: US\$ 50,00. Institucionais: América do Sul: US\$ 50,00. Resto do mundo: US\$ 100,00.

EDITORIAL

Habría que pensar que el tiempo es un espacio polimorfo lleno de sentido; un mundo para la reflexión de lo que somos y no somos, de lo que podemos llegar a ser y de lo que, quizás, no fuimos; un inmenso paraguas bajo el cual nos cobijamos, bajo el cual nos encontramos y nos perdemos. Habría que pensar que el tiempo no sólo es devenir sino también lugar; que sus brazos nos tocan, nos abrazan y, a veces, nos separan. Habría que pensar. Como indagación sobre el tiempo y sobre las identidades (sobre la forma como su interrelación llena y dibuja la vida social) la arqueología es un inmenso edificio en movimiento cuyos ladrillos son puestos por muchos sujetos desde muchos lugares. Arqueología del tiempo, entonces, pero también el tiempo de la arqueología. La revista es también espacio, paraguas, lugar; un conocido café donde nos encontramos a conversar de cosas que nos gustan y nos preocupan (con la preocupación desenfadada de quien está seguro de lo que hace, aunque no tanto). La revista crece, se desenvuelve, llama. Busca puertas por donde entrar, cuartos donde quedarse. Busca comunidades o quiere crearlas. Los empeños colectivos nos libran de la mala jugada de la soledad. Así estamos. Así vamos.

Presentamos ahora nuestro tercer número (aquel mítico umbral que separa las intenciones de las realidades en materia de publicaciones periódicas) y nos gustaría jugar a ser pretenciosos: *Arqueología Suramericana* ha venido para quedarse. Pero también ha venido para llevarnos hacia donde nuestra imaginación inercial y domesticada no nos había invitado. La topografía política que nos incumbe nos presenta otras voces que, grata

sorpreza, suenan familiares. Iniciamos en este número una sección de diálogos con otras voces que se inaugura con un sugerente texto de Alinah Segobye. Esperamos que este sea un espacio de encuentro de proyectos cercanos más allá de los mares. Ojalá reconozcamos imágenes conocidas, espejos que nos devuelvan aquello que miran nuestros mismos ojos.

Dedicamos este número a la memoria de James Petersen

*

Deveríamos pensar que o tempo é um espaço polimorfo cheio de sentido; um mundo para a reflexão do que somos e não somos, do que podemos chegar a ser e do que, talvez, não fomos; um imenso guarda-chuva sob o qual nos refugiamos, sob o qual nos encontramos e nos perdemos. Deveríamos pensar que o tempo não é somente devir, mas também lugar; que seus braços nos tocam, nos abraçam e, por vezes, nos separam. Deveríamos pensar. Como investigação sobre o tempo e sobre as identidades (sobre a forma como sua inter-relação preenche e desenha a vida social), a arqueologia é um imenso edifício em movimento, cujos tijolos são colocados por muitos sujeitos a partir de muitos lugares. Arqueologia do tempo, então, porém também o tempo da arqueologia. A revista é também espaço, guarda-chuvas, lugar; um café conhecido onde nos encontramos para conversar de coisas das quais gostamos e pelas quais nos preocupamos (com a despreocupação de quem está seguro do que

faz, mesmo que nem tanto). A revista cresce, desenvolve-se, chama. Busca portas por onde entrar, quartos onde ficar. Busca comunidades ou quer cria-las. Os esforços coletivos nos livram do mau juízo/mala jugada (no sentido de elegir algo que no es bueno?) da solidão. Assim estamos. Assim vamos.

Apresentamos agora nosso terceiro número (aquele mítico umbral que separa as intenções das realidades quando se trata de publicações periódicas) e gostaríamos de brincar, sendo pretensiosos: Arqueologia Sul-americana veio para ficar. Porém também veio para levar-nos até onde nossa

imaginação inercial e domesticada não nos havia convidado. A topografia política que nos incumbe apresenta-nos outras vozes que, grata surpresa, soam familiares. Iniciamos neste número uma seção de diálogos com outras vozes que se inaugura com um sugestivo texto de Alinah Segobye. Esperamos que este seja um espaço de encontro de projetos semelhantes/cercanos mais além dos mares. Quiçá reconheçamos imagens conhecidas, espelhos que nos devolvam aquilo que vêm nossos mesmos olhos.

*Dedicamos este número a memória de
James Petersen*

ARQUEOLOGÍA, ESPACIO Y TIEMPO: UNA MIRADA DESDE LATINOAMÉRICA¹

Carlo Emilio Piazzini Suárez

Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia

Este artículo explora los presupuestos e implicaciones de lo que sería el desarrollo de una ontología del espacio y las materialidades en arqueología empleando diversos planteamientos del pensamiento social contemporáneo sobre espacio-tiempo así como el examen de formulaciones teóricas efectuadas desde la arqueología sobre espacialidades y cultura material. Como una manera de situar la reflexión desde Latinoamérica se vislumbra un análisis de la geopolítica del conocimiento coherente con el enunciado de que la arqueología es una práctica social espacialmente mediada.

Este artigo explora os pressupostos e implicações do que seria o desenvolvimento de uma ontologia do espaço e das materialidades em arqueologia, empregando diversas proposições do pensamento social contemporâneo sobre espaço-tempo, bem como examinando formulações teóricas efetuadas a partir da arqueologia sobre espacialidade e cultura material. Como uma maneira de situar a reflexão a partir da América Latina, busca-se uma análise da geopolítica do conhecimento coerente com o enunciado de que a arqueologia é uma prática social mediada espacialmente.

This paper explores the conceptual bases and the implications towards the development of an ontology of space and materiality in archaeology using diverse insights from contemporary social thought about space and time; the paper also examines the theoretical formulations of archaeology on space and material culture. An analysis of a geopolitics of knowledge, coherent with the proposal that archaeology is a spatially-mediated social practice, is a way to situate the reflection from the Latin American context.

En 2003 fue publicado en *American Antiquity* y *Latin American Antiquity* un texto del arqueólogo argentino Gustavo Politis, *The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America* (este título puede ser traducido como El paisaje teórico y el desarrollo metodológico de la arqueología en América Latina). Me interesa esta idea de un paisaje teórico que puede referirse a una metáfora espacial que sirve al propósito de presentar un cuadro, una suerte de imagen síntesis de la diversidad de enfoques que carac-

terizan la arqueología latinoamericana, o a la existencia, en sentido literal, de una espacialidad de los saberes arqueológicos en Latinoamérica. En el texto se plantean algu-

¹ Este artículo se basa en una conferencia presentada en el III Congreso Colombiano de Arqueología realizado en la Universidad del Cauca, Popayán, en diciembre de 2004, y avanza sobre la propuesta de creación de la Maestría en Estudios Socioespaciales del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, INER (Piazzini 2004).

nas cuestiones que abren camino a esta última interpretación. Politis reconoce diferencias importantes entre las trayectorias de la práctica arqueológica en los países que conforman la geografía latinoamericana y asume una posición crítica sobre la situación de estas trayectorias respecto de la importación de enfoques teórico-metodológicos y la exportación de datos desde y hacia otras regiones del planeta. Aun cuando Politis no lo planteó de manera explícita podría pensarse que tales enunciados no pueden descansar más que en una consideración sobre la afectación de las espacialidades en el pensamiento arqueológico.

Las relaciones entre arqueología y espacio han sido abordadas, fundamentalmente, desde una perspectiva que enfatiza el tratamiento metodológico de este último. La elaboración de datos sobre localización, distribución y relación espacial de las evidencias arqueológicas es condición de posibilidad para el ejercicio de la investigación; los análisis espaciales, incorporados y ajustados a partir de modelos desarrollados por la geografía y la ecología, son un acervo metodológico de la disciplina. No obstante, el planteamiento de estas relaciones en el plano epistemológico y ontológico no ha sido frecuente; esto parece relacionarse con una concepción implícita del espacio en su versión cartesiana, como extensión y soporte geofísico en el cual se desarrollan las prácticas y procesos sociales, y de la geografía y la ecología como saberes positivos sobre ese espacio y sus contenidos. Salvo algunos planteamientos recientes los arqueólogos no suelen interesarse por establecer conexiones entre el ejercicio de la disciplina y las espacialidades en las cuales se encuentran involucrados como actores sociales; tampoco en la reconstrucción de las experiencias espaciales de las sociedades que estudian.

El tratamiento instrumental que la arqueología ha hecho del espacio deriva, como en las demás ciencias sociales, de la configura-

ción de las experiencias del espacio-tiempo en la modernidad. En este artículo quiero abordar las consecuencias que ha tenido para la arqueología el pensamiento del espacio como exterioridad subordinada al tiempo y las claves de lo que sería una recomposición de la jerarquía ontológica del espacio y las materialidades en el pensamiento social. De otra parte, quiero situar el enunciado de afectación espacial del pensamiento en el campo de la geopolítica del conocimiento para referirme a la arqueología latinoamericana.

Antes de proseguir debo señalar dos vacíos con los cuales tendré que contar en esta reflexión. El primero tiene que ver con el establecimiento de las experiencias de espacio-tiempo que se han configurado en Latinoamérica pues si bien es cierto que la modernidad es inconcebible sin incorporar lo que ha significado esta región del planeta para el desarrollo del colonialismo (cf. Mignolo 2002), también es cierto que las elaboraciones teóricas sobre lo que podría denominarse una geografía de las experiencias y concepciones del espacio-tiempo de la modernidad (i.e. Soja 1989; Jameson 1991; Giddens 1994; Harvey 1998) no son explícitas en lo que tiene que ver con trayectorias que no se reducen a la geo-historia europea. Ello señala una dificultad que está en la base de esta reflexión pero, además, permite vislumbrar una línea de indagación que la arqueología regional, conjuntamente con otros campos disciplinares, debería ser capaz de abordar hacia futuro: cómo se han constituido las experiencias y concepciones de espacio-tiempo de las sociedades latinoamericanas.

El segundo vacío plantea, en primera instancia, más una limitación personal que una deficiencia estructural. Los argumentos que voy a exponer no descansan sobre un análisis amplio de la literatura arqueológica latinoamericana en parte debido a la dificultad de acceder a la producción regional. Este artículo no puede ser leído como una tentativa por sistematizar la manera como el espa-

cio ha sido abordado por los arqueólogos latinoamericanos; más bien debe ser abordado, apenas, como una invitación para avanzar por sendas de indagación a propósito de elaboraciones teóricas sobre el espacio, el tiempo y las materialidades. En segunda instancia este vacío corresponde a la localización de un sujeto que habla desde un lugar de enunciación precariamente situado en la red interdiscursiva de la arqueología mundial; desde esta situación es más expedito acceder a la producción anglosajona que a la producción latinoamericana. Con ello quiero dejar servido un asunto sintomático de la geopolítica del conocimiento arqueológico: la cartografía de las redes interdiscursivas de la disciplina no corresponde a la contigüidad espacial que supone hacer arqueología en países vecinos, con problemáticas y contextos de investigación muchas veces afines. De hecho, conocer la reflexión de Politis que he utilizado como introducción para este texto ha sido posible por la intermediación de un nodo de información situado en Norteamérica, en lengua inglesa, y no a la existencia de redes que conecten directamente los pensamientos latinoamericanos.

La arqueología en el espacio-tiempo de la modernidad

La restricción al plano instrumental que, frecuentemente, han hecho los arqueólogos de la cuestión espacial corresponde a las experiencias y concepciones del espacio-tiempo en la modernidad, particularmente en tres sentidos: en primer lugar, una concepción del espacio como «telón de fondo» de lo social; en segundo lugar, una hegemonía del pensamiento del tiempo sobre el pensamiento del espacio como parte de una geopolítica de control de la alteridad; y, en tercer lugar, una idea de las materialidades, conjuntamente con el espacio, como exterioridades.

En el pensamiento social moderno espacio y tiempo han sido tratados como catego-

rías independientes y, hasta cierto punto, opuestas. No obstante, debe reconocerse una íntima relación entre ambas que, dependiendo de las circunstancias, ofrece diferentes modos de articulación o experiencias de «espacio-tiempo»; esta noción, lejos de resultar en una simple fusión de términos, define el contexto de configuración de los procesos y prácticas sociales (Wallerstein 1998; Giddens 2003:384). La modernidad es una experiencia particular del espacio y del tiempo que combina el sentido de existencia en lugares y momentos particulares con un sentido individual y colectivo de contemporaneidad que trasciende las especificidades espacio-temporales (Soja 1989:25; Berman 1995:1); este modo de ser implica una discontinuidad con experiencias previas -o paralelas- de espacio-tiempo.

Durante el Medioevo europeo la relación entre espacio y tiempo era inseparable —«el cuando estaba casi universalmente conectado al donde» (Giddens 1994:29)—, de tal manera que el ejercicio de la memoria involucraba, activamente, las espacialidades y, concretamente, los lugares en donde las interacciones sociales se desarrollaban cara a cara, de manera presencial. A la declaración «yo estuve allí» se unía la afirmación «eso ocurrió antes, durante, después, desde, durante tanto tiempo» (Ricoeur 2003:202). Con la modernidad se operaron dos transformaciones: primero, el sentido de lugar se separó del sentido del espacio al incrementarse las relaciones entre ausentes: «Los aspectos locales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales que se generan a gran distancia de ellos» (Giddens 1994:30). Segundo, espacio y tiempo se separaron en la medida en que tomó fuerza la regulación de las actividades sociales conforme a un tiempo homogéneo que no dependió de su localización: «El tiempo estuvo conectado al espacio (y al lugar) hasta que la uniformidad de la medida del tiempo con el reloj llegó a emparejarse con

la uniformidad en la organización social del tiempo» (Giddens 1994:29).

Este «vaciamiento» de los contenidos específicos y plurales del espacio y el tiempo preparó el camino para una transformación estructural, una «compresión espacio-temporal»². Mientras los mundos medievales desplegaron lógicas espacio-temporales afines a la rutina de las prácticas cotidianas de cada territorio, interconectadas sólo por la potencia de los calendarios cristianos, las empresas puntuales de colonización y los imaginarios sobre los espacios que constituían los confines del mundo conocido, a partir del Renacimiento y durante la Ilustración cada lugar se volvió vulnerable a las dinámicas económicas, políticas y culturales de un mundo más vasto, constituyéndose gradualmente la imagen de un tiempo y un espacio homogéneos que tendían a la sincronización de los ritmos entre sociedades hasta entonces distantes. Además, con el capitalismo se introdujo en cada una de estas sociedades una fuerte demarcación espacial y una mayor regulación temporal de las actividades del ocio y la producción en lugares y momentos específicos (Harvey 1998:267).

De forma paralela, y por contraste con las cualidades sensibles de las representaciones espaciales del Medioevo, la invención de la perspectiva como una nueva mirada del mundo permitió el desarrollo de cartografías abstractas del planeta y sus regiones como una extensión potencialmente cognoscible: mapamundis, cartas y paisajes pictóricos fueron posibles gracias a la perspectiva de un sujeto situado fuera de ellos (encima o al

² Según Harvey (1998:267) la modernidad se caracteriza, por lo menos desde el siglo XIX, por una «compresión espacio-temporal» aún en marcha en el sentido en que «el espacio parece reducirse a una aldea global» y «los horizontes temporales se acortan hasta el punto de convertir el presente en lo único que hay».

frente), distanciado de lo observado como condición para alcanzar una imagen de totalidad e imparcialidad (Thomas 2001); estas cartografías fueron herramientas centrales para la economía y la política de la primera globalización (Harvey 1998:277).

A la par de estas transformaciones se instauró una hegemonía o primado del pensamiento del tiempo sobre el pensamiento del espacio (cf. Soja 1989:13; Pardo 1992:249; Harvey 1998:229; Koselleck 2001:96) que corresponde, en términos generales, a lo que Foucault denominó edad de la historia, provista de una filosofía «consagrada al Tiempo, a su flujo, a sus retornos... presa en el modo de ser de la Historia» (Foucault 1985:216). Desde finales del siglo XVIII las espacialidades fueron ordenadas de conformidad con una teleología temporal afín a las ideas de progreso y civilización y, más tarde, de evolución y desarrollo.

La *Filosofía de la historia* de Hegel (1985) es reveladora de la génesis de este primado del tiempo. Para Hegel Europa es pura *historia* mientras Asia, África y América son pura *geografía*; se trata de un ordenamiento del espacio por medio del tiempo fundamentado en una teleología que otorga al devenir humano un sentido de perfectibilidad que va desde la naturaleza hacia la historia. Esta teleología permite explicar las tensiones modernas entre tiempo y espacio en su articulación con viejas oposiciones entre espíritu y materia y memoria y olvido mediante el recurso a la distancia temporal. Desde las puras espacialidades sujetas al ritmo cuasi-inmóvil de la naturaleza se habría transitado por caminos únicos o paralelos hacia temporalidades recargadas de historia, sujetas al cambio dirigido por el espíritu de los pueblos, producto de la consciencia que han adquirido de sí mismos a partir de una memoria que otorga sentido a su devenir. Esta cronopolítica actuó como fundamento ideológico para el despliegue de una geopolítica, de la temporalización del espacio y de la

historización de la diferencia que definieron las representaciones de la alteridad (Fabian 1983:144; Duncan 1994:46).

Esta debilidad ontológica del espacio respecto del tiempo implicó una fractura en la conceptualización del primero: por una parte está el espacio matemático-físico, objetivo y verdadero, dado como una exterioridad del ser, y por otro el espacio sensible, aparente y subjetivo, interior al ser y supeditado a la conciencia del tiempo. En esta fractura las metodologías de las ciencias físicas y naturales devinieron como las formas de conocimiento autorizadas para tratar el espacio como una exterioridad medible y cuantificable mientras el espacio sensible, en tanto subjetivo, aparente, accesorio y ontológicamente reductible a la cuestión temporal, no podía constituirse en objeto central de estudio de las ciencias sociales (Soja 1989:122; Pardo 1992).

Las materialidades comparten con el espacio esta debilidad ontológica: los seres humanos aparecen como auto-evidentemente dotados de una inteligencia, una mente y un alma que existen por fuera del espacio y la materialidad (Thomas 2001:167); el pensamiento se pretende a-espacial e in-material. En el esquema hegeliano la materia comparte un lugar afín al espacio pues, al fin y al cabo, constituye sus contenidos. La materia y el espacio son tratados como exterioridades por oposición al espíritu y el tiempo como interioridades. En el espíritu que es pensante, auto contenido, libre, unificado y centrado reside la memoria. La materia que es inconsciente, fuera de sí, grávida, plural y descentrada es proclive al olvido. En consonancia con la cronopolítica de la modernidad esta oposición fue ordenada temporalmente en una secuencia gradual que va de las técnicas más rudimentarias que se confunden con la naturaleza (toscos artefactos, ideogramas y artesanías) a las manifestaciones materiales más excelsas y cercanas al espíritu (escritura, arquitectura y bellas ar-

tes) (Hegel 1985). La vieja oposición judeocristiana entre materia y espíritu sufrió un re-acomodamiento para alinearse en torno de una relación entre espacio y tiempo; este último se erigió como categoría hegemónica que permitió ordenar y codificar las prácticas espaciales, políticas, económicas, sociales y discursivas.

Si en las ciencias sociales el espacio ha sido tratado como un telón de fondo las materialidades han sido consideradas como meros soportes o espejos de la vida social. Su abordaje se ha efectuado desde una mirada mecánica, interesada por las sustancias, las mercancías y las funciones, o desde una mirada espiritual interesada por la manera como lo social se refleja en los cuerpos, los objetos, las cosas y sus relaciones, entendidos como «expresiones» de la sociedad y la cultura (cf. Debray 1997:39). Entre filósofos y científicos sociales la materia pertenece al mundo de los medios y de lo abyecto (Debray 1997:159; Dagognet 2000:14) y la escisión entre lo animado y lo inanimado, entre lo humano y lo no humano, ha obstruido el pensamiento sobre el lugar que ocupan las materialidades en la vida social (Latour 1992). Los estudios de la cultura material y de la técnica han sido escasamente integrados a los estudios del espacio y la geografía (Santos 2000:27) pese a que las materialidades pueden ser consideradas como parte constituyente del espacio, aún desde una concepción mecánica de este último. Estas experiencias y representaciones del espacio-tiempo fueron definitivas para que la arqueología se configurara en la modernidad en medio de una doble tensión: una ciencia de la cultura material que, en ausencia de una ontología de las materialidades, fundamenta su pertinencia para producir conocimiento en una ontología del tiempo que es, a su vez, hegemónica frente al pensamiento del espacio.

Pese a que la arqueología es, prácticamente, la única ciencia social dirigida a dar

cuenta de las materialidades sociales, una de las pocas que ha incorporado de manera rutinaria herramientas geográficas en su procedimientos y a que se define, a menudo, como una ciencia de campo que requiere ponerse en contacto con su objeto de estudio in situ, ha encontrado su condición de posibilidad en el esquema moderno de primado del tiempo sobre el espacio y las materialidades. En la modernidad la arqueología emergió, sobre todo, como ciencia de la pre-historia, como ejercicio ordenador de la cultura material en torno de las temporalidades evolutivas y los espacios cartesianos. La arqueología aspiró a formalizar su conocimiento a la manera de las ciencias positivas, especialmente de la geología y la biología, y fue pre-histórica no únicamente por plegarse a una temporalidad anterior a la aparición de la escritura (un legado de la época clásica) sino porque ordenó sus análisis conforme a temporalidades que no se consideran contingentes y que, en esa medida, son exteriores al ser humano.

Fabian (1983) identificó el recurso antropológico de conversión de las distancias espaciales en distancias temporales como una estrategia para naturalizar la alteridad, negando el principio de contemporaneidad entre el «nosotros» europeo y el «ellos» del resto del planeta. Este tratamiento de la alteridad signó el surgimiento y desenvolvimiento del conocimiento antropológico como el conocimiento de un Otro situado siempre en el pasado:

«Cuando la opinión popular identifica a todos los antropólogos como manipuladores de huesos y piedras no se puede hablar de un error. Ello evidencia el rol de la antropología como proveedora de distancia temporal» (Fabian 1983:29).

Esta singular forma de recobrar la identidad entre antropólogos y arqueólogos indica que estos últimos también operan bajo la lógica de manejo del espacio como supeditado al tiempo (cf. Shanks y Tilley 1994:9). En el

caso de la arqueología los criterios temporales fijaron de manera más eficaz y duradera el ámbito de estudio de la disciplina porque ni siquiera se permitió estudiar la cultura material del presente, e incluso, abordó de manera leve, o supeditada a los registros historiográficos, las evidencias de sociedades que se situaban en la cercanía del espacio-tiempo de la historia occidental.

La idea de prehistoria es particularmente reveladora al respecto. En el marco de las teleologías del progreso, de la evolución y del desarrollo, sólo una mirada dirigida al gran distanciamiento temporal que supone una alteridad llevada a los extremos del origen, de lo remoto y de lo exótico, podía permitirse el tratamiento de las materialidades para dar cuenta de lo social porque las sociedades prehistóricas, es decir, aquellas que no tienen historia porque no desarrollaron aparatos escriturarios (sensu De Certeau 2000), aquellas con ritmos lentos o cuasi-estáticos de cambio, similares a los de una naturaleza que las domina, eran virtualmente las únicas susceptibles de ser estudiadas mediante las «expresiones» materiales de su existencia. La prehistoria se situó en el umbral entre el tiempo de la naturaleza y el de la historia, entre la inconsciencia de la materia (el olvido) y la consciencia del espíritu (la memoria)³. Por ello lo que se conoce como arqueología histórica (Orser 2000) e, incluso, lo que pudiera ser una arqueología del presente sólo pueden representar una fractura con la cronopolítica de la modernidad en la medida en que logren espacializar la tensión entre la escritura y otras materialidades de la vida social. De lo contrario lo que puede ocurrir es que se supediten

³ La ubicación de la arqueología entre los tiempos de la naturaleza y de la historia ha sufrido oscilaciones. Así, por ejemplo, el acercamiento a las teorías de la historia que caracteriza los enfoques posprocesuales se erige sobre un alejamiento previamente cultivado por las arqueologías procesuales (Patterson 1989).

sus «hallazgos» a las narrativas históricas que han relegado la cultura material y las espacialidades al segundo plano de los soportes y los escenarios.

Arqueología, cartografía y geopolítica del conocimiento

La fisura entre espacio objetivo y subjetivo y el primado del tiempo sobre el espacio contribuyeron a estructurar dentro de la cartografía moderna del pensamiento social una distribución de los objetos de estudio en relación con el grado de cercanía que tuvieran respecto del eje central de la historia y de sus expresiones espaciales por excelencia: Occidente, lo estatal y lo urbano. Mientras unas disciplinas se aplicaron, esencialmente, al conocimiento de realidades situadas en la cercanía del espacio-tiempo occidental (economía, ciencia política, historia y sociología) otras se retiraron a estudiar sus periferias (antropología y arqueología)⁴. Mientras que la geografía quedó alineada del lado de las ciencias físicas y naturales y se dedicó a la descripción de las características y diferencias regionales de la superficie terrestre como simple soporte físico de los fenómenos sociales. Sus esfuerzos por posicionar lo espacial como aspecto relevante para comprender los procesos históricos y sociales (antropogeografía de finales del XIX e inicios del XX) desembocaron en determinismos ambientales o discursos geopolíticos que soportaron regímenes totalitarios, lo que a la

⁴ Esta distribución epistemológica de las ciencias sociales en el espacio-tiempo de la modernidad sigue, parcialmente, los planteamientos de Wallerstein (1998) sobre un sistema de oposiciones o «fisuras» entre diferentes ideas del espacio-tiempo (episódico y eterno). Wallerstein no incluyó la arqueología en su análisis pero es claro que comparte una situación similar a la que propuso para la antropología y el orientalismo.

larga acabó minando su prestigio y su capacidad de interlocución con otros pensamientos sociales (Ortega 2000:150). A esta cartografía disciplinaria habría que sumar los efectos de la oposición entre espíritu y materia en la modernidad, visible en la manera como los artefactos, los objetos, las técnicas e, incluso, los cuerpos recibieron una atención secundaria, cuando no inexistente, de parte de las ciencias sociales. La arqueología fue, virtualmente, la única en abocarse directamente a su estudio, por las razones que señalé.

La estructuración del espacio-tiempo de la modernidad implicó que en el proceso de reordenamiento de los saberes y las positividades acaecido en el siglo XIX la arqueología quedara alineada en el polo de las exterioridades dentro de un sistema jerárquico de oposiciones. En primer lugar, sin dejar de ser fiel a la hegemonía del tiempo se situó más cerca de la naturaleza que de la historia, de los tiempos geológicos, biológicos, cíclicos e inmutables (estructurales, diría Braudel, y eternos Wallerstein); se encontró en la esfera del pasado «inconsciente», de las «sociedades sin historia» y, en esa medida, del olvido. En segundo lugar, quedó alineada del lado de las espacialidades, cerca de la praxis geográfica y de los protocolos de investigación de campo que, por lo demás, se refieren, mayoritariamente, a un distanciamiento en el espacio que corresponde a un viaje en el tiempo (Fabian 1983). En tercer lugar, pertenece al ámbito de la materia y, por lo tanto, se dirige, fundamentalmente, al mundo de los objetos, los cuerpos y la técnica. Lo que pudiera ser el carácter puramente figurativo de esta cartografía de la arqueología en relación con las disciplinas de pensamiento se desvanece al tener en cuenta que la articulación entre tiempo y espacio en la modernidad también ha definido una geopolítica del conocimiento.

La geopolítica es claramente un indicio a favor de la manera como las espacialidades

afectan el pensamiento; puede ser entendida como un orden hegemónico que articula prácticas materiales y discursivas en torno a la producción y reproducción de espacialidades en el ámbito de la economía política mundial (Tuathail 1998). La producción de conocimiento se relaciona estrechamente con este orden porque el lugar de enunciación de los discursos siempre se encuentra localizado respecto de una geografía política; además, las prácticas discursivas contribuyen de forma activa a reproducir o transformar dicha geografía y, en últimas, a fortalecer la espacialización de los poderes.

En consonancia con la concepción cartesiana del espacio y el primado del tiempo la «imaginación geopolítica de la modernidad» (Agnew 1998, citado por Tuathail 1998) ha definido una división espacial de lugares fijos y esenciales (Estados-naciones) que, en virtud de una jerarquización temporal (barbarie-civilización, premoderno-moderno, subdesarrollado-desarrollado, primer-tercer mundo), otorga a la producción de conocimiento efectuada en los centros metropolitanos (Norte América y Europa occidental) una investidura de autoridad y universalidad que no aplica para la producción proveniente del resto del planeta. Esto es paradójico porque en la modernidad la validez de las formas de conocimiento ha residido, en buena medida, en su a-espacialidad, esto es, en su capacidad de hallar tesis que superan la especificidad de las realidades locales a través de generalizaciones y leyes. No obstante, esta paradoja se disuelve al tener en cuenta que la geopolítica de la modernidad concede a Occidente un lugar epistémico privilegiado desde el cual ordenar el conocimiento sobre el mundo (Maldonado 2004), siendo los enunciados a-espaciales una suerte de trampa que encubre el poder colonial.

La arqueología no escapa a esta geopolítica del conocimiento. Al igual que la antropología la arqueología es una conse-

cuencia del colonialismo (Gnecco 1999; Gosden 2001) y ha jugado un rol central en la fundamentación de narrativas colonialistas de la alteridad y de los proyectos nacionales (Trigger 1996; Kohl 1998). La relevancia de la arqueología viene dada por el interés expreso en abordar los testimonios materiales del pasado ligándolos a territorialidades específicas y re-presentando esta articulación entre espacio y tiempo en la puesta en escena de las materialidades; ello la hace un dispositivo sumamente eficaz para sustentar la espacialización del poder a diferentes escalas territoriales.

En relación con las narrativas globales la arqueología ha recreado, tal vez como ninguna otra disciplina social, las teleologías del progreso y la evolución porque aborda las diferentes etapas de desarrollo que conforman la imagen moderna del tiempo lineal o porque dibuja con su interés en el pasado remoto y la pre-historia el negativo de la imaginación moderna de civilización y desarrollo. En relación con las narrativas del Estado-nación ha suministrado (de manera conciente o inconsciente) claves para fundamentar histórica y territorialmente la idea de soberanía, elemento central a la geografía política de consolidación y expansión de los Estados modernos.

Esta espacialización del poder que territorializa las ruinas y los artefactos antiguos se hace particularmente visible en los museos que, conjuntamente con las bibliotecas, «se proponen registrar el pasado y describir la geografía a la vez que romper con ella» (Harvey 1998:300). La eficacia estética y discursiva de las exposiciones museográficas, las representaciones pictóricas y los textos de los arqueólogos fue capitalizada por la geopolítica de la modernidad para re-presentar el ordenamiento de la geografía del mundo mediante las llamadas exposiciones internacionales y para naturalizar la jerarquía escalar de los Estados, las

regiones y los lugares en las exposiciones locales.

Existen suficientes indicios acerca de la ocurrencia de una reconfiguración en marcha de estas cartografías y geopolíticas del conocimiento en las últimas tres décadas. De una parte puede observarse un reconocimiento explícito o implícito de que las espacialidades afectan la producción de pensamiento en un conjunto importante de pensamientos posmodernos, periféricos, epistemologías regionales, estudios poscoloniales y, para el caso latinoamericano, teorías críticas de la geopolítica cultural de Occidente que no acaban de definir su nombre: estudios culturales, latinoamericanistas, subalternos o posoccidentales (cf. Castro y Mendieta, eds., 1998). Ello se encuentra en consonancia con una transformación de los procesos y prácticas espaciales ligados a la globalización cuyo grado de discontinuidad con la geopolítica de la modernidad se encuentra en debate a propósito de formulaciones sobre el debilitamiento de los Estados-nación, la desterritorialización de las prácticas políticas, económicas y sociales, la desaparición de las fronteras, el re-escalamiento de las jerarquías territoriales y la compresión del espacio-tiempo, por mencionar sólo algunos de los temas clave de la geopolítica contemporánea (Tuathail 2000).

Desde una mirada enfocada hacia el campo disciplinario esta activa y compleja dinámica espacial ha complicado la manera como se representa la diversidad de formas de hacer arqueología. Las historias de la arqueología, por lo menos hasta el trabajo monumental de Trigger (1992), eran ordenadas en una progresión temporal de enfoques no sólo porque primaba una estructura cronológica de la narrativa sino porque se consideraba que la historia de la disciplina era una sola y acumulativa; aunque se reconocían enfoques «paralelos» o «tradiciones regionales» ello no llegaba a comprometer la organización lineal de las historias. La dificultad de dar

cuenta del pasado de la disciplina sin perder de vista desarrollos teórico-metodológicos y contextos sociales geográficamente diversos se pone de manifiesto en la ambigüedad con la cual Trigger tuvo que definir el orden narrativo de su Historia del pensamiento arqueológico:

«...el presente estudio no tratará las diversas tendencias de interpretación arqueológica desde una perspectiva específicamente *cronológica*, geográfica o subdisciplinaria... *al contrario*, intentará investigar una serie de orientaciones interpretativas en el orden más o menos cronológico en el que se originaron» (Trigger 1992:23; cursivas agregadas).

Este «más o menos cronológico» responde a la imposibilidad de mantener una perspectiva exclusivamente temporal en medio de cartografías disciplinarias y geopolíticas del conocimiento que cada día son más complejas. Es quizá por ello que la expresión «paisaje teórico de la arqueología» (i.e. Preucel y Hodder 1996a; Hegmon 2003; Politis 2003) puede resultar más cómoda y afortunada, aun cuando no descansa siempre sobre una consideración explícita de las relaciones entre el conocimiento arqueológico y las espacialidades. Precisamente en la perspectiva de avanzar hacia un manejo más integral, crítico y explícito de las consecuencias que tiene para el pensamiento arqueológico contemporáneo la cuestión espacial desarrollo a continuación los elementos básicos de lo que sería una ontología del espacio y algunas de sus implicaciones.

Ontología del espacio (y las materialidades)

Buena parte de los argumentos que he empleado para tratar de hacer visible el lugar de las espacialidades en el pensamiento moderno proviene de elaboraciones críticas que han tratado de re-configurar la cuestión espacial en relación con el tiempo y el ser en

las últimas décadas (i.e. Soja 1989; Pardo 1992; Castro 1997; Harvey 1998; Santos 2000). Aun cuando dispares en sus alcances y diferentes en sus contextos de proveniencia estas elaboraciones podrían ser acogidas en lo que Foucault (1967) visualizó como la época del espacio, sucedánea de la época de la historia o en lo que Jameson (1991:154) denominó giro espacial para referirse a una crisis de las experiencias previas de espacio y tiempo que habría desembocando en una mayor relevancia de las categorías espaciales en el pensamiento de la posmodernidad.

En la perspectiva de avanzar desde la crítica del pensamiento moderno hacia la prefiguración de las bondades que obtendría el pensamiento social luego del giro espacial la constitución de una ontología del espacio aparece como una tarea central: ¿qué es el espacio y cómo es posible conocerlo?; ¿cómo replantear sus articulaciones con el tiempo, las materialidades y lo social? En primer lugar sería necesario partir de una consideración del espacio como sujeto y del sujeto como algo espacializado (Castro 1997:396) tratando de constituir un «pensamiento del afuera», de las «formas de la exterioridad», que parta de considerar que nuestra existencia es forzosamente espacial, que somos cuerpos que ocupamos un espacio, que pensamos en el espacio y a los cuales el espacio pre-ocupa. Entre la creciente «muchedumbre de cosas» (objetos, útiles, máquinas y constructos estéticos) las prácticas sociales y las técnicas de espacialización producen nuevas espacialidades, es decir, determinadas formas de disposición, distribución, distanciamiento y relación entre los entes en el espacio (paisajes, territorios, lugares, cuerpos y artefactos) (Pardo 1992). En esta medida se prefigura una transformación de la comprensión de las relaciones entre espacio y sociedad que supera la forma tradicional de considerar el primero como un contenedor físico sobre el que se derraman las actuaciones sociales y de ver las espacialidades como simples expresiones, epifenómenos o revestimientos de algo más

esencial como lo histórico, lo económico, lo político o lo cultural. En segundo lugar se trataría de problematizar la oposición entre espacios objetivos y subjetivos. Empleando una metáfora visual Soja (1989:121) consideró que se trata de corregir la «miopía» de las miradas empiristas y cartesianas que se han detenido en la superficie formal de las espacialidades, tratándolas como colecciones de cosas, como apariencias sustantivas que pueden estar vinculadas con aspectos sociales pero que sólo son cognoscibles en la medida en que se las naturaliza como cosas en sí mismas. Tampoco se trata de alimentar la «hipermetropía» de las miradas que pretenden trascender la superficie formal de las espacialidades para hacerlas transparentes, explicando su existencia como representaciones, mapas cognitivos en los cuales la imagen mental posee una precedencia epistemológica sobre lo tangible y lo material. La apuesta de Soja, retomando los planteamientos pioneros de Lefebvre (1991), es por una interpretación materialista del espacio como producto y productor de lo social en la cual ambos, «el espacio material de naturaleza física y el espacio ideacional de naturaleza humana, deben ser vistos como socialmente producidos y reproducidos. Cada uno debe ser teorizado y comprendido entonces, ontológica y epistemológicamente, como parte de la espacialidad de la vida social» (Soja 1989:120). En tercer lugar el «giro espacial» no debe ser tomado por una inversión en el orden de precedencia epistemológica entre espacio y tiempo. Seguir el camino sugerido por el giro espacial no implica la aniquilación del tiempo sino el ejercicio de repensar las relaciones entre espacio y tiempo de tal forma que, no obstante las bondades heurísticas que en determinado momento concede el tratamiento separado de las trayectorias de cambio histórico, bien del espacio o del tiempo social, no se debe perder de vista que, en última instancia, se trata del espacio-tiempo social (Wallerstein 1998; May y Thrift, eds., 2001). Como señaló Koselleck (2001:105) «la bella expresión espacio de tiem-

po no sería sólo una metáfora de la cronología o de la clasificación por épocas sino que ofrecería la posibilidad de estudiar la remisión recíproca del espacio y el tiempo en sus concretas articulaciones históricas»

En la misma medida como las geografías históricas han pensado el espacio como una entidad sujeta a transformaciones diacrónicas es necesario plantear una «geografía del tiempo» que parta de considerar la «multiplicidad de historias que son el espacio» (Massey 2000, citado por Amin 2002:391). En otras palabras, y sin desconocer los valiosos aportes que hayan podido realizar las geografías históricas a partir de una diferenciación de los espacios en virtud del tiempo, sería necesario avanzar en un ejercicio más complicado como el acercamiento a la forma como los procesos espaciales se relacionan con los procesos temporales para producir cronopolíticas y geopolíticas que definen las memorias, los olvidos, los imaginarios de futuro o la cancelación de los sentidos del devenir por parte de los actores sociales.

Pero «¿cómo ir más allá del discurso que predica la necesidad de tratar paralelamente el tiempo y el espacio?; ¿cómo traducir en categorías analíticas esa mezcla que hace que el espacio sea también el tiempo y viceversa?» (Santos 2000:44). Buscando una salida práctica Santos propone emplear las categorías de espacio y tiempo según parámetros comparables; esto puede lograrse mediante una «empirización» del tiempo cuyo arraigo en el principio de sucesión, y no de simultaneidad (como ocurre con el espacio), lo hace más abstracto. Tal empirización del tiempo sería posible al aproximarse a la materialidad de las técnicas como «dato constitutivo del espacio y el tiempo operacional y del espacio y el tiempo percibidos» (Santos 2000:48). En este argumento se hace evidente la íntima conexión de las materialidades con el problema general del espacio-tiempo en una perspectiva que involucra directamente a la arqueología. Soja (1989:129) consi-

deró como uno de los elementos centrales de su ontología del espacio, que «la estructuración espacio-temporal de la vida social define cómo las acciones y relaciones son materialmente constituidas, concretadas». En este sentido se puede esperar que, en principio, el estudio arqueológico de las materialidades pueda conducir, a través de la interpretación de las relaciones y prácticas sociales en las cuales intervienen los artefactos, a la comprensión de experiencias específicas de espacio-tiempo.

La arqueología tiene una larga carrera en la tarea de materializar y espacializar temporalidades. Desde la temprana incorporación de la estratigrafía, pasando por las técnicas de seriación hasta el desarrollo de dataciones físico-químicas, los arqueólogos han considerado que los indicadores temporales son fundamentales para elaborar sus interpretaciones y explicaciones. El suministro de temporalidad a las expresiones espaciales de los datos arqueológicos es condición de posibilidad para dinamizar las preguntas por el cambio social y las relaciones entre las sociedades y el medio ambiente (González y Picazo 1998). Pero estas fortalezas no suelen ser lo suficientemente exploradas en su potencialidad para abordar dimensiones del espacio-tiempo que no se agotan en las secuencias cronológicas y la localización y distribución cartesiana de las evidencias.

Es posible que el desarrollo de una ontología de las materialidades logre sobrepasar estas limitaciones en la medida en que promueva el acercamiento a las evidencias arqueológicas al mismo nivel de complejidad que las temporalidades y las espacialidades sociales, es decir, que conceda a los artefactos la capacidad de intervenir activamente en la construcción de las experiencias espacio-temporales de una sociedad. En esta dirección pueden identificarse algunas propuestas generales. Appadurai (1991) trató de superar el enfoque de las mercancías como

meros portadores de valor al proponer que existe una «vida social de las cosas», mientras que Latour (2000) consideró que el espacio se constituye por redes entre «actantes», categoría que incluye tanto a entes humanos como no-humanos y desdibuja la línea de ruptura entre lo orgánico y lo inorgánico, el espíritu y la materia. Finalmente, y como síntoma de lo que podría ser una nueva mirada de la oposición entre materialidad y escritura, en sus estudios históricos sobre la lectura Chartier (2000) redefinió los textos como parte de la cultura material y planteó que las características del soporte físico del lenguaje escrito no son un aspecto secundario en la conformación histórica de los hábitos de lectura y escritura.

En arqueología se reconoce un desarrollo activo hacia el abordaje expreso, crítico y reflexivo de la cultura material y las materialidades desde enfoques posprocesuales o interpretativos. La tesis pionera de Hodder (1982) sobre el desempeño activo de la cultura material en las prácticas y estrategias sociales llamó la atención sobre el hecho de que las evidencias arqueológicas venían siendo tratadas como reflejos directos y pasivos de algo acontecido en el pasado. La idea de Shanks y Tilley (1994:132) sobre la cultura material como objetivación del ser social señaló una relación dialéctica entre lo social y la cultura material en cuanto esta última es

«...un recurso estructurado y estructurante... un elemento integral activa y recursivamente involucrado en la vida social [que] juega un importante rol en la constitución y transformación de los marcos de significado. Cada totalidad social es caracterizada por diferentes prácticas, estrategias y estructuras que son espacial y temporalmente articuladas. La cultura material hace parte de esa articulación».

Thomas (1999) trató de trascender la ambigüedad que entraña la idea de cultura material (como esencia localizada en el mundo de las ideas o en el mundo de las presencias físi-

cas) y de su tratamiento como simple producto o reflejo de la sociedad y planteó que las materialidades hacen parte inherente de las relaciones sociales y que los artefactos están implicados en la forma como creamos, damos sentido y transcurrimos en la vida cotidiana.

Sobre la base de estos y otros planteamientos afines se han puesto en marcha, especialmente en el ámbito británico, programas de investigación y proyectos académicos explícitamente centrados en el estudio interdisciplinario de la cultura material⁵. La relación entre estas perspectivas interpretativas de la cultura material y el abordaje de la cuestión espacial puede verse en las recientes arqueologías del paisaje. Por contraste con enfoques que habían adoptado la perspectiva del paisaje como medio ambiente o como sistema los enfoques críticos han desarrollado la idea de paisaje como poder y como experiencia (Preucel y Hodder 1996b:32). En el primer sentido los paisajes son vistos como parte de relaciones de dominación o resistencia porque pueden naturalizar la espacialidad de las inequidades sociales y contribuir con su perpetuación o transformación (i.e. Bender 1992). En el segundo sentido los paisajes tienen que ver con la manera como los sujetos, en tanto cuerpos, experimentan el mundo que los rodea y a través del cual discurren, simbolizándolo o percibiéndolo (i.e. Thomas 2001). En ambos casos la noción tradicional de paisaje, fuertemente anclada en las narrativas espaciales de la modernidad, es objeto de un ejercicio de desconstrucción como condición de posi-

⁵ Me refiero, por ejemplo, al *Material and visual research group* de University College de Londres, a la serie editorial *Material cultures. Interdisciplinary studies in material construction of social worlds* y al *Journal of Material Culture*; en estos proyectos participan arqueólogos como Daniel Miller, Christopher Tilley, Victor Buchli y Barbara Bender.

bilidad para aproximarse a diferentes percepciones del espacio. En este sentido podría decirse que la idea de paisaje, una vez sometida a la crítica cultural de su génesis como parte de un discurso espacial de dominación, ha sido re-significada por los arqueólogos para acceder a los paisajes «invisibles» o «subalternos» y, con ello, a experiencias alternativas de espacio y tiempo.

Aproximaciones similares al paisaje permiten establecer la importancia de estudiar la producción social del espacio para comprender el cambio social en el ámbito más amplio de la transformación de las experiencias de espacio y tiempo. Como señaló Criado (1995:194):

«... las transformaciones sociales implican un cambio en la administración de la racionalidad espacial al interior de las sociedades involucradas. El cambio puede, en el mismo sentido, implicar nuevas formas de conceptualizar tiempo y espacio como correlatos básicos de nuevas estrategias sociales que implican la construcción del paisaje».

Muchos de los planteamientos efectuados por las nuevas arqueologías del paisaje son subsidiarias de los enfoques interpretativos de la cultura material ya mencionados pero debe reconocerse que desbordan el escenario geopolítico de tensión entre arqueologías procesuales (de origen norteamericano) y posprocesuales (de origen británico), ofrecen una mayor apertura teórica y son desarrolladas en un ámbito académico más amplio que incorpora planteamientos efectuados desde otros países de Europa, América y Oceanía (Ashmore 2004). De estas arqueologías del paisaje me interesa resaltar el desarrollo de una idea de monumento como materialidad vinculante de las espacialidades y las temporalidades sociales. En lo que podría ser identificado como un argumento similar al efectuado en su momento por Foucault acerca de que «todo documento es monumento», es decir, que todo testimonio

histórico es, en cierta medida, producto de las relaciones de poder de las sociedades que lo produjeron y de aquellas que permitieron su conservación o provocaron su deterioro (Le Goff 1991:227; Foucault 1997:10), este acercamiento a los monumentos arqueológicos se interesa por comprender la manera como hacían parte activa de formas de espacialización de poder y de las relaciones sociales en el pasado, procurando mediante su visibilidad, su tangibilidad y su correlación espacial con otros ítems un despliegue de sentidos de igualdad, pertenencia y continuidad o de desigualdad, exclusión y cambio (cf. Criado 1999; Thomas 2001).

Buena parte de los planteamientos mencionados sobre materialidad y paisaje en la arqueología contemporánea descansan sobre la idea de cultura material como un cuasi texto que hay que decodificar y del arqueólogo como un lector que construye sentido yendo y viniendo del texto al contexto. Los alcances de esta analogía no son claros. Hodder (1988:150) consideró que «en muchos aspectos la cultura material no es, en absoluto un lenguaje; es, sobre todo, acción y práctica en el mundo»; en su opinión los símbolos lingüísticos son más precisos, abstractos, unificables, lineales y no arbitrarios porque son realizados mediante prácticas discursivas y conscientes; en cambio los símbolos materiales son más flexibles y ambiguos, multificables y multidimensionales porque son realizados mediante prácticas que, a menudo, son subconscientes o no-discursivas (Hodder 1988:149ss; Preucel y Hodder 1996c:299ss). El problema de fondo puede estar relacionado con la falta de claridad conceptual: «... aún no estamos completamente seguros de qué es lo que entendemos exactamente por texto y a qué datos podemos aplicar apropiadamente la comparación» (Buchli 1995:183). De hecho, la analogía es establecida unas veces con el lenguaje oral y otras con el lenguaje escrito, sin que medie ninguna aclaración. El empleo de metáforas o ana-

logías entre cultura material y texto ha servido, más allá de su aplicación cabal, para reconocer que las materialidades están simbólicamente constituidas y, sobre todo, que están activamente involucradas en la dinámica social:

«El propósito principal de plantear que en algunos aspectos la metáfora del texto es apropiada para la cultura material es llevar a los arqueólogos lejos de la idea que los datos son un registro pasivo con sólo un significado» (Hodder 1992:84).

Mirado en perspectiva este recurso a la analogía del texto se encuentra en estrecha relación con el acercamiento de los arqueólogos posprocesuales a otros pensamientos sociales luego de la relación casi exclusiva que las arqueologías procesuales y funcionalistas habían establecido con las ciencias naturales. El «retorno» a la historia y la hermenéutica, paralelo al influjo de planteamientos estructuralistas y posestructuralistas que caracterizan a las arqueologías posprocesuales (Patterson 1989), hizo valiosas las analogías textuales pero no deja de ser paradójico que la arqueología, usualmente referida al estudio de las sociedades sin escritura, haya acogido la metáfora de la escritura para definir un asunto de la mayor importancia para la disciplina: la ontología de la cultura material. Para buena parte de los arqueólogos posprocesuales la arqueología es una disciplina histórica en contraposición a los planteamientos abiertamente anti-historicistas que dominaron el escenario anglosajón durante las décadas de 1960 y 1970. Por contraste con la relevancia dada al tema del tiempo y la historia un examen de los temas o problemas considerados por los autores pertenecientes al «núcleo duro» de la arqueología posprocesual o interpretativa como constituyentes de su pensamiento o centrales para el desarrollo de las agendas de investigación indica que, por lo menos en los años iniciales y hasta bien entrada la década de 1990, el

asunto de las espacialidades no constituyó un tópico especial (cf. Hodder 1992:86; Shanks y Tilley 1994:259; Shanks y Hodder 1995:5). El tema espacial no puede ser considerado como una tensión relevante entre procesualismo y posprocesualismo, como tampoco uno de los rasgos que caracterizan las diferencias entre tendencias al interior de este último (Patterson 1990). El esfuerzo por constituir una ontología de las materialidades en las arqueologías posprocesuales se hizo sin avanzar en una desconstrucción paralela de las relaciones entre espacio y tiempo; por eso la reflexión siguió efectuándose en el marco moderno del primado del tiempo sobre el espacio. Si esto fue así habría que preguntarse si las arqueologías posprocesuales no han transitado, siguiendo la metáfora de Soja, desde la miopía hacia la hipermetropía del espacio al otorgar a las materialidades un estatuto que está fundamentado en la interioridad del lenguaje: la ontología de las materialidades habría estado mediada más por un «giro lingüístico» (sensu Rorty) que por un giro espacial. Apropiando elementos vinculados a las tesis estructuralistas sobre el lenguaje y posestructuralistas sobre el texto los arqueólogos posprocesuales habrían resuelto mediante un «exceso de subjetividad» el problema básico del registro arqueológico como un sistema de signos incompleto (Criado 1995:202). No obstante, la relevancia otorgada al paisaje como tema que desborda la dinámica de las arqueologías posprocesuales puede ser vista como el preludeo hacia un abordaje integral de la trilogía espacio-tiempo-materialidades. Ello debería conducir hacia una apertura conceptual dentro de la cual el paisaje es sólo una categoría espacial al lado de otras como el cuerpo, el lugar, el territorio y la frontera; también sería necesario abrir el panorama de las problemáticas con las cuales se vinculan esas categorías en el pensamiento socioespacial contemporáneo como, por ejemplo, la geopolítica del cono-

cimiento y los procesos de (des) (re)-territorialización y re-escalamiento.

Espacio-tiempo de la arqueología latinoamericana

Dentro de las historias y paisajes teóricos de la arqueología latinoamericana el abordaje reflexivo y crítico de la cuestión espacial no es particularmente visible. En las diferentes tendencias teórico-metodológicas reconocidas por Politis (2003) sólo en el enfoque histórico-cultural se aprecia el afán de producir sistematizaciones espacio-temporales que corresponden a una concepción cartesiana de tiempo y espacio en la cual este último es, fundamentalmente, una extensión sobre la cual se ubican los hallazgos y se mapean áreas culturales. Dentro de las metodologías asociadas al influjo local que tuvo la nueva arqueología solamente puede identificarse la introducción de modelos de análisis espacial, siempre sobre la base de una concepción cartesiana del espacio.

La idea del espacio y, por extensión, de los paisajes y monumentos arqueológicos como productos sociales no es nueva en las arqueologías latinoamericanas; muchos de los estudios preocupados por las relaciones seres humanos-ambiente, la arquitectura ceremonial, el cambio y la complejización social se refieren, frecuentemente, al medio ambiente culturalmente transformado, a la socialización de la naturaleza y al control político del espacio. No obstante, el enunciado del espacio como producción social no constituye por sí sólo la base de una ontología del espacio. Es la idea de las espacialidades y, por extensión, de las materialidades como elementos que afectan las dinámicas sociales, incluidos el pensamiento y las temporalidades, lo que puede ser considerado como indicativo fundamental de un giro en el pensamiento del espacio y la cultura material. Ello es lo que diferencia el abordaje del espacio y las materialidades como simples recursos, manifestaciones, expresiones o medios

para el despliegue de lo social y lo cultural de su consideración como agentes activos en la construcción social de la realidad.

Los tratamientos del primer tipo pueden conducir, aun cuando no de manera expedita, hacia un abordaje más consciente del espacio como producción y elemento estructurante de lo social, como puede verse en algunos análisis espaciales asociados a estudios sobre la economía política de las sociedades precolombinas. Más allá del establecimiento de patrones de asentamiento en los cuales las jerarquías en el tamaño, densidad y complejidad arquitectónica de los sitios son tomadas como reflejo de determinadas formas de organización social el reconocimiento de relaciones espaciales establecidas de forma intencional por parte de las elites (por ejemplo, entre sitios ceremoniales y centros de poder) puede desembocar en un abordaje explícito de que la producción social del espacio juega un rol definitivo en la configuración de sistemas políticos y económicos y, aún, en el tipo de trayectorias de cambio social (i.e. Curet y Oliver 1998; Siegel 1999). Los análisis espaciales de tipo instrumental pueden conducir hacia la valoración de los monumentos y perspectivas visuales del paisaje en términos de la constitución de territorialidades (i.e. Dever 1999; López 2001). Los estudios efectuados desde perspectivas más simbólicas, en los cuales el abordaje del espacio no constituye el eje interpretativo, pueden conducir a planteamientos sobre las espacialidades como construcciones culturales. Existe una amplia serie de estudios sobre arquitectura, estatuaria, arte rupestre y prácticas funerarias en la cual, a partir de presupuestos semióticos o estructuralistas, se proponen claves acerca de la manera como las representaciones míticas y cosmológicas inscritas en la materialidad ordenan y dan sentido a los espacios físicos e, incluso, a las temporalidades (i.e. Velandia 1994; Llanos 1995)

Es necesario destacar estudios recientes en los que puede identificarse un interés expreso por situar la cuestión de las espacialidades y las materialidades como eje interpretativo del trabajo arqueológico. En algunos casos la reflexión teórica es provocada desde planteamientos de la geografía crítica y las teorías sociales de la praxis y la estructuración de tal forma que los aportes posprocesuales son abordados en un horizonte teórico más amplio, permitiendo cierta autonomía crítica y capacidad de innovación (cf. Acuto 1999a, 1999b; Lazzari 1999a, 1999b, 2005). Los planteamientos sobre la cultura material como agente activo en las relaciones sociales y el paisaje como parte de narrativas ideológicas han sido aplicados al análisis de la relación entre prácticas de la representación y representación de las prácticas en la construcción de narrativas sobre el paisaje (Haber 2000).

Aun cuando estos trabajos están, generalmente, relacionados con los planteamientos posprocesuales sobre la condición simbólica de la cultura material reconocen la necesidad de avanzar en un tratamiento crítico de la metáfora textual. Así, por ejemplo, Haber (2000:29) señaló que:

«El paisaje no está enteramente allí para ser conocido sin más, [si no que] el supuesto de la naturaleza natural naturalmente naturaliza las prácticas de apropiación. Pero el paisaje tampoco está enteramente aquí surgiendo de la pura imaginación pues, como se ha visto, la imaginación también es una práctica social y, como tal, se vincula a realidades concretas de apropiación».

Lazzari (2005) considera que «admitir la capacidad de los objetos para crear, modificar y aún distorsionar prácticas y significados implica enfocarse hacia los objetos rechazando tanto el determinismo causal del construccionismo como del materialismo». En este sentido propone que «más que un texto para leer o decodificar el mundo es una 'textura' para sentir y utilizar; una fábrica de ritmos y relaciones comprendidas a través de la praxis» (Lazzari 2005).

En otros trabajos realizados recientemente se emplean, recurrentemente, los conceptos

de paisaje y monumento desarrollados por Felipe Criado en España que tienen la ventaja de encadenar las nociones de espacio, tiempo y materialidades. Troncoso (2001, 2004) ha abordado el estudio de arte rupestre chileno como elemento articulador de las relaciones entre espacio, cultura material y poder para proponer interpretaciones sobre territorios y fronteras. Pintos (2000) y Gianotti (2000) abordan los montículos o cerritos de Uruguay como monumentos que transforman la naturaleza y, en consecuencia, las relaciones sociales y las concepciones de espacio y tiempo. Curtoni (2000) se interesa por diferentes formas de espacialización de las identidades culturales en la Pampa argentina.

En la perspectiva de la arqueología histórica se puede observar el interés creciente por la cuestión de la cultura material y su relación con la documentación escrita. La necesidad de concebir la cultura material como elemento socialmente activo se convierte en un imperativo porque es preciso agotar su potencial para abordar aspectos sociales que, de otro modo, ya estarían dichos en la historiografía. En Brasil Funari y Orser han efectuado excavaciones en asentamientos de negros cimarrones (kilombos), resaltando el hecho de que «la arqueología histórica puede desafiar narrativas oficiales de poder que son frecuentemente representadas en los documentos» (Orser y Funari 2001:69). En Argentina una arqueología de las arquitecturas (Zarankin 1999a, 1999b; Senatore 2004) permite vincular las premisas sobre cultura material de la arqueología histórica a la mirada de los espacios como dispositivos de control político y social. En Colombia Therrien (2004) ha enfatizado la construcción de paisajes industriales como táctica de las elites para domesticar los espacios urbanos.

Una mirada parcial (seguramente hay más ejemplos de los citados) permite identificar que el pensamiento crítico y reflexivo sobre las espacialidades y las materialidades está presente, aun cuando de manera dispersa, en las arqueologías latinoamericanas. Dar un paso más allá, en la perspectiva de considerar el ejercicio arqueoló-

gico como una práctica discursiva espacialmente mediada, podría conducir a hacer más claro el paisaje teórico de las arqueologías latinoamericanas en la perspectiva de comprender mejor nuestra situación y posibilidades en el mapa geopolítico del conocimiento.

Conclusiones

Una inversión o, por lo menos, un «aplanamiento» del esquema de precedencia entre tiempo, espacio y materialidades debe conducir, necesariamente, a una reconfiguración ontológica y epistemológica de los objetivos de la disciplina y de sus relaciones con otros campos de conocimiento dentro de lo que sería una nueva cartografía del pensamiento social. La arqueología, lejos de definir su campo de acción en términos temporales (prehistoria-historia), debería desplegar el potencial que le permiten sus vínculos con la cuestión espacial, abordando las espacialidades más allá del plano puramente instrumental; también debería ser capaz de contribuir a la construcción de una ontología de las materialidades porque son su fortaleza y campo de acción como disciplina. Estas perspectivas abren la posibilidad de ampliar el trabajo tradicional de registro de las evidencias arqueológicas en el espacio-tiempo de las coordenadas y las dataciones hacia la reconstrucción de las experiencias y concepciones de espacio y tiempo y sus interrelaciones con la cultura material en los procesos sociales que estudia la arqueología. Como señaló Harvey (1998:243) «la historia del cambio social está capturada en parte por la historia de las concepciones del espacio y el tiempo y los usos ideológicos para los cuales se esgrimen aquellas concepciones».

Recurriendo a la terminología lingüística se trataría de abordar, de manera complementaria pero crítica, la producción etic y emic del espacio-tiempo. Así, por ejemplo, la pregunta por el cambio social no sólo debería incorporar el análisis de los factores estrictamente ecológicos, económicos, demográficos o políticos que inciden en la transformación social sino, además, análi-

sis encaminados a comprender la manera como el cambio social fue producido, concebido y/o manipulado por parte de los actores sociales a partir del manejo político de las memorias, las territorialidades y la cultura material. Como sucede con los historiadores que «tratan de reconstruir las llamadas realidades del pasado sin tratar de reconstruir las antiguas concepciones del espacio [y del tiempo- agregado mío]» (Koselleck 2001:98) los arqueólogos hemos desplegado tecnologías refinadas para elaborar espacio-temporalmente nuestros datos pero poco hemos hecho para tratar de comprender las experiencias y concepciones del espacio y el tiempo propias de las sociedades que estudiamos.

Dado el modo reflexivo de las tendencias más recientes en arqueología la incorporación de formulaciones teóricas de alto nivel ha tenido el doble efecto de definir sustantivamente lo que debe ser materia primordial de estudio y enmarcar la comprensión del ejercicio de la disciplina. El retorno a la historia y el acercamiento a las teorías del lenguaje han definido una preocupación creciente por abordar el registro arqueológico en cuanto histórica y simbólicamente mediado; además, una arqueología que se comprende históricamente contingente y cambiante está abocada a un ejercicio de interpretación lingüísticamente pre-definido. En ese sentido sería posible y deseable que el creciente interés por las espacialidades y la cultura material no sólo condujera a una tentativa de acercamiento a las experiencias espaciales y materiales de las sociedades que estudia el arqueólogo sino, además, a una comprensión de la práctica arqueológica como espacial y materialmente mediada.

Indicios a favor de ello se observan en una serie de posturas que van de lo implícito a lo explícito, desde el empleo de metáforas espaciales para referirse a la práctica disciplinaria (como paisajes teóricos), pasando por el reconocimiento de las implicaciones que han tenido la tangibilidad y visibilidad de las representaciones museográficas en la constitución de percepciones sobre el pasado y la espacialidad de lo político, hasta lo que parece ser un reconocimiento

de que la producción de conocimiento arqueológico se encuentra fuertemente vinculada a la geopolítica. En cierto sentido el desarrollo de las tendencias regionales de la arqueología latinoamericana parece corresponder más a una geopolítica del conocimiento que a un proceso de evolución histórica. Transitar por ese camino de manera explícita y crítica podría conducir a una situación menos dependiente, en términos intelectuales, de los arqueólogos latinoamericanos respecto de la producción teórica y metodológica que se realiza en Europa y Norte América. Develar la «trampa» a-espacial del pensamiento moderno implica tomar consciencia de las relaciones entre lo que se dice, desde dónde se dice y la autoridad de lo que se dice. Los anhelos de lo que pudiera ser una arqueología latinoamericana que, además de producir datos y escuchar, logre dialogar con criterios propios en las redes interdiscursivas de la arqueología mundial debe pasar por una geopolítica crítica del pensamiento que ajuste los términos en que han operado los intercambios.

Pero hay aún otra implicación de lo que sería una arqueología espacialmente mediada. La forma como los objetos y discursos arqueológicos pueden ser abordados por el público depende, en buena medida, de la manera como éste experimenta su devenir en el tiempo, su habitar en el espacio y su interacción con los objetos. En este contexto las materialidades tendrían la particularidad de hacer visible el tiempo en relación con las espacialidades (Walsh 1997:133), lo que les otorga una condición única y activa en la producción del espacio y el tiempo social con consecuencias importantes en cuanto a la constitución de nuevas memorias y territorios.

En el contexto de una creciente proliferación de teorías que pretenden explicar la pos-modernidad, la tardo-modernidad o la sobre-modernidad en términos de compresiones y

distanciamientos espacio-temporales (Harvey 1998; Castells 1999) o de aceleraciones del tiempo y encogimientos del espacio (Augé 1996) como nuevas teleologías de la globalización es necesario avanzar hacia un mejor conocimiento de las experiencias previas o paralelas de espacio-tiempo y sus articulaciones (May y Thrift, eds., 2001), tarea en la que puede y debe participar una arqueología preocupada por las espacialidades y las materialidades.

Quiero cerrar este ensayo trayendo a colación una frase de Antanas Mockus (1992), por entonces vice-rector de la Universidad Nacional de Colombia, pronunciada en la apertura del seminario preparatorio para el Segundo Congreso Mundial de Arqueología, realizado en Paipa, Colombia, en 1990: «Ustedes los arqueólogos devuelven metódicamente al tiempo lo que encuentran en el espacio». Es cierto; los arqueólogos han sabido, quizá como ningún otro estudioso de lo social, cómo producir tiempo a partir del espacio y las materialidades. Esta invitación es a hacer posible un manejo más integral de estas tres categorías, devolviendo metódicamente al espacio lo que hemos ordenado fundamentalmente en el tiempo. La invitación es a perder un poco de tiempo reconsiderando el lugar del espacio y las materialidades en arqueología.

Agradecimientos

Al grupo de investigadores del INER que ha participado, activamente, en la formulación del proyecto de Maestría en Estudios Socioespaciales, así como a los editores y evaluadores anónimos de la revista, quienes consideraron pertinente la temática y contribuyeron con recomendaciones para mejorar su estructura y presentación.

Referencias

Acuto, Felix

1999a Paisaje y dominación: la constitución del espacio social en el imperio Inka. En *Sed non satiata. Teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*, editado por Andrés Zarankin y Felix Acuto, pp 33-75. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.

1999b Paisajes cambiantes: la dominación Inka en el Vall Calchaquí Norte (Argentina). En *Anais da Reuniao Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul*, editado por María I. D'Agostino, pp 143-157. Suplemento 3 de la Revista do Museu de Arqueología e Etnologia, Universidad de São Paulo.

Amin, Ash

2002 Spatialities of globalisation. *Environment and Planning* 34:385-399.

Appadurai, Arjun (Editor)

1991 *La vida social de las cosas*. Grijalbo, México.

Ashmore, Wendy

2004 Social archaeologies of landscape. En *A companion to social archaeology*, editado por Robert Preucel y Lynn Meskell. Blackwell, Oxford.

Augé, Marc

1996 *El sentido de los otros. Actualidad de la antropología*. Paidós, Barcelona.

Bender, Barbara

1992 Theorizing landscapes and prehistoric landscapes of Stonehenge. *Man* 27(4):735-755.

Berman, Marshall

1995 *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI, México..

Buchli, Victor

1995 Interpreting material culture: the trouble with text. En *Interpreting archaeology. Finding meaning in the past*, editado por Ian Hodder, Michael Shanks, Alexandra Alexandri, Victor Buchli, Joe Carman, Jonathan Last y Gavin Lucas, pp 181-193. Routledge, Londres.

Castells, Manuel

1999 *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen 1: La sociedad red*. Alianza Editorial, Madrid.

Castro, Luis

1997 *La risa del espacio. El imaginario espacio-temporal en la cultura contemporánea: una reflexión sociológica*. Tecnos, Madrid.

Castro, Santiago y Eduardo Mendieta (Editores)

1998 *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. Porrúa-San Francisco University, México.

Chartier, Roger

2000 *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Gedisa, Barcelona.

Criado, Felipe

1995 The visibility of the archaeological record and the interpretation of social reality. En *Archaeological theory today*, editado por Ian Hodder, pp 194-204. Polity Press, Cambridge.

1999 *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*. Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.

Curet, Antonio y José Oliver

1998 Mortuary practices, social development and ideology in precolumbian Puerto Rico. *Latin American Antiquity* 9(3):217-239.

- Curtoni, Rafael
 2000 La percepción del paisaje y la reproducción de la identidad social en la región pampeana occidental (Argentina). En *Paisajes culturales sudamericanos. De las prácticas sociales a las representaciones*, editado por Camila Gianotti, pp 115-125. Trabajos en Arqueología da Paisaxe, Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.
- Dagognet, Francois
 2000 Detritus, desechos, lo abyecto. Manuscrito sin publicar, Universidad Nacional, Medellín.
- Debray, Régis
 1997 *Transmitir*. Manantial, Buenos Aires.
- De Certeau, Michel
 2000 *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana, México.
- Dever, Alejandro
 1999 El paisaje arqueológico en Tierradentro: una aproximación al análisis de visibilidad de poblaciones prehistóricas. *Arqueología del Área Intermedia* 1:9-48.
- Duncan, James
 1994 Sites of representation. Place, time and the discourse of the other. En *Place/culture/representation*, editado por James Duncan y David Ley, pp 39- 56. Routledge, Londres.
- Fabian, Johannes
 1983 *Time and the other. How anthropology makes his object*. Columbia University Press, Nueva York.
- Foucault, Michel
 1967 Of other spaces. Publicado originalmente en *Architecture, Mouvement, Continuité* 5, 1984. Traducción de Jay Miskowiec en <http://foucault.info/documents/heteroTopia/foucault.heteroTopia.en.html>.
- 1985 *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Planeta Agostini, Barcelona.
- 1997 *La arqueología del saber*. Siglo XXI, México.
- Gianotti, Camila
 2000 Monumentalidad, ceremonialismo y continuidad ritual. En *Paisajes culturales sudamericanos. De las prácticas sociales a las representaciones*, editado por Camila Gianotti, pp 87-102. Trabajos en Arqueología da Paisaxe, Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.
- Giddens, Anthony
 1994 *Consecuencias de la modernidad*. Alianza Editorial, Madrid.
 2003 *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Gnecco, Cristóbal
 1999 *Multivocalidad histórica. Hacia una cartografía postcolonial de la arqueología*. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- González, Paloma y Marina Picazo
 1998 *El tiempo en arqueología*. Arco/Libros, Madrid.
- Gosden, Chris
 2001 Postcolonial archaeology: issues of culture, identity, and knowledge. En *Archaeological theory today*, editado por Ian Hodder, pp 241-261. Polity Press, Cambridge.
- Haber, Alejandro
 2000 La mula y la imaginación en la arqueología de la puna de Atacama: una mirada indiscreta al paisaje. En *Paisajes culturales sudamericanos. De las prácticas sociales a las representaciones*, editado por Camila Gianotti. Trabajos en Arqueología da Paisaxe, Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.

- Harvey, David
 1998 *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Hegel, Georg
 1985 *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Alianza Editorial, Madrid. [1837].
- Hegmon, Michelle
 2003 Setting the theoretical egos aside: issues and theory in North American Archaeology. *American Antiquity* 68(2):213-243.
- Hodder, Ian
 1982 *Symbols in action*. Cambridge University Press, Cambridge.
 1988 *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona.
 1992 *Theory and practice in archaeology*. Routledge, Londres.
- Jameson, Fredric
 1991 *Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism*. Verso, Londres.
- Kohl, Philip
 1998 Nationalism and archaeology. On the constructions of nations and the reconstructions of the remote past. *Annual Review of Anthropology* 27:223- 246.
- Koselleck, Reinhart
 2001 *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Paidós, Barcelona.
- Latour, Bruno
 1992 Where are the missing masses? Sociology of a Door. En *Shaping technology-building society. Studies in sociotechnical change*, editado por Wiebe Bijker y John Law, pp 225-259. MIT Press, Cambridge.
 2000 A well-articulated primatology. Reflexions of a fellow-traveller. En *Primate encounters*, editado por Shirley Strum y Linda Fedigan, pp 358-381. University of Chicago Press, Chicago.
- Lazzari, Marisa
 1999a Distancia, espacio y negociaciones tensas. En *Sed non satiata. Teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*, editado por Andrés Zarankin y Felix Acuto, pp 117-151. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.
 1999b Objetos viajeros e imágenes espaciales: las relaciones de intercambio y la producción del espacio social. En *Anais da Reuniao Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul*, editado por María I. D'Agostino, pp 371- 385. Suplemento 3 de la Revista do Museu de Arqueología e Etnologia, Universidad de Sao Paulo.
 2005 The texture of things: objects, people, and social spaces in Argentine prehistory. En *Archaeologies of materiality*, editado por Lynn Meskell. Blackwell, Londres.
- Lefebvre, Henri
 1991 *The production of space*. Blackwell, Oxford.
- Le Goff, Jacques
 1991 *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Paidós, Barcelona.
- López, José
 2001 Las estructuras tumulares (cerritos) del litoral atlántico uruguayo. *Latin American Antiquity* 12(3):231-255.
- Llanos, Héctor
 1995 *Los chamanes jaguares de San Agustín. Génesis de un pensamiento mitopoético*. Cuatro y Cia, Bogotá.
- Maldonado, Nelson
 2004 The topology of being and the geopolitics of knowledge: modernity, empire, coloniality. *City: analysis of urban trends, culture, theory, policy, action* 8(1):29-56.
- Massey, Doreen
 2000 Travelling thoughts. En *Without guarantees: in honour of Stuart Hall*, editado por Paul Gilroy, Lawrence Grossberg y Angela McRobbie, pp 225-232. Verso, Londres.

- May, John y Nigel Thrift (Editores)
 2001 *Timespace: geographies of temporality (critical geographies)*. Routledge, Londres.
- Mignolo, Walter
 2002 The geopolitics of knowledge and the colonial difference. *South Atlantic Quarterly* 101(1):56-96.
- Mockus, Antanas
 1992 Presentación. En *Arqueología en América Latina hoy*, editado por Gustavo Politis, pp 8-12. Banco Popular, Bogotá.
- Orser, Charles
 2000 *Introducción a la arqueología histórica*. Asociación de Amigos del Instituto Nacional de Antropología, Buenos Aires.
- Orser, Charles y Pedro Funari
 2001 Archaeology and slave resistance and rebellion. *World Archaeology* 33(1):61-72.
- Ortega, José
 2000 *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Ariel, Barcelona.
- Pardo, José Luis
 1992 *Las formas de la exterioridad*. Pre-textos, Valencia.
- Patterson, Thomas
 1989 History and the post-processual archaeologies. *Man* 24:556-566.
 1990 Some theoretical tensions within and between the processual and postprocessual archaeologies. *Journal of Anthropological Archaeology* 9:189-200.
- Piazzini, Emilio
 2004 Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria. *RegionEs* 2:151-172.
- Pintos, Sebastián
 2000 Cazadores recolectores complejos: monumentalidad en tierra en la cuenca de la laguna de Castillos (Uruguay). En *Paisajes culturales sudamericanos. De las prácticas sociales a las representaciones*, editado por Camila Gianotti, pp 75-86. Trabajos en Arqueología da Paisaxe, Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.
- Politis, Gustavo
 2003 The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America. *American Antiquity* 68 (2): 245-272. Publicado también en 2003 en *Latin American Antiquity* 14 (2): 115-142.
- Preucel, Robert e Ian Hodder
 1996a Prologue. Communicating present past. En *Contemporary archaeology in theory. A reader*, editado por Robert Preucel e Ian Hodder, pp 3-20. Blackwell, Londres.
 1996b Nature and culture. En *Contemporary archaeology in theory. A reader*, editado por Robert Preucel e Ian Hodder, pp 23-38. Blackwell, Londres.
 1996c Material symbols. En *Contemporary archaeology in theory. A reader*, editado por Robert Preucel e Ian Hodder, pp 299-314. Blackwell, Londres.
- Ricoeur, Paul
 2000 *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo, razón y emoción*. Ariel, Barcelona.
 2003 *La memoria, la historia, el olvido*. Trotta, Madrid.
- Senatore, María Ximena
 2004 Discursos ilustrados y sociedad moderna en las colonias españolas de Patagonia. En *Arqueología histórica en América del Sur. Los desafíos del siglo XXI*, editado por Pedro Funari y Andrés Zarankin, pp 31-56. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Shanks, Michael e Ian Hodder
 1995 Processual, postprocessual and interpretive archaeologies. En *Interpreting archaeology. Finding meaning in the past*, editado por Ian Hodder, Michael Shanks, Alexandra Alexandri, Victor Buchli, Joe Carman, Jonathan Last y Gavin Lucas, pp 3-29. Routledge, Londres.

- Shanks, Michael y Christopher Tilley
 1994 *Re-constructing archaeology. Theory and practice*. Routledge, Londres.
- Siegel, Peter
 1999 Contested places and places of contest: the evolution of social power and ceremonial space in Prehistoric Puerto Rico. *Latin American Antiquity* 10(3):209-238.
- Soja, Edward
 1989 *Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory*. Verso, Londres.
- Therrien, Monika
 2004 Dandies en Bogotá: industrias para la civilización y el cambio, siglos XIX y XX. En *Arqueología histórica en América del Sur. Los desafíos del siglo XXI*, editado por Pedro Funari y Andrés Zarankin, pp 105-129. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Thomas, Julian
 1999 A materialidade e o social. En *Anais da Reuniao Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul*, editado por María I. D'Agostino, pp 15-20. Suplemento 3 de la Revista do Museu de Arqueología e Etnologia, Universidad de Sao Paulo.
 2001 Archaeologies of place and landscape. En *Archaeological theory today*, editado por Ian Hodder, pp 165-186. Polity Press, Cambridge.
- Trigger, Bruce
 1992 *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica, Barcelona.
 1996 Alternative archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist. En *Contemporary archaeology in theory. A reader*, editado por Robert Preucel e Ian Hodder, pp 615-635. Blackwell, Londres.
- Troncoso, Andrés
 2001 Espacio y poder. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 32:10-23.
 2004 El arte de la dominación: arte rupestre y paisaje durante el período incaico en la cuenca superior del río Aconcagua. *Chungara* 36(2):453-461.
- Tuathail, Gearoid
 1998 *Re-thinking geopolitics*. Routledge, Londres.
 2000 The postmodern geopolitical condition: States, statecraft, and security at the millennium. *Annals of the Association of American Geographers* 90 (1):166- 178.
- Velandia, Cesar
 1994 *San Agustín. Arte, estructura y arqueología*. Banco Popular-Universidad del Tolima, Bogotá.
- Walsh, Kevin
 1997 A sense of place. A role for cognitive mapping in the 'posmodern' world? En *Interpreting archaeology. Finding meaning in the past*, editado por Ian Hodder, Michael Shanks, Alexandra Alexandri, Victor Buchli, Joe Carman, Jonathan Last y Gavin Lucas, pp 131-138. Routledge, Londres.
- Wallerstein, Immanuel
 1998 The time of space and the space of time: the future of social science. *Political Geography* 17(1):71-82.
- Zarankin, Andrés
 1999a Casa tomada: sistema, poder y vivienda doméstica. En *Sed non satiata. Teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*, editado por Andrés Zarankin y Felix Acuto, pp 239-272. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.
 1999b Arqueología de la arquitectura: another brick in the wall. En *Anais da Reuniao Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul*, editado por María I. D'Agostino, pp 119-128. Suplemento 3 de la Revista do Museu de Arqueología e Etnologia, Universidad de Sao Paulo.

LA FASE AÇUTUBA: UM NOVO COMPLEXO CERÂMICO NA AMAZÔNIA CENTRAL

Helena Pinto Lima

*Programa de Pós-Graduação em Arqueologia, Museu de Arqueologia e Etnologia,
Universidade de São Paulo*

Eduardo Góes Neves

Museu de Arqueologia e Etnologia, Universidade de São Paulo

James B. Petersen

Department of Anthropology, University of Vermont

*«I prefer to draw pottery rather than to talk about it»
Warren DeBoer (1996)*

Este artigo apresenta resultados preliminares sobre a cronologia cerâmica da Amazônia central, particularmente os complexos mais antigos ali identificados. Os dados aqui apresentados resultam de levantamentos e escavações por nós realizados desde 1995 em uma área de pesquisa localizada junto à confluência dos rios Solimões (Amazonas) e Negro, na Amazônia central, bem como de trabalhos realizados por outros autores em regiões adjacentes. As informações atualmente disponíveis indicam que os primeiros sítios com cerâmicas parecem surgir repentinamente na Amazônia central ao redor de 300 AC. Tais evidências contrariam diretamente as hipóteses que sugerem ter sido essa região um antigo centro de produção cerâmica no continente com datas recuando a 4.000 AC. Além do mais, as cerâmicas antigas da Amazônia central, que propomos pertencer a uma nova fase cerâmica, denominada fase Açutuba, parecem ter relações formais, estilísticas e cronológicas muito fortes com cerâmicas identificadas na bacia dos rios Nhamundá e Trombetas, no baixo Amazonas, pertencentes à fase Pocó. Propomos que as cerâmicas das fases Pocó e Açutuba devem ser integradas a uma categoria mais ampla, ainda hipotética cuja validade heurística deverá ser testada por pesquisas futuras na região.

Este artículo presenta resultados preliminares sobre la cronología cerámica del Amazonas Central, particularmente sobre los complejos cerámicos más tempranos identificados allí. Los datos presentados en este trabajo son el resultado de reconocimientos y excavaciones realizados desde 1995 en el área de confluencia de los ríos (Solimões) Amazonas y Negro y en áreas adyacentes. Los datos disponibles muestran que las ocupaciones cerámicas más tempranas en el área aparecen, repentinamente, ca. 300 AC; esa evidencia contradice las hipótesis que proponen que el Amazonas Central fue un centro temprano de producción cerámica en Suramérica con fechas que, supuestamente, se remontan a 4000 AC. Más aún, las cerámicas tempranas del Amazonas Central, que pertenecen a una fase no reportada previamente que hemos llamado Açutuba, parecen estar relacionadas con complejos del Bajo Amazonas fechados en la misma época, pertenecientes a la fase Pocó. El artículo propone que las cerámicas de las fases Pocó y Açutuba deben

ser integradas en un grupo más amplio, cuya validez heurística debe ser comprobada por trabajos futuros en la región.

This article presents preliminary results about the ceramic chronology of the Central Amazon, particularly about the earliest ceramic complexes identified there. Data presented here result from surveys and excavations carried on since 1995 in the area of confluence of the (Solimões) Amazon and Negro rivers, in the Central Amazon, as well as from work done by other authors in adjacent areas. Available data show that the earliest ceramic occupations in the area appear suddenly around 300 BC. Such evidence contradicts hypotheses that proposed that the Central Amazon was an early center of ceramic production in South America, with dates going back supposedly to 4.000 BC. Moreover, early ceramics from the Central Amazon, which belong to a previously unknown phase, Açutuba, appear to be related to other complexes dated from the same time found in the lower Amazon, belonging to the Pocó phase. The paper proposes that ceramics from the Pocó and Açutuba phases should be integrated into a wider group, whose heuristic validity needs to be tested by further research in the Central and Lower Amazon.

Introdução

Desde os trabalhos pioneiros realizados no Equador, Colômbia e litoral amazônico nas décadas de cinquenta e sessenta, sabe-se que no norte da América do Sul - num grande arco que vai desde a bacia de Guayas, no Equador, até a foz do Amazonas, no Brasil - estão localizados os centros mais antigos de produção cerâmica no novo mundo (Evans e Meggers 1957; Simões 1981; Reichel-Dolmatoff 1997). Essa tendência inicial foi reforçada por pesquisas realizadas nos anos noventa do século passado, quando foram identificados complexos no litoral do Equador, norte da Colômbia e baixo Amazonas com datas que remontam a 4.000 AC ou mais (Oyuela-Caycedo 1995; Roosevelt 1995; Staller 2001). O entendimento das relações históricas entre tais complexos cerâmicos, bem como a própria aceitação de alguns dos contextos datados, são, no entanto, foco de um intenso debate. Para alguns autores, a ocorrência aparentemente simultânea de diferentes centros de produção antiga espalhados por uma ampla área indicaria que o início da produção cerâmica teria ocorrido de forma independente nesses locais (Hoopes 1994; Raymond *et al.* 1994). Já outros auto-

res trabalham com uma hipótese alternativa, qual seja, a de que teria havido um único centro de produção antiga, localizado na região do baixo rio Magdalena, no norte da Colômbia a partir da qual as idéias e técnicas relativas à produção cerâmica teriam se difundido para o resto do continente (Meggers 1997; Williams 1997).

A resolução desse problema não é o foco deste artigo. Pretendemos, no entanto, contribuir para o debate ao apresentar os resultados preliminares sobre a cronologia cerâmica da Amazônia central, particularmente os complexos mais antigos ali identificados, e discutir as relações aparentes entre tais cerâmicas e outras cerâmicas antigas identificadas na Amazônia e norte da América do Sul. Nossa perspectiva é que, na Amazônia, apesar dos avanços realizados na identificação de complexos cerâmicos antigos e do relativo bom estado de conhecimento disponível sobre as cerâmicas produzidas nos períodos imediatamente anteriores ao início da conquista européia, pouco se conhece sobre aquelas cerâmicas produzidas nos períodos imediatamente anteriores ao início da era Cristã, ou seja, ao redor de dois mil anos

atrás. Sendo assim, pode-se dizer que há uma imensa lacuna a ser preenchida, de modo que se esclareçam as relações históricas entre as primeiras indústrias cerâmicas da região e as cerâmicas produzidas a partir do século V DC.

Os dados aqui apresentados resultam de levantamentos e escavações por nós realizados desde 1995 em uma área de pesquisa localizada junto à confluência dos rios Solimões (Amazonas) e Negro, na Amazônia central (Heckenberger *et al.* 1998, 1999; Neves 2000, 2003; Petersen *et al.* 2001, 2003, 2004; Costa 2002; Donatti 2003; E. Lima 2003; Neves *et al.* 2003, 2004; Lima 2005; Machado 2005; Neves e Petersen 2005) bem como de trabalhos realizados por outros autores em regiões adjacentes (Hilbert 1968; Simões 1974; Hilbert e Hilbert 1980; Simões e Kalkmann 1987). As informações atualmente disponíveis indicam que os primeiros sítios com cerâmicas parecem surgir repentinamente na Amazônia central ao redor de 300 AC. Tais evidências contrariam diretamente as hipóteses que sugerem ter sido essa região um antigo centro de produção cerâmica no continente com datas recuando a 4.000 AC (Lathrap e Oliver 1987). Além do mais, as cerâmicas antigas da Amazônia central, que propomos pertencer a uma nova fase cerâmica, denominada fase Açutuba, parecem ter relações formais, estilísticas e cronológicas muito fortes com cerâmicas identificadas na bacia dos rios Nhamundá e Trombetas, no baixo Amazonas, pertencentes à fase Pocó (Hilbert e Hilbert 1980). Sugerimos que as cerâmicas das fases Pocó e Açutuba devem ser integradas a uma categoria mais ampla, ainda hipotética, cuja validade heurística deverá ser testada por pesquisas futuras na região, principalmente na área que vai do baixo Amazonas à Amazônia central.

O argumento será desenvolvido da seguinte maneira: primeiramente apresentaremos uma breve revisão sobre a discussão em torno da

cronologia da Amazônia central; em segundo lugar apresentaremos as características geográficas e as intervenções realizadas nos sítios arqueológicos da área de pesquisa; posteriormente apresentaremos as características contextuais e tipológicas que nos levaram à criação da fase Açutuba; finalmente, concluiremos com uma discussão acerca das semelhanças entre as cerâmicas Açutuba e Pocó e dessas cerâmicas com outros complexos amazônicos e norte da América do Sul.

A cronologia cerâmica da Amazônia Central no contexto das terras baixas da América do Sul

A publicação, em 1948, do *Handbook of South American Indians*, editado por Julian Steward deu um impulso às pesquisas arqueológicas e antropológicas nas terras baixas da América do Sul. Foi através do Handbook que primeiramente se lançou o modelo de *cultura da floresta tropical* (TFC), definida por Lowie através da presença de traços tão diversos como o uso de redes de dormir, a navegação fluvial, a cerâmica, a agricultura incipiente, especialmente o cultivo de tubérculos, e a ausência de elementos arquitetônicos ou metalúrgicos (Lowie 1948). Foi também através do Handbook que se lançou uma perspectiva, ainda forte na arqueologia sul-americana, que enxerga a Amazônia como uma área periférica na história cultural do continente (ver, por exemplo, Wilson 1999). Um dos aspectos dessa questão diz respeito à definição de centros antigos de produção cerâmica, já que para alguns autores influentes a Amazônia teria sido recipiente de inovações ocorridas em outras partes do continente, principalmente do noroeste (Meggers e Evans 1961:386; Meggers 1997). Donald Lathrap (1970) apropriou-se do conceito de *cultura da floresta tropical* de maneira diferente, apresentando um quadro alternativo para a

arqueologia amazônica. A constituição do chamado «modelo cardíaco» (Lathrap 1970; Brochado e Lathrap 1982; Lathrap e Oliver 1987; Brochado 1989) colocou a Amazônia central como uma região chave para a compreensão da história pré-colonial das terras baixas da América do Sul, sugerindo ser ali um centro onde se desenvolveram inicialmente processos como o adensamento demográfico, resultante de adaptações agrícolas e ribeirinhas bem sucedidas, e a emergência da complexidade sócio-política, resultantes de uma duradoura ocupação humana. Segundo a hipótese de Lathrap, a Amazônia central teria sido um dos prováveis centros de origem e expansão da Cultura da Floresta Tropical e da agricultura no continente, bem como o centro de dispersão inicial das populações ancestrais dos atuais falantes de línguas dos troncos Arawak e Tupi (Lathrap 1970a:72, 1977). O período inicial desse processo seria datado ao redor de 4000 AC (Brochado e Lathrap 1982; Lathrap e Oliver 1987).

A identificação, na década de 90, de complexos cerâmicos antigos no baixo Amazonas - nos sítios de Taperinha e Pedra Pintada, próximos à cidade de Santarém - trouxe um apoio à hipótese de Lathrap, já que, se confirmadas, tais datas colocam essas cerâmicas entre as mais antigas do continente, nesse caso em um centro de produção distante do noroeste da América do Sul (Roosevelt *et al.* 1991; Roosevelt 1995). No entanto, a seqüência cerâmica da região de Santarém é muito mal conhecida e aparentemente cheia de lacunas e hiatos, o que impede que se entenda melhor, por exemplo, a relação entre tais cerâmicas antigas e complexos mais recentes, da Tradição Incisa e Ponteada, que datam de períodos imediatamente anteriores ao século XVI DC (Meggers 1997; Gomes 2002). Nas áreas litorâneas próximas à foz do Amazonas, cerâmicas com formas simples, engobo vermelho e tempero de conchas moídas foram identificadas por Simões (1981) em

sambaquis associados à chamada fase Mina e datadas em cerca de 3.500 AC. As cerâmicas da fase Mina aparentam ser, no entanto, bastante diferentes das cerâmicas identificadas nos sítios Taperinha e Pedra Pintada, o que impede que se possa inferir algum tipo de relação histórica entre elas. Por outro lado, é na região da foz do Amazonas e ilha do Marajó que se encontra a seqüência arqueológica mais longa conhecida na bacia Amazônica. Tal seqüência se inicia com a fase Mina, há 3.500 AC, e segue, com lacunas, até as fases Aruã, Aristé e Maracá, datadas em 1500 DC ou até em épocas mais recentes (Meggers e Evans 1957; Meggers e Danon 1988; Guapindaia 2001; Schaan 2004).

Na Amazônia central - um suposto centro de produção cerâmica de acordo com Lathrap - uma seqüência cronológica para as ocupações cerâmicas foi proposta há quase quarenta anos por Peter Hilbert (1968). À época, Hilbert contou para elaborá-la apenas com algumas datações radiocarbônicas e com o estudo da estratigrafia dos sítios, muitos deles multicomponenciais. A cronologia de Hilbert para a Amazônia central é composta por quatro conjuntos cerâmicos distintos associados, respectivamente, às fases Manacapuru e Paredão, da Tradição Borda Incisa, à fase Guarita, da Tradição Policrômica da Amazônia, e à fase Itacoatiara, da Tradição Incisa e Ponteada (Hilbert 1968); a cronologia de Hilbert é sintetizada na *Tabela 1*.

A seqüência de Hilbert difere bastante da hipótese de Lathrap, uma vez que indica datas muito mais recentes para as cerâmicas da área. Como conseqüência, foi duramente criticada (Lathrap 1970b). Os conjuntos cerâmicos descritos por Hilbert ocorrem por toda a Amazônia central e foram por ele datados dos séculos V ao XVI DC. A discussão abaixo apresenta brevemente as características dessas cerâmicas, começando pela mais antiga, a fase Manacapuru.

Fase	Tradição	Datas 14C
Itacoatiara	Incisa e Ponteadada	Sem datas
Guarita	Polícroma da Amazônia	Sem datas
Paredão	Borda Incisa	880 ± 70; 870 ± 70 DC
Manacapuru	Borda Incisa	425 ± 58 DC

*Tabela 1: Cronologia cerâmica da Amazônia central
(de acordo com Hilbert 1968: 256)¹*

Cerâmicas da fase Manacapuru são compostas por vasos de formas variadas, normalmente temperados com o cauíxí. A decoração consiste essencialmente na modelagem de figuras abstratas, zoomorfas e antropomorfas, incisões simples e paralelas retilíneas e curvilíneas e engobo vermelho, entre outros elementos. Características marcantes são: a presença de flanges labiais, normalmente usadas como suporte para decoração incisa, em linhas simples ou paralelas, com motivos curvilíneos e retilíneos; a aplicação, nos lábios, de apêndices modelados zoomorfos ou antropomorfos e a presença de lábios planos (Hilbert 1968, Lima 2005). Na Amazônia central, a Fase Manacapuru está presente em sítios unicomponenciais e multicomponenciais cuja matriz sedimentar é composta por solos orgânicos de coloração escura, as chamadas *terras pretas de índio* (TPI) (Mora *et al.* 1991; Lehmann *et al.* 2003; Neves *et al.* 2003; Glaser e Woods 2004). O surgimento das TPI é interpretado como um marcador cronológico e social, indicador do aumento da densidade demográfica e do estabelecimento de assentamentos sedentários ao longo da bacia Amazônica (Petersen *et al.* 2001; Neves *et al.* 2003). Na Amazônia central, tal fenômeno está inicialmente associado ao estabelecimento de ocupações com cerâmicas da fase Manacapuru.

A fase Paredão foi também definida por Hilbert (1968), com datações absolutas en-

tre os séculos VII e XI DC (Donatti 2003, Neves 2003). Distribui-se pela região de Manaus e área de confluência dos rios Negro e Solimões. A variabilidade formal é pequena, principalmente quando comparada com outros complexos cerâmicos amazônicos. As formas mais comuns são os vasos com alça (fruteiras), cuias, algumas com pedestais, e grandes urnas funerárias. A decoração é feita através de pintura vermelha com motivos geométricos em espiral e em gregas, e apêndices antropomorfos (sempre aplicados nas urnas). O tempero mais utilizado é também o cauíxí.

A ocupação mais recente identificada por Hilbert na seqüência da Amazônia central - cujos vestígios são encontrados em grande quantidade pela superfície de muitos sítios arqueológicos - é a chamada fase Guarita, da Tradição Policrômica da Amazônia (TPA), com datas entre os séculos IX e XVI DC (Hilbert 1968; Heckenberger *et al.* 1998). Cerâmicas da fase Guarita estão dispersas por sítios encontrados em toda a Amazônia central, desde o oeste da ilha de Tupinambarana até a região de entorno da cidade de Tefé, no rio Solimões (Hilbert 1968), sendo caracterizadas pela pintura policrômica (vermelho e preto) sobre engobo branco, pela presença de vasos típicos com flanges mesiais e decoração acanalada e

¹ Todas as datas apresentadas no artigo são não calibradas.

também por urnas funerárias antropomorfas. O tempero mais utilizado é o caraipé. As cerâmicas associadas à tradição Polícroma da Amazônia distribuem-se desde a ilha de Marajó até o alto Amazonas (Meggers e Evans 1957, 1983; Evans e Meggers 1968; Hilbert 1968; Lathrap 1970; Herrera *et al.* 1981). Cerâmicas da tradição Polícroma foram produzidas através de técnicas complexas de decoração e estão associadas a sepultamentos em urnas identificados em sítios normalmente de grande porte e de ocupação longa.

A filiação cultural e a posição crono-estilística da fase Manacapuru são temas de debates na arqueologia amazônica. Trata-se de um embate teórico-metodológico cuja origem está na contraposição de dois modelos distintos, que dizem respeito ao seu desenvolvimento e dispersão, bem como sobre sua relação com a fase Guarita na Amazônia central, em termos de continuidade ou ruptura.

Segundo a primeira vertente, a Fase Manacapuru estaria enquadrada na Tradição Borda Incisa, o segundo de quatro Horizontes-Estilísticos (ou Tradições) definidos para a Bacia Amazônica, cujas datas variam entre 100 e 800 d.C. (Meggers e Evans 1961; Hilbert 1968). A tradição Borda Incisa englobaria algumas fases cerâmicas no Amazonas e outras no médio Orinoco, Venezuela. Dentre as fases representadas na Amazônia, estão Manacapuru (na Amazônia central), Boim (médio Amazonas), Japurá (rio Japurá/Caquetá) e Mangueiras (na Ilha de Marajó), entre outras. No Orinoco, a tradição Borda Incisa se manifestaria através das fases Nericagua, Cotua e Los Caros. Cotua e Los Caros foram incluídas no período III da cronologia proposta por Cruxent e Rouse para a Venezuela, que corresponde ao intervalo entre 350 e 1150 DC. Os autores reconheceram tratar-se de um conjunto ainda pouco conhecido, já que «a ocorrência dos traços diagnósticos nessas seis fases é me-

nos consistente e menos proeminente do que em qualquer dos outros horizontes propostos, conseqüentemente o horizonte Borda Incisa é o mais hipotético dos quatro» (Meggers e Evans 1983:378). Embora julguem haver correlação destes materiais com as seqüências cronológicas da Venezuela, Meggers e Evans não aceitam tratar-se de uma manifestação na Amazônia da tradição Barrancóide.

Por outro lado, o quadro apresentado por Lathrap (1970a), de uma longa e duradoura ocupação humana, teria como correlato arqueológico a ausência de rupturas entre os complexos cerâmicos na estratigrafia. Assim sendo, a tradição Barrancóide, encontrada na Venezuela e Caribe, teria se desenvolvido na Amazônia central, e posteriormente migrado para o Norte da América do Sul (Lathrap 1970a:130-132). No que refere à seqüência local, propôs que a fase Guarita surgiu como um desenvolvimento antigo da fase Manacapuru. O autor atribui a ocorrência de complexos com características Barrancóides na periferia Noroeste da Amazônia às dispersões provenientes da Amazônia Central (Lathrap 1970a:132, 1970b:500). Assim, onde Meggers via ruptura, Lathrap acreditava haver indícios de continuidade. As cerâmicas da fase Manacapuru e da fase Guarita deveriam apresentar influências mútuas: flanges labiais teriam migrado até o bojo dos vasos, as incisões teriam se transformado em acanala-dos e os motivos incisos seriam similares aos motivos pintados. As implicações de um ou de outro quadro têm relevância para a construção da história cultural da Amazônia.

A breve revisão acima apresentada indicava um quadro ambíguo para a cronologia cerâmica da Amazônia central. Por um lado, as hipóteses de Lathrap, Brochado e Oliver propunham ser essa área um dos centros iniciais de produção cerâmica em toda a América do Sul. Por outro, as evidências obtidas por Hilbert em seu levantamento sugeriam uma cronologia muito mais recente.

A necessidade de ampliar a base de dados empíricos para o esclarecimento de tais problemas deu origem, em 1995, ao Projeto Amazônia Central (PAC). Os principais objetivos do PAC são a reconstrução de tamanho e forma de assentamentos, e o refinamento da cronologia da área de confluência dos rios Negro e Solimões, no Estado do Amazonas. Até o momento, cerca de 90 sítios foram levantados, dos quais cinco foram intensamente trabalhados através de mapeamento, delimitação e escavações sistemáticas. O projeto já gerou uma bateria de quase cem datações radiocarbônicas, que têm possibilitando um refinamento da cronologia de ocupação dos sítios (Heckenberger *et al.* 1998, 1999; Abreu 2000; Neves 2000, 2003; Costa 2002; Donatti 2003; E. Lima 2003; Petersen *et al.* 2004; Lima 2005; Machado 2005). Em linhas gerais, nossos trabalhos têm indicado que a cronologia de Hilbert é essencialmente correta, com exceção da fase Itacoatiara, que deve ser eliminada, conforme já proposto por Lathrap (Lathrap 1970b; Heckenberger *et al.* 1998)². No entanto, informações recentemente obtidas têm indicado que o componente mais antigo dessa cronologia, composto pela fase Manacapuru, é composto por duas unidades distintas, o que nos leva a propor que seja dividido. As diferenças por nós observadas dizem respeito

² A fase Itacoatiara é composta por cerâmicas semelhantes às da fase Manacapuru. A ocorrência dessas cerâmicas sobre ocupações Guarita no sítio-tipo - provavelmente resultado de processos pós-deposicionais - a falta de datações de ¹⁴C para ancorar a cronologia, o uso de cauixi como tempero e a influência da classificação das cerâmicas amazônicas em quatro horizontes (Meggers e Evans 1961) levaram Hilbert a classificá-las como parte de um complexo mais recente, pertencente à Tradição Incisa e Ponteada. O fato, no entanto, é que não há cerâmicas da Tradição Incisa e Ponteada na Amazônia Central.

a três fatores básicos: à própria variabilidade da cerâmica, aos diferentes contextos de deposição dessas cerâmicas distintas e às diferentes datas às quais elas estão associadas.

A área de pesquisa

Os dados por nós obtidos resultam de pesquisas realizadas em uma área de cerca de 900 km², localizada próximo à cidade de Manaus, no Estado do Amazonas, Brasil. Delimitada ao sul pelo rio Solimões, ao norte e leste pelo rio Negro e a oeste pelo rio Ariáú, trata-se de uma região de diversidade ecológica, caracterizada por ecossistemas de águas pretas e brancas. Tais ecossistemas têm diferentes características quanto à produtividade primária, sendo os rios de água branca mais produtivos que rios de águas pretas. Essas diferenças já haviam sido observadas nos anos cinquenta por Sternberg (1998), em seu clássico estudo sobre a geografia humana na ilha do Careiro, próximo à área de pesquisa. Sternberg observou, por exemplo, diferenças em termos de produtividade pesqueira (Sternberg 1998:44), carga sedimentar (Sternberg 1998:54-55) e aptidão agrícola (Sternberg 1998:58) entre os ecossistemas de águas brancas e pretas. Na área de pesquisa, as planícies aluviais adjacentes ao rio Solimões formam clássicas várzeas amazônicas, compostas por diferentes habitats incluindo lagos sazonalmente inundados, meandros abandonados, canais em diferentes tipos de atividade, restingas, praias e ilhas (Latrubesse e Franzinelli 2002). A cobertura vegetal da várzea inclui capinzais, igapós e florestas (Pires e Prance 1985:126-130). Como em outras partes da Amazônia, a várzea é também tradicionalmente um local preferencial para agricultura e criação de gado (Sternberg 1998; Shorr 2000). Na área de pesquisa, na margem norte do Solimões, a extensão da várzea varia de alguns metros a vários quilômetros. Na margem oposta, a várzea é ainda mais ex-

tensa, chegando a dezenas de quilômetros (Latrubesse e Franzinelli 2002). A bacia do rio Negro não forma várzeas. Sua planície de inundação é relativamente pouco desenvolvida na área de pesquisa sendo coberta por matas de igapó ou por praias de areia branca (Goulding *et al.* 1988:20; Franzinelli e Igreja 2000). Ao contrário das várzeas dos rios de águas brancas, matas de igapós são anualmente inundadas pelas águas ácidas e pobres em nutrientes dos rios de águas pretas. A carga de sedimento arenoso trazida por esses rios é também depositada, formando as extensas praias de areia branca características da bacia do rio Negro (Oliveira *et al.* 2001:204).

Apesar das diferenças em produtividade primária entre as bacias dos rios Solimões e Negro, o curso do baixo rio Negro - ou pelo menos uma faixa de 50 km rio acima a partir de sua foz, portanto dentro da área de pesquisa - tem ainda uma influência do rio Solimões em termos da diversidade e número de espécies de peixes (Goulding *et al.* 1988:100). Talvez isso possa explicar a diferença significativa entre as grandes dimensões dos sítios arqueológicos do baixo rio Negro e as pequenas dimensões dos sítios do alto rio Negro (Neves 1998), uma vez que as populações que ocuparam a região do baixo rio Negro tiveram acesso direto e indireto aos abundantes recursos das várzeas dos rios Solimões e Amazonas. Outro aspecto notável de ecossistemas de águas pretas nesta parte da Amazônia é a ocorrência de extensas áreas de areias cobertas por vegetações típicas, as campinaranas.

Em locais adjacentes às planícies de inundação do Solimões e do Negro há altos barrancos expondo depósitos Cretáceos da formação Alter do Chão erodidos pela ação fluvial (Franzinelli e Igreja 2002). Sobre esses barrancos é comum a ocorrência de sítios arqueológicos, um padrão de assentamento descrito por Denevan (1996) para outras partes da Amazônia. Desse modo, na Amazônia cen-

tral os sítios «de várzea» não estão tecnicamente localizados sobre a várzea, mas adjacentes a ela no alto dos barrancos muito acima da variação anual dos níveis dos rios, mesmo na época da cheia. Assim, flutuações nos níveis dos rios não devem ser vistas como fatores limitantes ao estabelecimento de populações humanas em ambientes de várzea, como proposto por Meggers (1996).

As áreas de interflúvio são compostas por colinas e morros, com encostas de declividade variável, periodicamente cortados por igarapés. O levantamento arqueológico realizado por E. Lima (2003) indica que os topos de colinas eram locais preferenciais para a ocupação humana pré-colonial. Os solos da região são majoritariamente oxisols amarelos e argilosos com pH ácido e baixa aptidão agrícola. É também comum a ocorrência de lateritas na superfície. Além dos oxisols, há também áreas de areais cobertas por podzols e as terras pretas antrópicas associadas aos sítios arqueológicos.

A cobertura vegetal original da área tem uma grande diversidade de espécies, como é o padrão na floresta amazônica. Nos 10.000 hectares da reserva Ducke, próximo a Manaus, foram registradas 2.200 espécies pertencentes a 150 famílias de plantas: 1.300 espécies de árvores, 300 de cipós, 250 de ervas terrestres, 170 de epífitas e 60 de hemiepífitas (Vicentini 2001:177). Atualmente, o desmatamento e a formação de pastos levam ao aumento da concentração de algumas espécies de palmeiras, principalmente o tucumã (*Astrocaryum aculeatum*) e o inajá (*Attaleia maripa*). Nas áreas de terra preta, por outro lado, é notável a alta densidade da palmeira caiúá ou dendê (*Elaeis oleifera*). Nas baixadas e áreas alagadas, prevalecem concentrações de buritis (*Mauritia flexuosa*).

O clima tropical chuvoso e úmido da região caracteriza-se por elevadas temperaturas durante o ano todo (média anual de

27,1° C). Já o regime das águas se divide em duas estações: o inverno, com alto índice pluviométrico, e o verão, quando as chuvas se escasseiam e o nível dos rios aumenta consideravelmente. Atualmente, ao longo do rio Solimões, as áreas de menor altitude são ocupadas periodicamente durante as épocas de vazante, seja pelo plantio de sementes com crescimento rápido, como o milho, feijão e amendoim, seja pela criação de gado. Na cheia, esses locais ficam submersos e são abandonados. A distribuição dos vestígios arqueológicos indica que no passado, essas mesmas áreas foram também ocupadas por grupos indígenas. A reutilização dos mesmos locais ao longo do tempo indica que os critérios de assentamento não mudaram drasticamente a partir do período pré-colonial. Estes se situam majoritariamente em locais não inundáveis, mas próximos aos cursos d'água, e corroboram o modelo de

uso do espaço proposto por Denevan (1996:661), que pressupõe interações sociais entre a várzea e a terra firme

O contexto arqueológico dos depósitos cerâmicos. A cronologia relativa

Os dados analisados provêm de cinco sítios arqueológicos escavados na área de pesquisa: Açutuba, Osvaldo, Lago Grande, Hatahara e Cachoeira (*Figura 1*). A metodologia aplicada em campo seguiu os procedimentos padrão adotados pelo PAC, descritos em detalhe por Neves (2000). A topografia dos sítios foi feita com uma estação total, que gerou mapas digitais detalhados para cada sítio estudado. As tradagens foram feitas com trado manual com copo de 20cm de diâmetro e alcance máximo de 100cm de profundidade, garantindo uma intervenção rápida e de baixo impacto.

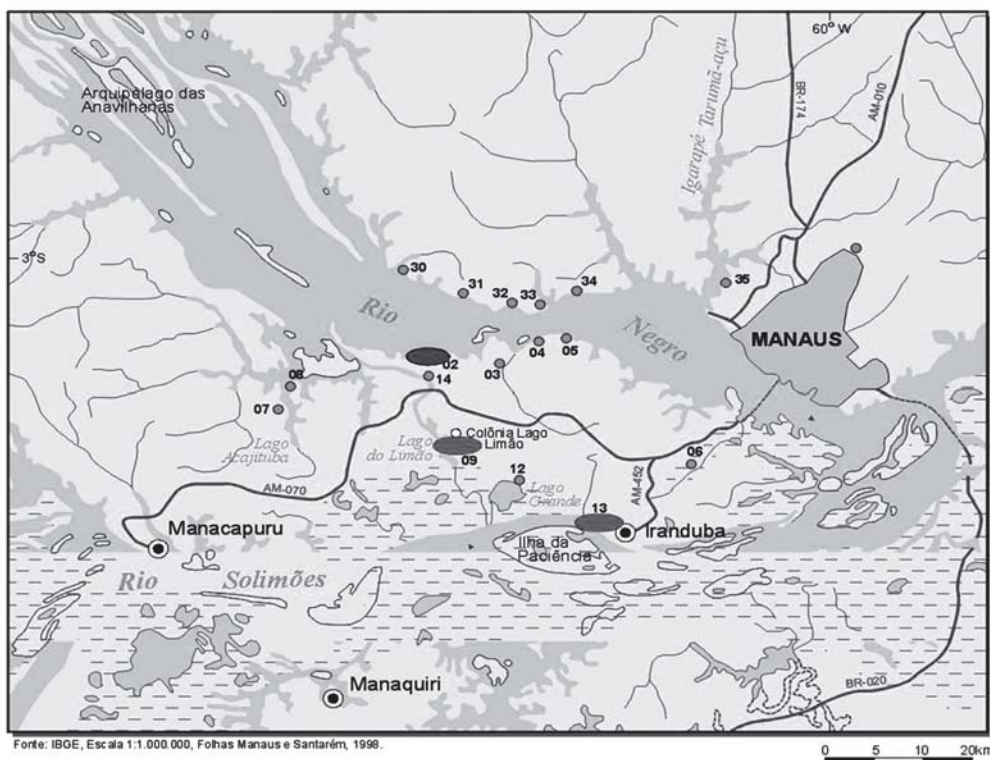


Figura 1 – Localização dos sítios arqueológicos citados no texto (02 – Açutuba; 03 – Cachoeira; 09 – Osvaldo; 12 – Lago Grande; 13 – Hatahara).

Este procedimento é útil na avaliação da profundidade, da variabilidade da densidade dos vestígios enterrados e na delimitação dos sítios. As unidades de escavação obedecem a uma grade de coordenadas cartesianas e têm geralmente 1m². As escavações e sondagens são normalmente abertas em níveis artificiais de 10cm. Todo o material coletado em campo - cerâmicas, amostras de sedimento, carvões e líticos - recebe uma identificação com o nome e sigla do sítio, identificação da unidade de escavação à qual pertence e um número de proveniência. Os procedimentos da escavação e coleta são sistematicamente registrados em fichas: listas de números de proveniência; fichas de tradagens e sondagens, que contêm informações tais como a cor e textura do sedimento; tipos de materiais coletados. Ao final das escavações, são realizadas coletas de amostras de solo para análise micromorfológica nos diferentes estratos, bem como nas feições identificadas.

Os sítios arqueológicos estudados foram selecionados a partir de vários critérios. Em primeiro lugar, todos estão localizados na área de pesquisa do PAC, representando uma boa amostra regional. Em segundo lugar, os sítios apresentam níveis de ocupação em contextos uni e multi-componenciais, permitindo o estabelecimento de comparações. Finalmente, os sítios já foram alvo de pesquisas sistemáticas, com trabalhos de campo e de laboratório, que possibilitaram a obtenção de informações básicas sobre seu tamanho, densidade e cronologia de ocupação (Abreu 2000; Neves 2000, 2003; Lima 2003; Machado 2005). As características dos sítios são discutidas a seguir.

Açutuba: trata-se de um sítio arqueológico que se estende por aproximadamente 3Km ao longo da margem direta do baixo rio Negro. Suas dimensões estimadas são 3000x400m e a profundidade dos depósitos chega a mais de 130cm. O sítio foi dividido em três setores denominados I, II e III, de acordo com suas características geomorfológicas. Identificado em

1994, este é um dos sítios mais intensamente trabalhados pelo PAC, com etapas de escavações em 1995, 1997, 1999, 2002 e 2004. As escavações permitiram a identificação de contextos arqueológicos intactos bem como o estabelecimento de uma hipótese sobre sua cronologia de ocupação (Heckenberger *et al.* 1999; Lima 2003). Açutuba é um sítio chave em toda a área de pesquisa do PAC devido, em parte, à suas grandes dimensões (cerca de 90 hectares de área), e por ser multicomponencial, com uma estratigrafia que indica a ocorrência regular de pelo menos quatro ocupações distintas. De fato, a seqüência crono-estratigráfica do sítio Açutuba fornece o parâmetro para a cronologia regional.

Os depósitos cerâmicos no sítio Açutuba são encontrados em dois contextos distintos: com e sem terras pretas. Os depósitos com terras pretas, mais recentes, contêm cerâmicas das fases Manacapuru, Paredão e Guarita. As cerâmicas relacionadas à fase Manacapuru se encontram dispersas pelos setores I e II do sítio e estão datadas entre os séc. IV ao IX D.C. No setor I, detectou-se a presença de cerâmicas associadas à fase Paredão e em 2002, uma série de urnas funerárias foi exposta em um corte do barranco, indicando tratar-se, possivelmente, de um cemitério. A ocupação mais recente do sítio tem datas entre os séc. IX ao XV (Heckenberger *et al.* 1998), com fragmentos cerâmicos dispersos por uma ampla área, associados à fase Guarita da Tradição Policrômica Amazônica. A essa ocupação se associam depósitos com espessuras que superam 1m, indicando intensas atividades antrópicas. As datações e a análise dos vestígios em superfície indicam que durante esse período o sítio foi ocupado por toda sua extensão.

Os depósitos sem terras pretas contêm cerâmicas inicialmente consideradas pertencentes também à fase Manacapuru. Para entender melhor a cronologia de ocupação dos depósitos dessas cerâmicas com e sem terras pretas, uma série de escavações foram abertas.

Uma primeira unidade, denominada TU20, foi escavada na área central do sítio, no setor II, e apresentou cerâmicas associadas à ocupação Manacapuru, entre 35 e 50cm de profundidade, depositadas num espesso estrato de Terra Preta (Figura 2). A este nível se sobrepõem materiais correspondentes à ocupação mais recente do sítio, com cerâmicas Guarita, que sofreram perturbações recentes. Apesar das perturbações, o material cerâmico proveniente dos níveis mais profundos apresentou um contexto relativamente bem preservado, com fragmentos grandes e remontáveis, o que pôde ser observado tanto pelo perfil, quanto na análise em laboratório.

Paralelamente, duas outras unidades de escavação, denominadas T9 e T10, foram abertas em áreas sem terras pretas. Essas unidades foram abertas em áreas periféricas do sítio, no seu limite sul, sem associação com terras pretas em nenhum dos níveis. A escavação da unidade T9 detectou um nível de ocupação supostamente Manacapuru num contexto bem preservado, bastante profundo, entre 70 e 110cm de profundidade, selado por

uma espessa camada de solo arenoso estéril. O mesmo padrão foi identificado na unidade T10 (Figura 3). Os perfis estratigráficos demonstram que as unidades T9 e T10 cortaram partes de uma mesma estrutura, caracterizada por um denso agrupamento de cerâmicas, conjuntos líticos queimados e lateritas. A unidade T9 interceptou uma de suas margens, enquanto que a escavação de T10 atingiu sua região central. Inicialmente essa estrutura foi interpretada como uma lixeira, mas a análise do material cerâmico nos levou a descartar essa hipótese devido à alta densidade de cerâmicas cuidadosamente decoradas e o baixo índice de remontagens. Em sua região central, a estrutura é interceptada por uma feição circular com 30 cm de diâmetro, composta por sedimento acinzentado pouco compacto circundado por um anel com 2cm de espessura de raízes em decomposição. A associação entre a estrutura e a feição é corroborada pela disposição do material arqueológico e pela estratigrafia, ocorrendo na mesma profundidade, entre 40 e 70 cm. Pode

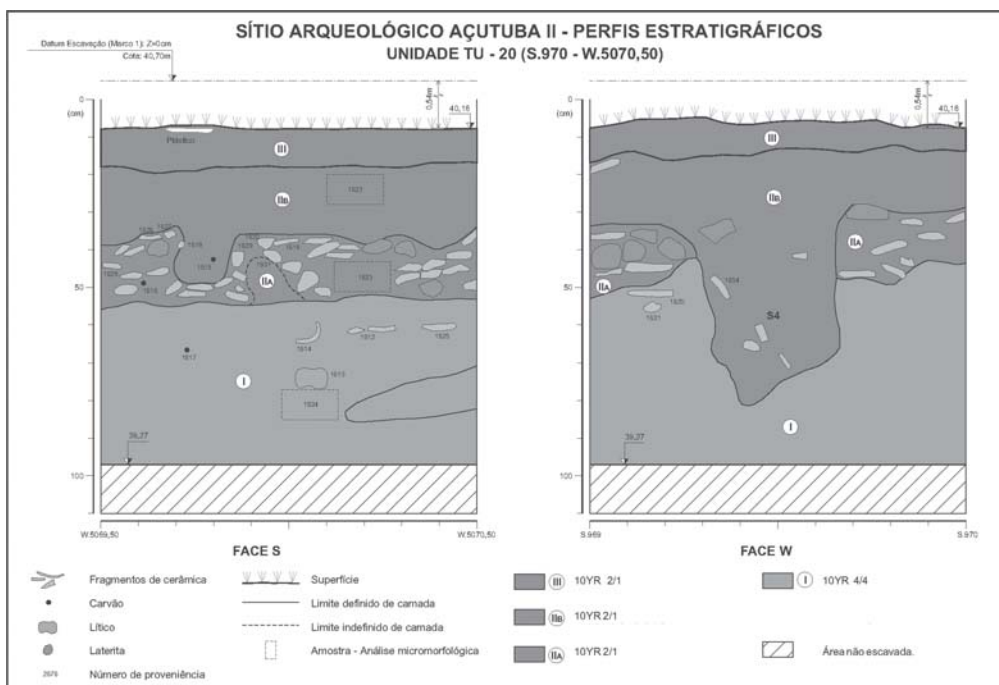


Figura 2 – Perfil estratigráfico da unidade TU20 escavada no sítio Açutuba.

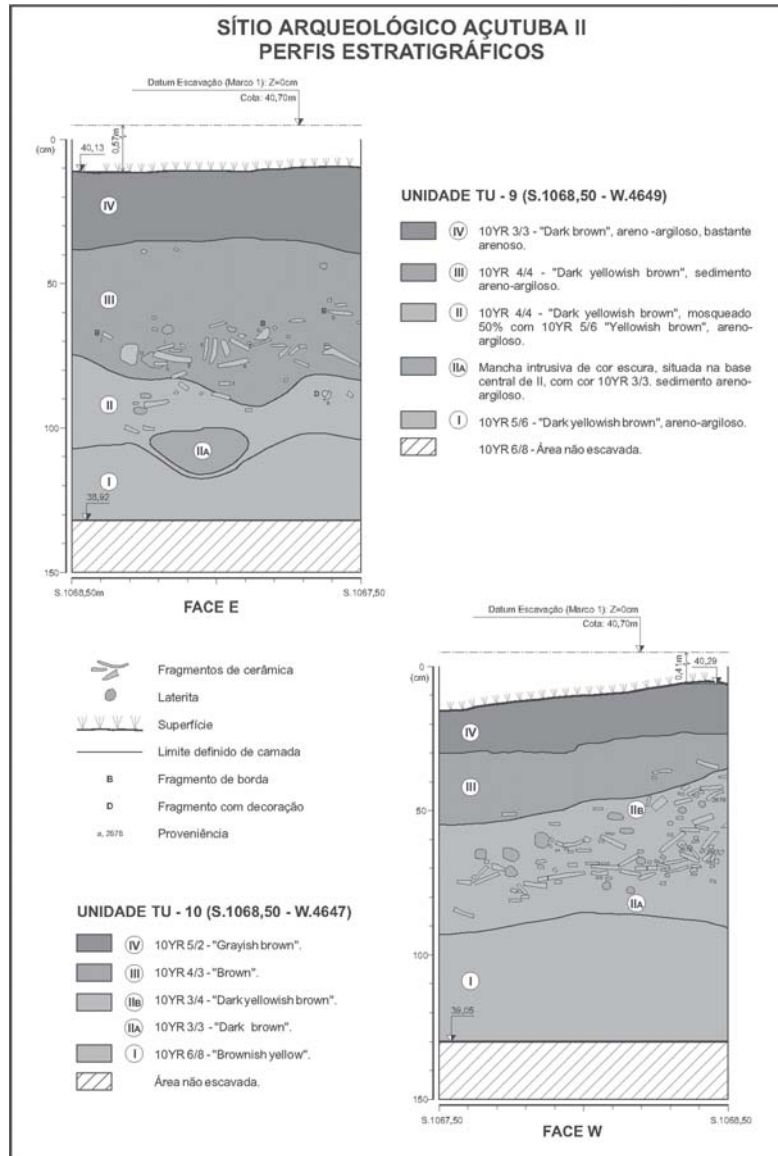


Figura 3 – Perfis estratigráficos das unidades T9 e T10, escavadas no sítio Açutuba.

tratar-se de um buraco de esteio que, após sua decomposição, concentrou matéria orgânica recobrada por raízes provavelmente de palmeira. A análise química dos sedimentos internos e externos da feição poderá ajudar a resolver essa questão. Para compreender melhor o contexto das cerâmicas localizadas em depósitos sem terras pretas, estabelecemos

uma malha de tradagens, sobre a qual realizamos um total de 17 intervenções, com 25 m de espaçamento. As linhas de tradagem foram traçadas com a estação total em quatro direções a partir de T9 e T10, nos sentidos Norte-Sul e Leste-Oeste. A partir dessas séries principais, outras linhas perpendiculares a elas foram traçadas. As tradagens indicaram a

continuidade da ocupação relacionada à fase Açutuba ao longo de uma área de pelo menos 300 m² a partir do local onde foram inicialmente identificadas.

O contexto estratigráfico dos depósitos da fase Açutuba - recobertos por uma espessa camada arenosa estéril até a superfície - indica que o final da ocupação da aldeia foi seguido por um longo período de abandono. O sítio só voltou a ser intensamente habitado alguns séculos depois, quando já se verifica a constituição das terras pretas associada às ocupações da fase Manacapuru. A quantidade e intensidade de intervenções arqueológicas realizadas no sítio Açutuba forneceram uma série informações inéditas. Em primeiro lugar, a correlação entre cerâmicas da fase Manacapuru com a terra preta se confirmou, apresentando clara semelhança com outros depósitos unicomponenciais de ocupação Manacapuru na área de pesquisa, como os sítios Osvaldo e Cachoeira. Essas ocupações são datadas entre os séculos IV e VII DC e representam as primeiras ocupações efetivamente associadas às terras pretas, marcando cronologicamente e também culturalmente o surgimento desse tipo de depósito na Amazônia central. A cronologia relativa dos depósitos - baseada nos contextos estratigráficos - demonstra que no sítio Açutuba, a fase Açutuba é anterior à fase Manacapuru, um padrão confirmado pelas datações de C₁₄, conforme se verá adiante.

Osvaldo: o sítio se localiza na região central da área de pesquisa, junto ao lago do Limão, que recebe sazonalmente águas dos rios Negro e Solimões. A área do sítio é de aproximadamente 700 x 250 m e o depósito arqueológico chega até a 1m de profundidade. Este é um dos poucos sítios arqueológicos conhecidos na área de pesquisa que apresenta um depósito unicomponencial, que permite o estudo detalhado de padrões de assentamento associados a culturas arqueológicas conhecidas (*Figura 4*). Trata-se neste caso de uma ocupação da fase Manacapuru,

depositada numa espessa camada de terra preta. A seqüência de datas obtidas para esta ocupação sugere um processo intenso, conforme atestado pela Terra Preta, com duração de uma ou duas gerações, durante o final do século VII e o início do século VIII DC (Abreu 2000; Neves *et al.* 2004).

O trabalho de campo realizado neste sítio ocorreu em 1999 e compreendeu a delimitação e topografia detalhada de sua área, estabelecimento de linhas de tradagens, escavação de sondagens de 1/2 m², e de uma unidade de 1m² cujos materiais são o nosso objeto de estudo. O exame do perfil da unidade de escavação e a análise dos vestígios cerâmicos confirmaram tratar-se de uma ocupação unicomponencial, apresentando alta densidade de vestígios cerâmicos associados à fase Manacapuru, depositados até uma profundidade de cerca de 90 cm. Tanto o contexto de deposição, quanto as cerâmicas escavadas neste sítio são muito semelhantes à área do sítio Açutuba onde se escavou a unidade TU20. Novamente se observa a associação de cerâmicas Manacapuru aos depósitos de terras pretas. A seqüência de datas obtidas sugere um processo intenso, mas relativamente curto de ocupação, conforme atestado pela Terra Preta, com duração de uma ou duas gerações, durante o final do século VII e o início do século VIII da era Cristã (Neves *et al.* 2004).

Hatahara: o sítio está implantado sobre um alto terraço na margem esquerda do rio Solimões, num local onde a várzea é pouco extensa. Suas dimensões são de 400 x 400 m. Este sítio se caracteriza pela presença de uma série de montículos associados às ocupações Guarita e Paredão, com funções ainda indeterminadas, embora aparentemente funerárias (Machado 2005). Identificado em 1997, este sítio vem sendo sistematicamente escavado desde 1999.

O material cerâmico considerado neste estudo é proveniente de uma unidade de escavação de 1m², denominada N1152

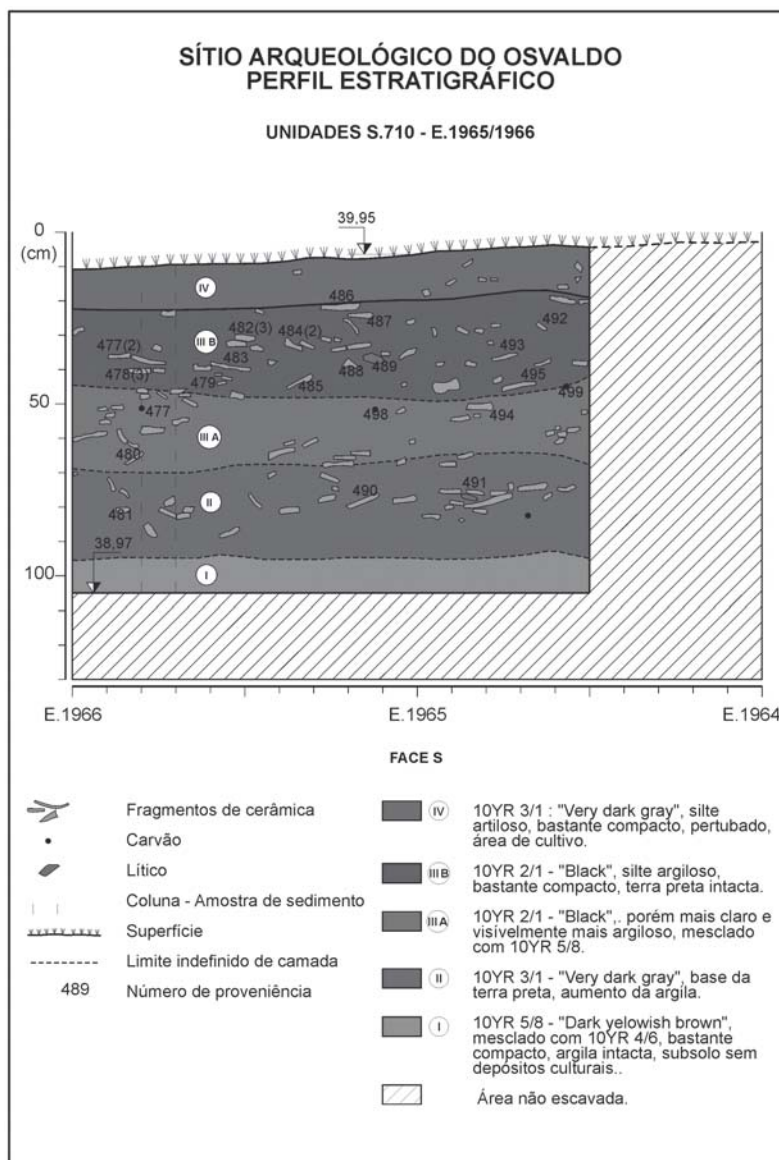


Figura 4 – Perfil estratigráfico da unidade S710 E1965/1966, face Sul, escavada no sítio Osvaldo.

W1360. Esta unidade se localiza em um montículo funerário que apresenta a seguinte seqüência estratigráfica: 1) latossolo amarelo estéril; 2) camada com cerâmicas, mas sem terras pretas; 3) camada com cerâmicas e terra preta; 4) camada de formação do montículo, composta por cerâmicas e terras pretas em contexto secundário de deposição; 5) ca-

mada superficial, perturbada por atividades agrícolas recentes.

Decidiu-se trabalhar com as cerâmicas da camada 2 por tratar-se de uma ocupação anterior à formação da terra preta e do montículo, depositada no latossolo amarelo. Os procedimentos analíticos são os mesmos aplicados nos demais sítios. O resultado da análise indicou tratar-se de um componente

associado à fase Açutuba, colaborando para a definição e caracterização dessa fase. As datas obtidas confirmam o padrão cronológico. Apesar de haver camadas de ocupação com cerâmicas Manacapuru no sítio, sempre associadas às terras pretas, tais camadas não foram identificadas na área de abertura do perfil.

Lago Grande: tem aproximadamente 200 x 200 m e está localizado sobre uma península coberta por mata secundária situada na margem norte do lago homônimo, um típico lago de várzea do rio Solimões. Foi identificado em 1999 e tem sido escavado desde então por apresentar alta densidade de material arqueológico associado à terra preta, bem como estruturas preservadas como valas artificiais, com função defensiva, e lixeiras domésticas. Trata-se de uma antiga aldeia com formato de ferradura (Donatti 2003). A esmagadora maioria das cerâmicas que compõem os depósitos no sítio pertence à fase Paredão, apesar de haver uma consistente, embora pequena, frequência de fragmentos da fase Manacapuru ao longo dos depósitos escavados, alguns deles com espessura de mais de 180 cm.

A ocorrência predominante de cerâmicas da fase Paredão nos contextos escavados sugeriu inicialmente que a formação do sítio resultou de um processo de ocupação contínuo, gerando um depósito unicomponencial, datado do final do século VII ao início do século XI DC. Tal hipótese é embasada por 18 datas em 4 unidades escavadas, localizadas em diferentes partes do sítio (Donatti 2003, Neves 2003; Neves e Petersen 2005). Uma das datas, no entanto, obtida para uma amostra de carvão (LG 566) coletada na base de uma unidade de escavação na extremidade sul do sítio, a 100 cm de profundidade, parecia ser inicialmente aberrante por sua antiguidade, tendo sido por isto descartada (Neves 2003). No entanto, análises posteriores realizadas com as cerâmicas escavadas nesse nível indicaram tratar-se de material da fase

Açutuba, o que é compatível com as datas antigas (Tamura 2005).

Cachoeira: se localiza num terraço alto e plano às margens de um igarapé que deságua na margem direita do rio Negro. Suas dimensões estimadas são de 224 x 70 m. A profundidade dos depósitos chega a pelo menos 75cm. O sítio foi localizado em 1997, mas nunca foi sistematicamente mapeado ou escavado. Os dados aqui obtidos provêm da escavação de uma sondagem de 5m² e 80 cm de profundidade e de coletas de superfície. No entanto, apesar da pequena quantidade de trabalhos realizados e da reduzida área escavada, o sítio Cachoeira foi um dos únicos locais onde vasos inteiros da fase Manacapuru foram escavados em toda área de pesquisa e por isso é aqui discutido. Assim como o sítio Osvaldo, a sondagem escavada indica que o sítio Cachoeira apresenta uma única ocupação da fase Manacapuru, depositada em terra preta areno-argilosa.

Diferenças e semelhanças entre as cerâmicas das fases Açutuba e Manacapuru

A análise das cerâmicas foi realizada em duas etapas: a primeira, quantitativa, foi baseada nos dados de uma ficha; a segunda, qualitativa, teve como objetivo a definição e descrição detalhada de categorias de artefatos³. Os elementos considerados na definição dos tipos aproximam nosso método à análise modal (Raymond 1995). Estabelecidas as categorias gerais de forma, toda a gama de atributos - técnicos e decorativos - é a elas correlacionada, sendo assim definidos os tipos. Tal abordagem se aproxima também da análise de «tipo-variedades» desenvolvida por Meggers (1990), com a diferença que, em nosso caso, o tempero não é o elemento definidor dos tipos. Se, por um lado, hierarquizamos os modos de forma, estes não são os únicos fatores

³ Descrições mais detalhadas podem ser encontradas em Lima (2005).

definidores dos tipos, devendo ser considerados em conjunto com os demais atributos.

Na análise, os seguintes aspectos foram contemplados: seleção, coleta e preparação das argilas; o processo de fabricação do vasilhame, incluindo os tratamentos de superfície; as técnicas e motivos da decoração; processos de secagem e queima; e evidências de utilização, reutilização e descarte. No processo de preparação das argilas, o tempero preponderantemente identificado nas cerâmicas Açutuba e Manacapuru foi o cauíxi, embora outros tipos de tempero tenham sido também identificados, como o caraipé (entrecascas queimadas de árvores do gênero *Licania*), cacos moídos e argila. Tais temperos aparecem em proporções reduzidas e apenas em parte dos fragmentos. No entanto, é importante ressaltar que houve preponderância do caraipé em alguns fragmentos da fase Açutuba, em associação constante com determinados tipos de argila. Os dois tipos de técnicas de manufatura mais frequentes são a roletagem e a modelagem. Elas ocorrem na mesma proporção nas cerâmicas da fase Açutuba e da fase Manacapuru.

Cerâmicas das fases Açutuba e Manacapuru apresentam padrões de queima variados, mas percebe-se que cerâmicas Manacapuru apresentam, na maioria dos fragmentos, queima não oxidada, enquanto que na fase Açutuba, a maior parte dos potes são oxidados. Tais diferenças não têm conseqüências sobre a qualidade da queima, já que neste caso, as cerâmicas com queima não oxidada parecem ter maior grau de dureza.

Mais de metade das bases analisada contém marcas de folhas em sua face externa. O método de análise morfológica do vasilhame foi adaptado de Shepard (1956). Trata-se de uma análise estrutural que propõe uma classificação formal com implicações funcionais. Inicialmente classificam-se os vasos de acordo com a forma (estrutura), que pode ser aberta ou fechada. A partir daí, cada uma dessas categorias gerais de forma é subdividida de acordo com o contorno, que pode ser simples, infletido ou complexo.

Cerâmicas Açutuba e Manacapuru têm uma variação formal bastante ampla. De maneira geral, a região próxima da borda (o pescoço ou a flange) é sempre mais espessa do que o corpo da vasilha. Esta região é preferencial para a aplicação da decoração. Quando a decoração ocorre no bojo dos vasos, esta é uma extensão dos motivos das bordas, relacionada à composição da decoração da borda. Percebe-se que na fase Manacapuru prioriza-se formas fechadas, enquanto que na fase Açutuba a quantidade de formas abertas é visivelmente predominante. As cerâmicas da fase Açutuba dão maior ênfase também à expansão externa do lábio, como nos casos das flanges labiais, e aos diferentes tipos de decorações aplicadas nesta parte do vaso. Os elementos formais mais característicos dessa indústria são as flanges labiais, apliques e apêndices modelados e estatuetas modeladas (Figura 5).

As flanges labiais são muito frequentes entre os materiais da fase Açutuba, podendo ser consideradas como um traço diagnóstico. Ocorrem nas mais variadas formas: desde vasos muito fechados até pratos. A parte superior das flanges labiais é preferencialmente utilizada como suporte para a aplicação de uma variada gama de técnicas e motivos decorativos. De fato, todas as



Figura 5 – Fragmentos cerâmicos da fase Açutuba, decorações mais recorrentes.

flanges analisadas são decoradas. As decorações mais utilizadas são incisões e modelagens que, muitas vezes, se associam a apêndices zoomorfos. Os lábios são sempre planos e cortados. Na fase Açutuba são geralmente incisos e modelados, na fase Manacapuru são ponteados e ungulados na maioria dos casos.

Cerâmicas da fase Açutuba apresentam também flanges mesiais, um atributo comum à fase Guarita. Nas cerâmicas Açutuba, as flanges mesiais são formadas pela adição de um ou mais roletes à meia altura da parede externa dos vasos, dando-lhes uma forma bastante singular. É interessante, neste caso, notar como um elemento definidor da fase Guarita ocorre também em cerâmicas Açutuba, mais antigas, e não Manacapuru, mais recentes, como seria de se esperar se houvesse um longo processo de mudança local, como sugerido por Lathrap (1970b).

Nas cerâmicas Açutuba e Manacapuru verificam-se largamente o uso da modelagem como recurso decorativo. Trata-se geralmente de apêndices aplicados na borda ou no lábio dos vasos, representando figuras antropomorfas, zoomorfas (especialmente répteis e aves) e abstratas. Estão sempre associados a outras técnicas decorativas, como incisões e todos os tipos de pintura. Em pratos ou vasilhas muito abertos os apêndices são uma extensão modelada de flanges labiais. Ocorrem também em grandes tigelas, provavelmente adquirindo função utilitária como alça.

Todos os fragmentos da fase Manacapuru analisados receberam algum tipo de tratamento de superfície. No material da fase Açutuba não foi possível verificar todos os fragmentos, devido ao pior estado de conservação que se encontra o material. Todos os fragmentos analisados foram alisados em pelo menos uma de suas faces. A plasticidade é a característica mais marcante das cerâmicas das fases Açutuba e Manacapuru. A modificação formal das bordas para a obtenção de flanges e pescoços, anteriormente mencionada, pode ser considerada como um elemento decorativo, uma vez que a intenção de tal

modificação é criar um suporte visível para a aplicação da decoração. Existe uma ampla variação de técnicas de decorações plásticas utilizadas que sempre ocorrem em associação. As incisões de todos os tipos - finas, largas, simples, duplas ou múltiplas - são o elemento decorativo mais recorrente na cerâmica, estando presentes na quase totalidade dos fragmentos decorados, geralmente associados a outras técnicas decorativas como a modelagem e a pintura. Excisões, por outro lado, ocorrem apenas entre os fragmentos associados à fase Açutuba. O acanalado, do mesmo modo, ocorre apenas nos fragmentos da fase Açutuba, geralmente aplicados na face externa dos vasos, na região imediatamente abaixo da flange labial ou do pescoço. Podem ser recobertos por pintura ou engobo vermelho. Já o ponteados, o ungulado, o escovado e o digitado ocorrem apenas na fase Manacapuru, sendo praticamente ausentes na fase Açutuba.

No que se refere à decoração plástica, as fases Açutuba e Manacapuru apresentam alguns pontos em comum, como as incisões e a modelagem. No entanto, outras técnicas marcam sensivelmente suas diferenças. A cerâmica Manacapuru prioriza a decoração incisa - simples ou dupla - em linhas finas, formando motivos geométricos. O ponteados é também largamente utilizado. Já nas cerâmicas da fase Açutuba verifica-se maior ênfase na modelagem, no acanalado e na excisão, enquanto que as incisões priorizam motivos curvilíneos e espiralados. De fato, o ponteados é raríssimo na fase Açutuba, assim como não ocorre excisão na cerâmica Manacapuru.

Na decoração pintada, o engobo vermelho é um complemento de técnicas decorativas presentes em ambas fases, não devendo, portanto, ser utilizado isoladamente como critério definidor de tipos. Cabe ressaltar, no entanto, que nas cerâmicas da fase Açutuba o engobo vermelho está associado à excisão formando motivos em baixo relevo, uma técnica verificada posteriormente apenas entre as cerâmicas da fase Marajoara, na foz do

Amazonas. Já o engobo branco, apesar de ser um traço diagnóstico das cerâmicas associadas à fase Guarita, é uma característica diagnóstica também da fase Açutuba, definindo, juntamente com outros atributos, essa indústria. A alta incidência de engobo branco em contextos unicomponeciais da fase Açutuba, bem preservados e caracterizados, e sua aplicação em cerâmicas cujos elementos tecnológicos são muito distintos dos materiais correspondentes à fase Guarita, excluem, no entanto, qualquer possibilidade de intrusão. Assim, consideramos o engobo branco como traço diagnóstico também da fase Açutuba. O engobo branco ocorre também na fase Mancapuru, em menor quantidade.

A policromia foi detectada entre os materiais associados à fase Açutuba nos sítios Açutuba, Hatahara e Lago Grande. Essa técnica consiste na aplicação de pintura em diferentes tonalidades de vermelho ou preto sobre uma camada de engobo branco. A observação dos fragmentos pintados nos permitiu inferir a seqüência de operações requeridas à realização desta decoração. Uma primeira camada de engobo branco era aplicada ao pote já constituído e parcialmente seco. O engobo branco pode ser obtido a partir de um tipo específico de argila, o caulim, bastante comum na região. A essa camada sobrepõe-se uma fina e delicada pintura, que pode ser preta, ou de diferentes tonalidades de vermelho. Essas cores compõem motivos geométricos, retilíneos e/ou curvilíneos. A etapa seguinte consistia na queima dos vasos, que deve ter ocorrido sob alta temperatura em ambiente fechado, já que a pasta tem coloração clara e homogênea. Finalmente, uma última camada de pintura alaranjada podia ser aplicada, completando a composição final do motivo.

A pequena quantidade de fragmentos policromos na amostra impossibilitou a identificação das formas específicas de vasos aos quais essa técnica era aplicada. No

entanto, percebe-se que ocorria uma seleção de argilas específicas para a decoração dos potes com esta técnica. A policromia é aplicada preferencialmente a vasos bastante finos e leves, constituídos por uma pasta de coloração alaranjada ou branca, e temperados com cauixi ou caraipé. Ocorre tanto em fragmentos de contorno simples, como em formas mais complexas com flanges mesiais e apêndices modelados. A pequena proporção desses fragmentos e sua associação a um tipo específico de vasos sugerem que a policromia não era uma técnica amplamente disseminada nessa indústria. Com exceção da fase Pocó, no baixo Amazonas, até o presente momento não havia registros da presença de policromia tão antiga na Amazônia brasileira (Hilbert e Hilbert 1980). No caso da decoração policroma, mais uma vez nota-se a presença de características típicas da fase Guarita ocorrendo em cerâmicas da fase Açutuba, que é pelo menos 600 anos mais antiga. Um exame mais detalhado mostra, no entanto, que os resultados das decorações policromas nessas fases são bastante distintos.

A escavação das unidades T9 e T10 no sítio Açutuba forneceram três fragmentos de artefatos que pensamos ser estatuetas. Um deles representa nitidamente as pernas de uma figura feminina, os outros dois têm uma forma parecida, porém estão bastante fragmentados, sendo visíveis apenas os pés. Resumindo os resultados da análise cerâmica, percebem-se algumas diferenças claras entre as cerâmicas das fases Açutuba e Manacapuru (*Tabela 2*).

Os resultados da análise corroboraram, em parte, as descrições feitas por Hilbert para a fase Manacapuru, porém mostraram que a variabilidade destas cerâmicas, em termos de formas, técnicas e motivos decorativos é muito maior do que anteriormente reportado por este autor. A partir das análises pudemos detectar variações significativas nos materiais cerâmicos supostamente correspondentes a fase Manacapuru na Amazônia central, nos

obrigando a repensar seu significado histórico-cultural. Tais diferenças apontam mais uma vez que a fase Manacapuru deve ser desmembrada, confirmando os padrões contextuais e cronológicos já verificados. Mantivemos a denominação de Hilbert para o conjunto mais recente, fase Manacapuru, enquanto que o conjunto mais antigo foi chamado de fase Açutuba, nome do sítio arqueológico onde foi inicialmente detectada. Os padrões contextuais e de variabilidade cerâmica são também confirmados pela cronologia absoluta, conforme mostraremos a seguir.

As datas - a cronologia absoluta das ocupações Açutuba e Manacapuru

Os dados obtidos para os sítios arqueológicos anteriormente apresentados indicam a ocorrência de pelo menos dois contextos de ocupação, distintos do ponto de vista espa-

cial e estratigráfico, mas inicialmente relacionados à fase Manacapuru na cronologia cerâmica da Amazônia central (Hilbert 1968). Com base nessas diferenças propomos, portanto, que tais contextos devam ser separados em categorias classificatórias distintas, denominadas, por ordem de antiguidade, fases Açutuba e Manacapuru.

Depósitos da fase Açutuba ocorrem em matrizes indiferenciadas das características normais dos solos da região, seja eles argilosos, como nos sítios Hatahara e Lago Grande, seja eles arenosos, como no sítio Açutuba. As matrizes, em ambos os casos, não têm modificações antrópicas visíveis, implicando numa baixa intensidade de ocupação. A delimitação de um assentamento da fase Açutuba, localizado no sítio homônimo, apontou para uma baixa densidade de fragmentos cerâmicos espalhados por uma área não muito ampla, indicando tratar-se de um assentamento de proporções reduzidas. Nos casos onde a

Atributos	Fase Açutuba	Fase Manacapuru
Queima	Oxidada	Não-oxidada
Cauixi como tempero	Presente	Presente
Caraipé como tempero	Presente	Ausente
Formas abertas	Mais freqüentes	Menos freqüentes
Formas fechadas	Menos freqüentes	Mais freqüentes
Incisões retilíneas simples ou duplas	Ausentes	Presentes
Incisões curvilíneas simples ou duplas	Mais freqüentes	Menos freqüentes
Excisão sobre engobo vermelho	Presente	Ausente
Ponteados	Ausente	Presente
Acanalado	Presente	Ausente
Apêndices zoomorfos modelados	Presente	Presente
Flanges Labiais	Presentes	Presentes
Flanges Mesiais	Presentes	Ausentes
Engobo vermelho	Presente	Presente
Engobo branco	Presente	Raro
Pintura policroma	Presente	Ausente

Tabela 2: Quadro comparativo entre as cerâmicas das fases Açutuba e Manacapuru.

densidade de material arqueológico é visivelmente maior, estes são agrupamentos intencionais. Nos sítios Açutuba, Hatahara e Lago Grande as camadas associadas à fase Açutuba são normalmente profundas, variando de 60 cm a mais de 100 cm abaixo da superfície. As datas

radiocarbônicas obtidas para as ocupações Açutuba são listadas na *Tabela 3*.

Por outro lado, as ocupações da fase Manacapuru (*Tabela 4*) presentes nos sítios Açutuba, Osvaldo e Cachoeira são bastante semelhantes em vários aspectos. Estão sempre

NoAmostra	Proveniência	Prof.	Data (1?)	No Lab.
Ac 2611	T10	65 cm	1590±40 BP	Beta 178908
Ac 2652	T10	77 cm	1610±90 BP	Beta 178909
Ac 2230	T9	90-100 cm	2280±100 BP	Beta 178910
Ac 1A	U2	70-80 cm	1800±80 BP	Beta 90724
Hat 1860	N1152 W1360	170-180 cm	2310±120BP	Beta 143597
LG 566	N508 E596	100 cm	1940±60 BP	Beta 178920

Tabela 3: Sítios Açutuba (Ac), Hatahara (Hat) e Lago Grande - Datas radiocarbônicas de ocupações da fase Açutuba (Neves 2003).

No Amostra	Proveniência	Prof.	Data (1?)	No Lab.
Ac II-B	U1	30-40 cm.	1270±60 BP	Beta 90723
Ac II-B	U1	40-50 cm.	1230±70 BP	Beta 106437
Ac II-B	U1	50-60 cm	1590±60 BP	Beta 106438
Osv 332	S700 E1895 SE	20-30 cm	1350±40 BP	Beta 143627
Osv 581	S845 E2046 SE	40-43 cm	1100±40 BP	Beta 143626
Osv 170	S710 E1966	50-60 cm	1350±30 BP	Beta 143616
Osv 435	S710 E1966	61 cm	1340±40 BP	Beta 143617
Osv 505	S710 E1966	66 cm	1350±40 BP	Beta 143618
Osv 270	S845 E1921 SE	60-70 cm	1260±30 BP	Beta 143623
Osv 456	S710 E1966	73 cm	1320±60 BP	Beta 143619
Osv 457	S710 E1966	76 cm	1310±40 BP	Beta 143620
Hat 1892	N1152 W1360	155 cm	960±40 BP	Beta 143595
Hat 1855	N1152 W1360	160-170 cm	1070±70 BP	Beta 143596
Hat 1869	N1152 W1360	180-190 cm	1080±40 BP	Beta 143598
Hat 1873	N1152 W1360	192 cm	1300±40 BP	Beta 143599

Tabela 4: Sítios Açutuba (Ac), Osvaldo (Osv) e Hatahara (Hat). Datas radiocarbônicas de ocupações da fase Manacapuru (com terras pretas).

depositadas em matrizes antrópicas compostas pelas Terras pretas de índio, que se formam na mesma intensidade, tanto em solos arenosos (sítios Açutuba e Cachoeira), quanto em solos argilosos (Osvaldo). A densidade de material arqueológico é, na maioria dos casos, superior as ocupações da fase Açutuba. Embora as ocupações das fases Açutuba e Manacapuru sejam semelhantes em vários aspectos, a relação entre elas ainda não está clara. A fase Manacapuru é pelo menos trezentos anos mais recente. As datas obtidas para a unidade S710 E1966 do sítio Osvaldo indicam um rápido processo de formação da terra preta, o que mais uma vez sugere uma mudança de modo de vida de uma ocupação para a outra. Esta mudança implica em, pelo menos, aumento da densidade demográfica na região.

Outra fonte potencial para determinar a cronologia das ocupações da fase Manacapuru

corresponde às datas obtidas para a unidade N500 E500 do sítio Lago Grande (*Tabela 5*), já que fragmentos cerâmicos Manacapuru estão sistematicamente presentes, embora em pequena quantidade, em todos os níveis da unidade, com frequências que variam de acordo com a frequência das cerâmicas da fase Paredão ali escavadas (Donatti 2003).

Em todos os casos, observamos que o padrão de variabilidade da indústria cerâmica está positivamente correlacionado ao contexto de deposição e à cronologia. As cerâmicas da fase Manacapuru localizadas nos ricos solos de origem antrópica, chamados Terras Pretas de Índio (TPI), são sempre distintas daquelas provenientes das matrizes naturais da área não modificados intensamente por ação humana. A variabilidade cronológica das ocupações das fases Açutuba e Manacapuru na Amazônia central é sumarizada na *Tabela 6*.

No Amostra	Prof(cm)	Data - (1?)	Nº Laboratório
319	36	1050+-40 BP	Beta 143600
324	75	950+-40 BP	Beta 143601
326	83	950+-30 BP	Beta 143602
321	89	960+-30 BP	Beta 143607
325	118	1130+-40 BP	Beta 143604
322	123	1150+-40 BP	Beta 143603
329	142	1100+-30 BP	Beta 143605
330	158	1260+-40 BP	Beta 143606

Tabela 5: Sítio Lago Grande - Datas 14C dos carvões do perfil da unidade 1 (N500 E500).

Fase	Varição cronológica aproximada
Manacapuru	600 - 1000 DC
Açutuba	300 AC - 360 DC

Tabela 6: Variabilidade cronológica das ocupações das fases Açutuba e Manacapuru na Amazônia central.

Trabalhos posteriores deverão verificar a precisão e a resolução destes intervalos. É curioso notar que a data obtida por Hilbert para uma ocupação da fase Manacapuru (425±58 DC) escapa dos intervalos cronológico por nós delineados. Pesquisas futuras contribuirão para refinar o quadro cronológico preliminar aqui proposto.

Discussão e conclusões

Os dados contextuais, cronológicos e de variabilidade cerâmica aqui examinados levaram à subdivisão da fase Manacapuru em duas fases cerâmicas distintas, aqui denominadas Açutuba e Manacapuru, com datas, respectivamente, entre 300 BC e 360 DC e 600 e 1000 DC.

A fase Açutuba pode ser uma representação na Amazônia central das tradições (ou séries) Saladóide e Barrancóide, identificadas no norte da América do Sul e Caribe (Rouse e Crucent 1963; Boomert 2000; Gassón 2002; Petersen *et al.* 2003). As cerâmicas são caracterizadas por uma ampla variabilidade formal e são decoradas através de várias técnicas, como modelagem, incisões, excisões, engobo vermelho e pintura policrômica (várias tonalidades de vermelho e/ou preto) aplicada sobre camada de engobo branco ou diretamente sobre a superfície. A validade de tal hipótese deverá ser testada. Menos especulativa parece ser a relação entre as cerâmicas da fase Açutuba e as cerâmicas antigas dos sítios Pocó e Boa Vista, dos rios Trombetas e Nhamundá, no baixo Amazonas (Hilbert e Hilbert 1980). Se corretas, tais correlações implicariam na ocorrência de uma outra tradição cerâmica, situada cronologicamente entre as já conhecidas tradições Zonada Hachurada e Borda Incisa.

As cerâmicas da fase Manacapuru têm relações estilísticas claras com as da fase Japurá, localizada no rio Japurá/Caquetá e menos óbvias com as da fase Mangueiras,

na ilha de Marajó (Meggers e Evans 1957, pranchas 45-47; Hilbert 1968). Nesse sentido, uma área chave para o estudo dos padrões de distribuição de tais cerâmicas seria a região do baixo Amazonas, no entorno da cidade de Santarém. A relação entre a fase Manacapuru e a fase Açutuba ainda não está clara. Por um lado, a semelhança entre ambas, que têm como unidade uma modificação plástica na região próxima das bordas e lábios formando suportes para a aplicação da decoração, poderia sugerir um desenvolvimento local ocasionado por uma mudança dos modos de vida desses povos. Essas mudanças culturais estariam refletidas no surgimento da terra preta e na própria cerâmica. Por outro lado, o intervalo cronológico entre estas duas fases, bem como o surgimento das terras pretas, podem indicar um processo de ruptura na Amazônia central. Tal questão só poderá ser elucidada à luz de estudos detalhados em outras áreas da Amazônia onde este hiato cronológico é menor.

Tais lacunas não são apenas visíveis na área de pesquisa. Na bacia do Orinoco, há cada vez mais evidências para uma cronologia cerâmica «curta», o que aumentaria o intervalo de tempo entre as ocupações pré-cerâmicas do Holoceno antigo e as ocupações ceramistas iniciais associadas à série Barrancóide (Barse 2000; Boomert 2000). No baixo Amazonas, Roosevelt identificou evidências de produção cerâmica há cerca de 7.000 anos ou mais, associadas em alguns casos a sambaquis fluviais (Roosevelt *et al.* 1991; Roosevelt 1995). No entanto, no baixo Amazonas parece haver uma lacuna nas ocupações ceramistas, uma vez que a sequência só é retomada com as datas de cerca de 2.000 AP para as ocupações identificadas nos sítios Pocó e Boa Vista, nos rios Nhamundá e Trombetas (Hilbert e Hilbert 1980). De fato, a única parte da Amazônia onde aparentemente se verifica uma sequência contínua e ininterrupta desde o Holoceno médio até a chegada dos europeus é a região compreendida pelo estuário, ilha de Marajó e litoral do Salgado, no Pará.

Essa seqüência se inicia com as datas para as cerâmicas da fase Mina, associadas a sambaquis litorâneos, e culmina com as diferentes cerâmicas das fases Aristé, Maracá, Aruã, Mazagão, etc. (Simões 1981).

As datas obtidas tanto para as fases Açutuba e Manacapuru são mais recentes do que a expectativa do modelo de Lathrap (Heckenberger *et al.* 1998) Conseqüentemente, a proposta de dispersão populacional partindo da Amazônia central não se confirma. Do mesmo modo, as características que poderiam indicar continuidade entre as tradições Borda Incisa e Policrômica da Amazônia ocorrem na fase Açutuba, que é mais antiga que fase Manacapuru, e bem mais antiga que a fase Guarita. Deste modo, a reavaliação do significado histórico e cultural das fases Açutuba e Manacapuru tem implicações importantes tanto no aspecto local quanto numa escala mais regional, no contexto das terras baixas sul-americanas.

Finalmente, é importante ressaltar que a discussão aqui apresentada não tem um objetivo meramente classificatório ou tipológico. Ao contrário, ao refinar cronologias regionais e discutir relações estilísticas, cronológicas e contextuais entre complexos cerâmicos o obje-

tivo final é contribuir para a elucidação de um dos problemas de pesquisa mais importantes das terras baixas da América do Sul, que é o das relações históricas entre a Amazônia e o norte do continente.

Agradecimentos

As pesquisas que geraram os dados aqui apresentados foram financiadas por recursos da Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo (processos 99/02150-0, 02/02953-7, 03/03434-0). Agradecemos a nossos colegas do Projeto Amazônia Central, principalmente Fernando W. S. Costa, Juliana S. Machado, Claide P. Moraes, Carlos Augusto da Silva, Gilmar H. Pinheiro Jr., Manuel Arroyo-Kalin, Patrícia B. Donatti, Anderson T. Tamura, Levemilson Mendonça, Cláudio R. P. Cunha, Ricardo Chirinos e Robert Bartone pela participação nos trabalhos de campo e discussão de idéias no laboratório. Agradecemos também aos senhores Yodi Ideta, José Ricardo, Osvaldo Gomes e Adilson Rodrigues pela hospitalidade e permissão de trabalho em suas terras. Mapas e desenhos foram feitos por Marcos Castro.

Referências

Abreu, Maria Emília

- 2001 Estudo dos padrões de uso do espaço do sítio arqueológico Osvaldo (AM-IR-09). Relatório final de Iniciação Científica, Museu de Arqueologia e Etnologia, Universidade de São Paulo.

Barse, William

- 2000 Ronquin, AMS dates, and the Middle Orinoco sequence. *Interciencia* 25(7):337-341.

Boomert, Arie

- 2000 *Trinidad, Tobago and the Lower Orinoco integration sphere: an archaeological/ethnohistorical study*. Cairi Publications, Alkmaar.

Brochado, José P.

- 1989 A expansão dos tupi e da cerâmica da tradição policrômica amazônica, *Dédalo* 9(17-18):41-47.

Brochado, José e Donald Lathrap

- 1982 Chronologies in the New World: Amazonia. ms.

Costa, Fernando W. S.

- 2002 Análise das indústrias líticas da área de confluência dos rios Negro e Solimões. Dissertação de Mestrado apresentada ao Programa de Pós-Graduação em Arqueologia do Museu de Arqueologia e Etnologia da Universidade de São Paulo.

- Denevan, William M.
1996 A bluff model of riverine settlement in prehistoric Amazonian. *Annals of the Association of American Geographers* 86(4):654-681.
- Donatti, Patrícia B.
2003 A ocupação pré-colonial da área do Lago Grande, Iranduba, AM. Dissertação de Mestrado apresentada ao Programa de Pós-Graduação em Arqueologia do Museu de Arqueologia e Etnologia da Universidade de São Paulo.
- Franzinelli, Elena e Hamilton Igreja
2002 Modern sedimentation in the Lower Negro river, Amazonas State, Brazil. *Geomorphology* (3-4):259-271.
- Evans, Clifford e Betty J. Meggers
1957 Formative period cultures in the Guayas basin, coastal Ecuador. *American Antiquity* 22(3):235-247.
1968 *Archaeological investigations on the rio Napo, eastern Ecuador*. Smithsonian, Washington.
- Gassón, Rafael
2002 Orinoquia: the archaeology of the Orinoco river basin. *Journal of World Prehistory* 16(3):277-311.
- Glaser, Bruno e William I. Woods (Editores)
2004 *Amazonian dark earths: explorations in space and time*. Springer Verlag, Berlin.
- Gomes, Denise M. C.
2002 *Cerâmica arqueológica da Amazônica: vasilhas da coleção tapajônica MAE-USP*. Editora da Universidade de São Paulo, São Paulo.
- Goulding, Michael M. L. Carvalho e Efrem G. Ferreira
1988 *Rio Negro: rich life in poor water*. SPB Academic Publishing, The Hague.
- Heckenberger, Michael J., Eduardo G. Neves e James B. Petersen
1998 De onde surgem os modelos?: considerações sobre a origem e expansão dos Tupi. *Revista de Antropologia* 41:69-96.
- Heckenberger, Michael, James B. Petersen e Eduardo Neves
1999 Village size and permanence in Amazonia: two archeological examples from Brazil. *Latin American Antiquity* 10(4):353-376.
- Herrera, Leonor, Warrick Bray e Colin McEwan
1981 Datos sobre la arqueología de Araracuara. *Revista Colombiana de Antropología* 23:185-251.
- Hilbert, Peter
1968 *Archäologische untersuchungen am mittlern Amazonas*. Dietrich Reimer Verlag, Berlin.
- Hilbert, Peter e Klaus Hilbert
1980 Resultados preliminares de pesquisa arqueológica nos rios Nhamundá e Trombetas, baixo Amazonas. *Boletim do Museu Paraense Emilio Goeldi* 75:1-11
- Hoopes, John
1994 Ford revisited: a critical review of the chronology and relationships of the earliest ceramic complexes in the New World, 6000-1500 B.C. *Journal of World Prehistory* 8(1):1-49.
- Jordan, Carl
1985 Soils of the Amazon rainforest. En *Amazonia*, editado por Gillian Prance e Thomas Lovejoy, pp 83-94. Pergamon Press, Oxford.
- Lathrap, Donald
1970a *The upper Amazon*. Thames and Hudson, Londres.
1970b Review of «Archäologische untersuchungen am mittlern Amazonas», by P. Hilbert. *American Antiquity* 35(4): 499-501.

- 1977 Our father the cayman, our mother the gourd: Spinden revisited or a unitary model for the emergence of agriculture in the New World. En *Origins of agriculture*, editado por Charles Reed, pp 713-751. Mouton, The Hague.
- Lathrap, Donald e José Oliver
 1987 Agüerito: el complejo policromo más antiguo de America en la confluencia del Apure y el Orinoco (Venezuela). *Interciencia* 12:274-289.
- Latrubesse, Edgardo e Elena Franzinelli
 2002 The Holocene alluvial plain of the middle Amazon River, Brazil. *Geomorphology* 44(3-4):241-257.
- Lehmann, Johannes, Dirse Kern, Bruno Glaser e William I. Woods (Editores)
 2003 *Amazonian dark earths: origin, properties, management*. Kluwer, Dordrecht.
- Lima, Helena P.
 2005 Cronologia da Amazônia Central: o significado da fase Manacapuru. Memorial de Qualificação (Doutorado), Programa de Pós-Graduação em Arqueologia, Museu de Arqueologia e Etnologia, Universidade de São Paulo.
- Lima, Luis Fernando E.
 2003 Levantamento arqueológico das áreas de interflúvio na área de confluência dos rios Negro e Solimões. Dissertação de Mestrado, Programa de Pós-Graduação em Arqueologia Brasileira do Museu de Arqueologia e Etnologia da Universidade de São Paulo.
- Lowie, Robert
 1948 The tropical forests: an introduction. En *Handbook of South American Indians*, volumen 3, editado Julian Steward, pp 1-56. Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution, Washington.
- Machado, Juliana S.
 2005 A formação de montículos artificiais: um estudo de caso no sítio Hatahara, Amazonas. Dissertação de Mestrado, Programa de Pós-Graduação em Arqueologia Brasileira do Museu de Arqueologia e Etnologia da Universidade de São Paulo.
- Meggers, Betty
 1971 *Amazonia: man and culture in a counterfeit paradise*. Aldine, Chicago.
 1990 Reconstrução do comportamento locacional pré-histórico na Amazônia. *Boletim do Museu Paraense Emilio Goeldi* 6(2):183-203.
 1996 *Amazonia: man and culture in a counterfeit paradise*. 2nd edición. Aldine, Chicago.
 1997 La cerámica temprana en América del Sur: ¿invención independiente o difusión? *Revista de Arqueología Americana* 13:7-40.
- Meggers, Betty J. e Jacques Danon
 1988 Identification and implications of a hiatus in the archaeological sequence on Marajó island, Brazil. *Journal of the Washington Academy of Sciences* 78(3):245-253.
- Meggers, Betty J. e Clifford Evans
 1957 *Archaeological investigations at the mouth of the Amazon*. Bureau of American Ethnology, Washington.
 1961 An experimental formulation of horizon styles in the tropical forest of South America. En *Essays in pre-Columbian art and archaeology*, editado por Samuel Lothrop, pp 372-388. Harvard University Press, Cambridge.
 1983 Lowland South America and the Antilles. En *Ancient South Americans*, editado por Jesse Jennings, pp 287-335. W. H. Freeman, San Francisco.
- Mora, Santiago, Luisa F. Herrera, Inés Cavelier e Camilo Rodríguez
 1991 *Cultivars, anthropic soils and stability: a preliminary report of archaeological research in Araracuara, Colombian Amazon*. University of Pittsburgh Latin American Archaeology Reports 2, Pittsburgh.

- Neves, Eduardo G.
- 1998 Paths in dark waters: archaeology as indigenous history in the upper rio Negro basin, northwest Amazon. Dissertação doctoral, Department of Anthropology, Indiana University, Bloomington.
- 2000 Levantamento arqueológico da área de confluência dos rios Negro e Solimões, Estado do Amazonas. Relatório de Atividades, Junho de 1999-Agosto de 2000. Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo (FAPESP)
- 2003 Levantamento arqueológico da área de confluência dos rios Negro e Solimões, Estado do Amazonas: continuidade das escavações, análise da composição química e montagem de um sistema de informações geográficas. Relatório apresentado à Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo (FAPESP)
- Neves, Eduardo G. e James B. Petersen
- 2005 The political economy of pre-Columbian landscape transformations in Central Amazonia. En *Time and complexity in historical ecology: studies in the neotropical lowlands*, editado por William Balée e Clark Erickson. Columbia University Press, Nova York. No prelo.
- Neves, Eduardo, James B. Petersen, Robert N. Bartone e Carlos Augusto da Silva
- 2003 Historical and socio-cultural origins of Amazonian dark earths. En *Amazonian dark earths: origin, properties, management*, editado por Johannes Lehmann, Dirse Kern, Bruno Glaser e William I. Woods, pp 1-45. Kluwer, Dordrecht.
- Neves, Eduardo G., James B. Petersen, Robert N. Bartone e Michael J. Heckenberger
- 2004 The timing of terra preta formation in the central Amazon: archaeological data from three sites. En *Amazonian dark earths: explorations in space and time*, editado por Bruno Glaser e William I. Woods, pp 125-134. Springer Verlag, Berlin.
- Oliveira, Alexandre, Douglas Daly, Alberto Vicentini e Mario Cohn-Haft
- 2001 Florestas sobre areia: Campinaranas e Igapós. En *Florestas do rio Negro*, editado por Alexandre Oliveira e Douglas Daly, pp 181-219. Companhia das Letras/UNIP/The New York Botanical Garden, São Paulo.
- Oyuela-Caycedo, Augusto
- 1995 Rock versus clay: the evolution of pottery technology in the case of San Jacinto 1, Colombia. En *The emergence of pottery: technology and innovation in ancient societies*, editado por William Barnett e John Hoopes, pp 133-144. Smithsonian, Washington.
- Petersen, James B., Eduardo G. Neves e Michael J. Heckenberger
- 2001 Gift from the past: terra preta and prehistoric Amerindian occupation in Amazonia. En *Unknown Amazon. Culture in nature in ancient Brazil*, editado por Colin McEwan, Cristiana Barreto e Eduardo Neves, pp 86-105. British Museum Press, Londres.
- Petersen, James B., Michael J. Heckenberger e Eduardo G. Neves.
- 2003 A prehistoric ceramic sequence from the central Amazon and its relationship to the Caribbean. En *Proceedings of the 19th International Congress for Caribbean Archaeology*, editado por L. Alofs e R. Dijkoff, pp 250-259. Archaeological Museum of Aruba, Aruba.
- Petersen, James B., Eduardo G. Neves, Robert N. Bartone e Manuel A. Arroyo-Kalin
- 2004 An overview of Amerindian cultural chronology in the central Amazon. Relatório apresentado ao Society for American Archaeology, Montréal.
- Pires, Joaquim M. e Gillian Prance
- 1985 The vegetation types of the Brazilian Amazon. En *Amazonia*, editado por Ghilleen Prance e Thomas Lovejoy, pp 109-145. Pergamon Press, Oxford.
- Raymond, J. Scott
- 1995 From potsherds to pots: a first step in constructing cultural context from tropical forest archaeology. En *Archaeology in the lowland American tropics: current analytical methods and applications*, editado por Peter Stahl, pp 224-242. Cambridge University Press, Cambridge.

- Raymond, J. Scott, Augusto Oyuela-Caycedo e Peter Carmichael
 1994 Una comparación de las tecnologías de la cerámica temprana de Ecuador y Colombia. En *Tecnología y organización de la producción cerámica prehispánica en los Andes*, editado por Izumi Shimada, pp 33-52. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo
 1997 *Arqueología de Colombia*. Presidencia de la República, Bogotá.
- Roosevelt, Anna C.
 1995 Early pottery in the Amazon. Twenty years of scholarly obscurity. En *The emergence of pottery. Technology and innovation in ancient societies*, editado por William K. Barnett e John Hoopes, pp 115-131. Smithsonian, Washington.
- Roosevelt, Anna C., R. Housley, I. M. Imazio da Silveira, S. Maranca e R. Johnson
 1991 Eighth millennium pottery from a prehistoric shell midden in the Brazilian Amazon. *Science* 254:1621-1624.
- Roosevelt, A.C., M. Lima, C. Lopes, M. Michab, N. Mercier, H. Valladas, J. Feathers, W. Barnett, M. Imazio, A. Henderson, J. Sliva, B. Chernoff, D.S. Reese, J.A. Holman, N. Toth e K. Schick
 1996 Paleoindian cave dwellers in the amazon: the peopling of the Americas. *Science* 272:373-384.
- Rouse, Irving e José Crucent
 1963 *Venezuelan archaeology*. Yale University Press, New Haven.
- Simões, Mario
 1981 Coletores-pescadores ceramistas do litoral do Salgado (Pará). *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi* 78:1-31.
 1974 Contribuição à arqueologia dos arredores do baixo rio Negro. En *Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas* 5:165-200.
- Simões, Mario e Ana Kalkmann
 1987 Pesquisas arqueológicas no Médio Rio Negro (Amazonas). *Revista de Arqueologia* 4(1):83-116.
- Shepard, Anna O.
 1956 *Ceramics for the archaeologist*. Carnegie Institution, Washington.
- Shorr, Nicholas
 2000 Early utilization of flood-recession soils as a response to the intensification of fishing and upland agriculture: resource-use dynamics in a large Tikuna community. *Human Ecology* 28(1):73-107.
- Staller, John
 2001 Reassessing the developmental and chronological relationships of the Formative of coastal Ecuador. *Journal of World Prehistory* 15(2):193-256.
- Sternberg, Hilgard
 1998 *A água e o homem na várzea do Careiro*. Museu Paraense Emílio Goeldi, Belém.
- Tamura, Anderson
 2005 A ocupação pré-colonial do sítio Lago Grande. Relatório parcial de iniciação científica apresentado à Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo.
- Vicentini, Alberto
 2001 As floretas de terra firme. En *Florestas do Rio Negro*, editado por Alexandre Oliveira e Douglas Daly, pp 145-177. Companhia das Letras/UNIP/The New York Botanical Garden, São Paulo.
- Williams, Dennis
 1997 Early pottery in the Amazon: a correction. *American Antiquity* 62(2):342-352.
- Wilson, David
 1999 *Indigenous South Americans of the past and present: an ecological perspective*. Westview Press, Boulder.

PROSPECTANDO CACIQUES: TEORÍAS Y MÉTODOS ACTUALES PARA EL ESTUDIO DE LAS SOCIEDADES COMPLEJAS EN EL NORTE DE SURAMÉRICA¹

Rodrigo Navarrete Sánchez

Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela

El tema de las sociedades complejas iniciales tardías-usualmente caracterizadas como cacicales o jerárquicas- en el norte de Suramérica y el Caribe ha sido recurrente y se ha manifestado con insistencia en la literatura arqueológica en las últimas tres décadas. Esta ponencia intenta desarrollar una revisión crítica de los procedimientos teóricos y metodológicos para la detección y análisis de evidencias materiales y documentales asociadas a sociedades complejas en la región, a la luz de los hallazgos y reflexiones originadas durante la realización del proyecto en desarrollo «Arqueología y etnohistoria en la región de la Depresión del Unare (Llanos Orientales venezolanos)».

O tema das sociedades complexas iniciais tardias – usualmente caracterizadas como cacicados (cacaiais não existe em português) ou sociedades hierárquicas - no Norte da América do Sul e no Caribe tem sido recorrente e se manifestado com insistência na literatura arqueológica nas últimas três décadas. Este artigo busca desenvolver uma revisão crítica dos procedimentos teóricos e metodológicos para a detecção e análise de evidências materiais e documentais associadas a sociedades complexas na região, a luz dos achados e reflexões originadas durante a realização do projeto em desenvolvimento «Arqueologia e etnohistória da região da Depressão do Unare (Llanos Orientais venezuelanas)».

Discussions on late initial complex societies -usually characterized as chiefdoms or hierarchical organizations- in Northern South America and the Caribbean has been pervasive and insistent in the archaeological literature during the last three decades. This paper attempts to develop a critical review of the theoretical and methodological procedures for detecting and analyzing material and documentary evidences related to complex societies in the region, on light of the findings and reflections originated from the development of the on-going project «Archaeology and ethnohistory of the Unare Depression region (eastern Venezuelan llanos)».

Por fortuna —pero también desafortunadamente— el camino de las certezas arqueológicas parece haberse terminado o, al menos, desdibujado en el trayecto; desafortunado

porque cada día perdemos más la plataforma sobre la cual hacíamos reconstrucciones, interpretaciones o versiones del pasado confiadamente; afortunado debido que se han

¹ Este artículo es una versión extendida de la conferencia con el mismo nombre presentada en el acto de clausura del III Congreso de Arqueología en Colombia, Popayán, 11 de diciembre de 2004.

abierto muchas rutas y trochas, incluso dentro de la teoría procesualista, muchas de ellas empujadas y empedradas pero siempre estimulantes e iluminadoras, para la interpretación de las situaciones y de las prácticas sociales pretéritas. El estudio de las sociedades iniciales, pre-estatales, intermedias, jerárquicas o cacicales (o como se les desee denominar según la posición teórica o tradición académica esgrimida) es un caso ejemplar de esta transformación; puesto que fue categoría o estadio social sin nombre por mucho tiempo (recordemos la premisa foucaultiana de que lo que no tiene nombre no existe en la realidad cultural) requirió de una cuidadosa construcción por parte de la teoría antropológica a partir del estudio etnográfico e histórico de la particularidad de las sociedades del norte de Suramérica y el Caribe y de Polinesia (Service 1972; Earle 1987, 1991, 1997; Spencer 1987).

Oberg (1955) y Steward y Faron (1959) elaboraron la etiqueta para esas sociedades intermedias geográfica y culturalmente (por encontrarse entre las áreas nucleares, así como entre las tribus tropicales y los Estados andinos) y establecieron los límites diagnósticos para su comprensión, pero también para su encasillamiento. De la descripción primigenia, sin intenciones evolucionistas explícitas, surgió una definición evolutiva modelo que ha servido para englobar toda situación social que se encontrara entre la tribu igualitaria y la sociedad de clases, a veces olvidando las particularidades de las transformaciones socioculturales de cada contexto. En este sentido este trabajo propone una revisión crítica de los postulados teóricos y procedimientos metodológicos para la detección y análisis de evidencias materiales y documentales asociadas a sociedades complejas en el norte de Suramérica, usualmente caracterizadas como cacicales o jerárquicas, a la luz de los hallazgos y reflexiones derivadas del proyecto *Reconstrucción arqueológica y etnohistórica del poblamiento indígena tar-*

dío de la región de la Depresión del Unare, Llanos Orientales venezolanos (siglos XV-XVII) (Navarrete 2000).

Los limitados casos de estudios a que haré referencia provienen del territorio venezolano porque es el marco de evidencias que conozco más directamente y sobre el cual se ha discutido con menos frecuencia en el contexto arqueológico suramericano por su supuesto carácter periférico o intermedio entre zonas nucleares como los Andes, Centro América o el Caribe. En primer lugar presentaré, de manera general, las propuestas que se han hecho en Venezuela con respecto al tema y las revisiones o reconsideraciones teórico-metodológicas más actuales; después sintetizaré los productos preliminares del proyecto arqueológico que se lleva a cabo en la región del Bajo Unare y terminaré con una serie de consideraciones y cuestionamientos teóricos, metodológicos y técnicos que servirá para revisar críticamente la concepción y aplicación de la noción de complejidad social al pasado del norte de Suramérica.

Caciques venezolanos: primeros acercamientos a la cuestión de la complejidad social prehispánica en Venezuela

Los epicentros geográficos principales del desarrollo de investigaciones arqueológicas relacionadas con el problema de la complejidad cultural en Venezuela, ambos en el occidente del país, han sido los Llanos Occidentales y el piedemonte andino larense y falconiano, especialmente el área vinculada con los valles de Quíbor y Sicarigua y sus áreas de influencia. Un tímido anexo oriental a esta discusión sería la interpretación realizada por Roosevelt en el Orinoco Medio a partir de las evidencias en Parmana (*Figura 1*).

Aun cuando en la historia del pensamiento arqueológico venezolano ha habido una fuerte influencia histórico-cultural la introducción

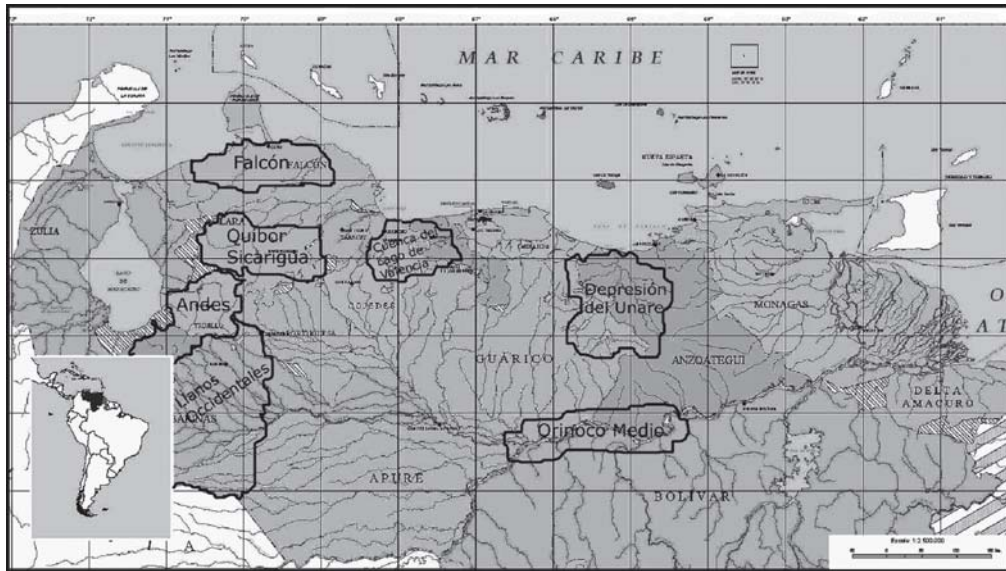


Figura 1. Ubicación relativa de áreas de interés para el estudio de las sociedades complejas en Venezuela

del pensamiento ecológico-cultural, del materialismo histórico y de una escasa (pero potente) influencia procesual o, al menos post-normativa dio sentido, cargó de información y legitimó el uso del estudio cacical (Navarrete 2004). En los Llanos Occidentales venezolanos los trabajos de Zucchi y Denevan (Zucchi y Denevan 1974, 1989; Denevan y Zucchi 1978; Zucchi 1978, 1985, 1991) en la década de 1970 sentaron la base empírica para el desarrollo de la teoría de cacicazgos regionales; sus excavaciones intensivas en sitios como La Betania, La Calzada y Caño Ventosidad incluyeron el estudio de la transformación del medioambiente local por las sociedades prehispánicas, enfatizando la existencia de construcciones artificiales de tierra en la zona conjuntamente con estudios estilísticos cerámicos. A finales de esa década Garson (1980) formuló la existencia de un patrón de asentamiento diferencial en la región en La Calzada, entre sitios monticulares que varían en cantidad, tamaño y forma en sus construcciones artificiales de tierra; su análisis no se enfocó en la cerámica sino prestó atención al patrón de

asentamiento regional y a la producción de alimentos y determinó que las aldeas, lejos de ocupaciones aisladas, eran espacios interconectados y que las variaciones en la cantidad, especies y tamaño de los recursos zoológicos aprovechados regionalmente dependían de esta jerarquía y de las variaciones estacionales del ambiente llanero.

A finales de la década de 1980 Spencer y Redmond (Spencer 1986; Redmond y Spencer 1990, 1994; Redmond 1992) desarrollaron una tesis general sobre la jerarquía en la región. A partir de sus trabajos en varios sitios del área de los altos llanos (cuenca del río Gaván) y el piedemonte andino (cuenca del río Curbatí) en Barinas establecieron la presencia de dos tradiciones interactuantes, Gaván y Curbatí; basándose en las evidencias etnohistóricas de los grupos Caquetíos y Jirajaras para la zona postularon la existencia de un sistema de subordinación política de los segundos por los primeros. De esta manera definieron una jerarquía de asentamientos intra e inter-tribal en la cual sobresalió un sitio principal en los llanos, Gaván, que presenta complejas estructuras,

una calzada circundante y calzadas que lo conectan con otros sitios monticulares de segundo orden y áreas productivas. Ellos plantean que entre 500 y 600 DC surgió una sociedad cacical caracterizada por los siguientes rasgos: jerarquía de asentamientos de tres niveles, concentración demográfica, diferenciación de status en las viviendas y enterramientos, redes de intercambio a larga distancia y actividades bélicas constantes. Teniendo como marco una visión neoevolucionista supusieron que la necesidad de control y gerencia sobre el excedente productivo, sobre las actividades comunales masivas (como las construcciones artificiales de tierra), sobre las redes comerciales y sobre las actividades bélicas inter-tribales constantes requirió el surgimiento de una estructura de toma de decisiones con una autoridad centralizada permanente que, paulatinamente, fue formalizándose desde la emergencia del «gran hombre» y conformando una estructura social permanente (Spencer 1990a, 1990b, 1993).

Roosevelt (1980, 1987, 1993) ha sugerido la presencia de sociedades complejas tardías en la región del Orinoco Medio a partir de la introducción de la semicultura en la región; sus trabajos en Parmana le permitieron definir un asentamiento con una alta concentración demográfica para el período Camoruco, alrededor de 500 DC, que evidencia la producción de un excedente y una organización social y espacial compatible con estructuras jerárquicas. Su tesis se basa en el supuesto de que la introducción de la tecnología del maíz desde el occidente por parte de los grupos de la tradición Camoruco permitió superar las limitaciones ambientales y productivas de la subsistencia basada en el cultivo de la yuca en tierras bajas tropicales y permitió la concentración demográfica y el desarrollo tecnológico necesario para el surgimiento de la complejidad social en el Orinoco Medio.

Otra línea de interpretación, de tradición materialista histórica, la arqueología social latinoamericana, produjo una visión alternativa, también dentro del espíritu moderno. Paradójicamente esta visión se asentó sobre presupuestos científicistas similares a los procesualistas pero enfocó el problema esencial de la interpretación del pasado desde una perspectiva social más compleja (Navarrete 1999, 2004). Su centro geográfico de trabajo fue el área de los valles y el piedemonte larenses. Desde la década de 1980 Sanoja, Vargas, Molina y otros (Sanoja y Vargas 1979, 1987; Sanoja 1981; Molina 1982, 1985; Toledo y Molina 1987) desarrollaron trabajos de investigación intensivos en el valle de Quíbor que les permitieron formular la tesis de la existencia de sociedades cacicales en este territorio alrededor de 1000 DC. Ellos argumentan la existencia de complejas necrópolis en el valle, ofrendas funerarias diferenciales (algunas de las cuales incluían adornos de concha marina altamente elaborados), presencia de aldeas monticulares y distinción entre alfarerías culinarias y rituales como indicadores determinantes y principales de un proceso de complejización social catapultado por las posibilidades de producción excedentaria que podía ofrecer en la región un modo de vida vegetal. Desde una perspectiva marxista se concentraron, más que en el problema de la formación de un liderazgo, en la constitución de un sistema productivo que se complejizó a partir de la redistribución y el consumo diferencial del excedente productivo tribal y que propició un sistema de subordinación y diferenciación jerárquica intra e inter-tribal a nivel regional.

En otras regiones de Venezuela, como los Andes, la cuenca del lago de Valencia y la costa falconiana, aun cuando las evidencias apuntan hacia la presencia de sociedades complejas durante el período prehispánico, las investigaciones para la determinación de cacicazgos no han sido conclusivas.

Nuevos caciques venezolanos: aproximaciones actuales a la complejidad social prehispánica en Venezuela

Desde las tradiciones positivista y marxista (con puntos de convergencia, divergencia, yuxtaposición y conciliación) nuevos autores han tratado de enfocar en Venezuela el problema desde propuestas más diversas y flexibles, no sólo cuestionando los modelos y los postulados teóricos sino, también, las metodologías de recolección de la evidencia y de construcción del dato y la naturaleza de las reconstrucciones e interpretaciones tradicionalmente ofrecidas bajo la influencia de nuevas vertientes y modelos teóricos y metodológicos ofrecidos por la arqueología norteamericana de las últimas décadas (Navarrete 1995).

Las dos tesis básicas de la interpretación procesual tradicional, el carácter universal de los modelos y la naturaleza adaptativa de las organizaciones políticas, han sido cuestionadas desde dentro y desde fuera de la confianza científicista (Yoffee 1993). La variabilidad y complejidad estructural de los casos de estudio ha demostrado que la diferenciación social presentaba condiciones específicas en cada cultura estudiada; en consecuencia, han surgido alternativas a los paradigmas vigentes y hegemónicos desde distintas direcciones y con diferentes agendas. Una tendencia revisionista dentro de la visión procesual, por ejemplo, ha producido críticas internas, evaluando y refinando la visión neoevolucionista pero manteniendo su esencia. A partir de sus trabajos en los llanos occidentales Spencer (1993) y Redmond (1998) dieron un vuelco a su teoría del surgimiento y continuidad de las estructuras jerárquicas que derivó en una propuesta más dinámica y adaptada a los procesos de las tierras bajas suramericanas; ellos incorporaron la tesis de que los cacicazgos de estas regiones, más que estructuras permanentes, podrían haber conformado cacicanías cíclicas

en las cuales el liderazgo centralizado se diluyó pero pudo volver a constituirse según las necesidades sociopolíticas circunstanciales. El proceso permanente de centralización y descentralización fue condición integral de su inestabilidad política. Estos ciclos pueden haber marcado ritmos y trayectorias de evolución e involución diferenciales en los distintos grupos que formaron el sistema de relaciones políticas regionales y haber definido distintos tipos de relaciones políticas circunstanciales.

Gassón (1998) incorporó la economía política en el contexto llanero. Al no encontrar evidencias de presión demográfica ni medioambiental en su estudio del potencial productivo de El Cedral y demostrar que los campos agrícolas vinculados con el lugar central regional podían mantener los más altos estimados demográficos planteó que la competencia cacical regional podría haber involucrado mecanismos más complejos. A partir de la exploración del registro arqueológico y etnohistórico propuso que el lugar central parece haber sido el espacio de desarrollo de actividades de interacción política y simbólica social, como festines rituales y ceremonias políticas. Las calzadas circundantes e interconectantes a nivel regional podían cumplir la función de facilitar esta comunión tribal y propiciar la competencia sociopolítica entre líderes y comunidades. Los festines, el intercambio a larga distancia y la actividad bélica han sido reportados por los documentos coloniales en los llanos para sociedades no jerarquizadas y algunos arqueólogos argumentan que son características de jefaturas débiles. Es por esto que Gassón (2003) cuestionó la certeza de que los modelos aplicados en la región reflejen la complejidad de la situación política, económica y simbólica particular porque representan esquemas centrados en tipologías cerradas y excluyentes que no consideran las variaciones y gradaciones internas como posibles entidades históricas.

En la región de Lara trabajos como los de Arvelo (1995) han puesto en duda la confianza en las evidencias arqueológicas como indicadores de complejidad. El estudio de patrón de asentamiento regional que realizó en el valle de Quíbor no arrojó evidencias conclusivas sobre la presencia de jerarquías regionales por lo que planteó la existencia de sociedades igualitarias con elementos tendientes a la complejización (como las redes de intercambio comercial a larga distancia, especialmente las basadas en productos como la sal y la concha marina).

Los trabajos que desarrollan Tarble y Scaramelli en el Orinoco Medio, actualmente, se enfocan en la expresión material de los cambios en la organización política y en la identidad cultural de los grupos indígenas bajo los modelos colonialistas impuestos por los europeos; en contraposición a los postulados de Roosevelt para la región proponen que el desarrollo de jefaturas aborígenes parece estar asociado a la introducción de la compleja red comercial inter-tribal autóctona de la región en el naciente sistema capitalista mundial; el intercambio y comercio de bienes locales y europeos comenzó a conformar un sistema político desigual y jerárquico según las

necesidades del nuevo mercado regional e incidió en la definición y redefinición de las identidades indígenas (Scaramelli 2005)

¿Había caciques orientales? Cuestionando la noción de cacicazgos prehispánicos para el oriente venezolano

Mi trabajo de investigación se desarrolla desde 1995 en un área geográfica distinta y presenta particularidades interpretativas. La Depresión del Unare (*Figura 2*) es la principal cuenca hidrográfica de los Llanos Orientales; conjuntamente con la de los ríos Pao, Zuata y Caris forma una vía de penetración idónea de los grupos prehispánicos del Orinoco hacia las costas venezolanas y el Caribe (Lathrap 1970; Meggers 1971; Meggers y Evans 1983; Tarble 1985; Zucchi 1985).

Como modelo general la literatura de etnología antigua de Venezuela, siguiendo las grandilocuentes narraciones europeas sobre los grupos locales para el período de contacto (especialmente sobre los Palenque), asumió la idea de que en este territorio existían las únicas sociedades complejas tardías del oriente venezolano, quizás con cierta influencia de los cacicazgos

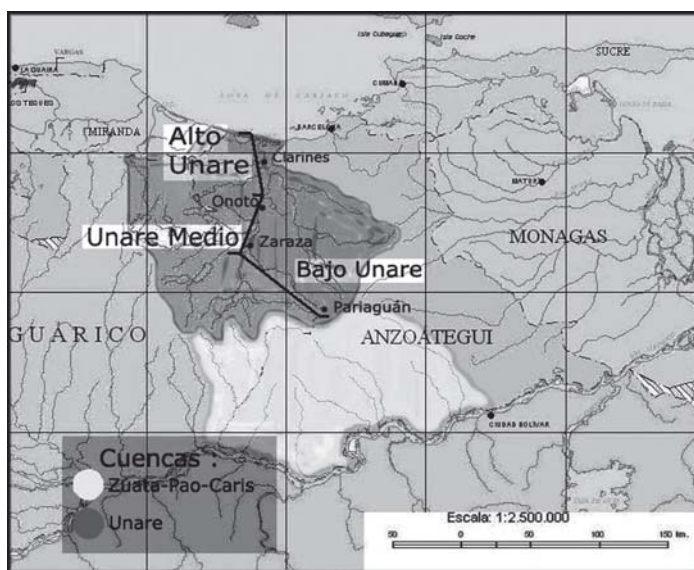


Figura 2. Ubicación geográfica de la Depresión del Unare y sus sub-áreas

occidentales. Estos grupos, aun cuando pertenecientes al tronco lingüístico Caribe, como la mayoría de los grupos indígenas igualitarios orientales venezolanos en el período de contacto, poseían ciertos elementos de organización política y cultural que parecían reflejar la influencia de los grupos arawakos complejos del occidente del país (Acosta 1983; Rodríguez 1992); sin embargo, hasta el desarrollo de la investigación no se habían realizado trabajos arqueológicos en la región para verificar estas hipótesis.

El trabajo de obtención de evidencias en el bajo Unare se ha basado en tres fases de campo consecutivas. Primero, una prospección intensiva radial por transectas intercardinales de 6 kilómetros en las que se realizaron pozos de prueba de pala y recolecciones superficiales alternadas cada 100 metros a partir de dos centroides de información histórica significativa para el período de contacto, época para la cual los documentos coloniales tempranos refieren la existencia de poblados indígenas principales en Clarines y en la confluencia de los ríos Unare y Güere. Segundo, a partir de la ubicación de puntos con potencial arqueológico durante la prospección se desarrolló una estrategia prospectiva radial similar a la anterior en cada sitio para recolectar material diagnóstico e información contextual y determinar la extensión de los yacimientos. Finalmente, en aquellos sitios donde el material resultó ser diagnóstico y abundante, como Madre Vieja y Matiyure, se excavó intensivamente para obtener información contextual y estratigráfica. Esta estrategia se combinó con el análisis cartográfico y de fotografía aérea y la revisión crítica de fuentes históricas y antropológicas (Navarrete 2000).

Aunque la obtención de evidencias de complejidad social durante este proyecto ha sido problemática la abundante y variada cerámica regional ha arrojado interesantes resultados. Por un lado, se han definido variantes estilísticas regionales para el Alto Unare (área de Pariaguán) que combinan rasgos barrancoides, arauquinoides y valloides orinoquenses; para

el Unare Medio (área de Zaraza y Onoto) presentando rasgos memoides pero con aplicaciones y tiras finas múltiples en intersecciones, asas y figurinas; para el Bajo Unare (área de Clarines-Matuyure, donde se centra la investigación); y para el río Guaribe (área de Guaribe), con el típico patrón cerámico memoide. Por otro, preliminarmente se han reconocido microvariantes intraregionales en el Bajo Unare que expresan diferentes grados de interacción estilística de los elementos memoides con otras tradiciones tardías costeras occidentales y orientales y orinoquenses. De esta manera se ha logrado determinar que la colección presenta, de manera diferencial según los sitios, influencias orinoquense tardía (valloide), costera centro-oriental (valencioide, ocumaroide, guayabitoide) y occidental (dabajuroide, tierroide) (*Figura 3*). Estas filiaciones culturales no sólo muestran una compleja dinámica de movilidad cultural sino una interacción intersocial con posibles implicaciones sociopolíticas. Aunque no son determinantes estas evidencias presentan ciertos rasgos diagnósticos, probablemente asociados a sociedades cacicales occidentales tardías, quizá dabajuroides. El extenso horizonte dabajuroide costero venezolano, originado en Dabajuro (Falcón), se extendió, rápidamente, a partir de 1000 DC a lo largo de las costas venezolanas hasta alcanzar las costas de Sucre y la isla Margarita; es posible que esta influencia estilística dabajuroide se asociara a rasgos sociopolíticos, lo que nos llevaría a reconsiderar el proceso de «arawakización» local.

Asumo que la relación entre series muy definidas (como la dabajuroide o valencioide), otras menos claras (como la memoide y ocumaroide) y algunas más difusas (como la guayabitoide) es expresión de una compleja red de interacciones sociopolíticas y culturales que precedieron y se intensificaron con la presencia europea en Venezuela. Es posible que la serie ocumaroide en el occidente de Venezuela sea el equivalente estilístico a la memoide oriental por su combinación o hibridación estilística de múltiples influencias

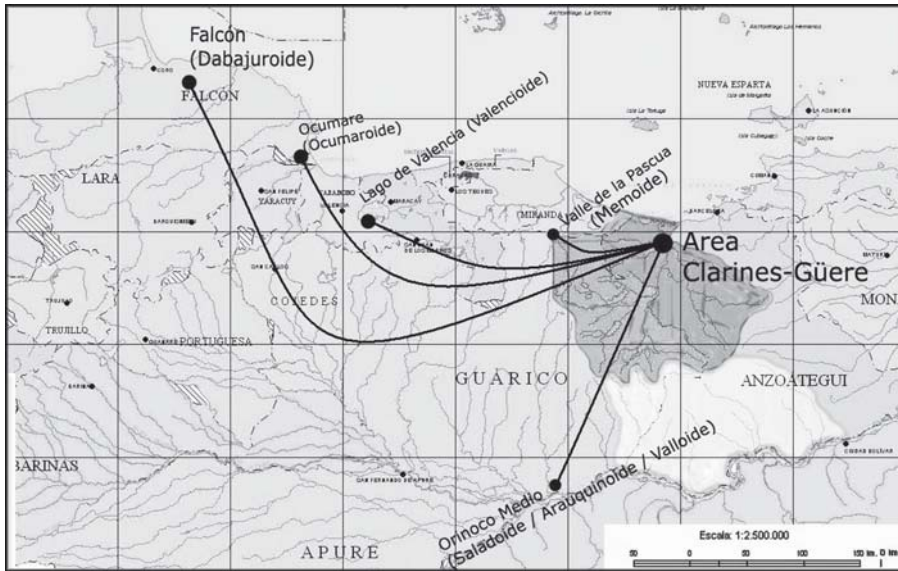


Figura 3. La región del Bajo Unare y sus diversas áreas de influencia.

occidentales y orientales y por su ubicación intermedia entre estilos más definidos del mismo período, como los dabajuroides, tierroides y valencioides. También es posible que la indefinición estilística sea consecuencia de la escasa evidencia que existía en ciertas regiones cuando fue escrita *Arqueología cronológica de Venezuela*.

Los hallazgos que realizó Wagner en Campoma (área de Cariaco, Estado Sucre) en 1971, que presentan francas similitudes estilísticas con nuestro material, «sugieren que durante el período IV protohistórico la dicotomía cultural que Rouse y Cruxent habían postulado para la Venezuela de la época Neo-India se fue atenuando, produciendo una fusión e inter-influencias de diversos rasgos y complejos culturales tanto occidentales como central y orientales» (Wagner 1977:21). A esto hay que agregar estilos históricos como Nueva Cádiz, en los cuales la mezcla de estilos tardíos de diversas regiones, incluyendo memnoides, parece haber sido consecuencia de la movilización forzada de contingentes indígenas de distintas filiaciones hacia los enclaves coloniales europeos del período de contacto temprano. Sin embargo, aun cuando el proyecto aún está en curso,

no ha sido posible verificar, fehacientemente, ninguno de los indicadores tradicionales de complejidad social aplicados en el occidente de Venezuela. Quizás uno de los únicos marcos de referencia que acerca, indirectamente, a la discusión de la posible complejización es de carácter colateral y está reflejado por las similitudes estilísticas de la cerámica regional con horizontes cerámicos tardíos provenientes del occidente venezolano, como el dabajuroide, para los cuales se han hipotetizado la presencia de estructuras cacicales. Si esta filiación estilístico-cultural puede ser verificada es posible suponer que también existieran influencias en las estructuras sociopolíticas locales; sin embargo, esta evidencia es aún muy débil como para corroborar el cacicazgo Palenque. Por el momento esta debilidad informativa fortalece en otro sentido porque obliga a ir más allá de los presupuestos para la región y cuestionar las tesis preexistentes sobre la complejidad cultural local, hacer uso de nuevas propuestas teóricas y metodológicas y poner en tela de juicio la aplicación de los estudios de complejidad social tradicionales en el norte de Suramérica, incluyendo nuestros propios procedimientos y argumentaciones.

Caciques invisibles: reflexiones sobre los límites y posibilidades del uso del concepto de complejidad social prehispánica en el norte de Suramérica

Más que asumirla como un fracaso o clausurar de manera definitiva la posibilidad de interpretar la complejidad en la región he utilizado esta evidencia negativa como un reto para reflexionar sobre los límites teórico-metodológicos del estudio de sociedades complejas en las tierras bajas suramericanas y el Caribe. Uno de los primeros elementos a evaluar es el uso e interpretación de las fuentes históricas. La mayoría de las fuentes utilizadas por los etnólogos para el caso Palenque corresponde a cronistas muy tempranos, como Castellanos (1952) y Aguado (1987), en los cuales la inteligibilidad y la traducción cultural fueron (y son) problemáticas. Más que como descripciones etnográficas las crónicas deben ser entendidas como narraciones y representaciones que responden más a la visión europea del mundo para aquel momento y a las necesidades específicas de los agentes sociales que a las condiciones reales de la cultura en cuestión (Hulme 1974); por esto no sólo se hace necesario un análisis hermenéutico de las fuentes coloniales sino una suerte de evaluación, desde la teoría crítica, de las interpretaciones que los antropólogos hacen de ellas (Navarrete 2000).

Por otro lado está el problema del uso de la analogía etnográfica como proyección de condiciones actuales en el pasado. Aun cuando representa el único recurso que tenemos para entender el pasado desde el presente —a menos que podamos retroceder en el tiempo y emplazarnos en el contexto sistémico vivo— no todas las analogías, como planteó Alison Wylie (1985), son iguales ni comportan el mismo nivel descriptivo o interpretativo; incluso teniendo el cuidado de utilizar referentes etnográficos de la misma región y cercanos culturalmente corremos el riesgo de asumir,

acríticamente, parámetros de tradición y continuidad que paralizan la evolución de las sociedades aborígenes y, probablemente, imponen fuertes distorsiones sobre el pasado. En este sentido prefiero asumir las analogías sobre la jerarquía aborígen en su carácter heurístico y no descriptivo o histórico, es decir, como ilustraciones evocativas sobre eventuales —¿hipotéticas?— situaciones sociales pretéritas.

Otro grave problema, asociado con la historia del pensamiento arqueológico en Venezuela, consiste en el establecimiento de correspondencias entre estilos cerámicos y grupos étnicos específicos, en este caso los Palenque. A diferencia de algunas tradiciones andinas la arqueología venezolana siempre ha mantenido una cauta distinción entre el registro arqueológico y los grupos indígenas referidos históricamente para las regiones; este hecho ha devenido en una arqueología con nomenclaturas que no hablan de pueblos sino de cerámicas (Cruxent y Rouse 1982). Lo mismo funciona en relación con las evidencias coloniales europeas (Deagan 1987). En el caso que analizo la escasa información precedente no permite establecer claramente esta equivalencia; el control estratigráfico y de dataciones absolutas, así como la filiación con otros estilos tardíos orientales venezolanos, sirven de guía pero, aún así, mantengo la sensación de duda.

También es necesario considerar, seriamente, en este tipo de trabajos la congruencia técnico-metodológica de las estrategias de obtención del dato arqueológico con las intenciones del proyecto. Las técnicas de prospección aplicadas, tradicionalmente, en contextos más abiertos y menos obstructores que las tierras bajas suramericanas pueden arrojar resultados que no favorecen, necesariamente, la representatividad del registro (Shott 1980; Drennan 1985; Nance y Ball 1986; Erickson 1995; Siegel 1995; Zeidler 1995). En esta prospección aplicamos una estrategia de transectas radiales intensivas que, aunque dolorosamente realizables, no

siempre pudieron ser efectuadas a cabalidad por la accidentada topografía local y la intrincada cobertura vegetal de algunos sectores, lo que implica un cierto grado de desviación estadística de la evidencia por su representividad desigual en el territorio cubierto. Estos procedimientos son herramientas que, además, no están exentas de presupuestos teóricos, por lo que la detección de un patrón de asentamiento jerarquizado, en nuestro caso, dependería de la existencia de un lugar central, al estilo de la «teoría del lugar central» desarrollada por Christaller para entender el flujo de bienes y servicios en sociedades modernas capitalistas (Flannery 1972; Kristiansen 1991).

Finalmente, debo destacar la correspondencia teórico-metodológica necesaria. En este estudio supongo que la utilización de los parámetros que miden la manifestación material de la complejidad en otros contextos geográficos y culturales, especialmente los del occidente venezolano, ha incidido en la formación de una serie de presupuestos teóricos y metodológicos que debería ser adaptada a las condiciones locales. La complejidad no se manifiesta siempre de la misma manera y es probable que en el caso Palenque, si las crónicas han sido debidamente interpretadas, los indicadores arqueológicos de dicha estructura social sean cualitativa y cuantitativamente distintos a los de otros paisajes culturales. Por ejemplo, la existencia de un patrón de asentamiento jerárquico tribal regional manifestado por distintos tipos y grados de construcciones artificiales de tierra no debería ser, necesariamente, una expresión de complejidad social en la topografía y ambientes del oriente venezolano, lo cual se evidencia en la ausencia de este tipo de evidencias en el análisis cartográfico y de fotografía aérea. En este sentido sólo una aplicación crítica y flexible de los modelos y reconstrucciones existentes puede asegurar el éxito interpretativo. De cualquier manera existen a nivel mundial otros enfoques teóricos y metodológicos que podrían

alimentar más estas reflexiones actuales y que no han sido aplicados o desarrollados exhaustivamente en la región circumcaribeña, al menos para la comprensión arqueológica de las sociedades aborígenes.

El concepto de etnogénesis, desarrollado por autores como Jonathan Hill (1996) y Neil Whitehead (1988, 1989, 1994) para estudios etnohistóricos en la región pero aún poco aprovechado por los arqueólogos, no define los cacicazgos como un estadio natural del desarrollo social sino como una consecuencia del colonialismo europeo y, por lo tanto, un aspecto más del desarrollo del sistema mundial. En este sentido la introducción e inducción de nuevos sistemas de relaciones de poder entre las dinámicas intertribales indígenas pre-existentes generó mecanismos estratégicos endógenos e impuso nuevas pautas de relación con el poder colonial que reconfiguraron y propiciaron el surgimiento de jerarquías locales.

El planteamiento de la arqueología procesual dual complejiza el panorama desde una visión que incorpora la economía política y la agencia humana porque define dos tipos de poder que no se excluyen sino que se alternan históricamente: uno exclusionario, centrado en el individuo y en las necesidades de control de las elites sobre bienes suntuarios, y uno corporativo que se orienta a la comunidad y se expresa en las acciones y construcciones públicas. De esta manera la satisfacción de las necesidades de ciertos individuos por la concentración del poder y de los productos supone, al mismo tiempo, la toma de decisiones para favorecer a la comunidad, como la redistribución y la construcción de obras de carácter comunal (calzadas, camellones, terrazas, campos drenados). En el balance entre la satisfacción de las necesidades individuales y las colectivas se legitima el poder centralizado (Blanton *et al.* 1996). Teorías como la del faccionalismo y la heterarquía podrían agregar matices interesantes a la discusión. La teoría del faccionalismo

reacciona contra la visión de las elites como homogéneas, enfatizando la competencia interna entre facciones, y confronta la monolítica visión marxista de la clase social, introduciendo la idea de la diversidad interna (Brumfiel y Fox, eds., 1994). En este caso los conflictos internos entre las elites generan la competencia entre facciones o sectores asociados al poder, lo cual catapulta el desarrollo de estrategias cada vez más complejas de competencia y organización. El concepto de heterarquía supone que los procesos de complejidad social no siempre están relacionados con la verticalidad o centralización del poder (jerarquía) sino que la especialización de los roles y actividades sociales puede darse en estructuras con mecanismos horizontales o no estratificados. Esta complejidad de tipo horizontal, más que centrada en la jerarquización, se realiza en estructuras rizomáticas en las cuales la diversificación productiva o sociopolítica está asociada al acceso diferencial interaldeano o intertribal sobre ciertos recursos, procesos productivos o información cruciales (Brumfiel 1995; Crumley 1995).

Las discusiones dentro del ámbito marxista podrían ser aprovechadas, como las relacionadas con la dialéctica de la dominación y la resistencia, porque plantean que la jerarquía y la igualdad interactúan constantemente de manera contradictoria y ambigua en la experiencia vivida cotidiana en las sociedades preteritas por lo que la coerción y la cohesión, el consentimiento y el resentimiento se complementan (Paynter 1981, 1989; McGuire 1983; Crumley 1987; Patterson 1987; Bender 1988, 1990; Trigger 1990; McGuire y Saitta 1994). Los estudios sobre el papel de la ideología como construcción ideacional que enmascara la desigualdad social y desarrolla una estrategia cohesiva y coercitiva para mantener el poder han sido muy exitosos en otras latitudes y serían beneficiosos en nuestra zona para entender asuntos como el de la sacralización del líder y la legitimación mediante la performatividad ceremonial (Pauketat 1994).

La crítica feminista, centrada en el cuestionamiento de los presupuestos universalistas y androcéntricos sobre los motores del cambio social, sobre las organizaciones específicas (como la familia) y sobre la atribución unilateral genérica de las actividades sociales (Leacock 1983), también podría aportar elementos conceptuales nuevos a la discusión. Un caso interesante de estudio es el desarrollado por Cooper (1997) en Saint Croix sobre la diferenciación por rangos y género entre los Kaliganos a partir del uso de variaciones dialécticas jerarquizadas y excluyentes en la vida cotidiana.

Algunos individuos, como Bender (1988) y Rowlands (1989), han analizado las raíces históricas del concepto de complejidad occidental; su crítica postprocesual radical plantea que la producción histórica del discurso sobre la complejidad está relacionada con premisas morales cristianas como bien y mal, nosotros y otros, caos y orden, y cuestiona que la desigualdad social, incluyendo la de género y clase, sea una consecuencia natural de la complejidad social. Así suponen que debemos descomponer el paradigma cognoscitivo total y tratar de leer, críticamente, no sólo el registro arqueológico y etnohistórico sino los modelos culturales y simbólicos que usamos para entenderlo.

En el caso del oriente venezolano la utilización complementaria de algunas de estas novedosas aproximaciones podría ofrecer soluciones al complejo panorama histórico y arqueológico que se nos presenta. La crítica deber iniciar sobre los documentos históricos, no sólo como expresiones políticas de una coyuntura sino como visiones morales y simbólicas del mundo; esto implicaría que semblanzas como la de Castellanos deben ser vista más como modelos de sociedad propuestos que como descripciones sociales o etnográficas. Más aún, este tipo de análisis debe ser aplicado de la misma manera a trabajos antropológicos modernos; en ese sentido, desde una visión política específica Acosta Saignes produjo una visión comple-

ja, pero favorable, del poder y la jerarquía en el pasado aborígen venezolano frente a la situación adversa de la introducción del capitalismo moderno. Sin embargo, esta crítica no sería suficiente porque se concentraría en la producción del conocimiento moderno sobre el pasado, dejando a un lado los procesos concretos acontecidos en las sociedades pretéritas aborígenes americanas. La aplicación del concepto de heterarquía podría contribuir, de manera sustancial, a la discusión. Las organizaciones sociopolíticas típicas de las tierras bajas suramericanas, especialmente aquellas asociadas a los grupos caribes que se expandieron tardíamente por todas sus cuencas fluviales, difieren radicalmente de aquellas presentes en las tierras altas y los piedemontes andinos establecidas por los grupos arawakos en el norte de Suramérica. En gran medida la flexibilidad y periodicidad permitidas (e impuestas) por los ambientes de sabanas y selvas neotropicales generaron en los grupos caribes de la región sistemas de parentesco, de filiaciones y de organización sociopolítica más circunstanciales y flexibles; por lo tanto, menos estables que los estructurados en otras regiones. De esta manera la tendencia a la complejización tribal pudo haber estado determinada por la diversificación productiva según el acceso diferencial a materias primas específicas y, como consecuencia, conformarse en una amplia red de relaciones comerciales intra e inter-tribales. Esto pudo generar un fuerte sistemas de alianzas y guerras y el desarrollo tecnológico consecuente. De esta manera el poder de los líderes estaría asociado a los eventos bélicos y de competencia por lo que las organizaciones jerárquicas sólo se producirían dentro de estas circunstancias, como en el caso de las cacicanías (Redmond 1998).

En el caso Palenque podría pensar que la complejidad social respondía a cierto nivel de organización heterárquica asociada con la diversificación productiva regional y, a su vez, con la organización del poder comunal/

tribal para la actividad militar frente a otras tribus o frente a la amenaza colonial. La noción de etnogénesis como recomposición sociopolítica o construcción cultural autogenerada (pero, a la vez, impuesta) por las circunstancias coloniales podría ser útil para el análisis; en gran medida los documentos tempranos describen situaciones con líderes posiblemente designados como tales por los propios europeos como Guaramental, Onaontal u Orocomay. La sociedad Palenque pudo haber sido el producto de la imbricación de sistemas sociopolíticos de recomposición estratégica generados por las propias culturas aborígenes conjuntamente con mecanismos establecidos por los colonizadores sobre los sistemas de relaciones intra e inter-tribales durante la conquista.

Interpretando y dialogando con el cacique: hacia una comprensión y uso de los conceptos de complejidad social en el norte de Suramérica

Ya no hay caciques inmutables, ya no hay jefes fijos, al menos en teoría. Como plantean algunos autores críticos (e.g., Shennan 1993; Yoffee y Sherratt 1993) después de tantas concluyentes —a veces arrogantes— reconstrucciones de cacicazgos pretéritos lo que queda es la sensación de que tenemos que reevaluar los cacicazgos del pasado y, más aún, evaluar nuestro presente a partir de ellos. En ese intento la teoría arqueológica se ha extraviado girando en torno a categorías que no contribuyen, necesariamente, a la formación de una comprensión integral del pasado ni al fortalecimiento epistemológico de la disciplina ni, mucho menos, a la conformación de su identidad histórica en nuestra sociedad como cuerpo de conocimiento para entender el pasado.

Me atrevo a considerar el método que aquí sugiero como hermenéutico y heurístico. Entiendo la hermenéutica en el sentido de Gadamer, es decir, como el examen de las

condiciones en las cuales tiene lugar la comprensión. Este proceso, metodológicamente, ofrece la posibilidad de analizar la historicidad de las ideas —y del conocimiento— en su sentido de interpretaciones dentro de una tradición cultural sin olvidar la correspondencia que debe existir entre el dato y su interpretación. El diálogo hermeneútico propuesto por Gadamer se produce en la constante interrogación y cuestionamiento que se genera entre los distintos niveles o tipos de fuentes de información y sus interpretaciones. Mientras el registro material supone un tipo de dato y responde a ciertas preguntas formuladas a partir del dato etnohistórico su análisis deriva en nuevas preguntas que, probablemente, serán respondidas por la fuente documental; sin embargo, ésta producirá nuevas preguntas que nos obligarán a recurrir al dato etnográfico y reconsiderar, críticamente, los modelos antropológicos aplicados a la región. Este procedimiento incidirá en la contrastación de nuestras teoría y metodología frente a las fuentes y otras interpretaciones y nos obligará, de nuevo, a cuestionar su relación con las fuentes. Este proceso dialéctico y en espiral nos llevaría a un nuevo círculo de preguntas y respuestas que alimentarían un conocimiento abierto e inacabado porque comporta una nueva interrogante sustancial (Gadamer 1977).

Cuando hablo de un enfoque heurístico me refiero al sentido planteado por Wylie (1985). La aplicación de la analogía en la interpretación arqueológica como metodología traductora inevitable para comprender sociedades pretéritas, de las cuales no tenemos sino sus restos materiales, debe superar los niveles descriptivos o históricos para adentrarse en una interpretación basada en la capacidad de hipotetizar situaciones sociales. La heurística permite, a través de la comparación interpretativa o analogía de situaciones conocidas, imaginar o hipotetizar posibles contextos similares equivalentes sin acudir a la correspondencia descriptiva ni a

la vinculación inevitable de ambas entidades por conexiones históricas o tradicionales.

En muchos casos arqueológicos no contamos con los documentos históricos complementarios para la interpretación porque representan situaciones históricas prehispánicas; sin embargo, aún en ellos el análisis hermenéutico es necesario ya no en la contraposición entre documento escrito y cultura material sino entre evidencia, analogía e interpretación. Dicha interpretación no sólo refleja lo que los objetos intrínsecamente pueden evidenciar sino lo que la sociedad actual —y el individuo como agente social— le adscribe. Con más énfasis en estos casos, debido a la ausencia de datos escritos, la analogía se hace aún más necesaria pero, a la vez, más peligrosa porque sustituye, en su totalidad, la vivencia del contexto sistémico tratando de llenar de sentido al contexto arqueológico. Por eso la aplicación de situaciones socioculturales presentes para la comprensión del pasado debe evitar la aseveración conclusiva y explicitar el abanico de posibilidades abiertas por la interpretación.

Por estas razones debemos reflexionar sobre el contexto de producción del conocimiento arqueológico en el actual ámbito social, político y simbólico de los países latinoamericanos. Un cuestionamiento crucial en el pantanoso y resbaladizo mundo de la interpretación de la complejidad es la función académica y social del conocimiento adquirido ¿Para qué y para quién rescatar caciques? El extraordinario énfasis procesual, y también marxista, por el rescate de las condiciones cacicales suramericanas se ha basado en una gran confianza en las teorías y métodos arqueológicos para reconstruir esas sociedades. En muchos casos ha prevalecido, implícitamente, la justa necesidad de reconstruir una historia aborigen nacional o regional valorable según los criterios políticos del momento y según las necesidades culturales y simbólicas de los contingentes sociales en acción. El empeño en buscar el liderazgo central y la capacidad de nuestras sociedades de organizarse de mane-

ra compleja ha derivado en una reivindicación política de la importancia de las organizaciones y dinámicas tradicionales indígenas; sin embargo, la función social y política de la interpretación del pasado en este momento de la historia de América Latina no debe apuntar, necesariamente, hacia la legitimación de los liderazgos jerárquicos e institucionalizados. Si desarrollamos una interpretación fundamentalmente enfocada en el poder de las elites y líderes del pasado podríamos estar contribuyendo a la legitimación del poder de las elites económicas y políticas actuales e ignorando y silenciando a los sectores subalternos y populares y a los individuos comunes; estaríamos olvidando y marginando a quienes, probablemente, fueron marginado por su sociedad en el pasado, a quienes fueron subyugados bajo ciertos liderazgos e ideologías, a quienes en-

frentaron y sufrieron desigualdades. Más dramático aún, estaríamos, eurocéntricamente, dejando a un lado la posibilidad histórica y cultural de que las sociedades pretéritas de nuestro continente se hayan organizado de formas distintas a las experiencias complejas vividas o conocidas por el Occidente moderno. Deberíamos, más bien, apostar por el rescate de estructuras más dinámicas, heterárquicas y rizomáticas, como las que requieren las sociedades latinoamericanas actualmente, como espejo desde el pasado para desarrollar proyectos futuros. Estoy convencido de que lo que entendemos por sociedades complejas y cómo y para qué necesitamos definir las no es sólo una cuestión del pasado sino, más importante aún, una reflexión científica y política para la acción en el presente.

Referencias

- Acosta Saignes, Miguel
 1983 *Estudios de etnología antigua de Venezuela*. Casa de las Américas, La Habana.
- Aguado, Fray Pedro de
 1987 *Recopilación historial de Venezuela*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Arvelo, Lilliam
 1995 The evolution of prehispanic complex social systems in the Quibor valley, northwestern Venezuela. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, University of Pittsburgh, Pittsburgh.
- Bender, Barbara
 1988 The roots of inequality. En *Domination and resistance*, editado por Daniel Miller, Michael Rowlands y Christopher Tilley, pp 83-95. Unwin Hyman, Londres.
 1990 The dynamics of nonhierarchical societies. En *The evolution of political systems: sociopolitics in small-scale sedentary societies*, editado por Steadman Upham, pp 247-263. Cambridge University Press, Cambridge.
- Blanton, Richard, Stephen A. Kowalewski, Peter Peregrine y Gary H. Feinman
 1996 Dual-processual theory for the evolution of Mesoamerican civilization. *Current Anthropology* 37:1-14.
- Brumfiel, Elizabeth M.
 1995 Heterarchy and the analysis of complex societies: comments. En *Heterarchy and the analysis of complex societies*, editado por Robert Ehrenreich, Carole Crumley y Edison Levy, pp 125-130. Archaeological Papers of the American Anthropological Association, N. 6, Arlington.
- Brumfiel, Elizabeth y John Fox (Editores)
 1994 *Factional competition and political development in the New World*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Castellanos, Juan de
 1952 *Elegías de varones ilustres de Indias*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

- Cooper, Vincent
 1997 Language and gender among the Kalinago of fifteenth century St. Croix. En *The indigenous people of the Caribbean*, editado por Samuel Wilson, pp 186-196. University Press of Florida, Gainesville.
- Crumley, Carole L.
 1987 A dialectical critique of hierarchy. En *Power relations and State formation*, editado por Thomas Patterson y Christine Gailey, pp 155-169. American Anthropological Association, Washington.
 1995 Heterarchy and the analysis of complex societies. En *Heterarchy and the analysis of complex societies*, editado por Robert Ehrenreich, Carole Crumley y Edison Levy, pp 1-5. Archaeological Papers of the American Anthropological Association, N. 6, Arlington.
- Crucent, José María e Irving Rouse
 1982 *Arqueología cronológica de Venezuela*. Ernesto Armitano, Caracas.
- Deagan, Kathleen
 1987 The archaeology of the Spanish contact period in the Caribbean. *Journal of World Archaeology* 2(2):187-225.
- Denevan William M. y Alberta Zucchi
 1978 Ridged-field excavations in the Central Orinoco Llanos, Venezuela. En *Advances in Andean archaeology*, editado por David Browman, pp 235-245. Mouton, La Haya.
- Drennan, Robert D.
 1985 Archaeological survey and excavation. En *Regional archaeology in the valle de la Plata, Colombia: a preliminary report on the 1984 season of the Proyecto Arqueológico Valle de la Plata*, editado por Robert Drennan, pp 117-180. Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- Earle, Timothy K.
 1987 Chiefdoms in archaeological and ethnohistorical perspective. *Annual Review of Anthropology* 16:279-308.
 1991 The evolution of chiefdoms. En *Chiefdoms: power, economy and ideology*, editado por Timothy Earle, pp 1-15. Cambridge University Press, Cambridge.
 1997 *How chiefs come to power: the political economy in prehistory*. Stanford University Press, Stanford.
- Erickson, Clark L.
 1995 Archaeological methods for the study of ancient landscapes of the Llanos de Mojos in the Bolivian Amazon. En *Archaeology in the lowland American tropics. Current analytical methods and recent applications*, editado por Peter Stahl, pp 66-95. Cambridge University Press. Cambridge.
- Flannery, Kent V.
 1972 The cultural evolution of civilizations. *Annual Review of Ecology and Systematics* 3:399-426.
- Gadamer, Hans Georg
 1977 *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Sígueme, Salamanca.
- Garson, Adam
 1980 Prehistory, settlement and food production in the savanna region of La Calzada de Paéz, Venezuela. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Yale University, New Haven.
- Gassón, Rafael
 1998 Prehispanic intensive agriculture, settlement pattern and political economy in the Western Venezuelan Llanos. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.
 2003 Los sabios ciegos y el elefante: sistemas de intercambio y organizaciones sociopolíticas en el Orinoco y áreas vecinas en la época prehispánica. Manuscrito sin publicar.

- Hill, Jonathan (Editor)
 1996 *History, power and identity. Ethnogenesis in the Americas, 1492 - 1992*. University of Iowa Press, Iowa City.
- Hulme, Peter
 1974 *Colonial encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*. Methuen, La Haya.
- Kristiansen, Kristian
 1991 Chieftdoms, States, and systems of social evolution. En *Chieftdoms: power, economy and ideology*, editado por Timothy Earle, pp 16-43. Cambridge University Press, Cambridge.
- Lathrap, Donald
 1970 *The upper Amazon*. Praeger, Nueva York.
- Leacock, Eleanor B.
 1983 Interpreting the origins of gender inequality: conceptual and historical problems. *Dialectical Anthropology* 7(4):263-285.
- McGuire, Randall H.
 1983 Breaking down cultural complexity: inequality and heterogeneity. En *Advances in archaeological method and theory*, volumen 6, editado por Michael Schiffer, pp 91-142. Academic Press, Nueva York.
- McGuire, Randall H. y Dean J. Saitta
 1994 Although they have petty captains, they obey them badly: the dialectics of prehispanic Western Pueblo social organization. *American Antiquity* 61:197-216.
- Meggers, Betty J.
 1971 *Amazonia. Man and culture in a counterfeit paradise*. Aldine, Chicago.
- Meggers, Betty J. y Clifford Evans
 1983 Lowland South America and the Antillas. En *Ancient South America*, editado por Jesse Jennings, pp 287-335. W. H. Freeman, San Francisco.
- Molina, Luis
 1982 El área arqueológica de Sicarigua, Venezuela: investigaciones en curso. *Boletín de Antropología Americana* 5:139-149.
 1985 Arqueología del Estado Lara: un ensayo de interpretación. En *Wachakaresai: lo nuestro, la historia que duerme bajo la tierra*, pp 22-55. Museo Arqueológico de Quibor, Quibor.
- Nance, Jack D. y Bruce F. Ball
 1986 No surprises? The reliability and validity of test pit sampling. *American Antiquity* 51:457-483.
- Navarrete, Rodrigo
 1995 Antiguos caminos y nuevos senderos: ¿existe una arqueología postmoderna en Venezuela? En *La mirada penetrante: reflexiones y prácticas del discurso arqueológico*, editado por Rodrigo Navarrete, pp 101-139. Fondo Editorial Trópikos-UCV, Caracas.
 1999 Latin American social archaeology: one goal, multiple views. Tesis de Maestría, Department of Anthropology, State University of New York, Binghamton.
 2000 Behind the palisades: sociopolitical recomposition of native societies in the Unare Depression, the Eastern Venezuelan Llanos (sixteenth to eighteenth centuries). *Ethnohistory* 47:535-559.
 2004 *El pasado con intención. Hacia una reconstrucción crítica del pensamiento arqueológico en Venezuela (desde la colonia al siglo XIX)*. UCV-Fondo Editorial Trópikos, Caracas.
- Oberg, Kalervo
 1955 Types of social structure among the lowland tribes of South and Central America. *American Anthropologist* 57:472-487.

- Patterson, Thomas
 1987 Tribes, chiefdoms and kingdoms in the Inca empire. En *Power relations and State formation*, editado por Thomas Patterson y Christine Gailey, pp 117-127. American Anthropological Association, Washington.
- Pauketat, Timothy
 1994 *The ascent of chiefs. Cahokia and Mississippian politics in Native North America*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Paynter, Robert
 1981 Social complexity in peripheries: problems and models. En *Archaeological approaches to the study of complexity*, editado por Sander van der Leeuw, pp 117-141. Universiteit van Amsterdam, Amsterdam.
 1989 The archaeology of inequality. *Annual Review of Anthropology* 18:369-399.
- Redmond, Elsa M.
 1992 Savanna chiefdoms in Venezuela. *National Geographic Research and Exploration* 10:422-439.
 1998 *Chiefdoms and chieftaincy in the Americas*. University Press of Florida, Gainesville.
- Redmond, Elsa y Charles Spencer
 1990 Investigaciones arqueológicas en el piedemonte andino y los Llanos Altos de Barinas. *Boletín de la Asociación Venezolana de Arqueología* 5:4-24.
 1994 The cacicazgo: an indigenous design. En *Caciques and their people: a volume in honor of Ronald Spores*, editado por Joyce Marcus y Judith Zeitlin, pp 189-225. Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- Rodríguez, Ana C.
 1992 Los Palenque: ¿cacicazgos prehispánicos en el nororiente de Venezuela? Tesis de pregrado, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Roosevelt, Anna C.
 1980 *Parmana. Prehistoric maize and manioc subsistence along the Amazon and Orinoco*. Academic Press, Nueva York.
 1987 Chiefdoms in the Amazon and Orinoco. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert Drennan y Carlos A. Uribe, pp 153-185: University Press of America, Lanham.
 1993 The rise and fall of the Amazon chiefdoms. *L'Homme* 33:255-283.
- Rowlands, Michael
 1989 A question of complexity. En *Domination and resistance*, editado por Daniel Miller, Michael Rowlands y Christopher Tilley, pp 29-40. Unwin Hyman, Londres.
- Sanoja, Mario
 1981 *Los hombres de la yuca y el maíz*. Monte Avila, Caracas.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas
 1979 *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. Monte Avila, Caracas.
 1987 La sociedad cacical del valle de Quibor (Estado Lara, Venezuela). En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert Drennan y Carlos A. Uribe, pp 201-212. University Press of America, Lanham.
- Scaramelli, Franz
 2005 Material culture, colonialism, and identity in the Middle Orinoco, Venezuela. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, University of Chicago, Chicago.
- Service, Elman R.
 1972 *Primitive social organization: an evolutionary perspective*. Random House, Nueva York.
- Shennan, Steven
 1993 After social evolution: a new archaeological agenda? En *Archaeological theory: who sets the agenda?*, editado por Norman Yoffee y Andrew Sherratt, pp 53-59. Cambridge University Press, Cambridge.

- Shott, Michael J.
 1980 Shovel-test sampling as a site discovery technique: a case study from Michigan. *Journal of Field Archaeology* 12:457-468.
- Siegel, Peter E.
 1995 The archaeology of community organization in the tropical lowlands: a case study from Puerto Rico. En *Archaeology in the lowland American tropics. Current analytical methods and recent applications*, editado por Peter Stahl, pp 42-65. Cambridge University Press, Cambridge.
- Spencer Charles S.
 1986 Prehispanic chiefdoms in the western Venezuelan Llanos. *World Archaeology* 24:134-157.
 1987 Rethinking the chiefdoms. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert Drennan y Carlos A. Uribe, pp 369-390. University Press of America, Lanham.
 1990a Coevolution and the development of Venezuelan chiefdoms. En *Profiles in cultural evolution: papers from a conference in honor of Elman R. Service*, editado por Terry Rambo y Kathleen Gollygly, pp 137-165. Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
 1990b On the tempo and mode of State formation: neoevolutionism reconsidered. *Journal of Anthropological Archaeology* 9:1-30.
 1993 Human agency, biased transmission, and the cultural evolution of chiefly authority. *Journal of Anthropological Archaeology* 12:41-72.
- Steward, Julian y Louis C. Faron
 1959 *Native peoples of South America*. McGraw Hill, Nueva York.
- Tarble, Kay
 1985 Un nuevo modelo de expansión Caribe para la época prehispánica. *Antropológica* 63-64:45-81.
- Toledo, María Ismenia y Luis E. Molina
 1987 Elementos para la definición arqueológica de los cacicazgos prehispánicos del noroeste de Venezuela. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert Drennan y Carlos A. Uribe, pp 187-200. University Press of America, Lanham.
- Trigger, Bruce
 1990 Maintaining economic equality in opposition to complexity: an Iroquoian case study. En *The evolution of political systems: sociopolitics in small-scale sedentary societies*, editado por Steadman Upham, pp 119-145. Cambridge University Press, Cambridge.
- Wagner, Erika
 1977 Campoma: una encrucijada cultural en el oriente venezolano. *Líneas* 241:16-21
- Whitehead, Neil L.
 1988 *Lords of the tiger spirit. A history of the Caribs in colonial Venezuela and Guyana*. Foris, Dordrecht.
 1989 Tribes make the States and States make tribes. Warfare and the creation of colonial tribe and State in northeastern South America (1492-1820). En *Expanding States and indigenous warfare*, editado por Brian Ferguson y Neil Whitehead, pp 127-150. University of New Mexico Press, Albuquerque.
 1994 The ancient American polities of the Amazon, the Orinoco, and the Atlantic coast: a preliminary analysis of their passage from antiquity to extinction. En *Amazonian Indians from prehistory to the present*, editado por Anna Roosevelt, pp 33-53. University of Arizona Press, Tucson.
- Wylie, Allison
 1985 The reaction against analogy. En *Advances in archaeological method and theory*, volumen 8, editado por Michael Schiffer, pp 63-111. Academic Press, Orlando.

- Zeidler, James A.
 1995 Archaeological survey and site discovery in the forested neotropics. En *Archaeology in the lowland American tropics. Current analytical methods and recent applications*, editado por Peter Stahl, pp 7-41. Cambridge University Press, Cambridge.
- Yoffee, Norman
 1993 Too many chiefs? (or, safe texts for the '90s). En *Archaeological theory: who sets the agenda?*, editado por Norman Yoffee y Andrew Sherratt, pp 60-78. Cambridge University Press, Cambridge.
- Yoffee, Norman y Andrew Sherratt
 1993 Introduction: the sources of archaeological theory. En *Archaeological theory: who sets the agenda?*, editado por Norman Yoffee y Andrew Sherratt, pp 1-9. Cambridge University Press, Cambridge.
- Zucchi, Alberta
 1978 La variabilidad ecológica y la intensificación de la agricultura en los Llanos venezolanos. En *Unidad y variedad (ensayos en homenaje a José M. Cruxent)*, editado por Erika Wagner y Alberta Zucchi, pp 349-365. IVIC, Caracas.
 1985 Evidencias arqueológicas sobre grupos de posible lengua Caribe. *Antropológica* 63-64:23-44.
 1991 Las migraciones Maipures: diversas líneas de evidencias para la interpretación arqueológica. *América Negra* 6:113-137.
- Zucchi, Alberta y William M. Denevan
 1974 Campos agrícolas prehispánicos en los Llanos de Barinas. *Indiana* 2:209-225.
 1989 *Campos elevados e historia cultural prehispánica en los Llanos Occidentales de Venezuela*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.

ENTRE LONKOS¹ Y «ÓLOGOS». LA PARTICIPACIÓN DE LA COMUNIDAD INDÍGENA RANKÜLCHE DE ARGENTINA EN LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA

María Luz Endere y Rafael Pedro Curtoni

Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires

La interpretación arqueológica y lo que es considerado patrimonio no es sino la resultante de un proceso de valorización en el marco de un contexto social, político e ideológico determinado. La restitución de los restos del cacique Rankülche Panguithruz Güor (conocido como Mariano Rosas) es un elocuente ejemplo de ello porque fueron tomados de su tumba en nombre de la ciencia en el contexto ideológico del siglo XIX y luego, en el siglo XXI, restituidos con honores a sus descendientes como parte de una política de reconocimiento de las reivindicaciones indígenas. Esta restitución se convirtió en un hecho refundante de la identidad étnica Rankülche y constituyó un importante hito en la recuperación -y/o construcción- de su pasado. En este artículo se presenta una experiencia de trabajo conjunto entre la comunidad Rankülche y un grupo de arqueólogos, desarrollada en los últimos años en el área centro-este de la provincia de La Pampa, Argentina. Esta experiencia pretende servir de base para desarrollar una metodología de trabajo basada en la multivocalidad y en la participación activa de la comunidad indígena en el trabajo de campo y en la interpretación arqueológica.

A interpretação arqueológica e o que é considerado patrimônio não é senão o resultado de um processo de valorização no marco de um contexto social, político e ideológico determinado. A restituição dos restos do cacique Rankülche Panguithruz Güor (conhecido como Mariano Rosas) é um exemplo eloqüente disto, pois foram tomados de sua tumba em nome da ciência no contexto ideológico do século XIX e logo, no século XXI, restituídos com honras a seus descendentes como parte de uma política de reconhecimento das reivindicações indígenas. Esta restituição converteu-se num fato refundante da identidade étnica Rankülche e constituiu um importante marco na recuperação - e/ou construção -de seu passado. Neste artigo apresenta-se uma experiência de trabalho conjunto entre a comunidade Rankülche e um grupo de arqueólogos, desenvolvida nos últimos anos na área centro-leste da província de La Pampa, Argentina. Esta experiência pretende servir de base para desenvolver uma metodologia de trabalho baseada na multivocalidade e na participação ativa da comunidade indígena no trabalho de campo e na interpretação arqueológica.

Archaeological interpretation as well as whatever we consider «cultural heritage» are not but the result of a value assessing process in the frame of certain social, political and ideological contexts. The restitution of the Rankülche chief Panguithruz Güor (also known as Mariano Rosas) constitutes a good example of changing values on archaeological heritage. His remains, which were exhumed

¹ En el mundo Rankülche los caciques principales son designados con el nombre *lonko*, que significa cabeza o jefe.

from his tomb in the «name of the science» in the nineteenth century, were restituted with honors to his descendants in the twenty-first century, as part of a policy of ethnic vindication. This restitution constituted a landmark in the re-emergency of the Rankülche ethnic identity, as much as in the recovery -and/or construction- of their own past. The aim of this paper is to present an experience of joint work between the Rankülche community and archaeologists that was developed, in the last few years, at the central-eastern area of La Pampa province, Argentina. This experience seeks to contribute to the development of a new methodology of archaeology based on the multivocality approach and the active participation of the indigenous community both in fieldwork activities as well as in archaeological interpretation.

Introducción

Si la arqueología se desarrolla en un contexto social determinado puede asumirse que la práctica arqueológica tiene, inevitablemente, consecuencias sociales y políticas. El dilema consiste en reconocer y dimensionar la responsabilidad profesional respecto de esas consecuencias y desarrollar la práctica disciplinar desde una postura activa. En las últimas dos décadas la arqueología ha asumido un papel político más explícito que se ha puesto de manifiesto, particularmente, en relación con los grupos indígenas (Layton, ed., 1989; Lowenthal 1990; Gosden 2001; Politis 2001; Ucko 2001; Green *et al.* 2003; Shepherd 2003; Benavides 2005; Gnecco y Hernández 2005). En la actualidad el eje de la discusión ya no gira en torno de la aceptación de la dimensión política de la disciplina sino sobre sus implicancias en la práctica, es decir, el papel que deben asumir los arqueólogos y la forma de planificar la investigación. De esta manera la arqueología contemporánea se desarrolla en un contexto postcolonial en el cual la crítica efectuada por «otras» voces y visiones no occidentales ha promovido el debate teórico en relación con diferentes problemas como la restitución de restos humanos, la propiedad de la cultura material, el manejo del patrimonio y las interpretaciones del pasado. Esta situación ha contribuido al desarrollo de alternativas teórico-metodológicas que contemplan la inclusión de grupos y/o individuos que han estado al margen del sistema de conocimiento científico, brindando un espacio para que sus opiniones acerca del pasado y sus restos ma-

teriales puedan ser expresadas (Leone *et al.* 1995; Bender 1998).

La importancia de reconocer nuevos interlocutores ha sido afirmada por diversos autores (Hall y McArthur 1995; Preucel y Hodder 1996; Avrami *et al.* 2000), quienes señalan la necesidad de conocer y considerar las visiones y significados por parte de los diversos grupos de interés en la investigación, conservación y manejo del patrimonio; más aún, se han propuesto nuevas modalidades de trabajo que son consensuadas, elaboradas y ejecutadas en forma conjunta entre esos grupos y los investigadores (e.g. Field *et al.* 2000; McEwan *et al.* 2000; Green *et al.* 2003). Algunos arqueólogos descendientes de pueblos nativos propugnan el desarrollo de una arqueología indígena en la cual las comunidades originarias tengan plena decisión en el manejo de los recursos culturales y en su investigación (Langford 1983; Mamani 1989; Byrne 1991; Anyon *et al.* 2000; Dongoske *et al.*, eds., 2000; Watkins 2000). Estas nuevas tendencias teóricas impactan la práctica disciplinaria e implican la descentralización del arqueólogo como actor principal y el cuestionamiento del discurso académico (y occidental) como el único válido y socialmente aceptable. Estas posturas no hacen más que enfatizar que la arqueología no es una disciplina inocente e inmune a las influencias sociopolíticas de cada lugar; en el devenir de su práctica la arqueología se encuentra inserta en problemáticas sociales en las cuales puede y debe intervenir y, eventualmente, contribuir a su resolución (Lumbreras 1981; Shanks y Tilley 1987). Desde este punto de vista la perspectiva teórico-metodológica de este tra-

bajo se centra en la multivocalidad, es decir, la aceptación de la existencia de otras visiones y voces como forma de construir una arqueología comunitaria, reflexiva y crítica del contexto socio-político del cual forma parte. La arqueología se constituye, así, en un espacio donde se encuentran distintas voces históricas estimulando el diálogo, la reflexión y la construcción pluralista (Preucel y Hodder 1996; Gnecco 1999; Endere y Curtoni 2003). En este contexto la arqueología comienza a verse «menos como una disciplina bien definida con claros límites y más como un conjunto fluido de interacciones negociables. Menos como un resultado y más como un proceso» (Hodder 1999:19).

En este artículo se presenta una experiencia de trabajo con la comunidad indígena Rankülche (provincia de La Pampa, Argentina), basada en esta perspectiva teórica, que ha comenzado a desarrollar una metodología de investigación constituida por una doble estrategia: la recuperación de la visión Rankülche respecto de su patrimonio cultural a través de entrevistas con miembros de la comunidad y su participación activa en los trabajos de campo y en la discusión relativa a la gestión e interpretación de los materiales recuperados. Este trabajo está conformado, básicamente, por las voces, opiniones e interpretaciones de los integrantes del pueblo Rankülche en relación con su historia, patrimonio y paisaje, aunque también se incluyen testimonios de otros grupos de interés y diálogos conjuntos.

La comunidad Rankülche y la recuperación de su pasado

El pueblo Rankülche² se distribuía sobre una vasta porción de territorio que comprendía parte de las actuales provincias argentinas de Córdoba, Santa Fé, La Pampa y Buenos Aires (Fernández 1999). Su origen es un fenómeno complejo que aún estimula el debate y la discusión. Desde la historia y la lingüística se ha propuesto que las primeras referencias sobre

los Rankülches en la provincia de La Pampa son del siglo XVIII (Poduje *et al.* 1993; Fernández 1999). Aunque existe cierto consenso académico en que su origen fue el resultado de un proceso de mezcla y reemplazo entre grupos locales supuestamente más antiguos y poblaciones chilenas que ingresaron al actual territorio argentino (Poduje *et al.* 1993; Hux 1998) los actuales descendientes Rankülches poseen sus propias versiones de la historia, transmitida por los ancianos de generación en generación y sostenida por medio de la tradición oral; de esta forma confrontan el discurso histórico que les asigna un origen transandino y una ocupación relativamente reciente del territorio pampeano, sosteniendo que habitan esta región desde hace mucho tiempo (Curtoni 1999). Esta versión coincide con los relatos de Luis De la Cruz, un viajero que cruzó en 1806 el territorio Rankülche y se entrevistó con el cacique Manquel, quien le transmitió que ellos están allí «desde tiempos inmemoriales y que así lo escuchó de sus antepasados» (De la Cruz 1969:243). En los últimos años algunos representantes indígenas comenzaron a plasmar por escrito la historia del pueblo Rankülche, realizando una crítica a los relatos legitimados desde la academia porque fueron utilizados «para justificar el genocidio perpetrado contra los habitantes del Mamüll Mapü, intentando minimizar la presencia de habitantes originarios en el centro de Argentina, adjudi-

² Preferimos utilizar Rankülche como un marcador de identidad étnica porque a partir de la década de 1990 fue utilizado en el ámbito público de la provincia de La Pampa como una transcripción fonética de los términos españoles ranquel, rancul o ranquelino/a (Curtoni *et al.* 2003). Rankülche se utiliza en un sentido general pues también se usa para referir a lo Mamülche, en algunas situaciones como si fueran sinónimos. Los grupos Rankülches hablaban rankel, un dialecto de la lengua Mapuche (Fernández 1998).

cádonos diversos orígenes menos el único y verdadero: siempre estuvimos aquí» (Canhué 2003:3).

Rankülche es una denominación general que se refiere a una extensa población que vivía y aún vive en estepas y bosques abiertos de caldén (*Prosopis caldenia*). Los grupos que dominaban y residían en el paisaje de la estepa de pastizales fueron conocidos y referenciados como Rankülches, que significa habitantes de los carrizales o de zonas abiertas (che: gente; rankül: carrizal). La denominación referencial para quienes ocupaban el paisaje de bosque es Mamülches, que significa habitantes del Mamüll Mapü o País del Monte (che: gente; mamül: monte; mapü: paístierra). Hacia mediados y fines del siglo XIX los cacicazgos principales se localizaban en el territorio del caldenar, principalmente en la parte central de la actual provincia de La Pampa (Figura 1). La organización social de los Rankülches estaba basada en linajes liderados por jefes o caciques, quienes poseían territorios particulares y tenían a su cargo caciques secundarios (Fernández 1997; Bechis 1998; Hux 1998). La designación de los caciques se realizaba por elección teniendo en cuenta sus

capacidades y hacia el siglo XIX se volvió un proceso de sucesión hereditaria (Bechis 1998). El liderazgo y poderío de los caciques se sustentaba, en parte, en las riquezas que administraban (ganados, platería, alimentos); en el manejo de la información de que disponían (dado que los datos de relevancia se centralizaban en su autoridad); en las habilidades personales que poseían; y en relaciones de descendencia (Bechis 1989; Mandrini y Ortelli 1992; Hux 2003).

Para el área centro-este de la provincia se ha propuesto un modelo arqueológico de territorialidad para el Holoceno tardío teniendo en cuenta información sobre ocupación y uso del paisaje de los Rankülches. El modelo prevé una distribución circular y jerárquica de asentamientos relacionados con una organización socio-política a partir de un centro principal. En el área se ha registrado una estructura circular de movimientos representada por la disposición espacial de distintas «rastrilladas» (caminos indígenas) que confluyen hacia determinados lugares donde residen los caciques principales (Curtoni 1999).

Uno de los aspectos menos investigados del mundo Rankülche es el relacionado con las cosmovisiones, simbología y creencias religiosas. La tradición oral, los relatos de cuentos y el cancionero sagrado (taíel) y profano (ülcantum) son fuentes de información que deberían ser profundizadas para obtener un panorama más integral de su dimensión simbólica (APE 1997). No obstante, se sabe que el caldén (huitrú) era (y es) un árbol que tiene un significado sagrado/mítico (Canhué 2003), que ciertos lugares eran evitados por ser considerados peligrosos o residencias de espíritus malignos y que había sectores especiales para realizar actividades de curandería y ritos de pasajes (Fernández 1998). El ngüillatun o camaruco era la principal celebración ritual; duraba de tres a cuatro días y requería un lugar especialmente adaptado para su realización (Poduje *et al.* 1993; APE 1997; Fernández 1998). En los

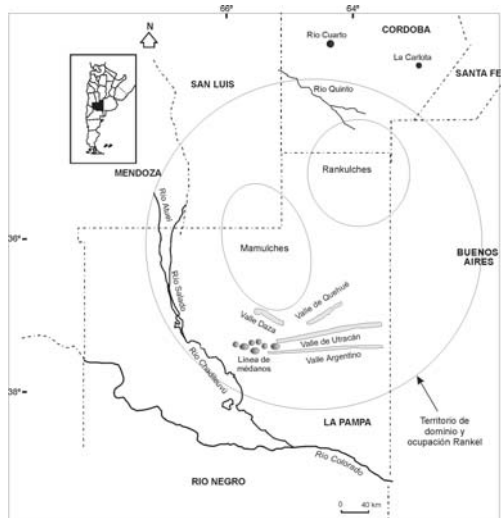


Figura 1: Mapa de ubicación del territorio Rankülche

últimos años ha habido varios intentos de realizar nuevas performances de esta ceremonia sagrada con el objetivo de mantener y reafirmar la significación original. La permanencia de las leyendas en la tradición oral permite acercarnos a algunas interpretaciones sobre el origen de los Rankülche:

«Una leyenda Rankül (Rankel) nos habla del diluvio. Que las aguas subían. Y también la tierra. De día las gentes ganaban las alturas. De noche morían alcanzados por las aguas. Pidieron a Soychü, antiguo Dios, que iluminara la noche. Soychü habló con Antü, el Sol, y con Ñuque Mapü, la Madre Tierra, y decidieron que la Ñuque Mapü se desprendiera de un enorme pedazo de sí misma y lo enviara a los cielos, Antü le prestaría su luz. Y así nació Kuyen, la Luna. Pudieron salvarse. Luego las aguas bajaron y los hombres y sus familias volvieron a sus bosques y a sus praderas, a continuar viviendo normalmente» (Canhué 2003:2; cf. APE 1997).

Entre 1878 y 1884 se produjo una invasión violenta del territorio indígena por parte del ejército nacional con el objetivo de exterminar las poblaciones nativas y obtener espacios destinados a la explotación agrícola ganadera. Este proceso se denominó «conquista del desierto» y fue legitimado por el discurso oficial a través de una narrativa nacional que consideró la conquista como algo necesario e inevitable. Esta situación provocó el exterminio de miles de indígenas, la desestructuración de sus organizaciones socio-políticas y la apropiación del paisaje que ocupaban (Mandrini y Ortelli 1992). Algunos sobrevivientes de la guerra fueron relocalizados en reservas construidas para tal fin (como las colonias Emilio Mitre y Puelches, en La Pampa) y otros fueron enviados a los ingenios del norte del país como mano de obra no calificada. Los asentamientos de Emilio Mitre y Puelches fueron creados en 1900 como colonias pastoriles y no como colonias indígenas y dependieron de la Dirección Nacional de Tierras y Colo-

nias que no reconocía la propiedad comunal ni la autoridad de los caciques (Depetris y Vigne 1999). En la actualidad varias familias Rankülches de la provincia de La Pampa continúan viviendo en Colonia Emilio Mitre, dedicados a la crianza de chivos y ovejas en un paisaje semidesértico; el gobierno nacional asignó a cada familia 625 hectáreas, cuando la unidad productiva mínima de la zona es de 5000 hectáreas (Fernández 1998). Otros descendientes Rankülches residen en diversas localidades de la provincia, como también en el campo. La mayoría trabaja como peones rurales, efectúa trabajos temporarios (changas) o se encuentra desempleada; en menor medida se desempeña como empleados públicos o cuentapropistas. El dirigente indígena Oscar Gualas³ comentó:

«Al ver los problemas que están viviendo las comunidades del oeste (Colonia Emilio Mitre) que todavía están peleando la licitación para un transporte, porque no tienen ni un colectivo, le entra una indignación a uno por todo lo que ha pasado, la discriminación y todas esas cosas».

En los últimos años los Rankülches de La Pampa han pasado por un proceso de consolidación a nivel institucional, político y de reconocimiento social y cultural que se ha visto plasmado en una mayor presencia a nivel comunitaria:

«En el '96 se organizó el pueblo rankel (Rankülche) y se eligió al Cacique General y el Consejo de Lonkos. A su vez, hay un Consejo de Ancianos que también consultamos. Somos veintidós comunidades pero con personería jurídica hay menos. Algunos nombres de las comunidades están de acuerdo a la geografía que tienen y otras toman el nombre del linaje» (Ana María Domínguez, descendiente Rankülche).

³ Las citas textuales sin referencia provienen de conversaciones sostenidas con nosotros en 2004.

El proceso de reconocimiento de los derechos del pueblo rankelino comenzó mucho antes. José Carlos Depetris, un conocido historiador local, explicó:

«Acá no había rankeles hasta el '63. En esa época se inició un reclamo por las tierras en la Colonia Mitre y se generó una situación en la que algunos rankeles fueron a prisión. Intervino Fernández Acevedo, un periodista que tenía un diario propio, que empezó a defender a algunos indios de Mitre y el tema llegó a la prensa nacional. Ese proceso duró hasta el '72 cuando el gobierno nacional le entregó los títulos de propiedad de la Colonia Mitre a los rankeles que los solicitaban».

El papel de algunos intelectuales e historiadores locales interesados en el proceso de reconocimiento social y cultural de los Rankülches fue también significativo. Una muestra de ello fue el libro *Rostros de la tierra* (Depetris y Vignes 1999) en el cual se incluyó un listado de 2.100 personas indígenas que sobrevivieron a la conquista del desierto en La Pampa. «En este libro se muestra que la sangre indígena en La Pampa era mucho más de lo que se suponía». La buena difusión de este libro a nivel provincial permitió a muchos pampeanos descubrir sus raíces:

«De cada fotografía [obtenida de los archivos policiales] se buscaba quien era y luego se la trabajaba genealógicamente y se lo ubicaba dentro del grupo. Traté de diferenciarlos de otros libros en que la fotografía era anónima, lo que marca una tendencia, una visión y una ideología» (José Carlos Depetris).

El retorno del cacique Panghithruz Güor (Mariano Rosas)

En el reconocimiento del pueblo Rankülche el reclamo por los restos de Panghithruz Güor (Mariano Rosas), así como su restitución, jugaron un papel trascendental. El lonko Germán Canhué, representante de la comunidad Rankülche y presidente de la asocia-

ción indígena Willy Kalkin de la provincia de La Pampa, comentó:

«Nosotros comenzamos nuestro retorno en Venado Tuerto en 1983; ahí comenzamos a concienciar también a la gente nuestra porque decían para qué, si esto ya no tiene vuelta. Nosotros creíamos que sí y en el '89 logramos poner en marcha la primera entidad reconocida en La Pampa como organización indígena y se llamó justamente 'Organización Aborigen Mariano Rosas' y le pusimos ese nombre, no por casualidad».

Panghithruz Güor, que significa *zorro cazador de leones*, fue un jefe Rankülche que, en su niñez, fue tomado prisionero por Juan Manuel de Rosas, por entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, y bautizado con el nombre cristiano de Mariano Rosas. Luego de escapar de su cautiverio se convirtió en jefe de su pueblo y firmó un tratado de paz con el gobierno nacional en 1870 gracias a la intermediación del Comandante Lucio V. Mansilla, quien describió la personalidad de Mariano en su célebre obra *Una excursión a los indios ranqueles* (Mansilla 1993). Mariano Rosas murió de muerte natural en Leubucó en 1877. Su tumba fue encontrada por miembros del Ejército Nacional en las etapas finales de la denominada «conquista del desierto». El periódico *La Libertad* reportó el hallazgo efectuado por el Coronel Eduardo Racedo, quien descubrió la tumba el 31 de enero de 1879. Su cuerpo fue exhumado y su cráneo fue enviado a la ciudad de La Plata, donde pasó a formar parte de la colección de «Esqueletos Araucanos» del Museo de Ciencias Naturales junto con los cráneos de otros jefes como Gherenal, Manuel Guerra, Indio Brujo, Calfullcurá y Chipitruz, quienes fueron recogidos de sus tumbas o de los campos de batalla (Endere 1998, 2002). El historiador local José Depetris nos contó así su participación en los reclamos:

«Lo de Mariano Rosas surge en el año '89 cuando yo empecé a escribir una columna en *La Arena* [diario provincial]

que se llamaba 'Crónicas Ranquelinas' y empecé a investigar qué había pasado con Mariano Rosas hasta que descubrí que estaba en el Museo de La Plata. En las Jornadas de Historia y Cultura Ranquelinas se propuso pedir sus restos y traerlos repatriados a La Pampa. Miguel García [arquitecto que trabaja para la provincia] se sumó a este grupo e ideó una especie de altar de la patria, donde se iba a sepultar los restos de Mariano Rosas. Allá por el '95 viajamos en una comitiva, con apoyo oficial, al Museo de La Plata y obviamente nos dijeron que eso era patrimonio del museo».

Las relaciones entre la comunidad indígena Rankülche y las autoridades provinciales de La Pampa se caracterizan, en la actualidad, por la armonía y el respeto mutuo; sin embargo, no siempre fue así. Germán Canhué explicó (cf. Clarín 27-01-97; Endere 1998):

«La provincia inició un proyecto de restitución de varios caciques y su intención era construir tres monumentos, uno al inmigrante, otro al indio y otro al criollo (ellos creían que el origen de La Pampa estaba en esos tres elementos) y poner en un mausoleo los restos de Mariano. Nosotros nos enteramos y sacamos una nota en el diario diciendo que 'la provincia no es entidad para reclamar ningún resto, los únicos que los pueden reclamar son los familiares o el pueblo al que perteneció'. En esa época no se nos consultaba. Al indígena en La Pampa no se le daba entidad, entonces al no darles entidad, ellos hacían las cosas como ellos querían. ¿Qué le vamos a preguntar a estos indios? ¿Qué saben ellos, decían! Muchos siguen pensando igual pero ya ha cambiado bastante».

Según el arquitecto Miguel García la restitución de Mariano Rosas:

«...fue todo un proceso de aprendizaje porque comenzamos con la propuesta de reprovincializar los restos, pero legalmente los grupos indígenas iban avanzando con su organización. Luego exigieron su participación; entonces noso-

tros abandonamos nuestra propuesta y nos sumamos. Dejamos de lado lo del mausoleo. Queríamos rescatar la idea de Mariano Rosas como lo más representativo de los indios pampeanos, ya que tenían una forma compleja de organización local. Canhué rescata que nosotros los respetemos y los reconozcamos como descendientes. Nosotros estamos trabajando para gente de carne y hueso y no para un pasado que es como nosotros queremos. Si ellos dicen que quieren que Mariano Rosas esté en Leubucó, entonces no tenemos nada que hacer».

La restitución de Mariano Rosas se logró gracias al trabajo conjunto de las autoridades provinciales de cultura, la comunidad Rankülche y los historiadores locales especializados en genealogía indígena. Los reclamos de una supuesta descendiente de Mariano Rosas fueron, finalmente, el hecho desencadenante de la restitución:

«Una hermana de Toay decía que era bisnieta de Mariano Rosas y logró apoyo parlamentario para solicitar la devolución de los restos a la localidad de Toay. Entonces alguien del Congreso me consultó sobre este proyecto. Nosotros le dijimos que ella no era descendiente de Mariano y que estábamos trabajando con Cultura para llevarlo al lugar de donde lo habían sacado y de donde pertenecía. Mariano nunca estuvo radicado en Toay, nació, vivió y murió en Leubucó, excepto el tiempo que estuvo cautivo, y corresponde que vuelva al lugar de donde lo sacaron. El único familiar directo es un bisnieto y vivía en la ciudad de General Acha» (Germán Canhué).

José Carlos Depetris comentó al respecto:

«En abril de 1998 fuimos con Ana María Domínguez a la Comisión de Poblamiento de la Cámara de Diputados. Les dije que Mariano Rosas nunca estuvo en Toay y responsabilicé a la Comisión de cometer un error histórico. Les mostré el árbol genealógico y un fallo del 1900 donde un juez reconocía a Apunau Rosas como hijo natural de

Mariano Rosas. Luego logramos que Adolfo Rosas [el descendiente de Apunau] reclamara los restos con el riesgo de meterse en un litigio cuando había vivido más de ochenta años, lo más tranquilo, sin saber que era descendiente de Mariano Rosas. Finalmente el viejito aceptó y dijo: 'si yo soy un instrumento para devolver el cuerpo y eso sirve para la comunidad, me presto'...».

Finalmente en 2000 se sancionó la ley 25.276 que ordenó la devolución de los restos de Mariano Rosas en una «ceremonia oficial de reparación histórica al pueblo ranquel». Esta ley autorizó al INAI (Instituto Nacional de Asuntos Indígenas de Argentina) a que llevase adelante la restitución y a la Secretaría de Cultura de la provincia de La Pampa a que decidiera, luego de consultar a la comunidad Rankülche, el destino final de los restos. La devolución del cráneo se hizo efectiva en junio de 2001 y fue ampliamente cubierta por medios de prensa provinciales (La Arena, El Tribuno, 21 al 24.06.2001) y nacionales (e.g., Clarín, La Nación, Página 12, 23.06.2001) (cf. Endere 2002; Curtoni *et al.* 2003, Curtoni 2004):

«Se hizo todo en cuatro días. El 21 de junio fuimos al Museo de La Plata; allí estuvimos con autoridades de la Universidad y nacionales. Hicieron la entrega del cráneo, se hizo el acto, hablaron los lonkos de cada comunidad que estaban presente, hubo un discurso de uno de los descendientes de Mariano, Adolfo Rosas, y de algunas autoridades. El 22 se hizo el traslado y a la noche se hizo una guardia de honor de parte de los caciques en un salón de la Municipalidad de Victorica. El 23 se hizo el enterratorio simbólico con presencia de la comunidad toda, indígena y no indígena, y de las autoridades. No fue sepultado, fue dejado al pie de la sepultura, lo sepultamos al otro día previa ceremonia a la salida del sol, con las comunidades solamente; ese día coincidía con el año nuevo. El 23 también se quedaron toda

la noche esperando la salida del sol»
(Ana M. Domínguez).

Esta restitución marcó un hito en el reconocimiento social y político, a nivel nacional y provincial, de la comunidad Rankülche y también sirvió para reforzarla internamente; parece, además, haber sellado una reconciliación de la comunidad indígena con las autoridades provinciales y los investigadores locales, poniendo fin a las disputas surgidas con motivo de los reclamos de restitución:

«La restitución hizo que la comunidad se concienciara/ por un lado de que seguimos siendo indios y por otro, para hacer muchas cosas, si nos proponemos. Y luego está la leyenda de Mariano que dice que el desastre vino cuando a él lo llevaron a la civilización, muerto ya, ¿no? Se lo auguraron las mujeres sabias, las machis, que le dijeron que si él iba a la civilización, grandes desgracias acaccerían al pueblo rankel, así que nunca fue. Cuando Mariano murió le llevaron el cráneo y el cuerpo, ahí viene la debacle rankel. Entonces nosotros pensábamos con el mismo criterio que al retornar él, retornábamos nosotros, que nuevos tiempos tienen que venir para el pueblo rankel» (Germán Canhué).

En la actualidad la comunidad indígena Rankülche está organizada regionalmente a través de un Consejo de Lonkos formado por diferentes jefes de distintas zonas y cuyo presidente es Oscar Gualas, descendiente de uno de los principales linajes históricos de la comunidad:

«Fue una reivindicación muy grande que tuvimos con el resto de la sociedad porque antes de recibir los restos de Mariano, nosotros andábamos golpeando puerta por puerta y después, cuando trajimos los restos, se nos abrieron las puertas tanto del gobierno como de la sociedad. Fue una reivindicación muy buena, nos sirvió para decir que estábamos vivos, que estábamos presente en la zona, en las tierras, porque había mucha gente que decía 'indios de mierda', la palabra justa, ¿no? Sirvió para el interior de la comunidad también, hoy

en día se están dando a conocer, se están formando muchas comunidades».

La construcción del patrimonio cultural Rankülche

La restitución de los restos de Mariano Rosas y la construcción de su mausoleo en Leubucó permitió a los Rankülches contar con el primer espacio de uso ritual comunitario después de la «conquista del desierto»; hasta entonces no habían sido consultados, como descendientes, a la hora de construir monumentos o fijar referencias geográficas destinadas a la conmemoración del pasado indígena.

El mausoleo de Panghithruz Güor en el Parque Leubucó

El «Parque Indígena Leubucó» está ubicado 25 kilómetros al norte de la localidad de Victorica, provincia de La Pampa, sobre un camino vecinal de la ruta provincial 105. Ha sido emplazado en tierras que pertenecieron al territorio Rankülche, específicamente en el lugar donde se realizó la célebre reunión entre Panghithruz Güor (Mariano Rosas) y el Coronel Mansilla en 1870. En este espacio, declarado «lugar histórico provincial», se ha construido en la última década una serie de íconos conmemorativos, además del mausoleo donde descansan los restos de Panguithruz Güor; como resultado de ello el parque está integrado por varios monumentos, construidos en diferentes épocas, con diversos estilos y mensajes (Figura 2). El primer monumento fue construido en 1992 y representa el encuentro entre Mansilla y Mariano Rosas (Figura 3). A poco más de un kilómetro se encuentra el segundo monumento que tiene la forma de un gigante de chapa que lleva en su pecho a los ocho principales jefes Rankülches con sus respectivas lanzas (Figuras 4 y 5); fue inaugurado en 1999 y ha sido bautizado por los lugareños como «robocop» (Curtoni 2004). A pocos

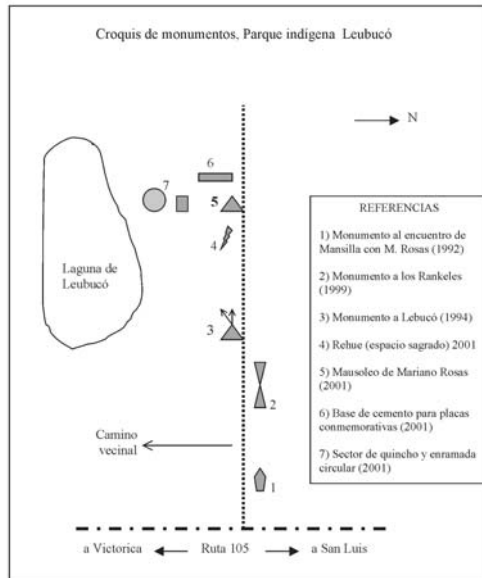


Figura 2: Croquis de los monumentos en el Parque indígena Leubucó

metros sobre la margen izquierda se emplaza el tercer monumento de base piramidal sobre la cual se han colocado dos lanzas; fue construido en 1994 por la Municipalidad de Victorica con motivo de la ley provincial que declaró a Leubucó como lugar histórico. Una placa colocada años después por la Agrupación Gaucha Tierra y Tradición expresa: «homenaje a los caídos por la civilización» (Figura 6). Finalmente se llega al mausoleo donde descansan los restos de Mariano Rosas, construido en 2001 (Figura 7).



Figura 3: Monumento al encuentro entre Mariano Rosas y Mansilla

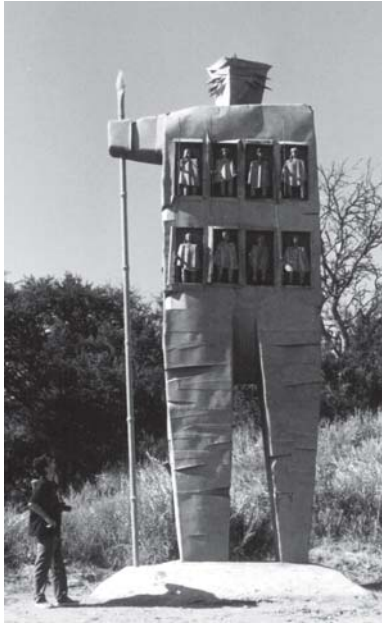


Figura 4: Vista del monumento a los Rankülche

El segundo monumento, «Robocop», es el que ha generado mayores polémicas. Germán Canhué comentó: «Sin consultarnos a nosotros, porque en esa época no se nos



Figura 5: Detalle del monumento a los Rankülche



Figura 6: Monumento a Leubucó

consultaba, la provincia construyó un monumento en homenaje a los rankeles y nos invitaron a la inauguración. Con ese monumento se empezaba a instalar el tema rankel en Leubucó». Ana María Domínguez señaló al respecto: «La obra la hizo el gobierno sin consultarlos. Lo que pasa es que lo hizo un escultor y a la obra de un artista hay que interpretarla. Cada artista busca su talento como lo siente... Lo hizo un escultor de prestigio aquí en La Pampa, como reconocimiento de parte del gobierno a los rankeles. Nosot-



Figura 7: Vista del mausoleo que guarda los restos de Panguithruz Güor (Mariano Rosas)

tros valoramos la intención; no vamos a opinar si es bonito, la intención vale». José Depetris expresó: «Los monumentos de Leubucó son cosas demasiado caprichosas, no tendrían que desentonar con el recato que hay en la gente del lugar, de los mismos paisanos que hay en Victorica, que se están reconsiderando rankelinos nuevamente, pero con mucho recato».

A diferencia de lo sucedido con el denominado Robocop y los otros monumentos del parque Leubucó el mausoleo de Panguithruz Güor fue el único que se construyó con la participación activa de la comunidad Rankülche, que tuvo ingerencia en la forma, estilo y materiales con que fue construido. «Había muchos temas que cerrar con el monumento, qué hacíamos, qué poníamos, un caldén, una urna, etc.» (Germán Canhué). El mausoleo está formado por una base cuadrangular de un metro de altura realizada con troncos de caldén sobre la cual emerge una pirámide de similar longitud, también realizada en madera de caldén. Marcelo Castro, escultor y descendiente indígena que esculpió cada uno de los lados de la pirámide del mausoleo, explicó:

«Los motivos los aportó la gente, le pedimos aportes. Tomamos los cuatro pueblos o linajes principales, los más reconocidos: el Rankel Carripilum (al norte) [Figura 8], el Nahuel de Ramón (tigre, al sur) [Figura 9], Gualas de la familia Yanquetruz (pluma de pato, al oeste) [Figura 10] y el Zorro que son los que están al frente de la pirámide (al este, el linaje de Güor -zorro-Mariano Rosas) [Figura 11]. Todo tiene un significado».

En la actualidad el predio está alambrado y se está tramitando la escrituración de las 5 hectáreas a nombre de la comunidad. A un costado del mausoleo se dispuso un rehue (objeto ritual) tallado en madera (Figura 12). En este predio los Rankülches esperan el año nuevo cada 24 de junio y lo celebran al amanecer. A los Rankülche les preocupa que este espacio se convierta en

turístico y recreativo porque perturbaría el descanso de Panguithruz Güor (Mariano Rosas) y se perdería la sacralidad del lugar:

«¿Por qué tanto interés con Mariano Rosas? ¿Por qué se lo llevaron? Al sacarlo de ese descanso se interrumpe su viaje, su sueño; ellos vuelven a nosotros a través de los sueños, eso no se puede interrumpir, yo no me atrevería a abrir la sepultura de otro ser humano. Ahora dicen los que han ido a la sepultura de Mariano que hay yuyos. Yo digo: ¡Dejá que venga el yuyal, que llueva, que crezca la vegetación! Ellos lo dejaban así, hay que dejarlo en paz, cuanto menos lo molesten, mejor!» (Ana M. Domínguez).

El rol de los «ólogos»

A la larga lista de reclamos que la comunidad hace al gobierno nacional por la falta de cumplimiento de la ley nacional 23.302/85 de comunidades indígenas se agregan los reclamos a los investigadores que sesgan la historia, confundiendo lo Rankülche con lo mapuche y restando importancia a la comunidad en general (Canhué 2004). Germán Canhué (cf. Canhué 2004) comentó:

«Los trabajos del padre de la Cruz son un testimonio invaluable que los antropólogos y todos los 'ólogos' no tienen en cuenta. Hay cantidad de lagunas que había en La Pampa que indican la cantidad de población que tenía. Había una comunidad impresionante. Bueno, esa es La Pampa deshabitada que dicen que había, que nos mapuchizaron, que nos araucanizaron, que nos cristianizaron... Todo mentira».

Con relación a su patrimonio cultural Ana María Domínguez comentó:

«A nosotros no nos queda lugar ni para enterrar a los muertos. Nosotros reclamamos lugares sagrados que pertenecen a los pueblos indígenas. Hay algunos que los han puesto como lugares del patrimonio nacional (pinturas rupestres, sitios) que nosotros queremos que se preserven, que se respeten porque han per-

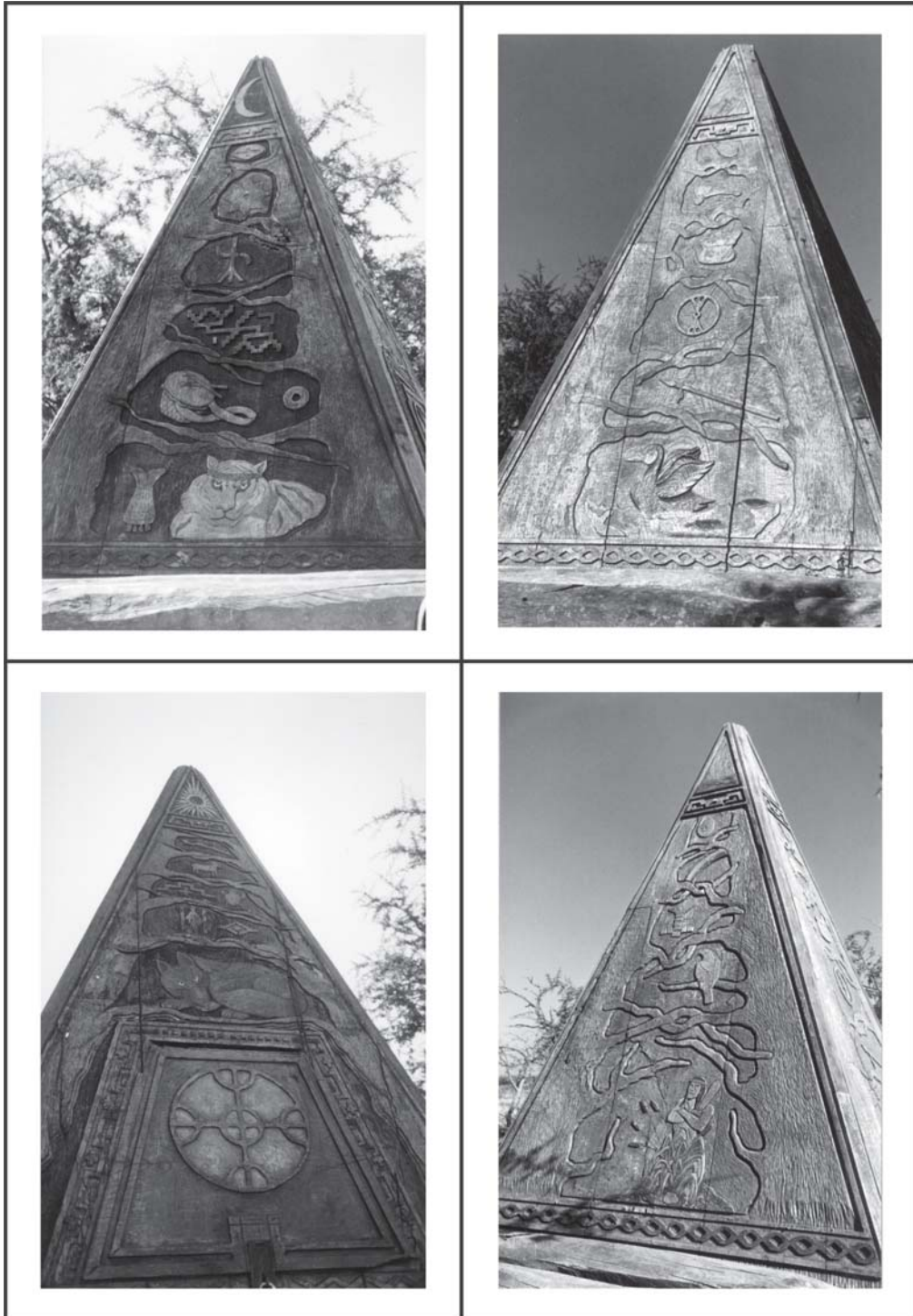


Figura 8, 9, 10 y 11: Detalle de los motivos tallados en cada una de las caras de la pirámide del mausoleo



Figura 12: Rehue localizado a un costado del mausoleo.

manecido en el tiempo, como los cementerios indígenas porque es algo muy espiritual, allí descansan nuestros antepasados. Hay muchas cosas que no han vuelto nunca al pueblo indígena. Nosotros estamos reclamando espacios territoriales que ni siquiera habitamos porque ya no somos más los guardianes de todo eso. Pertenece al gobierno, ojalá alguno de esos lugares vuelva a ser patrimonio de los pueblos indígenas para poder preservarlo... Para nosotros, todos los lugares donde hubo una población indígena hay una presencia sagrada. Sagrado es todo, todo es espiritualidad para nosotros porque somos parte de la naturaleza. Todo el espacio que nos rodea tiene espiritualidad. Cada comunidad tiene sus reclamos puntuales por espacios territoriales propios para realizar sus ceremonias. Nosotros queremos hacer un *ngüillatun* y tenemos que entrar en un campo alambrado que tiene un dueño y no es nuestro, no podemos

desarrollar nuestra cultura así. Necesitamos un espacio propio».

El rescate del pasado indígena y la recuperación del paisaje cultural de sus antepasados es una aspiración de la comunidad Rankülche que pareciera contar con el respaldo de la Subsecretaría de Cultura de la provincia y por algunos historiadores locales especializados en el pasado indígena. En los testimonios recogidos a través de los descendientes y representantes de la comunidad se evidencia su preocupación por indagar a través de fuentes históricas y localizar, por medio de investigaciones arqueológicas, sitios que constituían puntos centrales del universo Rankülche, así como incorporar a su patrimonio lugares de alto valor simbólico, recuperándolos como lugares sagrados:

«Se empieza a escuchar la palabra *mamülche*, es decir, gente del caldenar, muy contemporáneamente, es decir, 1800 concretamente. Antes no hay antecedentes, entonces todo el mundo dice, por aventurar algo, que los Mamülches vinieron de otro lado, siempre pertenecen a otra etnia y no aceptan que el caldenar estuvo poblado... desde tiempos inmemoriales, lo mismo que otros sectores del país. Te imaginás que si en Casa de Piedra se encuentra un enterratorio de 8.000 años atrás, entonces quiere decir que no hace poco que habitaban acá. Por eso nosotros estamos diciendo a todos que somos descendientes de los habitantes del caldenar, no sabemos cómo se llamaban y la arqueología no nos va a ayudar a esclarecer eso pero sí a través de la arqueología esperamos esclarecer muchas cosas que a nosotros nos son sumamente útil. Si un tipo de cerámica se da hace 200, hace 400, hace 700 años atrás, entonces estamos hablando de un mismo grupo humano, de un mismo origen y eso nos ayudaría para reafirmar que los Rankülches, antiguos Mamülches, hemos habitado desde siempre... Creo que una de las cosas que tenemos pendientes los Rankülches es que desde las co-

munidades surja un proyecto de este tipo. No hay un arqueólogo entre nosotros, pero es bueno que nuestra gente se acerque para ver cómo es, que pueda participar, ¿no?» (Nazareno Serraino, comunidad Rankülche).

Diálogo y participación en el trabajo arqueológico

En los últimos años hemos mantenido reuniones con miembros de la comunidad Rankülche durante las cuales discutimos la posibilidad de organizar salidas de campo conjuntas para reconocer el terreno y discutir diferentes interpretaciones acerca del paisaje. Los recientes hallazgos de restos óseos humanos efectuados en el marco de un rescate arqueológico en el valle de Chapalcó, departamento Toay, La Pampa, brindaron la oportunidad de hacer esta interacción posible. La denuncia del hallazgo a la Subsecretaría de Cultura provincial por parte de un investigador local amateur motivó la realización de un rescate a cargo de uno de nosotros en julio de 2004. En el rescate se recuperaron restos de, al menos, seis individuos fragmentados y deteriorados; no obstante, fue posible recuperar dos calotas semi-completas, una de las cuales pareciera presentar deformación craneana y la otra restos de ocre. Estos hallazgos permiten suponer la existencia de un espacio formal destinado al entierro colectivo. La localización del sitio en el punto más alto y destacado del valle, con una excelente visibilidad del entorno y ubicado en las cercanías de una laguna en cuya margen fueron previamente hallados restos arqueológicos (e.g. sitio Laguna de Chapalcó), permite plantear una posible jerarquización del paisaje en lugares.

Ante la posibilidad de la existencia de un lugar con significado especial o sagrado y teniendo en cuenta la metodología participativa de investigación que estamos implementando dimos a conocer los hallazgos a la comunidad Rankülche y recorrimos el lugar con un miem-

bro del Consejo de Lonkos y otro miembro de la comunidad. El objetivo de la visita no sólo fue observar y discutir las características del hallazgo y su entorno sino, también, decidir las medidas que se deben adoptar en el futuro con los restos humanos. De manera consensuada se acordó entre las autoridades provinciales, los Rankülches y los investigadores la continuación de la investigación y la entrega de los restos a la comunidad una vez haya concluido.

En marzo de 2005 la comunidad Rankülche organizó una reunión⁴ en la localidad de Telén en la que participaron caciques y representantes indígenas de la provincia para discutir sobre la relevancia histórica de la laguna denominada Curalauquen (laguna de piedra) y plantear medidas futuras para reclamar la tenencia del lugar. La laguna de Curalauquen era un importante centro político del mundo Rankülche y lugar de residencia del cacique Carrpilum, considerado la principal cabeza (lonko) de su pueblo hacia los comienzos del siglo XIX. De acuerdo a la información recopilada por la comunidad indígena esta laguna se encontraría ubicada en cercanías de la actual localidad de Telén. La comunidad Rankülche invitó a participar de la reunión a historiadores y arqueólogos para discutir posibles vías de investigación tendientes a comprobar si la laguna referenciada por la comunidad era, efectivamente, la denominada Curalauquen. En este encuentro pudieron expresarse las distintas voces que opinaron sobre el tema

⁴ En la reunión de Telén, celebrada el 10 de marzo de 2005, participaron por la comunidad Rankülche el lonko Germán Canhué, Nazareno Serraino, Fermín Rolando Acuña, lonko Curunau Cabral, Luis Silva Lima, Cristina Fiorucci; por la Municipalidad de Telén María Inés Pereira y Amador Prieto; por la Secretaría de Cultura de la provincia el arquitecto Miguel García, los investigadores Alicia Tapia, Graciana Pérez Zavala y los autores.

en cuestión, reflejando diferentes posiciones, potencialmente conflictivas. Estas discrepancias se originaron al mencionarse la existencia de estudios históricos (Dellia y Mollo 2002) que indicarían que la laguna de Curalauquen se encuentra en otro lugar y no en Telén. Después de discutir sobre el tema y sobre la ayuda que la arqueología puede brindar para identificar el asentamiento del cacique Carripilum hubo un acercamiento de posiciones inicialmente antagónicas y se plantearon puntos de acuerdo. A continuación reproducimos algunas partes de ese diálogo y la negociación resultante:

- Rankülche: «Es importante saber que ninguno de los que está acá está por casualidad; todos estamos por algo en particular. Hace dos años surgió el tema de que Telén era un centro político importante; ahí apareció la primera inquietud y comenzamos a recopilar material y concluimos que, efectivamente, Telén no sólo era Curalauquen sino también donde estaba (el cacique) Carripilum».
- Rankülche: «¿Qué apoyo nos pueden dar?... ¿El arqueólogo qué nos va a aportar? Nosotros ahora le queremos sacar el jugo a ustedes, yo a mi hijo le quiero dar la herencia rankelina».
- Arqueólogo: «...no nos pueden pedir que les digamos con certeza que la laguna de Telén sea Curalauquen porque, probablemente, aunque podamos excavarla por completo no logremos probarlo...»
- Rankülche: «...en esta mesa están ella que es historiadora, ustedes que son arqueólogos y él que es arquitecto, él que es del pueblo, nosotros que somos de la comunidad y todos de un modo u otro llegamos a coincidir que acá, que este sector era el punto de encuentro».
- Arqueólogo: «...me parece mucho más auténtico que ustedes digan: para nosotros este es un lugar muy importante por una serie de razones. No necesitan tener la fuente exacta, ni la tumba de Carripilum para decir este

es el lugar... Ustedes pueden decidir que este es un lugar importante de encuentro, que hay razones históricas para decirlo, sin decir que esto era Curalauquen».

- Rankülche: «...lo que hemos visto hoy [visita a la laguna] refuerza un poco lo que venimos sosteniendo: que la laguna, evidentemente, está sobre piedra... Pero falta lo principal, falta el reconocimiento científico, nosotros podemos decir: es acá y le metemos y se acabó, pero no queremos hacer las cosas así, queremos hacer las cosas con fundamentos científicos, históricos y orales de que esto es Curalauquen, donde estaba Carripilum».
- Arqueólogo: «...mi preocupación es que se pongan tantas expectativas en que esto es Curalauquen y después de varios años de estudiar todas las fuentes y ver toda la evidencia arqueológica ustedes digan no tenemos nada».
- Rankülche: «...nosotros decimos la comunidad rankel a través de sus relatos históricos confirma que el lugar era Curalauquen; los arqueólogos que no pueden comprobarlo físicamente no ven con malos ojos que haya sido el lugar porque la zona estaba intensamente poblada; los historiadores piensan que a través de las sucesivas cartas de Mariano Rosas a Marcos Donati en donde cuentan que se encontraban en zonas aledañas a Telén. ¿Eso es lo que tenemos que hacer? Bueno, ¿cómo, cuál es el proyecto, quién lo va a encabezar?»
- Arqueólogo: «Me parece que considerar a Telén un lugar de valor para el encuentro y la celebración es muy importante... sin abandonar la búsqueda respecto de si es o no Curalauquen. Podemos ver la información y sobre los datos ustedes pueden tomar decisiones».
- Historiador: «Si uno piensa en la historia Rankel del siglo XIX hay movimientos todo el tiempo... no hay que pensar que uno va a encontrar el asentamiento específico de acuerdo con los indicios que aparecen de

- la cultura material... es complicado pensar en un lugar específico si uno tiene en cuenta la movilidad continua del estilo de vida Rankel».
- Rankülche «Aparte de la cuestión del sector no dejo de pensar que deberíamos ir a otros lugares más; yo la percepción que tengo es que luego de conocer las diferentes aguadas, vuelvo a repetir que es la única que por las características es diferente a las otras... Esta tiene características diferentes en cuanto a la formación que tiene alrededor».
 - Arqueólogo: «Ustedes pueden decir: nosotros consideramos que este es un lugar importante para nuestros antepasados, por una u otra razón, los arqueólogos dicen esto, los historiadores dicen esto, nuestros abuelos dicen esto, lo que me parece que no sería serio es decir esto es la toldería de Carripilum si no hay evidencia exacta».
 - Rankülche: «Podemos juntar la cosa académica de ustedes y lo nuestro y ver qué sacamos».
 - Rankülche: «Ni ellos ni nosotros queremos trabajar independientemente; acá el trabajo en conjunto va a ser de todos, porque lo mío está en el tema rankel pero me apoyo en el arqueólogo, en el lingüista, en el que estudia geografía, antropología, en todas las ciencias».
 - Arquitecto: «¿Usted tiene la certeza que la laguna donde estuvimos hoy es Curalauquen?»
 - Rankülche: «No, no estoy seguro, no lo puedo afirmar con certeza, hasta que hagamos una asamblea nosotros, llevemos nuestros viejos y crucemos los datos y podamos hablar con ellos... Yo creo que si nos unimos esto va a salir a la luz; sabemos que tenemos razón, yo no tengo ninguna fuente fidedigna, yo siento que es así».
 - Arqueólogo: «La arqueología puede dar una aproximación para saber si era o no un asentamiento de la época de Carripilum pero no decir con certeza que era el lugar donde estaba Carripilum».
 - Rankülche: «...ya que no sabemos cuál es exactamente el lugar vamos a tratar de que la zona [área geográfica] sea reconocida, vamos a arrancar por lo que esté más cerca».
 - Rankülche: «Nos tenemos que poner de acuerdo para hablar con nuestra gente y hacer una comisión y ver quién se va a hacer cargo de eso, quién se va a hacer cargo de juntar todos los datos... Pongamos una fecha para juntarnos nuevamente y si hoy no sale nada en claro nos vamos a juntar mañana también... Nos toca la parte nuestra, ¿cuándo va a ser el próximo encuentro?»

Discusión y comentarios finales

Este diálogo pone de manifiesto muchos de los aspectos debatidos con relación a la multivocalidad y a los desafíos que plantea para la construcción del conocimiento arqueológico y del patrimonio cultural. Se ha afirmado que en un contexto multicultural uno de los mayores desafíos de los arqueólogos consiste en la necesidad de incrementar su autocrítica y de mantener una evaluación constante de los enfoques teóricos y metodológicos utilizados para interpretar el pasado (Ucko 1989:x), así como apelar al diálogo, la flexibilidad y la negociación para reconocer e integrar múltiples interpretaciones.

La posibilidad de construir un diálogo de tales características es, aún, una cuestión a debatir. Cuando se adoptan posiciones radicales en contra de la arqueología y de los arqueólogos quedan pocas posibilidades de desarrollarlo; de hecho, la comunicación entre académicos y grupos indígenas es, en la mayoría de los casos, difícil de generar debido a barreras lingüísticas y a diferentes usos de las categorías de tiempo y espacio (Preucel y Hodder 1996:108-109). Una vez que se establece el diálogo surge la dificultad de tratar con múltiples y antagónicas versiones del

pasado, así como la cuestión de la validez que pueda asignarse a cada una de ellas. Cabría, entonces, preguntar si todas las versiones del pasado son igualmente válidas. Preucel y Hodder (1996:612) afirman que «deberían existir parámetros para poder argumentar que algunas versiones son mejores que otras para algunos propósitos y en contextos particulares». En este sentido se ha sugerido la posibilidad de establecer un «conjunto de estándares disciplinarios» para determinar si esos juicios sobre el pasado «no son más que un mero apoyo u oposición a intereses políticos del presente» (Ucko 1995:18).

Quienes apoyan la existencia de múltiples pasados y reconocen el derecho de las comunidades indígenas a la búsqueda de su propia historia han sido acusados de relativismo moderno (Yoffee y Sherratt 1993) que, de algún modo, propicia el resurgimiento de la intolerancia. Este argumento ha sido rebatido, enfatizando la diferencia entre pluralismo y relativismo. El pluralismo consiste en el reconocimiento de los derechos y dignidad de los «otros» pero no significa que no pueda abrirse juicios entre los reclamos de diferentes grupos étnicos (Hodder 1999:161; Layton y Thomas 2001:17). También es importante cómo construir ese diálogo con «los otros» y quién lo controla; construirlo en términos igualitarios entre las distintas partes involucradas implica un cambio paradigmático en nuestra profesión porque es necesario, previamente, «aprender a escuchar a los otros y aprender a hablar con -en vez de por o acerca de - los otros» (Robins 1991:33). De lo contrario corremos el riesgo de convertir esta instancia en una nueva forma de dominación.

La posibilidad de generar un diálogo con los Rankülches se ha visto favorecida por una serie de circunstancias: la cohesión interna del grupo y el respeto a sus representantes; su experiencia previa en trabajos conjuntos con otros profesionales y con histo-

riadores locales para la consecución de objetivos compartidos; y la relativa confianza de la comunidad en la contribución de la arqueología para el conocimiento de su pasado. En ese contexto nuestro acercamiento a algunos de sus representantes impulsó un proceso de diálogo a través de diferentes instancias surgidas a partir de la iniciativa de una u otra parte durante el cual se han discutido los fundamentos históricos y arqueológicos que apoyan el reconocimiento de un lugar como significativo para la herencia cultural de la comunidad. A esta altura de los acontecimientos nuestro desafío consiste en contribuir a este proceso de diálogo de manera consciente para evitar que no decaiga, asumiendo la responsabilidad ética de brindar aquello que se puede brindar desde la arqueología y siendo muy claros respecto de lo que la arqueología no puede decir sobre el pasado. Esta última cuestión es particularmente sensible cuando se trabaja con una comunidad que se encuentra en pleno proceso de auto-reconocimiento y tiene ciertas urgencias por re-descubrir y construir su pasado. La desilusión respecto de los nuevos «ólogos» es un riesgo más que potencial si se tienen en cuenta los tiempos que lleva una investigación arqueológica -sin mencionar las burocracias académicas o las limitaciones de recursos con los que usualmente se opera- y la imposibilidad de garantizar resultados. En este contexto sólo se cuenta con una estrategia: intensificar el diálogo y la participación con el fin de generar espacios para el entendimiento y la comprensión mutua.

Agradecimientos

A la Comunidad Rankülche de La Pampa representada por Germán Canuhe, Ana María Domínguez, Oscar Gualas, Nazareno Serraino y Daniel Cabral; al arquitecto Miguel García, a la Licenciada María Inés Poduje, a José Carlos Depetris, al personal del Museo de Ciencias Naturales de Santa

Rosa y a todos aquellos entrevistados que nos brindaron su tiempo y conocimientos generosamente. A la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de La Pampa por el apoyo logístico. A Gabriela Chaparro por las sugerencias. Estas investigaciones fueron realizadas en el marco del proyecto: «La visión de los actores sociales y el manejo de los recursos arqueológicos en Argentina: un muestrero de casos en diferentes regiones del país», financiado por la Fundación Antorchas (Subsidio en Apoyo de Proyectos 2004 No. 14248/65) y por fondos provenientes del Núcleo Consolidado INCUAPA-UNCPBA.

Referencias

- APE (Asociación Pampeana de Escritores)
1997 *Pampas del Sud. Recopilación de textos que hacen a las raíces autóctonas de la provincia de La Pampa*. Subsecretaría de Cultura, Santa Rosa.
- Anyon, Roger, T. J. Ferguson y John Welch
2000 Heritage management by American Indian tribes in the southwestern United States. En *Cultural resources management in contemporary society. Perspectives on managing and presenting the past*, editado por Francis McManamon y Alf Hatton, pp 120-141. Routledge, Londres.
- Avrami, Erika, Randall Mason y Marta de la Torre
2000 *Values and heritage conservation. Research report*. The Getty Conservation Institute, Los Angeles.
- Bechis, Martha
1989 Los lideratos políticos del área Araucano-pampeana del siglo XIX, ¿autoridad o poder? *Etnohistoria*, revista en CDROM, NAYA, Buenos Aires.
1998 Repensando la sucesión Yanquetruz-Paine-Calban: una contribución a la destribalización de la Historia Ranquelina. En *Memorias de las Jornadas Ranquelinas*, pp 181-193. Subsecretaría de Cultura de La Pampa, Santa Rosa.
- Benavides, Hugo
2005 Los ritos de la autenticidad: indígenas, pasado y el Estado ecuatoriano. *Arqueología Suramericana* 1:5-25.
- Bender, Barbara
1998 *Stonehenge. Making space*. Berg, Oxford.
- Byrne, David
1991 Western hegemony in archaeological heritage management. *History and Anthropology* 5:269-276.
- Canhué, Germán
2004 Reseña histórica de la Nación Mamülche, Pueblo Rankül (ranquel), habitante desde siempre del centro de la actual Argentina. Manuscrito sin publicar.
- Curtoni, Rafael
1999 Archaeological approach to the perception of landscape and ethnicity in the west pampean region of Argentina. Tesis de Maestría, Institute of Archaeology, University College, Londres.
2004 La dimensión política de la arqueología: el patrimonio indígena y la construcción del pasado. En *Aproximaciones contemporáneas a la arqueología pampeana. Perspectivas teóricas, metodológicas, analíticas y casos de estudio*, editado por Gustavo Martínez, María Gutierrez, Rafael Curtoni, Mónica Berón y Patricia Madrid, pp 437-449. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Olavarría.
- Curtoni, Rafael, Axel Lazzari y Marisa Lazzari
2003 Middle of nowhere: a place of war memories, commemoration, and aboriginal re-emergence (La Pampa, Argentina). *World Archaeology* 35:61-78.

- De la Cruz, Luis
- 1969 Viaje de Don Luis De la Cruz desde el Fuerte el Ballenar hasta la ciudad de Buenos Aires. En *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de La Plata*, editado por Pablo de Angelis, Tomo Segundo. Plus Ultra, Buenos Aires.
- Dellia, Carlos y Norberto Mollo
- 2002 Itinerario del viaje de Luis De la Cruz en la provincia de La Pampa. En *Entre médanos y candenes de la Pampa Seca*, editado por Anette Aguerre y Alberto Tapia, pp. 153-200. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Depetris, José Carlos y Pedro Vignes
- 1999 *Los rostros de la tierra*. Ediciones de la Travesía, Santa Rosa.
- Dongoske, Kurt, Mark Aldenderfer y Karen Doehner (Editores)
- 2000 *Working together: Native American and archaeologists*. Society for American Archaeology, Washington.
- Endere, María Luz
- 1998 Collections of indigenous human remains in Argentina: the issue of claiming a national heritage. Tesis de Maestría, Institute of Archaeology, University College, Londres.
- 2002 The reburial issue in Argentina: a growing conflict. En *The dead and their possessions: repatriation in principle, policy and practice*, editado por Cressida Fforde, Jane Hubert y Paul Turnbull, pp 266-283. Routledge, Londres.
- Endere, María Luz y Rafael Curtoni
- 2003 Patrimonio, arqueología y participación: acerca de la noción de paisaje arqueológico. En *Análisis, interpretación y gestión en la arqueología de Sudamérica*, editado por Rafael P. Curtoni y María Luz Endere, pp 277-296. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Olavarría.
- Fernández , Ana
- 1997 Expresiones literarias mapuches. En *Pampas del Sud, recopilación de textos que hace a las raíces autóctonas de la provincia de La Pampa*, pp 24-53. Asociación Pampeana de Escritores, La Pampa.
- 1998 Una ceremonia tehuelche entre los rankeles. En *Memorias de las Jornadas Ranquelinas*, pp 111-117. Subsecretaría de Cultura de La Pampa, Santa Rosa.
- Fernández, Jorge
- 1999 *Historia de los indios ranqueles. Orígenes, elevación y caída del cacicazgo ranquelino en la Pampa central (siglos XVIII y XIX)*. Edición del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires.
- Field, Judith, John Barker, Roy Barker, Essie Coffey, Loreen Coffey, Evelyn Crawford, Les Darcy, Ted Field, Garry Lord, Brad Steadman y Sarah Colley
- 2000 Coming back: aborigines and archaeologists at Cuddie Springs. *Public Archaeology* 1:35-48.
- Gnecco, Cristóbal
- 1999 *Multivocalidad histórica. Hacia una cartografía postcolonial de la arqueología*. Universidad de los Andes, Bogotá.
- Gnecco, Cristóbal y Carolina Hernández
- 2005 Stone statues, native histories and archaeologists in southwestern Colombia. Manuscrito sin publicar.
- Gosden, Christopher
- 2001 Postcolonial archaeology: issues of culture, identity and knowledge. En *Archaeological theory today*, editado por Ian Hodder, pp. 241-261. Polity Press, Cambridge.
- Green, Lesley, David Green y Eduardo Góes Neves
- 2003 Indigenous knowledge and archaeological science: the challenges of public archaeology in the Reserva Uaçá. *Journal of Social Archaeology* 3(2):366-397.

- Hall, Michael y Simon McArthur
1995 *Heritage management in New Zealand and Australia. The human dimension*. Oxford University Press, Oxford.
- Hodder, Ian
1999 *The archaeological process. An introduction*. Blackwell, Oxford.
- Hux, Meinrado
1998 Consideraciones sobre los orígenes de las tribus de la Nación Ranqueles. En *Memorias de las Jornadas Ranquelinas*, pp 25-31. Subsecretaría de Cultura de La Pampa, Santa Rosa.
2003 *Caciques Pampa-Ranqueles*. El Elefante Blanco, Buenos Aires.
- Langford, R. F.
1983 Our heritage, your playground. *Australian Archaeology* 16:1-6.
- Layton, Robert (Editor)
1989 *Conflict in the archaeology of living traditions*. Unwin Hyman, Londres.
- Layton, Robert y Julian Thomas
2001 Introduction. En *Destruction and conservation of cultural property*, editado por Robert Layton, Peter Stone y Julian Thomas, pp 1-21. Routledge, Londres.
- Leone, Mark, Paul Mullins, Marian Creveling, Laurence Hurst, Barbara Jackson-Nash, Lynn Jones, Hannah Kaiser, George Logan y Mark Warner
1995 Can an Afro-American historical archaeology be an alternative voice? En *Interpreting archaeology. Finding meaning in the past*, editado por Ian Hodder, Michael Shanks, Alexandra Alexandri, Victor Buchli, Joe Carman, Jonathan Last y Gavin Lucas, pp 110-124. Routledge, Londres.
- Lowenthal, David
1990 Conclusion: archaeologists and the others. En *The politics of the past*, editado por Peter Gathercole y David Lowenthal, pp 302-314. Unwin Hyman, Londres.
- Lumbreras, Luis
1981 *La arqueología como ciencia social*. Hístar, Lima.
- Mamani, Carlos
1989 History and prehistory in Bolivia: what about the Indians? En *Conflict in the archaeology of living traditions*, editado por Robert Layton, pp 46-59. Unwin Hyman, Londres.
- Mandrini, Raúl y Sara Ortelli
1992 *Volver al país de los araucanos*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Mansilla, Lucio
1993 *Una excursión a los indios ranqueles*. Espasa Calpe, Buenos Aires.
- McEwan, Colin, Chris Hudson y María Isabel Silva
2000 Archaeology and community: a village cultural center and museum in Ecuador. En *Classics of practicing anthropology 1978-1998*, editado por Patricia Higgins y Anthony Paredes, pp 215-221. Society for Applied Anthropology, Oklahoma.
- Politis, Gustavo
2001 On archaeological praxis, gender bias and indigenous peoples in South America. *Journal of Social Archaeology* 1(1): 90-107.
- Poduje, María Inés, Ana Fernández y Silvia Crochetti
1993 *Narrativa ranquel. Los cuentos del zorro*. Ministerio de Cultura y Educación de la Provincia de La Pampa.
- Preucel, Robert y Ian Hodder
1996 Communicating present pasts. En *Contemporary archaeology in theory*, editado por Robert Preucel e Ian Hodder, pp. 3-20. Blackwell, Oxford.
- Robins, Kevin
1991 Tradition and translation: national culture in its global context. En *Enterprise and heritage. Crosscurrents of national culture*, editado por John Corney y Sylvia Harvey, pp 21-44. Routledge, Londres.

- Shanks, Michael y Christopher Tilley
1987 *Social theory and archaeology*. Polity Press, Cambridge.
- Shepherd, Nick
2003 When the hand that holds the trowel is black...: disciplinary practices of self-representation and the issue of «native» labour in archaeology. *Journal of Social Archaeology* 3:334-352.
- Ucko, Peter
1989 Foreword. En *Conflict in the archaeology of living traditions*, editado por Robert Layton, pp ix-xvii. Unwin Hyman, Londres.
1995 Introduction. En *Theory in archaeology. A world perspective*, editado por Peter Ucko, pp 1-27. Routledge, Londres.
2001 Heritage and indigenous peoples in the 21st century. *Public Archaeology* 1:227-238.
- Yoffee, Norman y Andrew Sherratt
1993 Introduction: the sources of archaeological theory. En *Archaeological theory: who sets the agenda?*, editado por Norman Yoffee y Andrew Sherratt, pp 1-9. Cambridge University Press, Cambridge.
- Watkins, Joe
2000 *Indigenous archaeology. American Indian values and scientific practice*. Altamira, Walnut Creek.

DIÁLOGOS DESDE EL SUR/ DIÁLOGOS DESDE O SUL

Esta revista quiere ser un lugar para el encuentro, una incitación a dialogar. Los problemas, tragedias, felicidades y posibilidades que nos asedian y nos envuelven no son sólo nuestros (los suramericanos) sino, también, de los demás (sobre todo, aunque no exclusivamente, los habitantes del sur geopolítico); su creatividad y capacidad de resistir y construir mundos mejores son altas medidas para conocer y, quizás, seguir. *Diálogos desde el sur*, la nueva sección de *Arqueología Suramericana*, quiere servir de sala de recibo. La sección inaugura con un artículo de Alinah Segobye sobre los usos del patrimonio en los países del sur de África, los conflictos entre los legados del colonialismo y la construcción de las sociedades post-coloniales, el papel de la arqueología en las prácticas de descolonización y la importancia de la memoria en la construcción de tejido social, a pesar de que su centralidad parece desdibujarse en contextos de marginalidad. Muchas de las preocupaciones manifiestas en África meridional resuenan en otras partes del mundo, incluyendo Suramérica. Ese es el propósito de esta sección: ponernos en contacto, hablarnos al oído, sabernos partícipes de problemas similares y de soluciones posibles.

Esta revista quer ser um lugar para o encontro, uma incitação ao diálogo. Os problemas, tragédias, felicidades e possibilidades que nos assediam e envolvem não são somente nossos (os sul-americanos), senão também dos demais (sobretudo, ainda que não exclusivamente, os habitantes do sul geopolítico); sua criatividade e capacidade de resistir e construir mundos melhores são altas medidas para conhecer e, talvez, seguir. *Diálogos desde o sul*, a nova seção de *Arqueologia Sul-americana*, quer servir de sala de recepção. A seção inaugura com um artigo de Alinah Segobye sobre os usos do patrimônio nos países do sul da África, os conflitos entre os legados do colonialismo e a construção das sociedades pós-coloniais, o papel da arqueologia nas práticas de descolonização e a importância da memória na construção do tecido social, apesar de sua centralidade descortinar-se em contextos de marginalidade. Muitas das preocupações manifestas na África meridional repercutem em outras partes do mundo, incluindo a América do Sul. Esse é o propósito desta seção: colocar-nos em contato, trocar confidências, saber-nos participantes de problemas similares e de soluções possíveis.

HISTORIAS ESTRATIFICADAS E IDENTIDADES EN EL DESARROLLO DE LA ARQUEOLOGÍA PÚBLICA EN EL SUR DE ÁFRICA

Alinah K. Segobye

Senior Lecturer in Archaeology, University of Botswana
(Traducción de Cristóbal Gnecco)

El legado del colonialismo ha creado una barrera en el desarrollo de la arqueología pública, particularmente en los país del sur de África, donde la reciente experiencia colonial fue brutal. El manejo de los recursos patrimoniales y la formación de un público amplio e incluyente que los

aprecie, valore y conserve son enfrentados por agendas distintas de desarrollo, construcción nacional y re-afirmación de identidades. Asegurar que los recursos de la educación patrimonial sean relevantes para las identidades locales y nacionales y para los currículos escolares ha sido una tarea que los arqueólogos han abordado frecuentemente, re-escribiendo el pasado y construyendo capacidades para la arqueología. La experiencia de Botswana y de otros países de la región sugiere que la rígida historia de la disciplina seguirá siendo un reto en el proceso de involucrar públicos distintos en los discursos sobre el pasado y en la manera como son usados en la construcción de identidades. La experiencia del sur de África resuena en otros países del mundo en desarrollo, donde la práctica de la arqueología tiene que lidiar con su legado y con su uso contemporáneo. A pesar de estos retos la oportunidad de crecimiento de la arqueología descansa, en parte, en acercarse al público a través de la educación patrimonial y las asociaciones compartidas para desarrollar, manejar y conservar el patrimonio; también descansa en la manera como los arqueólogos puedan facilitar el diálogo sobre la creación de identidades plurales entre los ciudadanos y el Estado, mostrando cómo ese proceso tiene una larga historia reflejada en los restos materiales del pasado.

O legado do colonialismo criou uma barreira no desenvolvimento da arqueologia pública, particularmente nos países do sul da África, onde a recente experiência colonial foi brutal. O manejo dos recursos patrimoniais e a formação de um público amplo e abrangente que os aprecie, valorize e conserve são enfrentados por agendas distintas de desenvolvimento, construção nacional e reafirmação das identidades. Assegurar que os recursos da educação patrimonial sejam relevantes para as identidades locais e nacionais e para os currículos escolares tem sido uma tarefa que os arqueólogos têm assumido freqüentemente, reescrevendo o passado e construindo aptidões para a arqueologia. A experiência de Botswana e de outros países da região sugere que a rígida história da disciplina seguirá impondo desafios no processo de envolver públicos distintos nos discursos sobre o passado e na maneira como são usados na construção de identidades. A experiência do sul da África ressoa em outros países do mundo em desenvolvimento, onde a prática da arqueologia tem que lidar com seu legado e seu uso contemporâneo. Apesar destes desafios a oportunidade de crescimento da arqueologia repousa, em parte, em aproximar-se do público através da educação patrimonial e das associações comprometidas em desenvolver, manejar e conservar o patrimônio (shared partnerships in heritage development, management and conservation. Associações Compartidas/ compartilhadas em portugues não tem sentido nem em espanhol para mim). Também repousa na maneira como os arqueólogos podem facilitar o diálogo sobre o tema da criação de identidades plurais entre os cidadãos e o Estado, mostrando como este processo tem uma longa história refletida nos restos materiais do passado.

The legacy of colonialism has created a barrier in the development of public archaeology particularly in southern African countries where the colonial experience was brutal and fairly recent. The management of heritage resources and developing a broad and inclusive public to appreciate, value and conserve such heritage is often challenged by competing agendas for development, nation building and reaffirming identities. Ensuring that heritage education resources are relevant to local and national identities and curricula have been tasks archaeologists had to undertake over and above rewriting the past and developing capacity for archaeology. The experiences of Botswana and other countries in the region suggest that the chequered history of the discipline will continue to pose challenges in engaging different publics in discourses of the past and how it will be used to construct identity. Southern Africa's experiences resonate with those of other countries in the developing world where developing the discipline has to contend with its legacy and contemporary use. Despite these challenges, the opportunity for archaeology to grow rests in part in winning the public to archaeology through heritage education and shared partnerships in heritage development, management and conservation. It also relies on archaeologists facilitating dialogue on the subject of plurality in identities' creation between citizen and state and how such processes have a long term history as reflected by the material remains of the past.

Introducción

El desarrollo de la educación patrimonial como un área significativa de los estudios arqueológicos y de manejo de recursos culturales tuvo lugar en las últimas tres décadas, en parte como respuesta a las preocupaciones sobre la destrucción del patrimonio cultural, las representaciones arqueológicas y los usos conflictivos del pasado por parte de los Estados, los inversionistas privados y el público (Cleere 1984; Cleere, ed., 1989; Stone y Mackenzie, eds., 1990; Stone y Molyneaux, eds., 1994; Stone 2004). La educación patrimonial involucró varios públicos en los esfuerzos por conservar lo que se consideraba como patrimonio amenazado por la aceleración del desarrollo. Los públicos americanos y europeos fueron abordados por discursos sobre el pasado y sensibilizados sobre la necesidad de manejar los monumentos y los sitios para el futuro. Las primeras estrategias de manejo patrimonial estuvieron dedicadas a la conservación de los monumentos y de los sitios como resultado del énfasis inicial de la arqueología por la arquitectura monumental (Carman 2002; Mathers *et al.*, eds., 2005); sólo en la última década ha tenido lugar un debate activo sobre el patrimonio intangible y la necesidad de protegerlo como parte del legado humano (Deacon 1995; www.unesco.org). En este artículo exploro la experiencia del sur de África¹ en el desarrollo de la arqueología pública; también discuto los retos que enfrentan los países en desarrollo en términos del manejo patrimonial en contextos de diversidad cultural. Los ejemplos que uso provienen de Botswana, donde los intentos por desarrollar la arqueología en las dos últimas décadas sirven para entender los retos y las oportunidades que enfrenta la disciplina (véase Kiyaga-Mulindwa y Segobye 1994). El artículo también revisa algunos asuntos globales relacionados con la promoción y la producción de recursos patrimoniales.

Los orígenes de la educación patrimonial y de la arqueología pública en el sur de África reflejan la trayectoria de la disciplina.

Desde sus orígenes coloniales la arqueología ha crecido para convertirse en una disciplina consciente de su pasado elitista pero comprometida con involucrar distintas audiencias en el manejo patrimonial, ampliando el interés público en la arqueología y volviendo el pasado accesible para sujetos antes excluidos de la escritura de la historia. Esta tarea depende, en parte, de la manera crítica como los arqueólogos y los practicantes del patrimonio revisen el papel de la disciplina en el contexto de agendas de desarrollo más amplias en las comunidades locales, los Estados nacionales y las regiones (Ucko 1995). Varios de los eventos que discuto más adelante pueden verse como responsables del desarrollo de la educación patrimonial en la arqueología del sur de África.

La principal influencia en el desarrollo de la agenda de arqueología pública en el sur de África fueron las actividades de construcción nacional del período post-independentista en la región, particularmente en Zimbabwe y Suráfrica; los Estados acudieron a la arqueología como un medio para crear un sentido valorizado de identidad (*botho/ubuntu*)² del pueblo, antes excluido de la escritura colo-

¹ En términos geográficos el sur de África se extiende desde Zimbabwe hasta el extremo sur del continente y de costa a costa, desde Angola hasta Mozambique. Los países de la región han sido agrupados en la organización de desarrollo conocida como SADC (Southern African Development Community), que incluye la República Democrática del Congo, Tanzania y las islas Mauricio y Seychelles.

² El concepto *botho* (Tswana) o *ubuntu* (isiZulu) ha venido a ser identificado como un principio importante para significar los valores humanos centrados, conscientemente, en los sujetos y niega la opresión y el maltrato de los otros, tal como ocurrió durante el período colonial; es un principio nacional en Botswana y Suráfrica que ha sido promovido como un valor universal ligado a la idea de la regeneración del continente.

nial de la historia (Gosden 2001; Ndoro y Pwiti 2001); aún más, los conflictos regionales (que, hasta hace poco, fueron responsables de la destrucción de monumentos y sitios y amenazaron otros recursos patrimoniales, incluyendo el patrimonio cultural vivo que todavía no ha sido documentado) galvanizaron acciones locales e internacionales para la protección del patrimonio cultural. Varias comunidades fueron desplazadas internamente durante el período colonial y después de la independencia en Mozambique, Angola y la República Democrática del Congo (el antiguo Zaire). Con el final del conflicto violento la región enfrenta la tarea monumental de reconstruir su economía, incluyendo la restauración de los servicios educativos y los recursos de manejo patrimonial.

La educación es un medio para involucrar al público en los procesos de reconstrucción y en la construcción de la paz; es un vehículo para comunicar el manejo y la conservación del patrimonio y tiene el potencial de alcanzar audiencias amplias si se diseña cuidadosamente; también puede contribuir a formar audiencias más amplias para la educación arqueológica, sobre todo en los países donde la mayor parte de las comunidades todavía reside en áreas rurales. El diseño de estrategias de conservación y manejo del patrimonio también ha sido influido por agencias internacionales y por la UNESCO; esta última ha financiado investigaciones arqueológicas y servicios patrimoniales (Pressouyre 1995)³. Estos proyectos con financiación internacional no siempre tienen en cuenta la compleja naturaleza de las relaciones entre la gente, el pasado y el medio ambiente en el cual se encuentran los sitios. Este hecho se ha vuelto más evidente en el conflicto sobre el uso de los sitios seleccionados como patrimonio nacional y mundial. El problema ha sido parcialmente abordado a través de las nuevas convenciones de la UNESCO para la protección de los paisajes culturales y del

patrimonio intangible que reconocen la influencia de los sistemas de conocimiento local y los sistemas de valores sobre el significado de los sitios (Cleere 2001; Ndoro 2001; Thomas 2001).

A nivel global los cambios en el sentido y el significado del patrimonio y del sector patrimonial durante las últimas cuatro décadas han influido la disciplina, especialmente en el desarrollo de teorías y de métodos que permiten el manejo de recursos patrimoniales (Cleere 1984; Mathers *et al.*, eds., 2005); más aún, la crítica consciente del significado del «público» en el discurso arqueológico ha puesto al descubierto muchas ideas que, hasta ahora, no habían sido problemáticas (Merriman 2004). El World Archaeological Congress y las publicaciones resultantes de los cuatro primeros congresos produjeron una crítica de varios paradigmas disciplinarios (cf. Ucko 1995); también condujeron a una arqueología mundial consciente de las desigualdades en la organización disciplinaria, sobre todo del sesgo hacia el patrimonio euroamericano que enfatizó los monumentos en la promoción de su valor y su significado (Carman 2005; Smith 2005). Entender los orígenes del conflicto sobre el patrimonio ha ayudado a diseñar mejores estrategias para su manejo futuro (Rowlands 1994; Meskell 1998). El reconocimiento de la multiplicidad de reclamos sobre el pasado y la posibilidad de que haya múltiples formas de conocerlo ha permitido que el(los) público(s) y los practicantes patrimoniales enfrenten las disonancias en el patrimonio local y global mientras ponen en funcionamiento nuevas aproximaciones teóricas y metodológicas

³ Los países escandinavos, sobre todo Suecia y Noruega, han financiado programas culturales, incluyendo trabajos arqueológicos en África oriental y del sur. A través de agencias como SAREC/SIDA, NORAD y NUFU estos países han facilitado la organización de museos y la conservación de recursos patrimoniales.

para tratar con asuntos patrimoniales (Evans 1995; Wylie 1995). Otros foros arqueológicos, como los congresos de la Asociación Panafricana de Prehistoria y Estudios Relacionados, han llamado la atención sobre la necesidad de contextualizar la «indigenidad» y los procesos de producción de conocimiento local para promocionar el manejo patrimonial en el continente (Pwiti y Soper, eds., 1996; Stahl, ed., 2005). Muchos investigadores reconocen el impacto negativo de la mercantilización de los recursos culturales en el cambio del significado y del valor del patrimonio cultural; desafortunadamente las instituciones y las comunidades africanas también han sufrido este problema global, sobre todo con el crecimiento de los mercados de objetos culturales ilegales, algunos de los cuales provienen de museos en regiones de conflicto (Schmidt y McIntosh 1996).

Una breve mirada al pasado del sur de África

La historia de la investigación arqueológica en el sur de África varía de país a país, con historias tempranas en algunos (en el siglo XIX) y más recientes en otros. La mayor parte de las actividades de investigación fue llevada a cabo en países angloparlantes que recibieron mayor atención de los investigadores a partir de los hallazgos de homínidos fósiles en Suráfrica en la década de 1920 y del descubrimiento del sitio monumental de Gran Zimbabwe. La prominencia de Suráfrica en términos de visibilidad mundial desde comienzos del siglo XX como resultado de los hallazgos de homínidos fósiles ayudó a redefinir la historia científica de los orígenes humanos, ya destacados por los descubrimientos hechos por los Leakey en el oriente de África (Robertshaw, ed., 1990); sin embargo, esas investigaciones tempranas enmascararon los eventos brutales y las profundas divisiones que estaban teniendo lugar en los procesos de atrincheramiento de

la dominación colonial en el continente, incluyendo el *apartheid* en Suráfrica y la expansión del nacionalismo afrikaner en la región (Hall 1990; Mitchell 2002). Zimbabwe, apropiada por Cecil Rhodes para su compañía, British South Africa Co, que llamó Rhodesia en honor de sí mismo, y que se pensó que poseía reinos perdidos, fue explotada por sus reservas de oro mientras su rico patrimonio fue alienado de las comunidades locales a través de la promoción de literatura colonial y de narrativas históricas que atribuyeron la cultura de Gran Zimbabwe a pueblos extranjeros; además, muchos grupos fueron sacados de sus tierras y alojados en reservas creadas especialmente con ese propósito (Hall 1995; Ranger 1999; Pikirayi 2001; Given 2004). Los otros países no fueron tratados de la misma manera porque se supuso que no tenían recursos significativos ni atracciones patrimoniales; su patrimonio arqueológico no fue documentado sistemáticamente, salvo algunas menciones en reconocimientos hechos por oficiales coloniales (Lane *et al.* 1998). Los reconocimientos arqueológicos sólo se han realizado en las dos últimas décadas en Botswana y Namibia y han dejado de hacerse o son casi inexistentes en Angola y en la República Democrática del Congo.

El pasado del sur de África refleja la diversidad de su población y de su medio ambiente. La región tiene un rico patrimonio arqueológico con varios sitios de homínidos tempranos y algunas de las culturas más antiguas en la historia de la humanidad (Mitchell 2002; Phillipson 2005); también tiene sitios con diversas tecnologías e innovaciones, incluyendo las riquezas en petroglifos de sitios designados como patrimonio de la humanidad —Matopo Hills, en Zimbabwe; Tsodilo Hills, en Botswana; y Drakensberg Hills, en Suráfrica (www.whc.unesco.org). Para muchas comunidades la escritura de la historia de la región, hasta hace poco dominada por la experiencia colonial (Hall 1990; Schmidt

1995; Schumaker 1996), es ambivalente en su identificación con el pasado. La ostentosa construcción de monumentos por parte de los regímenes coloniales dejó un amplio legado de edificios y otros sitios que ahora son parte del patrimonio nacional de varios países y que significan un reto para quienes manejan el patrimonio (Turnbridge y Ashworth 1996; Ranger 1999; Mbunwe-Samba 2001; Funari 2005). Los conflictos sobre la propiedad de algunos de los monumentos coloniales que se sobre-impusieron a lugares sagrados para las comunidades locales han causado resentimiento. Los practicantes patrimoniales luchan por encontrar estrategias que les permitan acomodar un patrimonio tan disparatado como parte del patrimonio nacional y global compartido en el período post-independentista (cf. Lahiri 2001; Rao y Reddy 2001). En algunos países, como Namibia, los monumentos coloniales estratificados de diferentes poderes coloniales compiten con historias locales y con otros sitios. La pluralidad de pasados y la necesidad de representarlos en los nuevos Estados democráticos sugiere que los practicantes patrimoniales deben tener un entendimiento adecuado de los procesos que informaron la creación de las historias estratificadas de la región; además, deben diseñar políticas que contribuyan a la creación de públicos informados y que permitan salvaguardar los recursos patrimoniales (Clark 2005).

Las sociedades del sur de África pueden ser agrupadas en cuatro categorías amplias con base en su arribo a la región. Se cree que los habitantes más tempranos de la región fueron los San, reputados descendientes de las comunidades de cazadores-recolectores de la tardía Edad de Piedra que poblaron la mayor parte del sur de África y que fueron responsables de una parte significativa de los petroglifos encontrados en los países de la región. Las comunidades Khoekhoe, que poseían animales domésticos (incluyendo ovejas), arribaron más tarde, en el primero

milenio AC, y con el tiempo se cruzaron con las comunidades San, produciendo la aculturación de ambos grupos (Sadr 1997; Smith y Ouzman 2004). Hace unos dos mil años llegaron otros pueblos con tecnologías nuevas, incluyendo metalurgia y cerámica; estos grupos, que se cree migraron desde el oriente y el centro del continente, crearon sitios monumentales como Gran Zimbabwe y Mapungubwe (Pikirayi 2001; Connah 2004). Los dos últimos grupos de habitantes de la región llegaron en los últimos cuatro siglos, primero con la ocupación holandesa del Cabo a mediados del siglo XVII y, después, con la importación de trabajadores asiáticos reclutados para trabajar en la emergente economía colonial (Hall 2000); así, la presencia reciente de poblaciones caucásicas y asiáticas en la región está ligada a la experiencia colonial que duró hasta la última década del siglo XX con la independencia de Suráfrica.

El proceso de estratificación del patrimonio material e intangible del sur de África ha sido documentado en otras partes (Mitchell 2002; Stahl, ed., 2005). Cada ocupación subsecuente de la región produjo restos materiales cada vez más grandiosos, sobre todo en los últimos doscientos años; sin embargo, algunos de los sitios más significativos dejaron pocas evidencias materiales en el paisaje. Con la asimilación de los grupos más tempranos por parte de los recién llegados su cultura material y su patrimonio cultural fueron subsumidos por un nuevo repertorio cultural. Los recién llegados también apropiaron aspectos de la cultura material de los grupos que encontraron, como los sitios con petroglifos que fueron incorporados en las cosmovisiones de las comunidades Bantu-hablantes (Denbow 2002; Smith y Ouzman 2004). La producción colonial de la historia resultó en apropiaciones que excluyeron a los habitantes más tempranos porque privilegiaron el patrimonio cultural imperialista y negaron el significado del patrimonio cultural de los pueblos San, Khoé y Bantu

(Gordon 1992; Kinahan 1995). La construcción colonial de la historia del sur de África contó la historia desde el punto de vista del imperio y aseguró que los sistemas de educación de las comunidades locales glorificaran las culturas imperiales y presentaran las culturas locales de manera negativa. Cuando se alcanzó la liberación la mayor parte de los países de la región inició programas para recuperar, restaurar y reafirmar la importancia de los primeros habitantes, sobre todo invocando la gloria de las civilizaciones pasadas (Ndoro 2001); sin embargo, el uso nacionalista del pasado hecho en el período posterior a la independencia fue problemático porque seleccionó, subjetivamente, los aspectos adecuados para la causa nacionalista y silenció o apropió otros patrimonios que no se articularon con su agenda (Zegeye 2001)⁴; también seleccionó del espectro de culturas locales aquellas que simbolizaban, desde su perspectiva, las glorias nacionales y destinó para una rápida modernización aquellas que consideró más apropiadas para reflejar modos de producción menos progresistas; estas comunidades eran, sobre todo, cazadoras-recolectoras y pastoralistas que habían resistido, a su manera, los esfuerzos hechos por los regímenes políticos para que abandonaran su modo de vida (cf. Nongoro 2003).

Encontrando al público en los discursos arqueológicos del sur de África

Merriman (2004:1-5) señaló las formas diferentes como la idea del «público» se invoca en la literatura, particularmente en el discurso arqueológico; notó el uso cambiante del concepto, especialmente con las críticas recientes de la arqueología como una disciplina basada en una tradición occidental de la filosofía. Hoy en día la arqueología es consciente de su patrimonio múltiple y ha habido esfuerzos deliberados para cambiar los

paradigmas al respecto, desde la visión eurocéntrica dominante hacia tendencias globales que reconocen contribuciones no-occidentales a los recursos patrimoniales e interpretaciones distintas (Cleere 1984; Gosden 2001; Merriman 2004). Este hecho es relevante a medida que las perspectivas indígenas sobre el patrimonio y su manejo del conocimiento influyen sobre las prácticas actuales de la administración de recursos culturales y, por extensión, sobre la práctica arqueológica (Hodder 2003). En el sur de África, donde las narrativas dominantes del pasado fueron construidas por misioneros, oficiales coloniales y otros escritores extranjeros, el proceso de reconstruir el pasado desde la investigación arqueológica y el conocimiento local apenas está empezando (Gawe y Mwele 1990; Shepherd 2002; Reid y Lane 2004). Los diversos públicos de la región están en el proceso de re-definirse a sí mismos, sobre todo con relación a su patrimonio, reinterpretando las versiones sobre la historia de la ocupación regional, su cultura material y las formas como ha sido valorado su patrimonio intangible. Uno de estos procesos es la reafirmación de las identidades San, sobre todo el reclamo del patrimonio antes silenciado o excluido de sus identidades contemporáneas (Hitchcock y Vinding, eds., 2004; Ouzman 2005). Aunque las identificaciones de varias comunidades pueden ser desconcertantes para los nue-

⁴ El caso surafricano es interesante porque la etnicidad fue reconstruida como una herramienta para «dividir y reinar» al final de la era del *apartheid*; así se reinventó el reino Zulu a través del Inkhatha Freedom Party bajo el liderazgo de Mangosuthu Buthelezi. En el período post-independentista el reino Zulu ha sido invocado en el mercadeo agresivo de la provincia Kwa-Zulu Natal como un destino patrimonial exótico; sin embargo, este hecho ha silenciado otras identidades, como la de la comunidad asiática, mayoritariamente concentrada en esa provincia.

vos Estados nacionales están demostrando la diversidad y pluralidad regionales; este hecho es importante para los educadores patrimoniales porque ahora la gente puede reconocer sus historias en las construcciones nacionales del pasado y re-energizar el valor de su propio patrimonio.

La influencia de los Estados en el manejo del patrimonio arqueológico en el sur de África ha significado que la relación entre los practicantes patrimoniales y la comunidad ha estado basada, comúnmente, en aproximaciones didácticas. El Estado, como propietario legal de los recursos patrimoniales, ha determinado cuáles deben ser protegidos, conservados y desarrollados para su uso público (Nzewunwa 1984; Macamo 1996; Ndoro 2001); este hecho ha determinado qué sitios y monumentos se incluyen en los currículos educativos y cuáles se convierten en la cara del país en la promoción del turismo y del Estado en la arena internacional⁵. Dado el interés nacionalista de la mayoría de los Estados en la época de su independencia el uso del patrimonio para reforzar los mensajes sobre la construcción nacional fue casi inevitable e, invariablemente, privilegió sitios monumentales y grandiosos, como Gran Zimbabwe, o sitios de lucha, como Robben Island; esos sitios también fueron los primeros propuestos para su designación como patrimonio de la humanidad. Las instituciones legales y de custodia fueron, casi exclusivamente, patrocinadas por el Estado. Este hecho se tradujo en que el proceso de identificación de los sitios para los listados o registros de monumentos nacionales estuviera influido por la filosofía gubernamental imperante; sin embargo, la mayor parte de los Estados en la región no tenía los recursos humanos suficientes ni la capacidad financiera para manejar con eficiencia los recursos patrimoniales ni para desarrollar el registro de sitios y colecciones (Kibunja 1996). Como resultado las bases de datos de los registros estatales sólo incluyen información

provista por investigadores extranjeros o, en tiempos más recientes, recuperada a través de arqueología de rescate. Un problema inmediato obvio fue el conflicto entre los vestigios del patrimonio colonial y del patrimonio de la liberación. Los sitios y monumentos con significación para las comunidades permanecieron, en buena medida, fuera del discurso de las instituciones encargadas del desarrollo del patrimonio estatal y, en muchos casos, no fueron documentados a pesar de su riqueza patrimonial intangible⁶. Sólo en años recientes, con el interés renovado en arqueología del paisaje, patrimonio intangible y recursos y con las preocupaciones del conocimiento indígena sobre el renacimiento de las identidades étnicas, el Estado y las agencias internacionales han empezado a dedicar recursos para el patrimonio por fuera de los planes institucionales del Estado (cf. Munjeri 1995; Mbunwe-Samba 2001).

Algunos países africanos intentaron desarrollar todos los recursos patrimoniales,

⁵ El uso del patrimonio cultural para promover el turismo, el sector privado y las instituciones es común y produce mensajes del pasado como tranquilo, próspero y armonioso. La Agencia de Radiodifusión Surafricana (SABC) usualmente transmite propagandas que usan sitios como Mapungubwe. El Departamento de Turismo de Botswana usa los petroglifos de Tsodilo Hills para promocionar el país. La iconografía del Gran Zimbabwe ha sido extensamente usada en Zimbabwe por el Estado y por instituciones privadas.

⁶ En casi todos los países de la región SADC los servicios patrimoniales son manejados por departamentos gubernamentales o han sido establecidos como agencias paraestatales; su autonomía limitada significa que tienen poco espacio para realizar actividades de investigación y de manejo patrimonial independientes, es decir, por fuera de los planes y programas locales y del gobierno. El caso de las políticas sobre patrimonio del Museo Nacional de Botswana es un buen ejemplo; aunque tiene

incluso aquellos de origen colonial; sin embargo, en algunas comunidades había resentimiento hacia la cultural material colonial, particularmente hacia los monumentos recientes asociados con regímenes represivos (Meskell 2003; Whitelaw 2005). Puesto que las autoridades coloniales colonizaron sitios sagrados o significativos para establecer su dominio (este fue el caso de la tumba de Cecil Rhodes en Matopo Hills) las comunidades los reclamaron después de su caída (Hall 1994; Ranger 1999). Las autoridades que manejan el patrimonio han tenido que enfrentar el dilema de preservar todas las reliquias y de restaurar los sitios violados de las comunidades que quieren involucrarse en la revitalización y en el manejo de los recursos patrimoniales locales. El problema no sólo afectó el patrimonio cultural sino, también, el patrimonio natural; de hecho, las comunidades han reclamado los territorios perdidos durante la época colonial para la creación de parques naturales y reservas de vida salvaje (Manyanga 1999; Ranger 1999). Este problema es evidente en las luchas actuales por la redistribución de tierras en los nuevos Estados independientes de Zimbabwe, Namibia y Suráfrica. La arqueología y los recursos de educación patrimonial que abordan temas de acceso a los recursos no han sido todavía articulados en la literatura arqueológica regional. Las teorías y metodologías formuladas en Europa y Estados Unidos para manejar reclamos opuestos sobre los recursos, sobre todo sitios y hallazgos particularmente disputados, pueden ser ilustrativas; también puede ser útil la revisión de los aspectos legales y culturales que ayudan a evitar que esos reclamos se conviertan en enfrentamientos violentos.

La negativa a tratar el asunto de la identidad étnica en los Estados post-coloniales del sur de África influyó el curso de las economías políticas regionales. La paz post-independentista duró poco en Angola y Mozambique. La resistencia a lo que se per-

cibe como dominación del Estado o de grupos étnicos privilegiados en Botswana, Namibia, Suráfrica y Zimbabwe ha contribuido a una articulación deficiente de los programas de desarrollo patrimonial. El ex-presidente de Zambia Kenneth Kaunda promocionó la filosofía de «una Zambia, una nación» para tratar de asegurar que los ciudadanos de su país se identificaran con la cultura nacional y no con las identidades étnicas o de otra clase; lo mismo ocurrió con el proceso de «aldeización» de Tanzania bajo la filosofía de Ujamaa. Estos esfuerzos han sido socavados por el resurgimiento de las identidades étnicas en la economía política de la región y en el uso del patrimonio para reafirmar las identidades individuales y colectivas. La realidad de la etnicidad como un factor crítico en la auto-identificación de las poblaciones del sur de África está siendo tan reconocida como las identidades de género y de clase (Chabal 1996). Con respecto al manejo del patrimonio el asunto de las identidades étnicas o tribales ha sido significativo en la consideración del público que debe ser objeto de educación patrimonial y de otros programas de conservación. Quienes manejan el patrimonio reconocen que la identidad étnica es construida y afrontan ese hecho a la luz de los reclamos sobre el pasado y sobre sus restos materiales asociados (Rowlands 1994). El desarrollo de planes de manejo para los sitios considerados patrimonio de la humanidad, que incluye consultas con las comunidades locales, no ha sido suficiente para resolver los problemas subyacentes en las relaciones entre las personas y los sitios (www.unesco.org). Investigaciones en cur-

una relación de confianza excelente con las comunidades ha adoptado políticas de conservación y manejo del patrimonio que son, con frecuencia, incongruentes con los valores comunitarios y con sus expectativas para el manejo de los recursos patrimoniales.

so en Tsodilo Hills, en Botswana⁷, están poniendo al descubierto algunas identidades contestadas al interior de las comunidades locales con respecto a quiénes deben ser responsables del desarrollo del lugar; debido a la diversidad cultural del noroccidente del país este proceso incluye la pregunta sobre cuáles son las comunidades «auténticas», sobre todo con respecto a la antigüedad en la región y el patrimonio material. Este debate ha llevado a cuestionar la identidad nacional, la iconografía usada para promover los monumentos nacionales y los privilegios asociados con el patrimonio de las comunidades coloniales (inglesas) o Tswana que han seleccionado el inglés y el setswana como los idiomas oficial y nacional, respectivamente (Campbell 1998; Mazonde 2004)⁸.

La emergencia de coaliciones comunitarias alrededor de identidades étnicas que usan el patrimonio como un recurso fundamental para el reclamo de su identidad en la región en el período posterior a la independencia ha obtenido el apoyo de ONGs regionales e internacionales (como IWGIA). El uso de la educación patrimonial como un medio básico para promover la conciencia étnica entre las comunidades que se auto-identifican como marginadas ha puesto de relieve la decadencia de los recursos educativos en los patrimonios locales y regionales (Hays y Siegrühn 2005; cf. Kaunga 2005; Krøijer 2005), incluyendo las instituciones que proveen servicios patrimoniales (como los museos) y los currículos escolares en los programas de educación nacional; de hecho, ofrecen poco más que un registro básico de los contextos de las culturales locales, generalmente usando museografías anticuadas y lenguas que no tienen relación con los contextos socio-culturales locales. Las ONGs que trabajan en campos más amplios (como derechos humanos, problemas de género y protección del medio ambiente) están cada vez más involucradas en el ofrecimiento de educación

patrimonial y en el desarrollo de habilidades como parte del empoderamiento comunitario y como posibilidad de creación de ingresos económicos (Akpan 2004; WIMSA 2005)⁹. La ausencia de contenidos coherentes para la educación arqueológica en estas iniciativas ha significado que los recursos arqueológicos y el conocimiento permanezcan por fuera del ámbito de la educación pública, con la excepción de algunas pocas instituciones que forman parte del sistema formal. Debido a las diferencias que existen en los servicios educativos en la región hay grandes disparidades en los contenidos relacionados con el conocimiento arqueológico; en los países que enfrentan la ardua tarea de reformar sistemas educativos obsoletos, como Suráfrica, este proceso ha involucrado el mejoramiento de los sistemas educativos nacionales y provinciales y la revisión de las políticas de manejo patrimonial (Hall 2000).

⁷ Varios estudiantes del Departamento de Historia de la Universidad de Botswana han explorado la relación entre los sitios designados como patrimonio de la humanidad y las identidades locales usando Tsodilo Hills como estudio de caso.

⁸ El debate sobre la identidad en Botswana ha sido muy activo desde 2000 con el proceso de revisión constitucional que involucró la delineación de grupos étnicos y su representación en la Cámara de Jefes; además, los debates sobre los derechos territoriales de los San han llamado la atención sobre la etnicidad y las minorías. El trasfondo histórico de los debates está conformado por las políticas coloniales británicas que crearon poderosos Estados hegemónicos Tswana en la época de la dominación colonial y les otorgaron el derecho de auto-determinación, al mismo tiempo que suprimieron los reclamos de auto-determinación de otros grupos.

⁹ Este ha sido el caso con las ONGs del tipo Kuru en Botswana que han adoptado un programa de desarrollo multi-activo con comunidades San; esas ONGs, que se enfocan en educación, empresas culturales y

La falta de contenidos patrimoniales refleja otras limitaciones, como la falta de individuos que puedan dedicar su tiempo al desarrollo material de la arqueología¹⁰.

Historias codificadas, textos y oralidad en la reconstrucción de la historia del sur de África

La reconstrucción de los pasados del sur de África a partir de sus restos materiales descansa, cada vez más, en las ricas tradiciones orales hasta ahora sólo usadas por antropólogos, etnólogos e historiadores para estudiar las poblaciones mayoritariamente negras de la región¹¹. A pesar de que algunos trabajos han sido cuestionados por usar acríticamente el dato etnográfico en la construcción de analogías entre el pasado y el presente (Lane 1996, 1998) sigue siendo importante la contribución de las tradiciones orales y de la etnografía en las interpretaciones de la cultura material y en la reconstrucción del pasado material (Lewis-Williams 1984; Schmidt 1997). Aunque el uso de las historias locales y del patrimonio vivo en la reconstrucción del pasado arqueológico no se relaciona, de manera explícita, con la arqueología social (Thomas 2004, 2005) ha permitido que los arqueólogos se involucren con las comunidades y con otras disciplinas de una manera inexplorada hasta ahora (Andah 1995; Eze-Uzomaka 2000; van Schalkwyk y Smith 2004; Simon Hall, comunicación personal). Este asunto ha posibilitado diálogos arqueológicos con grupos que han sido sujeto de investigación a través de décadas de producción de conocimiento en campos como la antropología (Kuper 1987). Una práctica arqueológica incluyente de este tipo es un paso importante en la liberación de los practicantes de la disciplina dentro y fuera de la región, sobre todo de quienes operan bajo el peso de las historias reguladas por el Estado y por los textos sobre el pasado. Los investigadores extranje-

ros cuyos lazos con la comunidad no se extendieron más allá de su trabajo podrían aprovechar esta circunstancia para reconectarse con las arqueologías de sus propios trabajos, construidas en sociedad con las comunidades investigadas que los acogieron.

La arqueología ha abandonado la consideración de los textos escritos como la verdad última sobre el pasado y ha empezado a usar las historias orales locales; estos hechos han creado otros retos porque ponen de relieve las complejas relaciones entre la gente y la producción del pasado (Esterhuysen, comunicación personal). El uso del folclore y de otros textos mostró cómo la arqueología científica dominó el discurso a costa de otras formas de producir conocimiento sobre el pasado (Gazin-Schwartz y Holtorf 1999; Layton 1999). La invención de nuevas historias y de culturas hasta ahora sólo discutidas en los estudios históricos atrajo a los arqueólogos y demandó su introspección en las herramientas metodológicas y teóricas usadas para obtener, construir e interpretar el pasado (Hall 1994; Comaroff y Comaroff 1997). Las implicaciones más amplias de este proceso pueden verse en el derumbe de las fronteras erigidas entre espacios

manejo y conservación del patrimonio, han creado capacidades en las comunidades y llamado la atención sobre la necesidad de conseguir recursos para la educación patrimonial, incluyendo la educación arqueológica.

¹⁰ La Universidad de Witwatersrand, en Suráfrica, es la única institución de educación superior que, actualmente, tiene un arqueólogo que implementa la educación arqueológica en sus cursos. Las universidades no tienen arqueólogos que desarrollen contenidos de ese tipo. En los países de la región SADC los ministerios de educación y las instituciones que trabajan con educación y patrimonio tampoco tienen arqueólogos activos, excepto en museos y servicios de antigüedades.

¹¹ El trabajo de Schapera ha sido muy influyente en este sentido.

rurales (exteriores/tradicionales), donde vive la mayor parte de la población, y espacios urbanos (internos/modernos), donde está la mayor parte de los recursos de investigación, incluyendo archivos y bibliotecas; también ha tenido el efecto de acercar a las comunidades rurales que viven en paisajes ricos en sitios arqueológicos a la idea de un patrimonio valioso y a los contextos urbanos en los cuales se realizan esos procesos y se toman las decisiones. Aunque estos hechos no producen, necesariamente, mayor conocimiento ni mejor transferencia de información a las comunidades sí aumenta su conciencia sobre el valor de su patrimonio material e intangible, sobre todo cuando los planes de desarrollo en varios países aprovechan los recursos culturales para la diversificación económica y el turismo. El conocimiento arqueológico sigue siendo producto y recurso para una pequeña audiencia de lectores académicos, con aplicación directa limitada en la vida cotidiana de la gran mayoría de las personas (Nzewunwa 1984; van Schalkwyk 1996); sin embargo, allí donde los recursos patrimoniales han sido usados para el turismo han surgido problemas en el manejo del interés público y en su utilización de manera sostenible¹².

El diseño y puesta en marcha de estrategias coherentes de educación patrimonial tiene que tener en cuenta los escenarios que he descrito, además de reconocer el carácter efímero de algunas de las estrategias puestas en marcha al mismo tiempo que se convierten en marginales o irrelevantes para los discursos sobre el desarrollo o para las economías políticas actuales. La arqueología busca pasados distantes para realzar las historias de larga duración y la antigüedad de los lugares en los cuales vive la gente de la región. Cuando los arqueólogos adquieren nuevos conocimientos y los habitantes locales nuevas intuiciones para leer el pasado ocurre un enriquecimiento mutuo; sin embargo, el hecho de que las personas demandan el acceso a recursos y servicios más básicos como la educación, la salud y la seguridad pareciera ocultar la relevancia de la educación arqueológica para sus

luchas actuales. Pero puede argumentarse que la educación arqueológica sigue estando cerca de las preocupaciones de la gente y de sus necesidades diarias para dar forma al futuro porque el conocimiento arqueológico, en la forma como es producido y como modifica el pasado, el paisaje y otros recursos, otorga a las comunidades nuevas maneras de auto-identificación. Este proceso no es uniforme en la región y depende de la distribución y del tiempo de los equipos de investigación para elevar la conciencia local. Una de las maneras más inmediatas y obvias a través de las cuales se ha desarrollado esa conciencia ha sido la destrucción de lugares patrimoniales, sobre todo los sitios con petroglifos del sur de África, a medida que la gente trata de aprovechar su significación¹³. Las otras formas han sido la incorporación de conocimiento arqueológico en las tradiciones locales y mitos y la reproducción de ese conocimiento para enfrentar asuntos relacionados con la desigualdad o la marginalidad de las comunidades que perciben que su patrimonio cultural está amenazado por las prácticas

¹² No estoy sugiriendo que las comunidades rurales o urbanas no son conscientes de los cambios en los valores y la significación del patrimonio; por el contrario, muchas comunidades están dispuestas a aprovechar sus beneficios económicos. Este hecho se pone de manifiesto, por ejemplo, en el interés por modificar el uso del suelo en Botswana cuando los individuos anticipan la realización de nuevos proyectos de desarrollo en sus territorios y distritos.

¹³ En varios países de la región muchas personas, sobre todo jóvenes, tratan de beneficiarse de la industria turística sirviendo como guías informales en los sitios patrimoniales. En Suráfrica y Botswana los jóvenes usan líquidos (como gaseosas y agua) sobre los petroglifos para realzar su visibilidad. Estos sitios no vigilados son vulnerables; las condiciones sólo han mejorado cuando quienes manejan el patrimonio diseñan planes de cuidado compartido con las comunidades. Desafortunadamente algunos sitios fueron dañados de manera irremediable.

hegemonías o dominantes de los Estados nacionales (Denbow 2002; Given 2004).

El fomento del turismo y de las políticas de educación ambiental, relacionado con los argumentos que he discutido, requiere apreciar la diversidad y la naturaleza plural de los públicos a quienes pretende llegar; esto incluye mayor atención al conocimiento local del medio ambiente y a las habilidades de transferencia de conocimientos, algunas de las cuales han sido socavadas por la urbanización acelerada y por la dislocación de los patrones de asentamiento. La idea de un mercado turístico homogéneo proveniente del mundo desarrollado que viene al sur de África para tener una «experiencia africana» debe ser reformulada si quiere informar al sector del patrimonio cultural; para ello debe tener en cuenta la diversidad y el carácter híbrido de las poblaciones locales, sobre todo las dinámicas de sus paisajes culturales. Las culturales locales esencializadas por el mercado ya han sido resistidas por comunidades como los San, quienes están hablando, cada vez más, en contra del uso de su patrimonio cultural en la promoción regional e internacional del turismo. La mercantilización de las culturas San ha producido diversos resultados para las comunidades. La incorporación de aspectos materiales e intangibles de su patrimonio cultural por parte de un mundo global híbrido no ha estado acompañada por la llegada de recursos que mejoren su calidad de vida (WIMSA 2005); de hecho, siguen dependiendo del Estado o de ONG's para su empoderamiento y de los programas de mitigación de la pobreza. Más aún, su estatus en los paisajes culturales y las imaginaciones locales y nacionales no ha cambiado, por lo que siguen luchando contra la marginalidad; este es evidente en las representaciones museológicas que todavía muestran el patrimonio San como parte de la naturaleza (Gordon 1992; Skotnes, ed., 1996). Los currículos escolares y los medios educativos todavía presentan a los San como

una reliquia cultural indiferenciada dentro de las bases de datos demográficos y lingüísticos; este hecho ha tenido un impacto negativo en el rendimiento educativo de las comunidades y en su habilidad para derivar un sentido afirmativo del patrimonio arqueológico que se les atribuye (Mazonde 2004; cf. Ucko 1994; Meskell 2003).

Arqueologías descolonizadas y educación patrimonial

La educación ha servido como un recurso de liberación y empoderamiento en los períodos colonial y post-colonial; para la mayor parte de los ciudadanos del sur de África, cuya posibilidad de mejorar la calidad de vida descansa en la obtención de educación calificada y empleo formal, continúa jugando un papel importante en el cambio de las formas de vida personales y colectivas; sin embargo, varios sistemas educativos en la región no incluyen la educación patrimonial ni promueven el sector cultural como un área para la adquisición de habilidades. La revisión de los currículos escolares para asegurar contenidos educativos y aumentar el desarrollo de las habilidades necesarias para poder llevar un modo de vida dentro del sector del patrimonio cultural no ha sido priorizada en los programas de educación arqueológica formal y de arqueología pública; por eso no es sorprendente que muchas de las personas que tienen acceso a la educación formal tengan una educación arqueológica limitada o no contribuyan al apoyo de la educación patrimonial cuando son adultos. La idea de que los recursos patrimoniales son propiedad del Estado aliena a la gente de la posibilidad de relacionarse con ellos por fuera de los salones de clase o como empleados casuales en proyectos de investigación o de turismo patrimonial. En Botswana no existen requerimientos para que los arqueólogos que emplean habitantes locales los entrenen; como resultado los investigadores locales y

foráneos no han invertido tiempo ni recursos en la enseñanza de habilidades o en programas arqueológicos para sus asistentes. La «arqueología de aficionados» ha estado limitada a individuos blancos, activos o jubilados, sobre todo en Zimbabwe y Suráfrica, con un involucramiento limitado de las comunidades que los arqueólogos encuentran cuando hacen trabajo de campo.

La idea de metodologías arqueológicas descolonizadas implica ir más allá de los principios de la organización del trabajo de campo y de laboratorio que privilegian a los académicos o a los trabajadores calificados de los museos. Los miembros de las comunidades sólo son empleados como peones en las investigaciones de campo o en las excavaciones (cf. Matos 1994; Hodder 2003); más aún, su papel en el diseño y puesta en marcha de las estrategias de manejo y conservación patrimonial debe apuntalar las estrategias nacionales y regionales en vez de que estas últimas sean impuestas desde arriba, tal y como sienten que sucede, actualmente, con respecto al manejo del patrimonio cultural y natural de la región. Aunque para que los Estados puedan gobernar deben desarrollar y usar políticas de agregación y homogeneización esto no significa que no necesiten tener en cuenta dinámicas culturales locales, incluyendo las identidades y su constitución; de otra manera serán resistidos por las comunidades locales, a veces a través de conflictos que impactan los recursos arqueológicos de manera negativa (cf. Pwiti y Mvenge 1996). Si a estos conflictos se suman las limitaciones a las libertades civiles y la pobreza el resultado puede ser abiertamente hostil, como ha señalado Meskell (2003) sobre la compleja construcción del patrimonio egipcio; además, continuarán alienando a los jóvenes que ingresan al sistema educativo del aprendizaje y la apreciación de su patrimonio cultural local, reemplazándolo por una falsa valoración del patrimonio cultural foráneo, sobre todo euro-americano, que es

percibido como más dinámico, excitante y capaz de crear oportunidades para el éxito individual. Este problema es evidente en los niveles nacional y regional/global con la migración a áreas urbanas, metrópolis regionales más grandes (como Johannesburgo) y ciudades globales en Europa y Estados Unidos. La idea de que la actualización cultural llega con la migración física a esos espacios está ligada al contenido de la educación pública que localiza las culturas locales en una escala más baja con relación al patrimonio cultural de Occidente (Nyamnjoh 2004). Este es el contexto al que quiero referirme para preguntar qué pasaría si el público del sur geográfico se involucrara, activamente, en diálogos sobre el pasado y sobre la identidad y la representación en el mundo moderno. El sur metafórico es un lugar para el diálogo como se refleja en la crítica del post-modernismo y la post-colonialidad que sugiere que existe una creciente búsqueda de regeneración; esa búsqueda, invariablemente, mira dentro del ser y contra el cosmos y depende de principios universales de bienestar en sociedades que se consideran menos afectadas por los excesos de la industrialización (Friedman 1999).

Aunque en el sur de África se ha avanzado en algunos aspectos relacionados con el manejo de recursos culturales todavía hay otros que están retrasados en términos de la realización de estrategias regionales coherentes para el manejo de los recursos patrimoniales y de la arqueología pública. La inyección de fondos y de políticas internacionales en la arena del desarrollo desde la década de 1980 incrementó el empleo de arqueólogos en Botswana (van Waarden 1996) y el diseño de códigos de ética para los practicantes en Suráfrica (Whitelaw 2005). Aunque el uso de criterios de evaluación de impacto arqueológico permitió incrementar el registro de sitios conocidos y diseñar planes de manejo para otros no produjo la revisión de la legislación sobre patrimonio en todos los países ni el me-

joramiento de la sinergia entre ellos para el manejo patrimonial; como resultado el manejo del patrimonio entre los países todavía está sujeto a legislaciones nacionales o provinciales y a políticas que tienen impacto en la manera como las comunidades (como los San) que viven en territorios fronterizos acceden a sus recursos patrimoniales (Bieseke y Hitchcock 2001). Los arqueólogos han podido trabajar como consultores independientes por fuera de las universidades o las instituciones gubernamentales; sin embargo, esta libertad es precaria porque la financiación está limitada por una variedad de factores, incluyendo el clientelismo. Aunque existe una alta probabilidad de que los proyectos con financiación internacional (como los del Banco Mundial) empleen arqueólogos los proyectos locales con financiación nacional difícilmente implementarán criterios de evaluación de impacto arqueológico; más aún, la financiación rara vez cubre la diseminación de la información recuperada en el trabajo de campo; por eso la manera de compartirla depende de la voluntad del investigador. La inclusión del manejo de recursos culturales y de criterios de evaluación de impacto arqueológico como parte de prácticas patrimoniales adecuadas sigue siendo un reto.

Conceptualizando la arqueología pública para el sur

El sur o el mundo en desarrollo (un concepto que hace referencia a África, América Latina, el sureste de Asia y otras regiones que dependen de naciones más ricas) ha sido investigado de muchas maneras, como unidad o como parte de una unidad, en disciplinas como los estudios sobre el desarrollo. Las grandes instituciones financieras y las agencias de las Naciones Unidas tienen agendas compartidas sobre esos países pero las historias de los estudios sobre su desarrollo son cortas. Las políticas realizadas en un país se transfieren (con individuos) a otros. Este fe-

nómeno es comparable a la práctica y la teoría antropológicas de hace unos años, interesadas en establecer comparaciones inter-regionales (Kuper 1987; Patterson 2001). Desde un punto de vista arqueológico los países del sur, a pesar de sus diferencias geográficas, comparten varios asuntos, incluyendo un legado y un patrimonio colonial. Investigaciones arqueológicas recientes han demostrado lazos significativos entre redes de intercambio que datan del primer milenio AD, sugiriendo que la globalización es anterior a la exploración europea. Estos países tienen recursos limitados para manejar sus grandes riquezas arqueológicas¹⁴; además, en el último siglo han servido como lugares de entrenamiento y de recolección de las instituciones del mundo desarrollado (Gassón y Wagner 1994). Su patrimonio local ha sido usado en la industria del turismo y del patrimonio global con recompensas limitadas para las comunidades locales que, sin embargo, han mantenido ricos recursos de conocimiento, incluyendo la diversidad del patrimonio cultural nativo.

Los países del sur han sido vulnerables a los liderazgos políticos inestables, como las dictaduras, que han socavado la relación entre la gente y su patrimonio local; por eso la promoción de la arqueología, de las instituciones patrimoniales y, más importante aún, de la arqueología pública sigue siendo fundamental (Galaty y Watkinson 2004; Funari 2005). India es uno de los pocos países del mundo en desarrollo que tiene sofisticadas estrategias de manejo del patrimonio arqueológico. Los retos que enfrenta el desarrollo de esos países se suman a sus problemas en

¹⁴ El Departamento de Arqueología de la Universidad de Uppsala ha patrocinado varios programas doctorales en África oriental y del sur y ha elaborado una propuesta de investigación, remitido a SIDA/SAREC, para llevar a cabo un programa de investigación arqueológica enfocado en África, América Latina, Asia suroriental y Europa.

términos del manejo de la diversidad cultural que, a veces, socava la gobernabilidad democrática y los derechos de los ciudadanos. El potencial para que la arqueología despierte la conciencia nacional y para que trate con temas relacionados con raza, clase y etnicidad es evidente en América Latina (Oyuela 1994). La experiencia colonial tuvo impactos negativos en la memoria local y en la contigüidad entre el pasado y el presente. El énfasis puesto en los períodos tempranos y recientes (que se enfocan en el patrimonio colonial) evitó las preguntas sobre las políticas de la identidad y la «indigenidad»; así, continúan siendo retos actuales para la construcción de identidad en muchos países del sur. Los retos de encontrar al «público» e involucrarlo en una arqueología descolonizada son una preocupación de las investigaciones realizadas en el sur que pretenden hallar un balance entre la arqueología histórica y de otros períodos, con énfasis en aspectos locales e indígenas (Funari *et al.*, eds., 1999; Stahl 2001; Funari 2004; Hall 2004; Funari *et al.* 2005).

Al responder la pregunta ¿cuál sur y cuál público? es claro que la forma actual del método y la teoría arqueológicos permanecen amarrados al paradigma occidental y al concepto de modernidad (Thomas 2004); esto es evidente en la persistente definición del patrimonio cultural desde el punto de vista de la cultural material occidental y de la tradición intelectual de la arqueología (Hodder 2003; Clark 2005; Johnson 2005). Desde la noción de públicos «allá afuera» el sur es percibido en términos de mercados para las mercancías de un norte que continúa encontrando otros mundos en su búsqueda de consumo, conquista y apropiación. Un caso relevante es la lucha que libran las sociedades indígenas para retener su patrimonio cultural, reclamándolo a través de su interés en asuntos como la repatriación o el manejo propio del patrimonio. Algunas personas argüirán que el mundo occidental (el patrimonio euro-americano) tam-

bién ha sido cambiado, significativamente, por las culturas indígenas de las sociedades encontradas en el período colonial y que eso todavía ocurre con las nuevas diásporas hacia occidente (Friedman 1994; Pearson y Ramilisonina 2004). El sur metafórico (localizado lejos de la ciudad, el asiento del gobierno, la tecnología de punta y los eventos culturales) no deja de ser problemático en su proyección como un lugar excitante para que la gente se pueda involucrar en asuntos globales. En primer lugar, enfrenta el «afropesimismo» de los africanos y varias expresiones de orientalismo y latinismo que socavan las representaciones de los países del sur en términos contradictorios como exóticos, despóticos, cercanos a la naturaleza y desordenados o en una trayectoria de desarrollo que pretende «acercarse» a la del norte (Ramos 1994; Chabal 1996). En segundo lugar, el control de la arqueología por los Estados y por practicantes privados (parte de clases privilegiadas) ha significado que los arqueólogos locales, incluso cuando poseen buenas credenciales en casa, sean vistos con desconfianza como miembros de Estados percibidos como poco confiables (Nzewunwa 1984; Mapunda y Lane 2004). El encuentro de un lugar que articule las arqueologías del sur con el discurso global de la arqueología pública y de la educación exige abandonar la concepción actual del sur (es decir, el sur del norte desarrollado) y adoptar un nuevo eje de ideas compartidas sobre el desarrollo del patrimonio cultural que pueda contribuir a una disciplina arqueológica más rica.

El continente africano tiene varias hebras de patrimonio compartido con América Latina, en buena parte debido a la población afrodescendiente. Como Funari (2004) señaló Brasil es, quizás, más conocido por el carnaval y por sus futbolistas. Estas comunidades diaspóricas, con su patrimonio resonante de varias partes de África en formas materiales e intangibles, obliga a considerar el carácter del público como híbrido cultural con iden-

tidades distintivas, aunque interrelacionadas. En las últimas dos décadas se han llevado a cabo programas de intercambio de artistas y practicantes culturales, particularmente entre países con un pasado colonial compartido, como Brasil y Mozambique¹⁵; además, los proyectos asociativos de investigación en tecnología, medicina y manejo del medio ambiente entre India y varios países de América Latina y África están creando nuevas áreas de patrimonio compartido que son críticas para el futuro. Los programas compartidos, como el patrocinado por CODESRIA y SEPHIS, proveen plataformas para el intercambio de académicos e ideas que pueden servir de base para la realización de proyectos conjuntos en arqueología pública.

La identidad y el patrimonio de poblaciones mezcladas en el sur (llamadas «coloreadas» en el sur de África, «criollas» en el Caribe y «mestizas» en América Latina) permanecen sin explorar y están mal representados en la arqueología pública y en el desarrollo del patrimonio (cf. Patterson 1995; Mamdani 1996; Zegeye 2001). La reciente liberación de Suráfrica ha llamado la atención sobre este asunto. La politización del uso de la identidad racial para dividir y gobernar (por parte del régimen del *apartheid*) y la continua ambigüedad en su identificación como locales (indígenas) y privilegiadas (patrimonio europeo) en la arqueología, la literatura y las artes han hecho de los pasados de esas comunidades un área difusa para los estudios patrimoniales. La expresión consciente de las identidades de las comunidades indígenas (llamado «indigenismo» en América Latina) ha producido tanto tensiones como sociedades culturales hasta ahora desconocidas (Wade 1994; Vargas 1995; Joyce 2003).

El desarrollo de movimientos sociales globales, como la campaña *Hacer de la pobreza historia* (Make poverty history) del año pasado que (entre otras cosas) puso de relieve los usos y abusos del patrimonio cultural de los pueblos nativos, ha incorporado nuevos

públicos en la arena de la educación patrimonial. Cuando estas nuevas comunidades (situadas por fuera de las fronteras de los Estados, las geografías locales y las regiones) son consideradas junto con «comunidades virtuales» de personas que intercambian información, redes y recursos a través de la internet se crean nuevas audiencias para las arqueologías públicas del sur. Su crítica de los procesos de construcción nacional, el colapso de los Estados y la necesidad de nuevos nichos para empoderar y proteger a los ciudadanos de los problemas globales está protegiendo nuevas culturas materiales y nuevos conocimientos para la educación patrimonial por fuera de los límites tradicionales de los Estados nacionales y de las fronteras etno-geográficas.

Más allá de etnicidad, raza y clase los discursos sobre arqueología pública en el sur de África no han abordado la relación entre género y patrimonio; sin embargo, esta relación se ha vuelto prominente debido a su importancia en temas cercanos, como los estudios de manejo medio ambiental y de pobreza. Más aún, el énfasis en las mujeres en las comunidades indígenas ha puesto de relieve algunos de los asuntos actuales y futuros del patrimonio cultural público y femenino (Kipuri 1998; Meskell 2001). Lo que los investigadores han llamado «la cara femenina de la pobreza» también ha facilitado nuevas áreas de representación y de activismo femenino en la conservación; además, los discursos sobre el patrimonio (como los que ha hecho el premio Nobel Wangari Maathai) han resaltado la visibilidad del poder de las mujeres en este asunto. En América Latina el activismo de las mujeres contra las atrocidades ha alimentado la

¹⁵ El apoyo de Cuba a los movimientos de liberación en África en las últimas tres décadas incluyó el entrenamiento de estudiantes africanos, sobre todo de Suráfrica. Este intercambio continúa con intercambios de personal médico y deportivo con Botswana y Suráfrica.

celebración de eventos que conmemoran las desapariciones (cf. Oyuela 1994). Eventos similares fueron parte de la lucha de liberación surafricana; el activismo de las mujeres creó nuevos vestigios de resistencia patrimonial y, más importante, poderosos receptáculos mnemotécnicos para mantener las identidades de quienes desaparecieron de la memoria pública. El papel de las mujeres en la creación de una memoria colectiva y del patrimonio (en el contexto de las arqueologías públicas locales) está emergiendo, aunque todavía no se ha investigado en profundidad, en la arqueología en asuntos globales actuales como el manejo de la epidemia de VIH/SIDA y la guerra contra el terrorismo. Los procesos desatados por la *Comisión sobre la verdad y la reconciliación* en Suráfrica demuestran la naturaleza irreprimible de la memoria colectiva en épocas de represión. La documentación en marcha de los legados del *apartheid* está mostrando cómo la gente resistió la dominación en términos individuales y colectivos. Las mujeres del sur de África también han participado en otras áreas del patrimonio cultural, como en la creación de cultura material y de memoria dirigida a sus familias, especialmente para mujeres que deben convivir con VIH y SIDA (www.achap.org; www.unaids.org).

En conclusión, sugiero que el sur, en su significado como mundo en desarrollo, tiene varias áreas similares y comparables en el diseño de estrategias para hacer arqueología pública que pueden sumarse a los debates actuales sobre manejo de recursos culturales y arqueologías mundiales. Muchos países están ligados por patrimonios coloniales compartidos y están cooperando a nivel institucional para intercambiar individuos, recursos e ideas para el manejo del patrimonio cultural; sin embargo, existen oportunidades para ir más allá de estos vínculos de alto nivel que permitan desarrollar estrategias de arqueología pública. Así se empezaría a afrontar la escasez de contribuciones teóricas y metodológicas del sur, sobre todo

en términos de las investigaciones que surgen de las agendas establecidas allí mismo. Los problemas de los países con limitaciones en capacidad y falta de recursos para la conservación y el manejo del patrimonio arqueológico pueden ser mitigados por un aumento del activismo de los arqueólogos en la promoción de arqueologías públicas interculturales. La realización de tres congresos mundiales de arqueología en el sur ha resultado en varias publicaciones que reflejan esta cooperación (cf. Funari *et al.*, eds., 1999) y preocupaciones por la arqueología pública (Merriman 2004); sin embargo, más allá del ámbito académico la aplicación activa de las estrategias de la arqueología pública para involucrar comunidades, sobre todo aquellas marginadas en los actuales contextos de desarrollo, contribuiría a las agendas necesarias para la descolonización de la disciplina (Johnson 2005; Smith y Wobst, eds., 2005). Además, es necesario involucrar los recursos intelectuales del norte para diseñar estrategias de sociedades igualitarias en investigación y construcción de capacidades.

Los barreras idiomáticas y culturales continúan impidiendo el desarrollo de programas de intercambio, incluyendo la diseminación de la arqueología pública; no obstante, es notorio que el mundo en desarrollo (excepto India, que tiene su propia industria cinematográfica) sigue consumiendo la cultura euro-americana, sobre todo la cultura popular, a través del cine y de otros medios a pesar de esas barreras. Muchos proyectos de desarrollo en el sur de África favorecen estilos arquitectónicos occidentales, que son presentados como buenas oportunidades de inversión; rara vez se usan estilos de Asia o América Latina, no obstante que allí existen condiciones climatológicas similares. En el mismo sentido la idea de que el turismo está destinado a viajeros de ingresos altos privilegia al norte rico y no intenta cortejar a los viajeros del sur. Como resultado el sur sigue siendo extranjero e indeseable para sí mismo

mientras el norte es deseado y obtenido cuando la gente alcanza los medios necesarios para comprar un pasaje de avión que los aleje del sur; irónicamente, las crecientes presiones de Europa y de los Estados Unidos para regular la inmigración de los habitantes del sur han limitado este tipo de viajes. Parece oportuno, por lo tanto, que las instituciones educativas y las empresas de turismo basadas en la arqueología usen este nicho para cultivar el conocimiento de las regiones del sur en los sistemas de educación formal y no for-

mal. Aunque este parece un propósito ingenuo debido a los retos que he descrito en este artículo a largo plazo es uno de los caminos sostenibles para desarrollar la arqueología en el sur sin depender del norte para la financiación, los investigadores y todos los aspectos relacionados con el manejo y la conservación del patrimonio. Si el deseo es descolonizar la arqueología y construir capacidades el balance de escalas sugiere que la necesidad descansa en el sur y el énfasis debe ser en esa dirección.

Referencias

- Akpan, Joseph, Ignatius Mberengwa, Robert K. Hitchcock y Thomas Kopersi
2004 Human rights and participation among southern African indigenous peoples En *Indigenous people's rights in southern Africa*, editado por Robert Hitchcock y Diana Vinding, pp 184-201. IWGIA Document No.110, Copenhagen.
- Andah, Bassey W.
1995 Studying African societies in cultural context. En *Making alternative histories. The practice of archaeology and history in non-western settings*, editado por Peter Schmidt y Thomas Patterson, pp 149-181. School of American Research Press, Santa Fe.
- Biesele, Megan y Robert K. Hitchcock
2001 The Ju/'hoansi San under two States: impacts of the South West African Administration and the Government of the Republic of Namibia. En *Hunters and gatherers in the modern world: conflict, resistance, and self determination*, editado por Peter Scheitzer, Megan Biesele y Robert Hitchcock, pp 305-326. Berghan, Nueva York.
- Campbell, Alec
1998 The present status of archaeology in Botswana. En *Ditswa Mmung: the archaeology of Botswana*, editado por Paul Lane, Andrew Reid y Alinah Segobye, pp 249-259. Botswana Society/Pula Press, Gabarone.
- Carman, John
2002 *Archaeology and heritage: an introduction*. Continnum, Londres.
2005 Good citizens and sound economics: the trajectory of archaeology in Britain from «heritage» to «resource». En *Heritage of value, archaeology of renown: reshaping archaeological assessment and significance*, editado por Clay Mathers, Timothy Darvill y Barbara Little, pp 43-57. University Press of Florida, Gainesville.
- Chabal, Patrick
1996 The African crisis: context and interpretation. En *Postcolonial identities in Africa*, editado por Robert Werbner y Terence Ranger, pp 29-74. Zed Books, Londres.
- Clark, Kate
2005 The bigger picture: archaeology and values in long-term cultural resource management. En *Heritage of value, archaeology of renown: reshaping archaeological assessment and significance*, editado por Clay Mathers, Timothy Darvill y Barbara Little, pp 317-330. University Press of Florida, Gainesville.
- Cleere, Henry
1984 World cultural resources management: problems and perspectives. En *Approaches to the archaeological heritage: a comparative study of world cultural resource management systems*, editado por Henry Cleere pp 125-131. Cambridge University Press, Cambridge.

- 2001 The uneasy bedfellows: universality and cultural heritage. En *Destruction and conservation of cultural property*, editado por Robert Layton, Peter Stone y Julian Thomas, pp 22-29. Routledge, Londres.
- Cleere, Henry (Editor)
1989 *Archaeological heritage management in the modern world*. Unwin Hyman, Londres.
- Comaroff, John y Jean Comaroff
1997 *Of revelation and revolution. The dialectics of modernity on a South African frontier*, Volume 2. University of Chicago Press, Chicago.
- Connah, Graham
2004 *Forgotten Africa: an introduction to its archaeology*. Routledge, Londres.
- Deacon, Jeanette
1995 Archaeological heritage in southern Africa: a South African perspective. En *African cultural heritage and the World Heritage Convention*, editado por Dawson Munjeri, Webber Ngoro, Catherine Sibanda, Galia Saouma-Forero, Laurent Levi-Strauss y Lupwishi Mbuyamba, pp 22-34. National Museums and Monuments of Zimbabwe, Harare.
- Denbow, James
2002 Stolen places: archaeology and the politics of identity in the later prehistory of the Kalahari. En *Africanizing knowledge: African studies across the disciplines*, editado por Tovinn Falola y Christian Jennings, pp 345-374. Transaction Publishers, New Brunswick.
- Evans, Chris
1995 Archaeology against the State: root of internationalism. En *Theory in archaeology: a world perspective*, editado por Peter Ucko, pp 312-326. Routledge, Londres.
- Eze-Ozumaka, Pamela
2000 *Museums, archaeologists and indigenous people: archaeology and the public in Nigeria*. BAR International Series 904, Oxford.
- Friedman, Jonathan
1994 *Cultural identity and global process*. Sage, Londres.
1999 The hybridization of roots and the abhorrence of the bush. En *Spaces of culture: city, nation, world*, editado por Mike Featherstone y Scott Lash, pp 230-256. Sage, Londres.
- Funari, Pedro Paulo
2004 Public archaeology in Brazil. En *Public archaeology*, editado por Nick Merriman, pp 224-239. Routledge, Londres.
2005 Reassessing archaeological significance: heritage of value and archaeology of renown in Brazil. En *Heritage of value, archaeology of renown: reshaping archaeological assessment and significance*, editado por Clay Mathers, Timothy Darvill y Barbara Little, pp 125-136. University Press of Florida, Gainesville.
- Funari, Pedro, Martin Hall y Sian Jones (Editores)
1999 *Historical archaeology: back from the edge*. Routledge, Londres.
- Funari, Pedro, Andrés Zarakin y Emily Stovel
2005 Global archaeological theory: introduction. En *Global archaeological theory: contextual voices and contemporary thoughts*, editado por Pedro Funari, Andrés Zarakin y Emily Stovel, pp 1-9. Kluwer, Nueva York.
- Galaty, Michael y Charles Watkinson
2004 The practice of archaeology under dictatorship. En *Archaeology under dictatorship*, editado por Michael Galaty y Charles Watkinson, pp 1-17. Kluwer, Nueva York.
- Gassón, Rafael y Erika Wagner
1994 Venezuela: doctors, dictators and dependency (1932 to 1948). En *History of Latin American archaeology*, editado por Augusto Oyuela, pp 122-138. Aldershot, Avebury.

- Gawe, Stephen y Francis Meli
 1990 The missing past in South African history. En *The excluded past: archaeology in education*, editado por Peter Stone y Robert MacKenzie, pp 98-108. Unwin Hyman, Londres.
- Gazin-Schwartz, Amy y Cornelius Holtorf
 1999 «As long as ever I've known it...» On folklore and archaeology. En *Archaeology and folklore*, editado por Amy Gazin-Schwartz y Cornelius Holtorf, pp 3-25. Routledge, Londres.
- Given, Michael
 2004 *The archaeology of the colonized*. Routledge, Londres.
- Gordon, Robert
 1992 *The Bushman myth: the making of a Namibian underclass*. Westview Press, Boulder.
- Gosden, Chris
 2001 Postcolonial archaeology: issues of culture, identity, and knowledge. En *Archaeological theory today*, editado por Ian Hodder, pp 241-261. Polity Press, Cambridge.
- Hall, Martin
 1990 «Hidden history»: Iron Age archaeology in southern Africa. En *A history of African archaeology*, editado por Peter Robertshaw, pp 59-77. James Currey, Londres.
 1994 Lifting the veil of popular history: archaeology and politics in urban Cape Town. En *Social construction of the past: representation as power*, editado por George C. Bond y Angela Gilliam, pp 167-184. Routledge, Londres.
 1995 Great Zimbabwe and the lost city: cultural colonization of the South African past. En *Theory in archaeology: a world perspective*, editado por Peter Ucko, pp 28-45. Routledge, Londres.
 2000 *Archaeology and the modern world: colonial transcripts in South Africa and the Chesapeake*. Routledge, Londres.
 2001 Cape Town's District Six and the archaeology of memory. En *Destruction and conservation of cultural property*, editado por Robert Layton, Peter Stone y Julian Thomas, pp 298-311. Routledge, Londres.
- Hays, Jennifer y Amanda Siegrühn
 2005 Education and the San in southern Africa. *Indigenous Affairs* 3:18-22.
- Hitchcock, Robert y Diana Vinding (Editores)
 2004 *Indigenous people's rights in southern Africa*. IWGIA Document No.110, Copenhagen.
- Hodder, Ian
 2003 Sustainable time travel: toward a global politics of the past. En *The politics of archaeology and identity in a global context*, editado por Susan Kane, pp 139-147. Archaeological Institute of America, Boston.
- Johnson, Matthew
 2005 Discussion: a response from the «core». En *Global archaeological theory: contextual voices and contemporary thoughts*, editado por Pedro Funari, Andrés Zarakin y Emily Stovel, pp 364-370. Kluwer, Nueva York.
- Joyce, Rosemary
 2003 Archaeology and nation building: a view from Central America. En *The politics of archaeology and identity in a global context*, editado por Susan Kane, pp 79-100. Archaeological Institute of America, Boston.
- Kaunga, Johnson-Ole
 2005 Indigenous peoples' experiences with the formal education system: the case of Kenyan pastoralists. *Indigenous Affairs* 1:35-41.
- Kibunja, Mzalendo
 1996 The status of archaeological collections and resources in Africa. En *Aspects of African archaeology*, editado por Gilbert Pwiti y Robert Soper, pp 783-786. University of Zimbabwe Publications, Harare.

- Kinahan, John
 1995 Theory, practice and criticism in the history of Namibian archaeology. En *Theory in archaeology: a world perspective*, editado por Peter Ucko, pp 76-95. Routledge, Londres.
- Kipuri, Naomi
 1998 Wildlife tourism and its impact on indigenous Maasai women in east Africa. En *Indigenous women: the right to a voice*, editado por Diana Vinding, pp 171-182. IWGIA Document No 88, Copenhagen.
- Kiyaga-Mulindwa, David y Alinah Segobye
 1994 Archaeology and education in Botswana. En *The presented past: heritage, museums an education*, editado por Peter Stone y Bryan L. Molyneaux, pp 46-60. Routledge, Londres.
- Krøijer, Stine
 2005 «We're going slow because we're going far»: building an autonomous education system in Chiapas. *Indigenous Affairs* 1:16-20.
- Kuper, Adam
 1987 *South Africa and the anthropologist*. Routledge and Kegan Paul, Londres.
- Lahiri, Najanyot
 2001 Destruction or conservation? Some aspects of monument policy in British India (1899-1905). En *Destruction and conservation of cultural property*, editado por Robert Layton, Peter Stone y Julian Thomas, pp 264-275. Routledge, Londres.
- Lane, Paul, Andrew Reid y Alinah Segobye
 1998 Introduction. En *Ditswa Mmung: the archaeology of Botswana*, editado por Paul Lane, Andrew Reid y Alinah Segobye, pp 13-19. Botswana Society/Pula Press, Gabarone.
- Lane, Paul
 1996 Rethinking ethnoarchaeology. En *Aspects of African archaeology*, editado por Gilbert Pwiti y Robert Soper, pp 727-732. University of Zimbabwe Publications, Harare.
 1998 Ethnoarchaeological research. Past, present and future directions. En *Ditswa Mmung: the archaeology of Botswana*, editado por Paul Lane, Andrew Reid y Alinah Segobye, pp 177-205. Botswana Society/Pula Press, Gabarone.
- Layton, Robert
 1999 Folklore and worldview. En *Archaeology and folklore*, editado por Amy Gazin-Schwartz y Cornelius Holtorf, pp 26-34. Routledge, Londres.
- Lewis-Williams, David
 1984 *Believing and seeing: symbolic meanings in southern San rock paintings*. Academic Press, Londres.
- Macamo, Solange
 1996 The problem of conservation of archaeological sites in Mozambique. En *Aspects of African archaeology*, editado por Gilbert Pwiti y Robert Soper, pp 813-816. University of Zimbabwe Publications, Harare.
- Mamdani, Mahmood
 1996 *Citizen and subject: contemporary Africa and the legacy of late colonialism*. Princeton University Press, Princeton.
- Manyanga, Munyaradzi
 1999 The antagonism of living realities: archaeology and religion, the case of Manyanga (Ntabazikamambo) National Monument. *Zimbabwea* 6:10-14.
- Mapunda, Bertram y Paul Lane
 2004 Archaeology for whose interest: archaeologists or the locals? En *Public archaeology*, editado por Nick Merriman, pp 211-223. Routledge, Londres.

- Mathers, Clay, Timothy Darvill y Barbara Little (Editores)
 2005 *Heritage of value, archaeology of renown: reshaping archaeological assessment and significance*. University Press of Florida, Gainesville.
- Matos, Ramiro
 1994 Peru: some comments. En *History of Latin American archaeology*, editado por Augusto Oyuela, pp 104-123. Aldershot, Avebury.
- Mazonde, Isaac
 2004 Equality and ethnicity: how equal are San in Botswana? En *Indigenous people's rights in southern Africa*, editado por Robert Hitchcock y Diana Vinding, pp 134-151. IWGIA Document No.110, Copenhagen.
- Mbunwe-Samba, Patrick
 2001 Should developing countries restore and conserve? En *Destruction and conservation of cultural property*, editado por Robert Layton, Peter Stone y Julian Thomas, pp 30-41. Routledge, Londres.
- Merriman, Nick
 2004 Introduction: diversity and dissonance in public archaeology. En *Public archaeology*, editado por Nick Merriman, pp 1-17. Routledge, Londres.
- Meskeel, Lynn
 1998 Introduction: archaeology matters. En *Archaeology under fire: nationalism, politics and heritage in the eastern Mediterranean and Middle East*, editado por Lynn Meskeel, pp 1-12. Routledge, Londres.
 2001 Archaeologies of identity. En *Archaeological theory today*, editado por Ian Hodder, pp 187-213. Polity Press, Cambridge.
 2003 Pharaonic legacies: postcolonialism, heritage and hyperreality. En *The politics of archaeology and identity in a global context*, editado por Susan Kane pp 149-171. Archaeological Institute of America, Boston.
- Mitchell, Peter
 2002 *The archaeology of southern Africa*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Munjeri, Dawson
 1995 Spirit of the people, nerve of heritage. En *African cultural heritage and the World Heritage Convention*, editado por Dawson Munjeri, Webber Ndoro, Catherine Sibanda, Galia Saouma-Forero, Laurent Levi-Strauss y Lupwishi Mbuyamba, pp 52-58. National Museums and Monuments of Zimbabwe, Harare.
- Ndoro, Webber
 2001 *Your monument, our shrine: the preservation of Great Zimbabwe*. Studies in African Archaeology 19, University of Uppsala, Uppsala.
- Ndoro, Webber y Gilbert Pwiti
 2001 Heritage management in southern Africa: local, national and international discourse. *Public Archaeology* 2(1):21-34.
- Nongoro, Benedict-Ole
 2003 Rights to land: the case of the Maasai of Tanzania. *Indigenous Affairs* 4:38-46.
- Nyamnjoh, Francis
 2004 Global and local trends in media ownership and control: implications for cultural creativity in Africa. En *Situating globality: African agency in the appropriation of global culture*, editado por Wim van Binsbergen y Rick van Dijk, pp 57-89. Brill, Leiden.
- Nzewunwa, Nwanna
 1984 Nigeria. En *Approaches to the archaeological heritage: a comparative study of world cultural resource management systems*, editado por Henry Cleere, pp 101-108. Cambridge University Press, Cambridge.

- Ouzman, Sven
 2005 Silencing and sharing in African indigenous and embedded knowledge. En *Indigenous archaeologies: decolonizing theory and practice*, editado por Claire Smith y H. Martin Wobst, pp 208-225. Routledge, Londres.
- Oyuela, Augusto
 1994 Nationalism and archaeology: a theoretical perspective. En *History of Latin American archaeology*, editado por Augusto Oyuela, pp 3-21. Aldershot, Avebury.
- Patterson, Thomas C.
 1995 Archaeology, history, indigenismo, and the State in Peru and Mexico. En *Making alternative histories: the practice of archaeology and history in non-western settings*, editado por Peter Schmidt y Thomas Patterson, pp 69-85. School of American Research Press, Santa Fe.
 2001 *A social history of anthropology in the United States*. Berg, Oxford.
- Pearson, Parker y Mike Ramilisonina
 2004 Public archaeology and indigenous communities. En *Public archaeology*, editado por Nick Merriman, pp 224-239. Routledge, Londres.
- Phillipson, David
 2005 *African archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Pikirayi, Innocent
 2001 *The Zimbabwe culture: origins and decline of southern Zambezi states*. Altamira Press, Walnut Creek.
- Pressouyre, Léon
 1995 Cultural heritage and the 1972 convention: definition and evolution of a concept. En *African cultural heritage and the World Heritage Convention*, editado por Dawson Munjeri, Webber Ngoro, Catherine Sibanda, Galia Saouma-Forero, Laurent Levi-Strauss y Lupwishi Mbuyamba, pp 13-19. National Museums and Monuments of Zimbabwe, Harare.
- Pwiti, Gilbert y George Mvenge
 1996 Archaeologists, tourists and rainmakers: problems in the management of rock art sites in Zimbabwe, a case study of Domboshava national monument. En *Aspects of African archaeology*, editado por Gilbert Pwiti y Robert Soper, pp 817-824. University of Zimbabwe Publications, Harare.
- Pwiti Gilbert y Robert Soper (Editores)
 1996 *Aspects of African archaeology*. University of Zimbabwe Publications, Harare.
- Ramos, Alcida
 1994 From Eden to limbo: the construction of indigenismo in Brazil. En *Social construction of the past: representation as power*, editado por George C. Bond y Angela Gilliam, pp 74-88. Routledge, Londres.
- Ranger, Terence
 1999 *Voices from the rocks: nature, culture and history in the Matopos Hills of Zimbabwe*. Baobab, Harare.
- Rao, Nandini y Rammanohar Reddy
 2001 Ayodhya, the print media and communalism. En *Destruction and conservation of cultural property*, editado por Robert Layton, Peter Stone y Julian Thomas, pp 139-156. Routledge, Londres.
- Reid, Andrew y Paul Lane
 2004 African historical archaeologies: an introductory consideration of scope and potential. En *African historical archaeologies*, editado por Andrew Reid y Paul J. Lane pp 1 -32. Kluwer, Nueva York.
- Robertshaw, Peter (Editor)
 1990 *A history of African archaeology*. James Currey, Londres.

- Rowlands, Michael
 1994 The politics of identity in archaeology. En *Social construction of the past: representation as power*, editado por George C. Bond y Angela Gilliam, pp 129-143. Routledge, Londres.
- Sadr, Karim
 1997 Kalahari archeology and the Bushman debate. *Current Anthropology* 38(1):104-112.
- Schmidt, Peter
 1995 Using archaeology to remake history in Africa. En *Making alternative histories: the practice of archaeology and history in non-western settings*, editado por Peter Schmidt y Thomas Patterson, pp 119-147. School of American Research Press, Santa Fe.
 1997 *Iron technology in Africa: symbolism, science and archaeology*. Indiana University Press, Bloomington.
- Schmidt, Peter R. y Roderick J. McIntosh (Editores)
 1996 *Plundering Africa's past*. Indiana University Press, Bloomington.
- Schumaker, Lyn
 1996 Constructing racial landscapes: Africans, administrators, and anthropologists in northern Rhodesia. En *Colonial subjects: essays on the practical history of anthropology*, editado por Peter Pels y Oscar Salenink, pp 326-351. University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Shepherd, Nick
 2002 The politics of archaeology in Africa. *Annual Review of Anthropology* 31:189-209.
- Skotnes, Pippa (Editor)
 1996 *Miscast, negotiating the presence of the Bushmen*. University of Cape Town Press, Ciudad del Cabo.
- Smith, Ben y Sven Ouzman
 2004 Identifying Khoekhoen herder rock art in southern Africa. *Current Anthropology* 45(4):499-526.
- Smith, Claire y H. Martin Wobst (Editores)
 2005 *Indigenous archaeologies: decolonizing theory and practice*. Routledge, Londres.
- Smith, Lauraiane
 2005 Archaeological significance and the governance of identity in cultural heritage management. En *Heritage of value, archaeology of renown: reshaping archaeological assessment and significance*, editado por Clay Mathers, Timothy Darvill y Barbara Little, pp.77-88. University Press of Florida, Gainesville.
- Stahl, Ann
 2001 *Making history in Banda: anthropological visions of Africa's past*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Stahl, Ann (Editor)
 2005 *African archaeology. A critical introduction*. Blackwell, Oxford.
- Stone, Peter
 2004 Introduction: education and the historic environment into the twenty-first century. En *Education and the historic environment*, editado por Don Henson, Peter Stone y Mike Corbishely, pp 1-10. Routledge, Londres.
- Stone, Peter y Robert MacKenzie (Editores)
 1990 *The excluded past: archaeology in education*. Unwin Hyman, Londres.
- Stone, Peter y Bryan L. Molyneux (Editores)
 1994 *The presented past: heritage, museums an education*. Routledge, Londres.
- Thomas, Julian
 2001 Archaeologies of place and landscape. En *Archaeological theory today*, editado por Ian Hodder, pp 165-186. Polity Press, Cambridge.
 2004 *Archaeology and modernity*. Routledge, Londres.

- 2005 Materiality and the social. En *Global archaeological theory: contextual voices and contemporary thoughts*, editado por Pedro Funari, Andrés Zarakin y Emily Stovel, pp 11-18. Kluwer, Nueva York.
- Turnbridge, John E. y Gregory J. Ashworth
 1996 *Dissonant heritage: the management of the past as a resource in conflict*. John Wiley and Sons, Chichester.
- Ucko, Peter
 1994 Museums and sites: cultures of the past within education. Zimbabwe, some ten years on. En *The presented past: heritage, museums an education*, editado por Peter G. Stone y Bryan L. Molyneaux, pp 237-282. Routledge, Londres.
 1995 Archaeological interpretation in a world context. En *Theory in archaeology: a world perspective*, editado por Peter J. Ucko, pp 1-27. Routledge, Londres.
- Van Waarden, Catrien
 1996 The pre-development archaeology programme of Botswana. En *Aspects of African archaeology*, editado por Gilbert Pwiti y Robert Soper, pp 829-836. University of Zimbabwe Publications, Harare.
- Van Schalkwyk, John
 1996 The past is not dead: cultural resources management in the new South Africa. En *Aspects of African archaeology*, editado por Gilbert Pwiti y Robert Soper, pp 849-854. University of Zimbabwe Publications, Harare.
- Van Schalkwyk, John A. y Ben W. Smith
 2004 Insiders and outsiders: sources for reinterpreting a historical event. En *African historical archaeologies*, editado por Andrew Reid y Paul Lane, pp 325-346. Kluwer, Nueva York.
- Vargas, Iraida
 1995 The perception of history and archaeology in Latin America. En *Making alternative histories: the practice of archaeology and history in non-western settings*, editado por Peter Schmidt y Thomas Patterson, pp 47-67. School of American Research Press, Santa Fe.
- Wade, Peter
 1994 Representation and power: blacks in Colombia. En *Social construction of the past: representation as power*, editado por George C. Bond y Angela Gilliam, pp 59-73. Routledge, Londres.
- Whitelaw, Gavi
 2005 Plastic value: archaeological significance in South Africa. En *Heritage of value, archaeology of renown: reshaping archaeological assessment and significance*, editado por Clay Mathers, Timothy Darvill y Barbara Little, pp 137-156. University Press of Florida, Gainesville.
- WIMSA
 2005 *Report 2004/5*. WIMSA, Windhoek.
- Wylie, Alison
 1995 Alternative histories: epistemological disunity and political integrity. En *Making alternative histories: the practice of archaeology and history in non-western settings*, editado por Peter Schmidt y Thomas Patterson, pp 255-272. School of American Research Press, Santa Fe.
- Zegeye, Abebe
 2001 Imposed ethnicity. En *Social identities in the new South Africa after apartheid*, Volumen 1, editado por Abebe Zegeye, pp 1-23. International Academic Publishers, Colorado Springs.

RESEÑAS/RESENHAS

Early inhabitants of the Amazonian tropical rain forest: a study of humans and environmental dynamics/Habitantes tempranos de la selva tropical lluviosa amazónica: un estudio de las dinámicas humanas y ambientales de Santiago Mora. University of Pittsburgh Latin American Archaeology Reports No 3, Pittsburgh, 2003. Reseñado por Francisco Javier Aceituno Bocanegra (Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia).

Cerâmica arqueológica da Amazônia: vasilhas da coleção Tapajônica MAE-USP de Denise Maria Cavalcante Gomes. Editora da Universidade de São Paulo, São Paulo, 2002. Resenhado por Klaus Hilbert (Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul).

Los efectos del imperialismo incaico en la frontera norte. Una investigación arqueológica en la sierra septentrional del Ecuador de Tamara Lynn Bray. Abya Yala-MARKA, Quito, 2003. Reseñado por Ernesto Salazar (Escuela de Antropología, Universidad Católica del Ecuador).

Ancient Titicaca: the evolution of complex society in southern Peru and northern Bolivia de Charles Stanish. University of California Press, Los Angeles, 2003. Reseñado por David L. Browman (Washington University, St. Louis)

El pasado con intención. Hacia una reconstrucción crítica del pensamiento arqueológico en Venezuela (desde la Colonia al siglo XIX) de Rodrigo Navarrete. Universidad de Venezuela-Fondo Editorial Tropikos, Caracas, 2004. Reseñado por Carlos Andrés Barragán (Instituto Colombiano de Antropología e Historia).

Identities, discourse and power: studies da arqueologia contemporânea, editado por Pedro Paulo Abreu Funari, Charles E. Orser Jr. e Solange Nunes de Oliveira Schiavetto). São Paulo, AnnaBlume, 2005. Resenhado por Fabíola Andréa Silva (Museu de Arqueologia e Etnologia/ Universidade de São Paulo).

Arqueologia das sociedades indígenas no Pantanal de Jorge Eremites de Oliveira. Editora Oeste, Campo Grande, 2004. Resenhado por José Luis S. Peixoto (Universidade Federal de Mato Grosso do Sul).

Aproximaciones contemporáneas a la arqueología pampeana. Perspectivas teóricas, metodológicas, analíticas y casos de estudio, editado por Gustavo Martínez, María A. Gutiérrez, Rafael Curtoni, Mónica Berón y Patricia Madrid. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Olavarría, 2004. Reseñado por Luis Alberto Borrero (Departamento de Investigaciones Prehistóricas y Arqueológicas IMHICIHU, CONICET).

Cazadores de guanacos de la estepa patagónica de Guillermo L. Mengoni Goñalons. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires, 1999. Reseñado por André Luiz Jacobus (Museu Arqueológico do Rio Grande do Sul).

Los cazadores después del hielo de Mauricio Massone. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 2004. Reseñado por Donald Jackson y Victoria Castro (Departamento de Antropología, Universidad de Chile).

Temas de arqueología: análisis lítico, editado por Alejandro Acosta, Daniel Loponte y Mariano Ramos. Sociedad Argentina de Antropología-Secretaría de Cultura de la Nación-Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano-Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires, 2004. Reseñado por Mariano Bonomo (CONICET-Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata).

Apuntes para análisis de industrias líticas de André Pierre Prous Poirier. Monografías de Arqueología, Historia e Patrimonio, n° 2. Fundación Federico Maciñera, Ortigueira, 2004. Reseñado por Adriana Schmidt Dias (Universidade Federal do Rio Grande do Sul).

Andean archaeology, editado por Helaine Silverman. Blackwell, Oxford, 2004. Reseñado por J. Scott Raymond (Department of Archaeology, University of Calgary).

Early inhabitants of the Amazonian tropical rain forest: a study of humans and environmental dynamics/Habitantes tempranos de la selva tropical lluviosa amazónica: un estudio de las dinámicas humanas y ambientales de Santiago Mora. University of Pittsburgh Latin American Archaeology Reports No 3, Pittsburgh, 2003. Reseñado por Francisco Javier Aceituno Bocanegra (Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia).

Este libro forma parte de las monografías de investigaciones suramericanas publicadas por la Universidad de Pittsburgh. La tradición de formato bilingüe que utiliza la Universidad de Pittsburgh para publicar trabajos latinoamericanos es una política editorial loable porque es una forma de divulgar los trabajos arqueológicos que se hacen en países de habla hispana. La publicación de este libro es importante porque contribuye, desde la arqueología, a reivindicar una historia regional y autóctona para la Amazonía, aportando su grano de arena para desmontar la

idea de una historia fría, en el sentido usado por Levis-Strauss, para los pueblos menores de la Amazonía. Esta idea mantiene y reproduce el lado más perverso y racista de la ciencia del norte.

El libro está estructurado en dos partes. La primera incluye los primeros cuatro capítulos, que son teóricos, en los cuales el autor presenta una síntesis sobre la historia de la Amazonía para dejar claro cuál es el aporte que puede hacer la arqueología a la hora de revisar la historia regional. En la segunda parte se presentan los resultados del proyecto de excavación de Peña Roja, en el medio Caquetá.

El autor diagnostica muy bien los pilares ideológicos sobre los cuales se construyó la historia de la Amazonía: el reduccionismo ambiental y la mitificación de la historia, anulando la dimensión temporal. El reduccionismo ambiental dio más peso a la naturaleza para explicar la historia de la Amazonía; lo que explica por qué la teoría de las limitaciones ambientales ha sido transversal a todas las

posiciones teóricas, siendo muy evidente cuando aparece en escena el concepto de cazador-recolector; por ejemplo, Lathrap (1968), a pesar de que rompió con la idea de homogeneidad cultural y contra argumentó una historia autóctona donde cabían las sociedades complejas, forjó la idea de descendientes degradados por el ambiente marginal de los interfluvios para explicar la historia de los cazadores-recolectores de la cuenca amazónica. La otra característica del discurso histórico fue la fusión pasado/presente, anulando el tiempo contingente de la historia con el registro etnográfico, al mejor estilo del evolucionismo decimonónico. El registro etnográfico ayudó a consolidar, aún más, la idea de las limitaciones ambientales de la Amazonía en tanto que los factores históricos desde la conquista se obviaron, en cierta manera, para enfatizar el papel de la naturaleza sobre la cultura. En el marco de estas ideas el libro reclama un nuevo discurso para la Amazonía, en este caso con los aportes de la arqueología. La contribución más relevante del estudio de Peña Roja es que se añade a la lista de sitios tempranos que están demoliendo varios mitos sobre la Amazonía, como la imposibilidad de formas de vida forrajeras antes del cultivo de plantas, el difusionismo andino de Betty Meggers para explicar el poblamiento amazónico, las limitaciones ambientales para la complejización social y la teoría de las áreas marginales propuesta por Lathrap para explicar la distribución de los cazadores-recolectores en la Amazonía.

En la segunda parte se presentan los resultados de la excavación de Peña Roja. La estructura es fiel al esquema metodológico de la arqueología de sitio pero, en este caso, reduciéndose a la dimensión diacrónica. El análisis se reduce a histogramas para explicar y entender los cambios temporales en el uso del sitio con base en los cambios diacrónicos de la densidad de carbón, de las tasas de palmas y los tipos líticos. En este sentido la descripción de los datos (ecofactos

y artefactos) está bien lograda sin caer en un exceso descriptivo, rasgo que permite que la lectura sea ágil y comprensible.

El texto adolece de la interpretación espacial del sitio; aunque solamente se excavaron unos 14 m² (4% de los 350 m² del depósito) al menos se podrían haber presentado algunas hipótesis sobre los diferentes eventos de ocupación en términos de uso del sitio. Mora (p. 140) reconoce respecto a los implementos líticos que «...hubo algunas preguntas concretas que no se formularon y que se hubieran podido formular empleando estos materiales. Estas preguntas tienen que ver con la adaptación, la movilidad logística y residencial y la territorialidad». Desde que se inició el trabajo en 1991 creo que ha habido tiempo suficiente para haber realizado otros análisis para intentar responder esas cuestiones. En la arqueología de cazadores-recolectores se han creado métodos de análisis de los artefactos líticos para analizar aspectos como tipos de asentamientos, intensidad de uso de los sitios, grado de movilidad o grado de anticipación y planeación en el uso de los sitios; esos métodos no son la panacea universal para explicar sin ninguna margen de incertidumbre la naturaleza de los sitios pero son útiles como herramientas de trabajo para intentar explicar la conducta de la gente en el pasado en intervalos de probabilidad o, al menos, de posibilidad. La deposición final de los artefactos está relacionada con las acciones llevadas a cabo en los sitios y éstas definen la naturaleza de los asentamientos; como no se realizaron tales análisis no sabemos, en el caso de los artefactos de talla, cuál es la proporción entre núcleos, desechos e instrumentos usados, el grado de uso y agotamientos de los artefactos o la relación entre tipo de artefacto e intensidad de uso, aspectos que hubieran ayudado a interpretar el sitio. Hago estas anotaciones porque Peña Roja representa una fracción de un sistema de asentamientos que, aunque nunca vamos a conocer todos, muy

probablemente con más investigaciones en la zona aparecerán nuevos sitios que aportarán más información para entender el funcionamiento del sistema en la cuenca del río Caquetá. Cuando aparezcan nuevos sitios para poder compararlos no basta, únicamente, con cotejar los tipos de artefactos sino que hay que analizar otras variables para entender las estrategias de poblamiento de la cuenca amazónica.

Otro punto que demuestra la perspectiva on-site es la forma como el autor asume el cambio. En la página 170 afirma que «estos procesos, probablemente, se encuentran asociados con cambios en otras actividades tales como el abandono de la *Attalea racemosa* como parte de la dieta o, por lo menos, cambios en la forma en la cual era usada o un nuevo énfasis en otras fuentes de materia prima para la producción de herramientas». Aunque no puedo refutar completamente estas hipótesis en el fondo de la interpretación subyace la idea de que Peña Roja es representativo de los cambios tecnoeconómicos de las culturas que habitaron esta región; sin embargo, se trata de la fracción mínima de un sistema y es de esperar que los sitios no hayan sido utilizados de la misma forma durante milenios lo cual no demuestra que la *Attalea racemosa* haya perdido peso en la economía los habitantes tardíos de Peña Roja.

Además, Mora asume el cambio desde una perspectiva dualista; utiliza la categoría cazador-recolector para explicar la economía de los primeros complejos de Peña Roja y la categoría de agricultor para la de los grupos tardíos del sitio. Los restos microbotánicos de Cucurbita, Lagenaria siceraria y Calathea allouia no son datos suficientes para demostrar una economía agrícola y, menos aún (como se afirma en la página 170) para sostener que los pobladores tardíos ya eran agricultores de tiempo completo. La gran mayoría de las sociedades amazónicas combina el policultivo, la caza y la recolección de plantas, insectos, miel. La forma como Mora interpreta económicamente

los datos replica los modelos más tradicionales según los cuales el cultivo es incompatible con el forrajeo y que sostienen que la agricultura fue una revolución tecnológica que acarrió grandes transformaciones demográficas y organizativas. Esta posición se contradice con el planteamiento manifiesto en la página 182, en el párrafo final, donde Mora asume que los datos de Peña Roja cuestionan los límites que imponen dichas categorías. Si es así, ¿por qué las utiliza en otra parte del libro?

En el último capítulo se describe el manejo de la selva por parte de los Nukak con el fin de comprender un modelo económico sobre manejo del bosque que puede tener alguna similitud con el practicado hace miles de años por las gentes que habitaron Peña Roja. Creo que el autor consigue no anular la identidad del otro (como sucede en muchos casos cuando se aplican relatos etnográficos) pues deja claro que el manejo de las palmas de los habitantes de Peña Roja pudo ser similar al que actualmente practica este grupo de la cuenca amazónica.

En síntesis, el hallazgo de Peña Roja, junto con otros como el de Piedra Pintada, en Brasil (Roosevelt *et al.* 1996), es muy importante para la historia de la Amazonía porque reivindica una historia autóctona que se inició a finales del Pleistoceno, acabando con la idea de que las consideradas áreas marginales se ocuparon tardíamente desde las zonas andinas de Suramérica. Esta historia la iniciaron hace miles de años grupos de forrajeros que se adentraron en la selva demostrando, en contra de la hipótesis de las calorías cultivadas (Bailey *et al.* 1989), que en los bosques húmedos tropicales sí pueden vivir grupos forrajeros. En relación con estos puntos el libro podría haber terminado con una discusión de los anteriores temas planteados en los primeros capítulos con base en los hallazgos arqueológicos, es decir, cómo la arqueología está contribuyendo a reescribir la historia de la Amazonía, que es el verdadero objetivo del libro.

Referências

Bailey, R.C., G. Head, M. Jenike, B. Owen, R. Rechtman y E. Zechentes

1989 Hunting and gathering in tropical rain forest: is it possible? *American Anthropologist* 91(1): 59-82.

Lathrap, Donald W.

1968 The «hunting» economies of the tropical forest zone of South America. En *Man the hunter*, editado por Richard B. Lee e Irven DeVore, pp 23-29. Aldine, Chicago.

Roosevelt, A., M. da Costa, M. Machado, N. Michab, H. Mercier, J. Valladas, W. Feathers, M. Barnett, A. da Silveira, J. Henderson, J. Silva, B. Chernoff, D. Reese, J. Holman, N. Toht y K. Schick

1996 Paleindian cave dwellers in the Amazon: the peopling of the Americas. *Science* 272: 373-384.

Cerâmica arqueológica da Amazônia: vasilhas da coleção Tapajônica MAE-USP

de Denise Maria Cavalcante Gomes. Editora da Universidade de São Paulo, São Paulo, 2002. Resenhado por Klaus Hilbert (Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul).

Coloquei o livro da Denise Maria Cavalcante Gomes sobre minha mesa, retirei a embalagem de plástico, e passei com a ponta dos dedos da mão esquerda sobre a superfície opaca e lisa da capa. Que livro bonito! O desenho da capa é chamativo, e composto por dois segmentos gráficos diferentes. Um segmento mostra a metade de uma figura antropomorfa de cerâmica sobre um fundo preto, e o outro, imitando a textura fibrosa de um papel artesanal de coloração bege clara, foi reservado para acomodar o título do livro, o nome da autora, os patrocinadores e a editora. Nome e título são separados por uma pequena imagem de uma tigela com apêndices e desenhos zoomorfos. O contraste entre o segmento escuro e o segmento claro da capa foi visualmente minimizado pela repetição e mistura das cores dos diferentes

segmentos. O bege claro, que serve como pano de fundo para a parte dos textos, imita a tonalidade de partes da figura humana do segmento escuro da capa. O ocre vermelho, a cor dominante da figura, encontra sua contraparte na coloração das letras do título. O preto se repete no nome da autora.

Levantei o livro de formato quadrado, senti o peso de suas 360 páginas de papel couché de 150 g/m², dobrei o livro levemente entre as mãos e, aproveitando a energia armazenada na flexão, soltei as páginas debaixo do meu polegar direito, sentindo um ventinho no rosto e o aroma característico de um livro novo. Que bonito livro! Mas, uma outra surpresa me esperava. Bem no centro da margem externa de cada página, e separada do corpo do texto, repetia-se a pequena imagem de uma figura humana sentada num animal mitológico, um jacaré. A velocidade da troca das páginas dava a impressão de uma figura em movimento, que convidava o leitor para entrar no mundo da cerâmica amazônica da Denise Maria Cavalcante Gomes.

Repetindo o conceito gráfico da capa, o livro foi organizado também em duas partes de igual tamanho: em texto e imagem. Mas essa idéia inicial de um contraste entre o escuro da imagem e o claro do texto como expressado na capa, foi quebrada ao colocar na parte do texto, pequenas imagens como uma espécie de lembrete, e na parte das imagens, textos descritivos dos objetos.

A parte do texto foi estruturada em cinco capítulos. No primeiro, a autora faz uma síntese bibliográfica sobre a arqueologia da área dos rios Tapajós e Trombetas. Com muitos detalhes, a autora organiza, em ordem cronológica, as pesquisas arqueológicas, etnográficas e geológicas que ocorreram na região de estudo. Nos primeiros parágrafos ela cita as expedições científicas no final do século 19, do geólogo Charles Hartt e as investigações de João Barbosa Rodrigues, destaca o papel dos antropólogos Curt Nimuendajú e de Erland Nordenskiöld, nas

décadas de 1930-40, depois contextualiza os trabalhos de Helen Palmatary e as investigações relativamente mais recentes de Frederico Barata e Peter Paul Hilbert, entre outros. Trata-se de uma sólida e tradicional revisão bibliográfica, sem entrar em assuntos muito polêmicos. Vale lembrar que o trabalho avaliado é uma dissertação de mestrado que foi defendida na USP e que depois foi readequada e publicada em forma de livro.

O segundo capítulo oferece um panorama dos principais modelos sobre o desenvolvimento cultural da Amazônia. Os mais importantes protagonistas desse debate são Betty J. Meggers, Donald Lathrap e Anna Roosevelt. Admito que esperava um encontro titânico, uma final de campeonato, e uma avaliação crítica dos diferentes modelos, mas a autora, como boa e educada anfitriã, amorteceu o impacto entre os debatedores imaginários. Ela eliminou simplesmente os pontos mais polêmicos e tão discutidos entre esses pesquisadores americanos ao simplesmente constatar que esses «autores partilham dos paradigmas histórico-culturais, bem como da ecologia cultural» e que na verdade não existiam grandes diferenças conceituais entre eles. Será que eles sabem disso? Tudo bem! Entendo que a autora optou no seu bonito livro por um discurso mais descritivo, aparentemente imparcial, procurou por um caminho mais seguro ao contornar e evitar as situações que envolvem essas questões polêmicas do desenvolvimento cultural da Amazônia, em vez de, quem sabe, arriscar formular suas próprias idéias. Que pena! Afinal, depois de Helen Palmatary, poucos têm estudado a cerâmica tapajônica de forma tão detalhada e intensiva quanto Denise Maria Cavalcante Gomes. Mais de 1.200 objetos, entre esses 84 vasilhames inteiros e 34 parcialmente fragmentados foram analisados.

Já o terceiro capítulo trata da metodologia de análise e do perfil da coleção da cerâmica tapajônica do MAE. Novamente, a autora opta inicialmente pelo caminho mais tradicional. Os autores consagrados do estudo da

cerâmica como Anna Shepard, Igor Chmys, José Brochado, ajudaram formar uma base metodológica e definir os principais critérios analíticos e formais da análise da cultura material cerâmica. Depois de montar uma tipologia e de definir as formas dos vasilhames cerâmicos, ela sintetiza os resultados dessa análise em seis quadros ilustrativos, correlacionando as formas dos vasilhames com os motivos decorativos correspondentes. O principal objetivo desse exercício era de definir estilos técnicos, decorativos e culturais da coleção da cerâmica tapajônica.

O quarto capítulo trata dos resultados dessa análise e oferece uma seqüência cronológica hipotética. Nesse capítulo temos um excelente exemplo de aplicação de uma metodologia e de uma discussão dos resultados obtidos. Considero este capítulo mais autêntico, onde a autora se propõe a interpretar a cultura material do acervo tapajônico com a finalidade de montar uma seqüência cronológica, mesmo sendo hipotética.

O quinto e último capítulo desenvolve uma temática específica ao tratar da questão da existência ou não de cacicados na Amazônia. (Quem leu com atenção os cronistas não pode ter dúvidas sobre a existência de estruturas sócio-políticas complexas na Amazônia!).

A parte das imagens corresponde ao catálogo dos objetos cerâmicos da coleção tapajônica do Museu de Arqueologia e Etnologia da Universidade Estadual de São Paulo. Três formas de representações são usadas para compor o catálogo: uma imagem colorida, dados métricos, informando sobre altura e diâmetro da cerâmica, e um texto descrevendo o objeto e seus elementos decorativos. As fotos do catálogo de Cláudio Wakahara são de excelente qualidade. Os objetos são discretamente iluminados da esquerda à direita. O efeito de contraluz que amorteceu os contrastes e que quase dissolve a sombra, também suaviza os contornos dos objetos re-

tratados que parecem flutuar sobre um fundo de cinza claro. Uma escala de três centímetros de comprimento e um centímetro de largura em preto-e-branco, infelizmente, atrai desproporcionalmente a atenção do observador. A escala poderia ser um pouco discreta. Ao publicar a coleção tapajônica do MAE, ao desencaixotar a cultura material, tirá-la do contexto de um depósito escuro e climatizado, a autora constrói um novo contexto através das imagens e dos textos. Ela disponibiliza representações iconográficas e escritas, prontas para serem consumidas e interpretadas por outros (um prato cheio para os conhecedores!).

A prática arqueológica envolve no mínimo uma relação tripla dialética: entre a materialidade do passado, do presente e do processo de construir discursos, escrevendo textos e produzindo imagens. O livro da Denise Maria Cavalcante Gomes é um catálogo com múltiplas representações. A primeira parte do catálogo, a do texto com as sínteses bibliográficas, os modelos sobre o desenvolvimento cultural da Amazônia e da análise dos dados, têm caráter de uma obra de referência. A segunda parte, a do catálogo das imagens, composto por 163 pranchas, também carece de um tratamento interpretativo que vai além de uma proposta de uma seqüência cronológica.

Ambas as partes, a do texto e das imagens, tem o caráter de um catálogo de uma exposição, onde a cultura material é tratada de forma tradicional nas mãos de uma «tipóloga», gerando histórias culturais baseadas em tecnologias e seriações estatísticas. Evidentemente, esta abordagem de trabalho ainda é importante, mas a arqueologia histórica-culturalista (que não se limita a pesquisas do início do século 20) deu lugar a uma arqueologia preocupada com a dinâmica das atividades humanas no passado. Cultura material, as coisas usadas pelas pessoas, permanecem um componente vital nos estudos arqueológicos. Foi argumentado por diversos arqueólogos que a cultura

material pode ser vista a partir de três aspectos: tecnológicos, sociais e mentais. As características tecnológicas refletem elementos funcionais, elementos sociais expressam variáveis como organização social, status, e aspectos ideológicos podem tratar de fatores cosmológicos, simbólicos e outros.

O livro-catálogo da Denise Maria Cavalcante Gomes não discute, nem leva em consideração essas questões referentes ao tratamento da cultura material no contexto arqueológico, etno-histórico, etnológico ou museológico. A autora não arrisca entrar nas interpretações e nas análises dos discursos, abordagens estruturalistas ou até pós-estruturalistas, onde palavras não são apenas palavras, objetos não são apenas objetos, onde os únicos acessos à realidade acontecem através da linguagem. Esses afirmam que através das linguagens, criamos representações da realidade que nunca são apenas simples reflexos de uma realidade pré-existente, mas que contribuem para a construção de uma realidade. Mas isto não significa, evidentemente, que a realidade não existe. As representações são reais, como o livro em minhas mãos, mas que ganha significado apenas através do discurso.

É um bonito livro. Além disso, é um importante livro que desperta interesse, que levanta questões e que deixa esperança a todos aqueles que estão cansados de ler as notas preliminares, os relatórios técnicos das pesquisas em andamento, os pareceres técnicos e os laudos dos impactos ambientais e culturais. Nada contra! Mas o que mais precisamos na arqueologia brasileira e amazônica são livros do potencial de um catálogo da cerâmica tapajônica da Denise Maria Cavalcante Gomes. Nossos conhecimentos da pré-história dessa enorme região amazônica ainda são inversamente proporcionais a suas dimensões. Fechando o livro, defronto-me agora com a outra parte da imagem antropomorfa da mesma cerâmica, daquela que já vimos na capa, e que me faz lembrar

com muita angústia de todo o esforço que ainda precisamos fazer para tomar conta da nossa profissão como arqueólogos e da nossa responsabilidade frente à sociedade.

Los efectos del imperialismo incaico en la frontera norte. Una investigación arqueológica en la sierra septentrional del Ecuador de Tamara Lynn Bray. Abya-Yala / MARKA, Quito, 2003. Reseñado por Ernesto Salazar (Escuela de Antropología, Universidad Católica del Ecuador).

El Ecuador tiene en su territorio no menos de una veintena de sitios monumentales incas, además de contar con un buen trecho del capac-ñan y chasquihuasis adyacentes y numerosos sitios no monumentales. A pesar de ello el país ha sufrido por décadas el «síndrome» de Ingapirca, elevado, en el imaginario popular, a monumento emblemático y casi único de la presencia inca en nuestro territorio. El rico acervo informativo, disponible en crónicas y documentos históricos sobre la invasión inca, ha vuelto, equivocadamente, casi irrelevante la corroboración de esta información con los datos de la arqueología; tan cierta es esta apreciación que las «investigaciones» arqueológicas en el país no han pasado de meras descripciones y levantamientos de planos de los monumentos y, en el peor de los casos, de restauraciones de estructuras incas con fines turísticos sin que estas acciones tengan el menor respaldo científico. En este contexto las investigaciones arqueológicas realizadas por Tamara Bray en el marco de su disertación doctoral (1991) constituyen un ejemplar enfoque teórico y metodológico que abre nuevas vías de investigación para la cultura inca en Ecuador. Este trabajo está circulando ya en español, en coedición de Abya-Yala y Marka, traducción de Javier Urcid y con un agradable formato de 24 x 17 cm.

El imperio inca ha sido abordado desde tantos ángulos como el número de especialis-

tas que se han ocupado de él. Además de enfoques tradicionales que ven al imperio como un gobierno socialista o despótico los varios autores han concentrado sus esfuerzos en el aspecto militar, en la estructura piramidal del imperio, los modos de producción y la formación económica-social, en fin, la introducción de formas políticas o económicas (i.e. mitimaes y yanaconas). Al criticar estos enfoques reduccionistas o, al menos, unilaterales Bray propone concebir el imperio inca como un proceso en el que factores culturales, naturales, económicos y socio-políticos contribuyeron a producir esa manifestación única de gobierno andino en el momento de su mayor apogeo que coincidió, curiosamente, con el momento de su destrucción. Este proceso, al ocurrir en una zona de conflicto bélico, no estuvo sujeto a las mismas condiciones que las que existían en el corazón del imperio. De ahí que Bray trate de destacar las condiciones peculiares de la «imperialización» de la Sierra Norte del Ecuador, donde hay instituciones culturales como la de los mindaláes y la microverticalidad, no existentes en otras regiones del imperio, además de un sustrato cultural local «fresco» e influyente al momento de establecerse el nuevo orden.

El libro de Bray tiene varias partes. La primera trata, brevemente, sobre las teorías del estado inca y el enfoque teórico de su investigación en la Sierra Norte del Ecuador. Luego presenta un panorama etnohistórico de la región y un resumen de las investigaciones arqueológicas realizadas en ella. Seguidamente presenta la zona específica de estudio, su contexto geográfico y el análisis de los materiales arqueológicos recuperados en su reconocimiento, con énfasis en el contraste entre vajilla cerámica local e inca. Finalmente, su capítulo de conclusiones, acaso demasiado corto, esboza, sumariamente, los efectos de la presencia inca en las culturas locales.

La investigación gira en torno a las estrategias del Estado inca para ajustar a su estilo

de gobierno las unidades políticas independientes que existían en los límites septentrionales del imperio. El enfoque de Bray se concentra en la producción como causa del cambio histórico de las sociedades, concretamente en la producción de cerámica artesanal local como medio arqueológico para visualizar los cambios producidos por la irrupción del Estado inca en la Sierra Norte del Ecuador. El proyecto, llamado Guayllabamba-El Quinche, comprendió una prospección arqueológica superficial e intensiva de un área de 120 Km² en la provincia de Pichincha, unos 50 kilómetros al noreste de Quito; como resultado se registraron 67 sitios precolombinos y 46 áreas de actividad no especificada (por encontrarse los materiales arqueológicos en zonas sin límites definidos). La muestra recuperada consistió de 1500 kilos de materiales líticos y cerámicos, incluyendo 4500 tiestos diagnósticos.

La arqueología de la Sierra Norte ha sido conocida, en gran medida, por trabajos de huaquería, algunas excavaciones llevadas a cabo antes de 1950 y unas pocas investigaciones sistemáticas de tiempos más recientes. No sorprende, entonces, que haya cierta confusión en las secuencias culturales, la cronología y el establecimiento de las fases culturales. En este contexto las síntesis etnohistórica y arqueológica de la región, que Bray aborda con gran solvencia académica, son de gran interés y utilidad. El análisis de la colección arqueológica del Proyecto Guayllabamba-El Quinche es pormenorizado y técnico, con constantes explicaciones sobre la relevancia cultural de las variables escogidas; como resultado la autora ha producido un exhaustivo estudio morfológico y funcional de las vajillas caranqui y panzaleo, predominantes en la región sensu lato. De particular importancia es el esfuerzo de Bray por zanjar la confusión existente respecto al origen de la cerámica Panzaleo, ubicada en los sitios de la Sierra Norte del país. Definido originalmente por Jijón y Caamaño como

una cerámica originaria de la Sierra central y expandida luego como objeto de intercambio el conjunto Panzaleo fue reivindicado por Porras como originario de las estribaciones orientales de los Andes, concretamente de la región Cosanga (de la que adquirió su nueva denominación Cosanga-Pillaro), de donde se habría difundido a la Sierra por efectos de una migración humana a través de la cordillera. El análisis mineralógico de pastas realizado por Bray puso de manifiesto la presencia de desgrasante de mica proveniente de las estribaciones orientales. Aunque dando razón parcial a Porras Bray ha rechazado la hipótesis de la migración cosanga en favor de una dispersión vía intercambio. Finalmente, en cuanto a la muestra de cerámica inca, esta fue tan exigua (7 tiestos) en la zona del proyecto que no merecía mayor consideración, razón por la cual Bray presenta, mas bien, una revisión general del conjunto cerámico inca a nivel del Tahuantinsuyu, lamentablemente con pocas referencias a la cerámica encontrada en Ecuador (como esos conjuntos «híbridos» tan locales como los llamados Cañari-inca, Puruhá-inca, etc).

Las conclusiones de esta investigación apuntan hacia una presencia inca más bien discreta en la zona de estudio, con manufactura de cerámica a base de arcilla local, a juzgar por el análisis mineralógico de la pasta que no difiere de la del conjunto cerámico caranqui. El hecho de que las vajillas inca y panzaleo no aparezcan juntas en un mismo sitio arqueológico sugiere una restricción de vajillas de intercambio y, por ende, una reducción de contactos interregionales con la imposición del gobierno imperial. La ubicación de pucarás en sitios estratégicos del valle del Guayllabamba y a lo largo del camino entre Quito y Cayambe sugiere un control más estricto de las comunicaciones locales que corroboraría la idea de la restricción del intercambio. En suma, la paz imperial no habría significado, necesariamente, una paz regional de prosperidad sino una eli-

minación, más o menos efectiva, de los nexos horizontales de las entidades sociopolíticas locales.

A nivel formal falta al texto una labor editorial concienzuda; hay errores de mecánografía, de concordancia sintáctica y de defectuosa traducción de términos técnicos. Fuera de estos detalles el libro de Tamara Bray está bien escrito y bien razonado y constituye, sin duda, lectura obligada de cualquier especialista que se interese en la arqueología de la Sierra septentrional del Ecuador.

Ancient Titicaca: the evolution of complex society in southern Peru and northern Bolivia de Charles Stanish. University of California Press, Los Angeles, 2003. Reseñado por David L. Browman (Department of Anthropology, Washington University).

Esta monografía es, en buena medida, una síntesis de los trabajos de campo realizados por Charles Stanish y sus asociados en los últimos veinte años en el lado occidental (o peruano) del lago Titicaca. La propuesta es explícitamente procesual: Stanish argumenta que la arqueología procesual es mucho más holística, a pesar de lo que han sostenido sus detractores. El cubrimiento temporal del libro comienza con el origen de la vida aldeana sedentaria, unos 2000 años AC, y llega hasta las unidades políticas existentes en la cuenca occidental del lago al momento de la conquista española. Puesto que el libro está basado, sobre todo, en los trabajos de Stanish y sus estudiantes en la Universidad de California-Los Angeles las contribuciones que han hecho colegas de otras universidades (como los de la Universidad de California-Berkeley o la Universidad de San Andrés, en La Paz) a la arqueología de la cuenca del Titicaca son mencionadas sumariamente o ignoradas; los trabajos hechos por bolivianos están mal representados en un libro que pretende incluirlos y se utilizan los nombres peruanos (pero no bolivianos) de las fases arqueológicas.

La parte inicial del libro incluye los capítulos «obligatorios» sobre conocimiento previo, ecología y etnohistoria que, en mi opinión, deberían haber sido eliminados o incorporados en otros capítulos. El capítulo sobre ecología no está integrado en el texto. El capítulo 4, *Etnohistoria*, pudo haber sido mejorado si su información hubiese sido incluida en los capítulos 11 y 12 sobre los señoríos del altiplano y la conquista y reorganización Inca; no siendo así el capítulo 4 no es más que una reseña de la etnohistoria regional, común en los reportes, sin una evaluación crítica de las fuentes. Los detalles etnohistóricos pudieron haber mejorado las discusiones sobre las culturas del altiplano y sobre los Incas, proveyendo un contexto más rico y profundo.

El factor operativo y generativo de la evolución de las sociedades del Titicaca fue la economía política. En el capítulo 2, que establece la primera parte de la discusión teórica, Stanish no propone nada diferente de lo que ha venido diciendo en sus trabajos anteriores sobre la arqueología surandina, aunque ahora enfatiza el papel de las fiestas competitivas en la formación inicial de las sociedades complejas; por ejemplo, señala que «el mecanismo inicial del desarrollo de las elites de la cuenca del Titicaca se centró en la habilidad de los líderes incipientes por mantener organizaciones de trabajo complejas a través de fiestas competitivas y otras ceremonias». Stanish considera que el cambio subsecuente a formaciones de nivel estatal requirió (a) líderes hereditarios institucionalizados que controlaron el trabajo de las unidades domésticas; (b) riqueza excedente para mantener a las elites; (c) medios institucionalizados para la circulación de la riqueza; y (d) una nueva economía política en la cual las elites ya no tuvieran la obligación de distribuir la riqueza excedente al resto de la sociedad. Stanish cree que las fiestas competitivas fueron reemplazadas por algún tipo de poder hereditario que permitió el control del trabajo en la nueva organización estatal.

Para los lectores que no están muy interesados en la cuenca del Titicaca los hallazgos hechos en un volumen de 300 páginas están magistralmente resumidos en el capítulo introductorio de 17 páginas. Los lectores familiarizados con la región seguramente ignorarán los capítulos «obligatorios» y pasarán a la parte de «arqueología de verdad», es decir, los cinco capítulos que sintetizan las dos décadas de trabajo de campo de Stanish, que comienzan en la página 99.

Stanish no cree que existiera desigualdad económica o social durante el Formativo Temprano. Los comienzos de la desigualdad socio-política ocurrieron con los cacicazgos del Formativo Medio que Stanish ha definido con base en el inicio de la arquitectura pública ceremonial en los asentamientos y la distribución de estilos cerámicos asociados. Stanish define las sociedades Qaluyu, Huajje, Sillumocco, Ckackachipata y Titinhuayani del Formativo Medio en su estudio del área occidental y señala la existencia de Titimani/Escoma, Huata y Chiripa en otras áreas de la cuenca.

Para el Formativo Tardío Stanish describe cerca de una docena de unidades políticas estratificadas en el sector occidental y sugiere que otras dos docenas serán identificadas, eventualmente, en el resto de la cuenca. La competición incesante entre las elites, acompañada de excedentes producidos por la agricultura de campos elevados, condujo a la emergencia de dos unidades políticas primarias, Tiwanaku y Pucara, que crecieron a un nivel de magnitud mayor que el de sus competidores.

¿Qué razones llevaron a Tiwanaku a prosperar y a Pucara a desaparecer? Stanish cree que Pucara se desintegró debido a una sequía que ocurrió ca. 100 DC, causando el colapso del sistema de campos elevados, mientras en el área de Tiwanaku fue posible hacer irrigación con canales, lo que hizo que Tiwanaku sobreviviera ese evento climático. Stanish propone una nueva fase cultural, Huaña (que sig-

nifica sequía en Aymara), para la parte norte de la cuenca entre 200 y 1100 DC. Al contrario de la hipótesis hidráulica de Kolata, Stanish argumenta que las elites no fueron necesarias para el manejo del sistema de campos elevados que, más bien, puede ser entendido como una forma de financiación con recursos (*staple finance*, en inglés).

Un sistema de caminos que conectó las unidades políticas debió existir en el lado occidental de la cuenca desde hace unos 2000 años. Los asentamientos más grandes de los períodos Formativo Tardío y Tiwanaku en el lado peruano estaban situados a lo largo de un camino, aunque la evidencia al respecto no se entrega al lector. Stanish considera que durante la mayor parte del primer milenio DC Cochabamba fue una colonia de Tiwanaku; su suposición se basa en las versiones locales (existentes en los estilos cerámicos de Cochabamba) de los motivos religiosos Tiwanaku. Esta es una hipótesis extraña; siguiendo su lógica habría que decir, entonces, que el imperio Wari también fue una colonia Tiwanaku.

Stanish rechaza, correctamente, la hipótesis tantas veces repetida (aunque sin fundamento) por muchos lingüistas andinos de que hubo una suerte de gran movimiento poblacional tardío en la cuenca del Titicaca que produjo el colapso de Tiwanaku y la aparición de Aymara; también rechaza la teoría de que un colapso demográfico relacionado con una sequía severa ocurrida ca. 1100 DC fue responsable de la caída de Tiwanaku. Stanish no encuentra evidencia de un colapso demográfico en el reconocimiento de asentamientos; más bien, ve una dispersión gradual de la población desde grandes centros nucleados hacia aldeas más pequeñas. Para Stanish el colapso de Tiwanaku fue un asunto político y de organización social, no un asunto demográfico; el colapso fue un proceso gradual que ocurrió a través de varias generaciones, no una crisis producida por un cambio climático repentino o una migración.

En el período Prehistórico Tardío en el altiplano ocurrió una «balcanización» regional, se construyeron pukarás fortificados masivos, se pasó de incursiones de baja escala a conflicto generalizado y se desarrollaron nuevas estrategias militares, incluyendo la guerra sitiada. El origen de los señoríos Aymara se explica como debido (a) a la dispersión de la población después del colapso de Tiwanaku y (b) una sequía prolongada que destruyó los sistemas de campos elevados de cultivo. Ambas causas condujeron a mayor pastoralismo y nuevos patrones agrícolas; estos últimos cambiaron en tiempos de la conquista Inca pero no, arguye Stanish, debido a que los Incas introdujeron prácticas diferentes sino porque el inicio de la Pequeña Edad de Hielo, hacia 1400 DC, ocasionó bajas temperaturas y aumentó la aridez, lo que condujo al abandono de la tecnología de campos elevados.

Este libro es una excelente adición a la literatura sobre la cuenca del Titicaca. Aunque Stanish ha escrito varios artículos sobre los resultados de uno u otro de sus reconocimientos regionales intensivos en el lado occidental del lago hasta ahora no había publicado una síntesis tan completa y coherente. Las culturas que antes eran aisladas, como Chiripa, Pucara y Tiwanaku, ahora pueden entenderse en un contexto cultural mejor definido, ricamente construido por la discusión de Stanish. La compleja dinámica inter-social del período Formativo no había sido reconocida. Stanish ha hecho un trabajo excelente al comenzar a arrojar una luz necesaria sobre las dinámicas de la formación de las sociedades estratificadas tempranas de la cuenca del lago Titicaca.

El pasado con intención. Hacia una reconstrucción crítica del pensamiento arqueológico en Venezuela (desde la Colonia al siglo XIX) de Rodrigo Navarrete. Universidad de Venezuela-Fondo Editorial Tropikos, Caracas, 2004. Reseñado por Carlos Andrés

Barragán (Instituto Colombiano de Antropología e Historia).

La reflexión sobre la trayectoria de la arqueología desde distintos centros o periferias no ha sido un proceso nuevo. No obstante, es preciso reconocer un creciente interés por mirar las trayectorias nacionales periféricas en términos de las condiciones desiguales de producción y diálogo en un contexto global marcado por la colonialidad del saber/poder. Este esfuerzo hace parte, y es también resultado, de las tendencias críticas y reflexivas en el campo de las ciencias sociales sobre la legitimidad del conocimiento, en tanto que es utilizado como una estrategia ideológica de la modernidad. En el caso específico de la arqueología la influencia de las tendencias post-procesuales acentúa el componente discursivo que hay detrás de las motivaciones, los métodos, los textos y los usos que, consecuentemente, se hacen de esos pasados y las consecuencias sociales y políticas que se producen. En las últimas dos décadas el número de trabajos reflexivos sobre las tendencias teóricas y prácticas de la disciplina en Latinoamérica ha aumentado considerablemente (e.g., Oyuela, ed., 1994; Politis 1995, 2002, 2003; Politis y Alberti, eds., 1999; Politis y Pereti, eds., 2004).

Con distintos énfasis y enfoques la proyección histórica de las trayectorias nacionales es más que bienvenida pero no hay que olvidar que las genealogías tienen lugar en un proceso de consolidación de postgrados (maestrías, doctorados) alternativo a los ofrecidos en Europa y Norteamérica (principalmente) y que, por lo tanto, posibilitan que corran el riesgo de caer en una justificación de la disciplina como un conocimiento específico -o una verdadera exclusión- frente a otros tipos de conocimientos (locales, no disciplinares) o, peor aún, en la legitimidad particular de individuos sobre la forma como se debe o no orientar la teoría y la práctica de la investigación arqueológica; por ejem-

plo, en el trabajo de Langebaek (2004) sobre Colombia hay un desbalance en los últimos capítulos de la sección «Historia de la arqueología en Colombia» que hace que pierda la calidad de análisis historiográfico alcanzado en los primeros (reconociendo que el libro fue pensado como un texto de divulgación al público general y no al académico) y con el cual se termina en una visión histórica modernista y normativa, pensada desde lo institucional (pues esta etapa no se supera, se reconfigura), sobre cómo debe hacerse la investigación. Al volver objeto de estudio la forma como se han constituido en objeto de estudio las sociedades del pasado por parte de especialistas (científicos o no) estamos sujetos a los mismos sesgos que los llevaron a proyectar en el pasado su presente (y que ahora, es pasado para nosotros).

Declarar «una ausencia», una «necesidad» y «un vacío» para sustentar un trabajo de investigación histórica de una disciplina (como hace Navarrete en la página 9 del libro que estoy reseñando) no es una motivación criticable pero demanda un esfuerzo constante para no olvidar su carácter y evitar la reproducción de enfoques lineales y evolucionistas sobre qué tanto nos hemos aproximado a la verdad porque por más claro que se tenga el papel de la subjetividad en la narración y en la escritura sobre el pasado -para el presente- es posible que se hagan evidentes dimensiones que no se controlan del todo en el texto (en el cual se contiene ese pasado) y que no responden, meramente, a formas literarias, como sucede con la narración en tercera persona del plural en el trabajo de Navarrete («hemos», «elaboramos», «nuestra intención», «nuestra interpretación», «concebimos», «no visualizamos», «consideramos», «nos atrevemos»).

El objetivo del autor es dar cuenta de los tipos de pensamiento que han orientado el interés «arqueológico» durante la Colonia y a lo largo del siglo XIX en Venezuela para evidenciar que la apelación al pasado siem-

pre ha servido a los distintos presentes, intereses y estrategias de individuos o grupos en los que se hace uso de éste. Esta aproximación la hace con una constante demarcación de la influencia de los desarrollos teórico-metodológicos foráneos. Navarrete proporciona los postulados básicos y los aportes que han hecho los investigadores y las consecuencias de estos trabajos en los dos grandes momentos de formación histórica de la nación venezolana. (Un panorama general de la antropología en Venezuela, como complemento y contexto al trabajo de Navarrete, se puede encontrar en la compilación hecha por Emanuele Amodio en 1998).

El libro está estructurado en siete capítulos. Los dos primeros corresponden al posicionamiento teórico del autor en el contexto general filosófico del conocimiento -de la mano de Jürgen Habermas- y en la disciplina arqueológica, respectivamente. En el tercer capítulo presenta un esbozo general de las escuelas teóricas europea y norteamericana en arqueología -y el pensamiento social en el que toman forma- y cuya influencia ha sido más fuerte en Venezuela. En el cuarto capítulo Navarrete trata lo que define como las «raíces pre-científicas» (p. 83) en el período colonial, entre los siglos XV a XVIII. Para este largo período de tiempo evidencia los contextos generales de representación del Nuevo Mundo en el pensamiento europeo (imaginarios clásicos, medievales, cristianos antediluvianos, filosóficos) al tratar de responder la pregunta por la presencia y la historia del «hombre» en esas tierras desconocidas. Entrado el siglo XVIII describe la aparición de distintas aproximaciones al pasado americano -influenciadas por el pensamiento ilustrado, el naturalismo y el determinismo geográfico- llevadas a cabo por misioneros, exploradores, viajeros y por una burguesía criolla recién formada; en este período es indeleble la impronta dejada por Alexander von Humboldt en el sentido de la exploración y los resultados que se debían extraer (p. 217).

Navarrete señala que en la obra de este alemán y en la de otros coetáneos comenzó un esfuerzo por documentar y hacer el inventario exhaustivo de la realidad, incluidos los indicios materiales prehistóricos para la comprensión del poblamiento de América. El análisis que hace de la transición del discurso arqueológico de la Colonia al siglo XIX está marcado por el énfasis en los «grandes procesos», para el primer período, y por el análisis de trayectorias específicas de individuos y de hechos históricos, en el segundo, como resultado de la disponibilidad de fuentes de análisis.

En el quinto y sexto capítulos Navarrete documenta, prolijamente, el siglo XIX (cada capítulo dividido en períodos de cinco décadas), describiéndolo como el preámbulo para la consolidación de lo arqueológico como un discurso científico. Durante la novel república se evidencia una apelación a un «pasado propio» con el objetivo de posibilitar una cohesión social y ideológica, claves para la conformación del Estado moderno desde la perspectiva hegemónica de las nuevas élites políticas; así debe verse el papel de José Antonio Páez durante su mandato (1830-1849) y el del general Antonio Guzmán Blanco entre 1870 y 1887 para el fortalecimiento de la arqueología como una disciplina útil para la nación (pp. 148-156). Sin embargo, esta valoración tomó lugar en un ambiente contradictorio, influenciado por el evolucionismo social, el racismo y la segregación de las poblaciones indígenas, consideradas como inferiores o imperfectas para el progreso social.

En el capítulo siete Navarrete presenta una breve genealogía de lo que ha sido el trabajo «científico», representado por investigaciones «sistemáticas» en Venezuela durante las primeras décadas del siglo XX por parte de arqueólogos extranjeros (como Wendell Bennett, Alfred Kidder II y Herbert Spinden), influenciados inicialmente por el difusionismo. De ahí en adelante en Venezuela tomó fuerza el análisis histórico-cultu-

ral, lo que se posibilitó la entrada del territorio a las agendas de investigación de los centros metropolitanos de conocimiento. Posteriormente la escuela de ecología-cultural hizo eco, de manera diferencial, en las escuelas hegemónicas (la normativa y la tendencia social), entablando puntos de confluencia con cada una. El autor afirma que la Nueva Arqueología norteamericana no se consolidó en Venezuela debido a la confrontación que implicaba con los ideales socialistas y de contestación presentes en la transición a la década de 1970 y por la alta infraestructura tecnológica que demandaba y los exiguos recursos para la investigación. Para las últimas décadas del siglo XX Navarrete señala un desplazamiento y una fragmentación temática que ha dado lugar a un proceso altamente reflexivo en el gremio y en el cual ha tenido eco la arqueología post-procesual. Un aspecto interesante del planteamiento del autor es que ese proceso no es un rechazo a las tendencias de investigación de las dos escuelas pero sí a su demarcación inflexible y a su hegemonía. El panorama que presenta Navarrete (p. 234) para la arqueología en Venezuela es promisorio debido al carácter diverso de los enfoques y las metodologías que se están usando.

Orientado por un énfasis en la relación entre conocimiento e intención Navarrete es enfático en reconocer que desde la práctica de la disciplina en Latinoamérica, en particular desde la experiencia venezolana, se han hecho contribuciones teórico-críticas, no obstante la subordinación al canon de producción norteamericano (principalmente); entre ellas menciona el contexto de la Teoría de la Dependencia que marcó una visión sociopolítica en parte de las trayectorias individuales de algunos investigadores en países latinoamericanos y en movimientos como el indigenista, el nacionalista, el anti-imperialista y el populista, y la consolidación, durante la década de 1960, de una «arqueología social» en latinoamericana preocupada

por la vinculación de sus estudios con los procesos históricos y contemporáneos de los indígenas continentales (pp. 38, 232).

El análisis de Navarrete le permite identificar en la arqueología venezolana, en distintos momentos, dos grandes tendencias o enfoques teóricos, no necesariamente contradictorios, sobre la consideración del pasado: el primero estuvo caracterizado por una descripción aséptica en términos políticos («descripción fenomenográfica» de las evidencias); el segundo está «comprometido» con el análisis crítico y políticamente ético de las sociedades del pasado (p. 224). El autor enfatiza que los períodos de pre-cientificidad, transición y consolidación sientan las bases para estas dos vías o énfasis de aproximación al pasado. En el capítulo 7 insinúa los alcances de la arqueología social en Venezuela

El trabajo de Navarrete es una de las obras indispensables para abordar la comprensión de la práctica arqueológica en Venezuela y de la información sobre las sociedades prehispanicas que han habitado el territorio que actualmente ocupa (como manual de consulta o base de datos, según espera el autor); no obstante, su mejor promesa está en el diálogo que establezcamos la comunidad académica, las poblaciones indígenas y el público general con sus contenidos y que nos permita trascender la conceptualización de unas arqueologías nacionales -justificada por la similitud de procesos documentados, al menos, para el caso colombiano- y llegar a aspectos más profundos sobre la manera como comprendemos, valoramos y abordamos el pasado.

Referencias

Amodio, Emanuele (Editor)

1998 *Historias de la antropología en Venezuela*. Ediciones de la Dirección de Cultura de la Universidad de Zulia, Maracaibo.

Haber, Alejandro (Editor)

2004 *Hacia una arqueología de las arqueologías sudamericanas*. Universidad de los Andes, Bogotá.

Langebaek, Carl Henrik

2004 *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*. Colciencias, Bogotá.

Oyuela, Augusto (Editor)

1994 *History of Latin American archaeology*. Aldershot, Avebury.

Politis, Gustavo G.

1995 The socio-politics of the development of archaeology in hispanic South America. En *Theory in archaeology. A world perspective*, editado por Peter J. Ucko, pp 197-228. Routledge, Londres.

2002 South America: in the garden of the forking paths. En *Archeology: the widening debate*, editado por Barry Cunliffe, Wendy Davies y Colin Renfrew, pp 193-244. Oxford University Press-The British Academy, Londres.

2003 The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America. *American Antiquity* 68:115-142.

Politis, Gustavo y Benjamin Alberti (Editores)

1999 *Archaeology in Latin America*. Routledge, Londres.

Politis, Gustavo G. y Roberto D. Peretti (Editores)

2004 *Teoría arqueológica en América del Sur*. UNICEN-INCUIPA, Olavarría.

Identidades, discurso e poder: estudos da arqueologia contemporânea, editado por Pedro Paulo Abreu Funari, Charles E. Orser Jr. e Solange Nunes de Oliveira Schiavetto. São Paulo, AnnaBlume, 2005. Resenhado por Fabíola Andréa Silva (Museu de Arqueologia e Etnologia-Universidade de São Paulo).

Identidades, discurso e poder: estudos da arqueologia contemporânea é um título instigante que convida à leitura deste livro que, segundo os autores, visa contribuir para «a renovação, em curso no Brasil e no mundo, da Arqueologia, como arma de libertação». Trata-se de uma coletânea de

artigos de especialistas em diferentes áreas (história, ciências sociais, arqueologia, e educação) que discutem sobre temas como a produção e a necessidade de democratização do conhecimento arqueológico, a responsabilidade social do arqueólogo e a importância da disciplina arqueológica para as questões relativas às minorias étnicas e sociais.

Na primeira parte do livro -Identidades e conflitos- os autores procuram evidenciar que as sociedades são multifacetadas, apresentando grupos identitários diferenciados, historicamente dinâmicos e, muitas vezes, conflitantes entre si. Cada autor, ao seu modo, critica os modelos arqueológicos normativos na medida em que, segundo eles, estes modelos negligenciam esta diversidade e o aspecto situacional dos grupos humanos. Lourdes S. Dominguez escreve sobre o papel que a mulher nativa desempenhou, nas Antilhas, nos primeiros tempos da conquista europeia da América. Seu objetivo é mostrar a sua importância social e atestar sua autoconsciência étnica. Siân Jones faz uma crítica ao que ela chama de uso monolítico da noção de etnicidade que seria resultante de uma apreensão acrítica, descontextualizada e preponderante das fontes históricas para a interpretação arqueológica e da idéia de que existe uma relação fixa entre cultura material e identidade étnica. Para ela é necessário vislumbrar as perspectivas complementares e contraditórias que a relação entre os dados arqueológicos e as fontes históricas podem oferecer ao entendimento das etnicidades do passado e entender que a cultura material deve ser vista enquanto expressão ativa da etnicidade e não como um índice de grupos étnicos homogêneos. Gabino La Rosa Corzo descreve a pesquisa realizada, em Cuba, sobre os espaços ocupados por diferentes grupos de resistência escrava, ou seja, sobre os refúgios dos fugitivos e dos palenques. Ele ressalta assim, a importância da arqueologia enquanto possibilidade de recontar a história

social do Caribe. Charles E. Orser Jr apresenta um panorama sobre os estudos de etnicidade e raça (branca e negra) na arqueologia histórica americana. Ressalta a ambigüidade da noção de raça e critica a sua interpretação equivocada como etnicidade. Ao mesmo tempo, demonstra que a noção de raça branca é uma construção social que resultou do jogo das relações de poder e econômicas na sociedade americana. Solange N. de Oliveira Schiavetto escreve sobre a arqueologia Tupi, chamando atenção para a crítica feita aos modelos interpretativos que procuram associar cultura material, grupo étnico e língua e que, segundo ela, produzem a idéia de uma identidade indígena minoritária e homogênea caracterizada pela persistência de determinados traços materiais - especialmente a cerâmica. Ao mesmo tempo, apela para o que ela chama de arqueologia de caráter local, como uma forma de tornar a prática arqueológica um exercício de engajamento social que possa contribuir para a compreensão de nossas raízes multiculturais e, a partir disso, fazer com que a arqueologia indígena não seja apenas o estudo do «Outro», mas se reporte a questões sobre a relação do étnico com o nacional. Glaydson J. da Silva escreve sobre como a Antigüidade Clássica foi retomada pelo Ocidente na construção das identidades nacionais. Ele mostra como o Império Romano foi re-apropriado e re-significado de diferentes maneiras para justificar o imperialismo europeu e a sua cruzada civilizatória sobre os povos bárbaros e selvagens por ele conquistados. Ao mesmo tempo, o autor também reflete sobre o modo como o conhecimento arqueológico foi manipulado por diferentes grupos étnicos no poder e por diferentes regimes totalitários americanos e europeus.

Na segunda parte do livro -Arqueologia pública- os autores procuram descrever algumas experiências levadas a cabo em diferentes regiões e instituições do país com

relação à socialização do conhecimento arqueológico para o público não acadêmico. O texto de Pedro Paulo A. Funari, Nanci V. Oliveira e Elizabete Tamanini é um relato de três experiências vividas pelos autores com diferentes públicos leigos. Pedro Paulo A. Funari descreve os acontecimentos que se sucederam com os ativistas negros e a comunidade local em função das escavações do quilombo de Palmares. Elizabete Tamanini faz um relato sobre as atividades do Museu do Sambaqui, na cidade de Joinville, com a comunidade local e as crianças em idade escolar. Nanci V. Oliveira escreve sobre o impacto que as escavações das valas de enterramento comum de presos políticos do regime militar, na cidade do Rio de Janeiro, causaram aos familiares das vítimas. Os autores tentam demonstrar com estes relatos que há vários tipos de públicos com os quais os arqueólogos precisam lidar ao longo de sua prática científica e que cada um deles possui interesses e expectativas diferenciadas com relação ao conhecimento arqueológico. Jorge E. de Oliveira escreve sobre temas como a relação da universidade pública com a iniciativa privada e o conseqüente crescimento da arqueologia de contrato. Ao mesmo tempo, ressalta a importância da chamada arqueologia pública enquanto uma prática arqueológica que pode auxiliar na conquista da cidadania e (re)construção de identidades.

A terceira parte -Arqueologia, discurso e poder- apresenta textos que refletem sobre a produção e o uso ideológico do conhecimento arqueológico. Lúcio M. Ferreira escreve sobre a história da Arqueologia brasileira durante o período imperial e a relação da prática arqueológica com a estruturação de uma identidade nacional e política indigenista. Demonstra como o estudo de determinados vestígios arqueológicos, no caso os sambaquis, possibilitou a construção de diferentes representações sobre os antigos habitantes do território que, por sua vez, foram estrategicamente manipuladas pelo poder,

para classificar as populações indígenas e levar a cabo o seu projeto de construir uma identidade nacional. Fábio A. Hering escreve sobre o uso político do conhecimento arqueológico sobre a Grécia antiga, na elaboração de discursos nacionalistas nos séculos XVIII e XIX onde as noções de raça e língua foram fundamentais para se pensar continuidades e descendências históricas. Nesta mesma linha é o texto de Laurent Olivier que trata do uso ideológico que a pesquisa e o conhecimento arqueológicos tiveram durante a vigência do regime totalitário da Alemanha do 3º Reich. Ele demonstra como a anexação de territórios franceses foi justificada a partir da prática arqueológica que teria sido utilizada para atestar a germanidade dos mesmos. Tamima O. Mourad faz um relato sobre a trajetória institucional do Museu do Índio e a sua importância na construção e divulgação do conhecimento arqueológico e antropológico. Um dos aspectos interessantes do texto é a demonstração de que o Museu do Índio nasceu a partir de uma demanda institucional, ou seja, dar apoio às pesquisas do SPI (Serviço de Proteção ao Índio) o que fez com que ele abrigasse um acervo que gerou diferentes pesquisas e processos de extroversão destes conhecimentos. Thomas C. Petterson analisa como o evolucionismo cultural dominou a arqueologia de língua inglesa no período pós-guerra e, ao mesmo tempo, como isso tornou difícil entender a ligação entre a elaboração da especialização do trabalho e a formação do Estado. Ao mesmo tempo, ele reflete sobre a necessidade de se reconhecer as especificidades históricas das sociedades a fim de entender não apenas os aspectos relacionados com as transformações históricas das relações de trabalho, mas também para entender outros aspectos da vida cotidiana na sociedade. José Alberione dos Reis escreve sobre a produção arqueológica brasileira e aponta para o que ele chama de um jogo do implícito/explicito da teoria na maior parte

da produção acadêmica. Através da análise de uma quantidade de teses e dissertações, produzidas em diferentes instituições brasileiras, o autor procura demonstrar que a maioria dos autores desenvolve um discurso de pseudo-neutralidade no seu texto científico e ele se pergunta se isto seria um sinal de descaso, desprezo ou resistência à teoria. Ele finaliza o texto salientando a necessidade de se reverter esta prática e produzir trabalhos em que a teoria seja explicitamente assumida pelos pesquisadores.

Depois deste resumo do conteúdo do livro, gostaria de tecer algumas considerações sobre os temas levantados pelos autores que, sem dúvida, são de extrema relevância para a nossa prática arqueológica. Em primeiro lugar quero dizer que concordo com a idéia de que a disciplina arqueológica deva voltar parte de sua atenção para as questões relativas às minorias étnicas e sociais, mas penso que alguns autores trataram desta questão de forma um tanto imatura teoricamente. Como sabemos, em diferentes países, onde as populações nativas se engajaram na luta pela sua auto-determinação, a arqueologia serviu como um instrumento para reivindicar a manutenção e/ou a apropriação de territórios e locais sagrados. Infelizmente, no Brasil, ainda estamos no começo desta prática e carecemos de discussões densas e aprofundadas para dar conta disso que se apresenta quase como um dilema ético-moral para nós arqueólogos. Felizmente, a antropologia brasileira há muito vem lidando com questões relativas a soberania e manutenção dos territórios e das identidades indígenas e talvez fosse interessante a nós arqueólogos estabelecermos um diálogo mais direto com esta disciplina a fim de não correremos o risco de agirmos como amadores em um campo de discussões e embates extremamente complexo. Na discussão sobre a relação das identidades indígenas com a identidade nacional, por exemplo, os estudos antropológicos vêm demonstrando que as populações indígenas têm clamado justamen-

te pelo reconhecimento de sua alteridade e a sua inserção política, social e econômica no contexto nacional é reivindicada a partir desta noção de diferença. Assim, me parece interessante que se faça uma arqueologia do «Outro» a fim de não reproduzirmos uma atitude que já foi criticada por autores como Viveiros de Castro, de transformarmos as sociedades indígenas em meros ingredientes da cultura/identidade nacional - se é que isto existe - em lugar de construir um conhecimento sobre a sua trajetória histórica e a sua diversidade cultural. Neste sentido, gostaria de fazer um parêntese e chamar a atenção para a importância do uso das fontes históricas sobre as populações indígenas no Brasil na construção destas trajetórias. Que pesem as críticas sobre o modo como estas fontes são usadas, bem como sobre a construção de modelos por vezes, monolíticos ou homogêneos sobre determinadas etnias não se pode negligenciar o fato de que há uma continuidade histórica entre as populações do passado e as historicamente conhecidas. Há melhor argumento do que este para atestarmos a contribuição das populações indígenas na construção das identidades nacionais? Um outro aspecto precisa ainda ser considerado quando se trata da arqueologia indígena, ou seja, ela não pode ser confundida com a antropologia indígena, pois são duas disciplinas distintas que nem sempre são totalmente conciliáveis. Embora ambas possam beber dos mesmos paradigmas teóricos, seu objeto e seus métodos são distintos e é importante que não nos confundamos em relação a isto. Talvez por esta razão, algumas vezes, nossas posturas divergentes em laudos ou outras questões envolvendo minorias sejam justificáveis. Temos identidades acadêmicas diferentes e penso que isto é salutar e deveria proporcionar um debate criativo e não o desmerecimento de uma postura ou outra. Ao meu ver, o compromisso ético para com as populações nativas e o patrimônio arqueológico deveria ser partilhado por ambas disciplinas.

Esta questão remete a um outro tema importante que foi abordado pelos autores, ou seja, a responsabilidade social do arqueólogo. Neste caso, porém, o tom empregado por alguns deles me causou uma certa inquietação na medida em que pareceu sugerir uma positividade às arqueologias/arqueólogos pós-processualistas e uma negatividade às arqueologias/arqueólogos não pós-processualistas. Conhecendo a erudição dos autores, estou certa de que foi apenas uma impressão, porém, gostaria de refletir sobre isto a fim de evitar uma leitura desavisada ou desatenta do livro, especialmente por parte dos estudantes. Se observarmos a história do pensamento arqueológico, podemos dizer que o surgimento das diferentes arqueologias, cada uma em seu tempo, realizou uma crítica às práticas anteriores e apresentou uma nova proposta de investigação e interpretação do registro arqueológico. Neste sentido, todas elas apresentavam algum tipo de engajamento e atribuir valoração positiva às arqueologias pós-processualistas pode ser um contra-senso diante de todas as discussões epistemológicas levadas a cabo nestas últimas décadas por diferentes pensadores do campo científico. Devemos ter cuidado para não fazermos desta a abordagem exclusiva e a única engajada e politicamente correta, pois há formas distintas de construir o saber e é salutar que assim seja para que de fato haja uma produção de conhecimento diversificado. Uma prática científica democrática e, por consequência, social e academicamente significativa, no meu entender, só pode existir a partir de idéias e pontos de vista diferentes. No que se refere à democratização deste conhecimento concordo com a proposta dos autores de que este deve se dar através de diferentes canais, ou seja, na universidade, na escola pública e privada, nas aldeias indígenas, nas comunidades em geral e na mídia. Cada arqueólogo, obviamente, deve encontrar o seu modo de contribuir nesta tarefa de socializar o conhecimento por ele produzido.

Para finalizar gostaria de dizer que um dos aspectos interessantes que a leitura deste livro proporciona é a percepção de que a arqueologia é uma disciplina cuja práxis é muito diversificada no tempo e no espaço. No meu entender é isso que a torna um exercício de liberdade. Boa leitura.

Arqueologia das sociedades indígenas no Pantanal de Jorge Eremites de Oliveira. Editora Oeste, Campo Grande, 2004. Resenhado por José Luis S. Peixoto (Universidade Federal de Mato Grosso do Sul).

Este livro oferece uma síntese dos estudos arqueológicos e etno-históricos, acumulados há mais de uma década, sobre os povos indígenas que ocuparam o Pantanal. O autor utiliza-se de uma linguagem simples e agradável, que resulta numa comunicação direta com o leitor. De início explica os conceitos utilizados pela Arqueologia e seus limites com outras áreas da ciência. Reforça a necessidade de a Arqueologia utilizar informações do presente etnográfico e/ou histórico na elaboração de modelos interpretativos. Entretanto, reconhece as dificuldades no uso das informações obtidas nos documentos escritos como modelos interpretativos em estudos arqueológicos, sobretudo, porque a cultura deve ser compreendida como algo dinâmico e plural. Vale acrescentar que os documentos podem ser imprecisos deliberadamente ou refletir um acontecimento que pode não condizer com a realidade de uma situação. Levando isso em consideração, o autor apresenta uma série de informações obtidas em documentos referentes à ocupação européia na área chaquenha e pantaneira, auxiliando sobremaneira nas interpretações dos dados arqueológicos referente ao período pré-colonial. A partir dessa estratégia, o autor oferece informações sobre a ocupação indígena no Pantanal e adjacências nos seus aspectos ecológicos, históricos e socioculturais.

Numa perspectiva histórica, discute o significado do termo Pantanal, ao longo do processo de conquista espanhola e portuguesa e identifica os territórios dos grupos indígenas historicamente conhecidos. Mostra, de forma concisa, a evolução ambiental do Pantanal. A fisiografia atual do Pantanal é holocênica e apresenta um intrincado sistema hidrográfico, com acentuada biodiversidade de flora e fauna, com inúmeros ecossistemas entre planaltos residuais e planície de inundação. Esses ecossistemas oferecem aos seus habitantes uma diversidade de recursos ambientais que possibilitam manterem-se estabelecidos por várias gerações.

Com relação à ocupação humana mais antiga do Pantanal, ao redor de 8.200 anos A.P., há mais conjectura do que dados concretos. Isso é justificável, pois as informações provêm de pequenas escavações. A partir do médio Holoceno há uma intensificação da ocupação humana no Pantanal, com acentuada presença de sítios estabelecidos na planície de inundação, denominados pela arqueologia de Aterros. É importante esclarecer que alguns Aterros são ocupados por grupos aceramistas com intervalos de datas radiocarbônicas entre 5.550 e 3.000 anos A.P.; outros, por ceramistas com datas entre 2.800 e 1000 anos A.P.; e outros aceramistas sotopostos por ceramistas. Os atributos tecnopológicos da indústria cerâmica podem ser reconhecidos no vasto território das Terras Baixas Meridionais Sul-americanas.

A distribuição dos Aterros na paisagem e o seu conteúdo cultural parecem indicar que grupos humanos estavam estruturados de maneira a estabelecer uma organização social com forte domínio territorial. Os Aterros são um símbolo que reforça a identidade étnica dos grupos estabelecidos na planície de inundação, seja em períodos pré-coloniais ou ao longo da conquista européia. No processo de formação dos Aterros é conveniente separar a formação do substrato natural, isto é, a gênese dos capões-de-mato e

cordilheiras da formação do sítio. Com relação ao substrato, não há um consenso na sua explicação, pois as opiniões se dividem entre antigas paleodunas, paleodiques e fundos de paleolagoas que secaram e precipitaram o carbonato de cálcio, dando origem a camadas de concreção calcária. Por outro lado, a formação do Aterro, sob o ponto de vista cultural, indica ocupações de longa duração. Há um breve comentário sobre sítios de gravura rupestre, que apresentam grafismos com estilos geométricos e, raramente, figuras de pegadas humanas e animais. Os responsáveis por essas representações parecem ser os povos que ocuparam os Aterros.

Posteriormente, há uma análise da relação entre os povos indígenas pré-colônias e os grupos étnicos historicamente conhecidos, tais como Guasarapo, Mbayá-Guaikuru, Payaguá e Guató. O autor enfatiza o modo como estes os grupos distribuem seus assentamentos na paisagem, levando em consideração as cheias do Pantanal e as informações etno-históricas. É importante acrescentar que o deslocamento para locais que não são atingidos pelas águas em tempos de cheia (morros e borda de planaltos residuais), onde possivelmente os povos indígenas se refugiavam das inundações, conforme dados históricos, não deve ser um comportamento presumível para a maioria dos grupos estabelecidos na planície de inundação. Os estudos arqueológicos realizados na região das lagoas do Castelo e Vermelha, localizados a 90 km a montante da cidade de Corumbá, local sob forte influência das cheias do rio Paraguai, indicam que os deslocamentos humanos em tempos de cheia era em direção aos Aterros ou capões-de-mato mais altos, pois estão fora do alcance das inundações. Essa mesma estratégia é utilizada por alguns grupos familiares atuais, denominados regionalmente de ribeirinhos. Dessa maneira, é possível que os deslocamentos dos povos indígenas para

os locais mais altos, sugerido no diário de A. N. Cabeza de Vaca em 1542, possam ser para áreas de difícil acesso, onde há Aterros estrategicamente posicionados e seguros contra as cheias e grupos rivais (indígenas e europeus). Esses locais foram de difícil acesso aos conquistadores europeus e, ainda hoje, são locais atingidos em tempos de cheias apenas por canoa monóxila. Acrescenta-se que estão disponíveis apenas para exímios canoeiros conhecedores do território, pois alguns dos Aterros estão protegidos por um intrincado sistema de canais fluviais, que necessitam do conhecimento meticuloso do território para atingi-los.

Na segunda parte do livro há uma breve revisão sobre os grupos étnicos Guató, Guasarapo e Mbayá-Gaikuru. Apresenta-se a descrição das suas áreas geográficas, tipos de assentamentos, subsistências e cultura material e suas relações interétnicas. Essas são informações que podem ser obtidas, com detalhes, na tese de doutorado do autor «Da pré-história à história indígena: (re) pensando a arqueologia e os povos canoeiros do Pantanal». Os grupos étnicos estabelecidos na planície pantaneira, em tempos pré-coloniais e históricos, têm suas diferenças no uso dos recursos ambientais e na produção da cultura material, mas há alguns elementos que os unem, representados pela construção e/ou ocupação dos Aterros, pela estratégia de distribuição dos assentamentos na paisagem e pelo uso da canoa monóxila.

Embora as informações historiográficas demonstrem um intenso contato interétnico entre os grupos indígenas, sobretudo ao longo do processo de conquista, os estudos arqueológicos não identificaram esse fenômeno em termos pré-coloniais. Sugere-se que se acentuem os estudos em várias áreas de pequeno porte, com a finalidade de buscar informações sobre as estratégias de ocupação de território, os processos de formação do sítio, a relação inter-sítio e intra-sítio, o aumento substancial nas datações radiocarbônicas, a

subsistência, os sepultamentos, entre outros. Nas páginas finais, há uma interessante discussão sobre a existência de desigualdade socioeconômica entre os grupos indígenas conhecidos historicamente, levando em consideração fatores como abundância de recursos, pressão demográfica, relações interétnicas, intercâmbio de mercadorias de longas distâncias, organização do trabalho, cativos de guerra e domínio territorial. Esses são elementos que parcialmente se verificam nos estudos arqueológicos, mas não é possível afirmar que os grupos indígenas pré-coloniais mantinham hierarquia social e/ou tenderiam a organizar-se de forma a estabelecê-la.

O texto finaliza com informações preliminares sobre uma nova área de estudos, que está em andamento pela equipe de Eremitas na região de Porto Murtinho, localizado na borda sul do Pantanal. As primeiras informações indicam uma grande potencialidade de ocorrência de sítios pré-coloniais, coloniais e nacionais. Destaca-se a presença de inúmeros Aterros com uma indústria cerâmica ligada à tradição Pantanal e o surgimento de material cerâmico, com vasilhas inteiras, provavelmente pertencentes aos povos indígenas estabelecidos na região em tempos coloniais. Por último, é apresentada uma bibliografia que proporciona ao leitor iniciar-se na pesquisa arqueológica e etno-histórica das regiões pantaneira e chaquenha, principalmente no período que abrange o processo de conquista espanhola e portuguesa.

Aproximaciones contemporáneas a la arqueología pampeana. Perspectivas teóricas, metodológicas, analíticas y casos de estudio, editado por Gustavo Martínez, María A. Gutiérrez, Rafael Curtoni, Mónica Berón y Patricia Madrid. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Olavarría, 2004. Reseñado por Luis Alberto Borrero (Departamento de Investigaciones

Prehistóricas y Arqueológicas IMHICIHU, CONICET).

Este libro es el resultado del III Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina que se realizó en Olavarría en noviembre de 2002. No se trata de un clásico libro de Actas, pues ningún capítulo se limita a la presentación de materiales. El libro, como lo expresan sus editores, procura captar la variedad de tendencias en la investigación arqueológica pampeana. Esto lo logran, acabadamente, a través de 32 capítulos que abarcan desde la tafonomía de guanacos hasta discusiones sobre la percepción del pasado. Para muchos puede resultar sorprendente todo lo que está ocurriendo en un sector relativamente limitado de Sudamérica pero se trata, simplemente, de la continuación de una tendencia establecida durante los últimos quince años.

El libro está dividido en cuatro secciones. La primera es bastante específica y se refiere a la complejidad en las sociedades pampeanas. Las demás son más generales; no las trataré en bloque sino intercalando sus capítulos de acuerdo a ciertos ejes surgidos de mi lectura del libro. Numerosos casos pampeanos están siendo interpretados a la luz del concepto de complejidad, al que este libro dedica varios capítulos. El primero, de Gustavo Barrientos, es una exhaustiva revisión del concepto, en particular en el marco de la biología. Barrientos habla de la «potencial contribución a la construcción de modelos arqueológicos» (p. 19), aunque es un tanto escéptico sobre la base del poco interés demostrado en explorar con profundidad el concepto y sus aplicaciones. También se incluyen dos capítulos con aplicaciones concretas. Uno a cargo de Daniel Loponte, Alejandro Acosta y Javier Musali que recorre las evidencias pertinentes al humedal del Paraná inferior. Con apoyo tanto en variadas fuentes arqueológicas como históricas sugieren «la existencia de una gran cantidad de comportamientos usualmente asociados a los

cazadores-recolectores complejos» (p. 52). Notan la falta de secuencias arqueológicas regionales, lo que impide tratar la emergencia de esos comportamientos. Discusiones de este tipo requieren una valoración de los alcances de la evidencia arqueológica disponible. Esto es lo que hacen Alejandro Acosta, Daniel Loponte, Silvina Durán, Leonardo Mucciolo, Javier Musali, Luciano Pafundi y David Pau en un capítulo que analiza las condiciones de mezcla de materiales arqueológicos y restos de animales muertos naturalmente en los albardones, el más característico tipo de sitio del humedal. Este estudio sirve de sustento para argumentar que los restos de peces allí depositados son mejor explicados por vía antrópica, en tanto que para otros tipos de restos se abren discusiones específicas en las que el resultado puede ser variable.

Un capítulo a cargo de Leandro H. Luna, Elvira I. Baffi y Mónica A. Berón trata un caso derivado del estudio de los materiales del sitio Chenque I, con una notable concentración de restos óseos humanos en un «área formal de entierro». Este capítulo debe analizarse en relación con otros ubicados en otras secciones que agregan evidencias sobre este sitio usado c. 100-400 AP. Así Alberto Cimino, Marina Guastavino y Silvia Velardez se ocupan de los elementos de adorno asociados (en particular de cuentas de collar) que indican una importante relación con la costa del océano, avalada por valores de isótopos estables sobre huesos humanos que indican un componente marítimo en la dieta. Finalmente está el estudio de Mariana Romiti que estudia, a fondo, los patrones de reutilización del área de entierro, sus efectos sobre entierros previos y sus posibles significados. Un rico registro, entonces, que invita a una exploración profunda. Muchas de las inferencias y observaciones realizadas a partir del estudio de los materiales de Chenque I deberán ser evaluables con el registro regional y suprarregional.

Es útil comparar este caso con el presentado por Cristina Bayón, Nora Flegenheimer, Marcelo Zárate y Cecilia Deschamps; se trata de un sitio fascinante (El Guanaco) en el que resuelven muy bien las dificultades de lidiar con un registro arqueológico muy promediado, con pozos cavados para depositar a los muertos c. 2500-2200 AP y con presencia de restos de megamamíferos. Las asociaciones son difíciles de definir pero los autores logran una serie de resultados positivos para los que el papel de la geoarqueología ha sido destacado. Natalia I. Mazzia, Clara Scabuzzo y Ricardo A. Guichón, describiendo los entierros secundarios recuperados en El Guanaco, consideran a este como un «lugar calificado del paisaje» (p. 301), más o menos en el mismo sentido que Luna y coautores hablando de Chenque I. Estas y otras evidencias de distintos sectores pampeanos (ver, por ejemplo, el capítulo de Gustavo Martínez sobre el valle inferior del río Colorado) están ya indicando un importante patrón suprarregional.

La sección sobre complejidad incluye, además, un texto de Magdalena Frère, quien presenta una útil revisión tendiente a aclarar un viejo tema arqueológico, el de los sitios post-contacto que carecen de marcadores arqueológicos claros; se vale, entre otras cosas, de los conceptos de «territorio de contacto» versus «zona de frontera» como vía para aclarar estas situaciones. El trabajo de Laura Casanueva sobre arqueología de las estancias bonaerenses es pertinente aquí. Al considerar las localizaciones de las estructuras en territorios de frontera agrega tanto información como un marco de referencia para desarrollar discusiones como las planteadas por Frère. Asimismo, el trabajo de Alicia H. Tapia y Virginia Pineau, al comparar restos materiales vítreos y de otros tipos de una ocupación aborigen y de una militar de fines del siglo XIX, entrega una medida de la magnitud del problema al que se refiere Frère y sugiere que, en ciertos casos, el uso

del análisis espacial inter e intrasitios puede contribuir a clarificar las diferencias.

Además del trabajo ya mencionado sobre el humedal hay varios capítulos que dan cuenta del creciente papel de la tafonomía y los estudios de formación del registro arqueológico en la región pampeana que informan acerca de una madurez creciente, pues el tratamiento de tantos temas acariciados por los arqueólogos contemporáneos, como el mencionado de complejidad u otros relacionados con estudios de género o los comprendidos de manera general bajo el rótulo de «simbólicos», requieren de una base de datos depurada. Esta no puede derivar, exclusivamente, del uso de técnicas minuciosas de excavación. A esa técnica hay que sumar un importante componente teórico y metodológico que, en estos momentos, ofrece la tafonomía. El trabajo de Mariano Bonomo y Agustina Massigoge es un buen ejemplo. El análisis de una concentración de huesos a través de variables tafonómicas sirvió para aclarar su status, predominantemente antrópico.

Otro ejemplo relevante es el trabajo de Cristian A. Kaufmann y María A. Gutiérrez, quienes estudian la depositación de huesos de guanacos en medios fluviales y las dificultades para reconocer los componentes antrópicos en algunas acumulaciones óseas. Utilizan un acercamiento que combina conocimientos previos, trabajos experimentales y un planteo informado de la relevancia regional del problema que les permite decidir acerca de la importancia de algunas variables diagnósticas para evaluar la integridad del registro arqueológico. Se trata de materia prima indispensable para quienes trabajan con acumulaciones óseas que incluyen restos de guanacos en la Pampa o en otras regiones.

Varios estudios se dedican a aspectos tecnológicos y funcionales. Marcela Leipus realiza el análisis funcional de material lítico usado para madera, destacando la importancia de este recurso en la región pampeana.

Bárbara R. Sacur Silvestre estudia los rastros de uso sobre lascas de filos naturales del sitio Anahí, quizá relacionados con acciones sobre hueso. El marco del análisis es tanto el de la escasez de material lítico en el área como el contexto mayor de los restos óseos con los cuales se encontraron asociadas las lascas.

Dos estudios comienzan a aportar datos acerca del registro lítico más antiguo de la región. El trabajo de Aparicio Arcaos, Magdalena Muttoli y Sebastián Tomaduz estudia los restos de talla del nivel inferior de Pay Paso 1, Uruguay, un sitio datado en la transición Plaeistoceno/Holoceno. Como resultado destacan «que Pay Paso presenta características propias de un sitio taller» (p. 225). Para el mismo período Federico Valverde analiza los restos de Cueva Tixi y Abrigo Los Pinos, Tandilia, encontrando ciertas variaciones en el largo de las secuencias de reducción lítica representadas en ambos conjuntos. En general se trata de indicaciones de variación posicional o funcional en Tres Ventanas ofrecidas hacia ese momento de dispersión e instalación tempranas en la región pampeana.

Gabriela Armentano estudia la organización tecnológica de sitios tardíos del sur de la región pampeana. Su detallado estudio destaca algunos casos de importancia diferencial de actividades de molienda que tiene repercusiones en términos de asentamiento, subsistencia y otras esferas de la actividad humana. Sobre la importancia de estas actividades de molienda también hay que mencionar el capítulo de Alicia H. Tapia y Judith E. Charlin para el caso de «las tolдерías ranquelinas». El trabajo de Armentano debe entenderse en el marco del proyecto que presenta Gustavo Martínez dando cuenta de una cobertura intensa de la arqueología del valle inferior del río Colorado utilizando una gama de técnicas que le han permitido obtener abundante información en una región caracterizada por algunas dificultades en la visibilidad arqueológica.

Federico Valverde y Marilina Martucci analizan las puntas de proyectil del sitio El Abra, Tandilia, y descubren una serie de patrones que los habilitan para sugerir hipótesis y líneas interpretativas con alcance regional. Laura Pérez Jimeno presenta una comparación de los artefactos óseos procedentes de sectores distantes entre sí en la llanura aluvial del río Paraná y en la pampa bonaerense. A pesar de la distancia de cientos de kilómetros Pérez Jimeno observa numerosas semejanzas de selección de materia prima y formatización. Dos capítulos se ocupan de cerámica. Flavia V. Ottalagano analiza la relevancia de un marco de arqueología conductual para comprender la cerámica de sectores aledaños al río Paraná. Maricel Pérez y Lorena Cañardo informan sobre la producción cerámica en algunos de los sectores considerados en los capítulos de Acosta y coautores.

Pablo P. Messineo, María P. Barros, Daniel G. Poiré y Lucía Gómez Peral presentan un estudio acerca de la disponibilidad de recursos. Se trata de la caracterización de las ftanitas, de reconocido uso arqueológico en el centro de la provincia de Buenos Aires. Se une a varios trabajos previos, que son revisados por los autores, que sirven para entregar a los arqueólogos que trabajan en esta región una base muy confiable para discutir las procedencias de las materias primas utilizadas para confeccionar instrumentos.

María Luz Endere presenta el fascinante caso de la interacción entre la comunidad de Tres Arroyos, los arqueólogos y el sitio arqueológico Arroyo Seco 2. La relación con la comunidad también está presente en el capítulo de Mercedes Pérez Meroni y María C. Paleo sobre la percepción del pasado en la comunidad de Punta Indio. El capítulo de Victoria Pedrotta, Mariela Tancredi y Nora Grosman apunta a la puesta en valor de la Reserva Natural Boca de la Sierra, Azul. Rafael Curtoni presenta una discusión sobre el patrimonio arqueológico; en su artículo

trata dimensiones políticas, particularmente en el marco de la llamada «conquista del desierto». Este trabajo agrega a la importancia del tema la no tan difundida virtud de disponer de un cuerpo de datos y ejemplos que sustentan su posición. Marcelo N. Weissel y María B. Marconetto utilizan análisis antracológicos para comprender el funcionamiento de estructuras urbanas. Sandra A. Guillermo también se ocupa de la interpretación de estructuras urbanas, discutiendo los contextos depositacionales en comparación con una serie de expectativas. Finalmente quiero destacar un ejemplar capítulo a cargo de Roberto Daniel Peretti y Susan Baxevanis sobre manejo y tratamiento de colecciones arqueológicas. Un punto central es que el tratamiento esencial de un resto es aquel que recibirá en su lugar de extracción, al que identifican como el nodo decisivo para la posterior historia del resto.

En resumen, este libro es un aporte inmenso para nuestra comprensión de la arqueología pampeana que logra cubrir -voy a decirlo en su modo pampeano- prácticamente todas las facetas de la arqueología contemporánea. Por ese motivo deberá afectar mucho más allá de las pampas. Pocos libros resultantes de congresos regionales logran ese ansiado estatus.

Cazadores de guanacos de la estepa patagónica de Guillermo L. Mengoni Goñalons. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires, 1999. Resenhado por André Luiz Jacobus (Museu Arqueológico do Rio Grande do Sul).

Esta obra é a versão revisada, ampliada e com atualização bibliográfica da Tese de Doutorado defendida pelo autor em 1997, sob orientação do Dr. Hugo D. Yacobaccio, na Universidade de Buenos Aires. Tem como objeto o estudo das arqueofaunas do sítio Cerro de los Índios 1, situado no noroeste da Província de Santa Cruz, na Argentina. A

arqueofauna predominante no sítio é de guanaco (*Lama guanicoe*).

A obra inicia com um prólogo de Carlos A. Aschero, daquela Universidade, que afirma, com propriedade, tratar-se de um trabalho com solidez teórica e metodológica. Segundo este arqueólogo, tal solidez é o resultado de dois fatores fundamentais, que caracterizam Willie Mengoni (como o autor prefere ser denominado): o rigor de um cientista e o amor de um artesão.

Na Introdução o autor chama a atenção que o tema central da obra é estudar como se deu o aproveitamento de guanacos, capturados por grupos de caçadores-coletores hoje extintos, e que foram o seu principal recurso econômico. O aproveitamento de tal táxon é decorrente das práticas de transporte e processamento das presas, bem como do uso das mesmas para a subsistência. Willie destaca que, em seu estudo, foi necessário entender quais são os fatores que condicionam a variabilidade dos conjuntos de arqueofaunas, com o objetivo de escolher as formas mais adequadas para medir tal variabilidade. Segundo o mesmo, um estudo de arqueofaunas deve procurar entender se as frequências, dos diferentes elementos anatômicos e as modificações neles existentes, refletem realmente as decisões dos indivíduos que caçaram aqueles animais, bem como esclarecer se tais decisões foram regulares.

Quando Willie aborda o estado do problema ele ressalta que a anatomia econômica, ou seja, a utilidade nutricional relacionada com cada parte do animal, é fundamental para o entendimento de questões de transporte seletivo das presas, isto é, o que é levado para consumo e o que é abandonado. Também ressalta que não são somente os fatores de transporte que promovem as decisões dos caçadores, mas também aqueles referentes ao processamento para o consumo. Willie alerta para o fato de que as atividades realizadas, durante o processamento, podem ser

inferidas através do estudo das modificações produzidas nos espécimens de arqueofaunas. O autor também destaca a influência que a partilha das partes de um animal, entre os indivíduos do grupo que o caçou, possui sobre a variabilidade das arqueofaunas.

Em seguida Willie trata da especificação e fundamentação do tema de seu estudo, apontando que os conjuntos de arqueofaunas estudados apresentam uma grande diversidade de elementos de guanaco, que refletem uma alta intensidade na utilização das carcaças destes animais. Por último, quando trata da metodologia utilizada na obra, o autor ressalta a necessidade de aplicar um estudo tafonômico para alcançar seu objetivo principal, ou seja, obter informações relevantes para discutir atividades culturais relacionadas com o aproveitamento de guanacos pelos ocupantes do Cerro de los Índios 1. Willie destaca, entretanto, que para perceber os fatores culturais, no estudo tafonômico também é necessário analisar os fatores naturais que contribuíram para a formação daqueles conjuntos de arqueofaunas.

No Capítulo 1 Willie aborda a questão de como se forma, e como se estuda, a variabilidade dos conjuntos de arqueofaunas produzidos por caçadores-coletores. Para tanto o autor discorre longamente sobre os modelos existentes. Tais modelos têm como base estudos de etnoarqueologia entre grupos de caçadores-coletores e de pastores. Destes diferentes modelos o autor ressalta as questões referentes ao transporte seletivo, bem como sobre a partilha de carcaças. Também aborda os recentes estudos de tafonomia de vertebrados. Por fim ressalta os fatores intrínsecos aos elementos anatômicos de ungulados.

O Capítulo 2 trata da metodologia utilizada por Willie em seu estudo. Aí ele aborda temas como a identificação anatômica e taxonômica dos espécimens; as classes de idade dos animais; os padrões de processamento, consumo e modificações e o

registro e armazenamento de dados. O registro de dados também é explicitado em quatro apêndices incluídos no final da obra. No Capítulo 3 Willie trata dos métodos de quantificação, realizando uma ampla revisão da literatura então existente. Aqui ele justifica suas escolhas dentre as diferentes unidades e índices de quantificação disponíveis. O Capítulo 4 trata das marcas de origem humana, resultantes do processamento e utilização dos guanacos capturados. O autor discorre sobre conceitos gerais e a variabilidade das marcas de processamento (marcas de corte; de raspagem; de fendimento e de percussão).

No Capítulo 5 Willie aborda questões sobre fraturas e outras modificações produzidas pelos caçadores-coletores. Também faz uma ampla revisão atualizada da literatura sobre a variabilidade dos padrões de fratura óssea; das propriedades biomecânicas dos ossos; dos agentes e processos que produzem fraturas; das técnicas de fratura intencional e atributos utilizados na análise de fraturas dos espécimens.

No Capítulo 6 o autor trata das modificações naturais, tais como marcas produzidas por carnívoros e roedores e alterações produzidas pelo intemperismo. No Capítulo 7 Willie realiza uma descrição do sítio, bem como relata a história das pesquisas no mesmo. Também explicita as datações radiocarbônicas obtidas e discorre sobre as diferentes unidades lito-estratigráficas e de análise. O Cerro de los Índios 1 é um sítio a céu aberto junto a um paredão de diorito, que apresenta diaclasamento colunar. A superfície ocupada efetivamente foi de cerca de 240 m². No paredão existe arte rupestre. O sítio encontra-se em ambiente com gramíneas e arbustos (estepe arbustiva). A cerca de 10 km ao noroeste situa-se o Lago Posadas e a cerca de 30 km ao oeste desenvolvem-se bosques de *Nothofagus*. O sítio foi pesquisado em quatro campanhas de campo, no período de 1977 a 1993, sob a coordenação de Aschero, tendo sido escavada

uma área de cerca de 22 m². O Cerro de los Índios 1 foi ocupado quatro vezes por grupos de caçadores-coletores entre ca. 900 e 3300 anos antes do presente.

Dos Capítulos 8 ao 11 é tratado o estudo das arqueofaunas dos níveis 3a, 3b, 3c e 3e, respectivamente. Ao todo foram analisados 2205 espécimens atribuídos a guanaco. Em cada um dos capítulos são abordadas as abundâncias relativas dos elementos daquele táxon, o número mínimo de indivíduos e as classes de idades, as evidências de processamento e outras modificações humanas, bem como modificações não humanas. Todos os capítulos são amplamente ilustrados por tabelas e gráficos.

Os Capítulos 12 e 13 concluem a obra. No penúltimo Willie aborda de forma magistral a comparação entre as arqueofaunas dos diferentes níveis, bem como a interpretação da variabilidade dos conjuntos de arqueofaunas evidenciados. Inicia tal estudo comparativo através de um arqueotafograma, isto é, representa graficamente uma vintena de variáveis analisadas nos capítulos 8 ao 11, para cada conjunto de arqueofaunas de guanaco existentes no sítio. Em seguida explora a representação dos elementos do esqueleto de guanaco para cada conjunto, fazendo uso do percentual do MAU (%MAU) bem como trabalhando estatisticamente, através de um índice de correlação, estes percentuais entre as quatro ocupações.

Destaco que o %MAU é uma standardização do MAU (número mínimo de unidades de um animal), que é uma unidade quantitativa que mede as abundâncias relativas dos diferentes tipos de elementos de um táxon. Esta unidade foi criada por L. R. Binford (1978:69-72), como alternativa do MNI (número mínimo de indivíduos). O MAU de cada tipo de elemento é calculado a partir do seu MNE (número mínimo de elementos), dividindo-o pelas vezes em que este elemento existe no esqueleto de determinado táxon. Como por

exemplo, o MAU para a parte proximal do fêmur é calculado dividindo o valor do MNE deste elemento por dois e o do atlas é calculado dividindo seu MNE por um. Para o cálculo do MAU, ao contrário do que ocorre para o do MNI, não são considerados a lateralidade dos elementos, nem a idade e o sexo do animal. E o %MAU é calculado considerando que o maior MAU observado em uma amostra tem valor de 100%, e os %MAUs dos demais elementos são calculados em relação à ele em uma escala de 0% a 100%.

Com o objetivo de melhor compreender os resultados obtidos, ao que se refere às questões de transporte seletivo e/ou sobrevivência diferencial, Willie também utiliza os dados de %MAU comparados, para cada um dos quatro conjuntos de arqueofaunas, com os índices de utilidade de carne e de medula óssea e a densidade óssea dos diferentes elementos anatômicos daquele táxon. Aqui também faz uso de dois índices estatísticos de correlação entre os conjuntos.

Com a finalidade de reforçar suas interpretações o autor também comparou, estatisticamente, o grau de similaridade entre os diferentes conjuntos de arqueofaunas (por ele analisadas) com o modelo criado por Binford (1978) para os elementos, de caribus e cabritos, abandonados ou daqueles selecionados para transporte entre os Nunamiut do Alasca. Willie conclui assim que, em seu estudo de caso, a anatomia econômica dos guanacos não influenciou de modo seletivo sobre o transporte de seus diferentes elementos anatômicos, ao contrário do que foi constatado por Binford em seu estudo.

A partir daí ele aprofunda as análises sobre perfis anatômicos e busca entender os padrões e a intensidade do processamento dos elementos de guanacos nas diferentes ocupações. Para esclarecer estes perfis ele realiza comparações entre partes do esqueleto apendicular (úmero, rádio/ulna, fêmur, tibia e metapodiais) dos guanacos e seus respectivos conteúdos de medula, índice

de carne e densidade óssea, através de coeficientes de correlação entre estas variáveis. Ao constatar diferenças significativas nos perfis anatómicos do esqueleto apendicular de guanaco nas diversas ocupações, Willie aprofunda as análises de padrões e intensidade de processamento. Faz isto comparando a frequência de marcas de percussão nos ossos longos e o tamanho dos fragmentos de diáfises dos mesmos. Enfim, o autor tem a possibilidade de mostrar ao leitor que no Cerro de los Índios 1 existem diferenças e similaridades entre os diferentes conjuntos de arqueofaunas de guanaco, que representam padrões e regularidades na utilização deste táxon pelos caçadores-coletores que ocuparam este sítio no passado.

No último Capítulo o autor tece algumas considerações finais, entre as quais destaca a necessidade que teve de repensar a metodologia comumente utilizada para estabelecer a abundância relativa dos elementos, ajustando-a às características das arqueofaunas por ele analisadas. Willie também julgou necessário aprofundar o estudo de padrões de processamento, tendo como base análises de modificações produzidas nos espécimens. Tais modificações foram o resultado das atividades relacionadas ao processamento e ao consumo.

O autor ressalta que sua meta foi registrar as diferentes propriedades das arqueofaunas, para assim discutir os princípios organizativos gerais do comportamento de caçadores-coletores patagônicos. Estes princípios poderiam estar condicionando as decisões tomadas e determinar, por sua vez, os padrões identificados naquelas arqueofaunas. E isto ele alcançou, com êxito diria eu, graças ao estudo da história tafonômica daquele sítio, da reconstrução das atividades relativas ao aproveitamento do guanaco e de seu significado em um contexto maior.

Enfim o que posso dizer é que não tenho dúvidas de que esta obra por muito tempo será a primeira a estar ao alcance da mão daqueles que se dedicam ao estudo de arqueofaunas na América do Sul, pois é o primeiro manual de

zooarqueologia publicado no Cone Sul. Além disto, o texto é muito bem ilustrado com uma centena de fotografias, gráficos e tabelas. Também é de destacar que o autor fez uso de tecnologia de ponta, ao utilizar microscopia eletrônica para a análise de modificações em elementos ósseos, incluindo no Apêndice 5 a descrição da técnica do preparo das amostras. No entanto lastimo a falta de uma revisão da edição, pois se encontram alguns erros de digitação, tais como indicação de figuras que não existem e falhas nos cabeçalhos de algumas tabelas e gráficos.

De todo o estudo apresentado por Willie nesta obra, existe um único ponto que discordo do mesmo. Trata-se do fato de, na página 62, ele concordar com a afirmativa de Lyman (1994:61-63), de que o % de sobrevivência, criado por Brain (1981:19-21, 277), e o %MAU, por medirem a mesma propriedade de uma amostra de arqueofauna, seriam sinonímias ocultas. Certamente estas duas unidades de quantificação não poderiam estar medindo a mesma propriedade, pois o cálculo do % de sobrevivência tem como base o MNI de determinada amostra de arqueofaunas de um táxon, unidade de quantificação que para o cálculo do %MAU é desconsiderada. No cálculo do % de sobrevivência o MNI (X indivíduos da amostra) é multiplicado pelo número de vezes em que cada elemento existe no esqueleto, com o objetivo de encontrar o valor esperado do MNE de cada um deles. Já no cálculo do %MAU não existe tal estimativa, pois tem como base de cálculo o maior valor do MAU (de determinado elemento de um táxon) observado em uma amostra. Entendo que Lyman foi infeliz ao usar com equívoco os dados apresentados por Brain. É falsa sua afirmativa de que o valor do «MNI vezes o número de vezes que um determinado elemento ocorre no esqueleto» seja o mesmo que dizer o «máximo MNE de uma amostra», como ele quer dar a entender nos denominadores das equações 1 e 2 (Lyman 1994:61). Ele mesmo destaca que é o valor observado

do MNE e não o estimado! Observando-se os dados de Brain (1981:277) para um MNI de 64 cabritos, constata-se que o MNE de costelas esperado seria de 1664 (64 X 26 costelas por esqueleto) e o de mandíbulas seria de 128 (64 X 2). No entanto ele observou em sua amostra MNEs de 170 para costelas e de 117 para mandíbulas, e calculou valores do % de sobrevivência de 10,2% e de 91,4%, respectivamente. Mas Lyman cometeu grave erro ao calcular o %MAU para estes dois tipos de elementos. O MAU de costelas é de 6,54 (170/26) e o de mandíbulas é de 58,5 (117/2) e seus %MAUs são respectivamente 11,18% e 100%, e não 10,2% e 91,4%, como ele calculou em suas equações 6 e 7 (Lyman 1994:62). Seu erro foi confundir o máximo MNE observado na amostra de Brain com as estimativas de MNE dos diferentes elementos (costelas e mandíbulas) para 64 cabritos. Reitero que os valores usados por Lyman são os esperados, e não os valores efetivamente observados por Brain na amostra que trabalhou. O cálculo do %MAU tem como base os valores de MNEs observados e não os esperados, e não depende do tamanho da população (MNI) estimada para uma determinada amostra (Binford 1978:72).

Lyman também falhou em supor, como dá a entender em suas equações 2, 3, 4 e 5, que sempre o maior MNE de uma amostra corresponde ao maior MAU desta mesma amostra. Nos dados de Brain, também utilizados por Lyman, fica evidente que esta é uma suposição que nem sempre é verdadeira, pois como apontado acima, o maior MNE observado foi de 170 (costelas), mas como este valor deve ser dividido por 26 para calcular o seu MAU (= 6,54), são as mandíbulas que apresentam o maior MAU (= 58,5) da amostra, cujo MNE (= 117) é dividido somente por dois (Lyman 1994:61).

A afirmativa de Lyman de que tanto o % de sobrevivência quanto o %MAU não consideram a lateralidade de determinado elemento, para seus cálculos, não é de todo

verdadeira (Lyman 1994:62). Basta ver que Brain, ao usar o MNI (= 64) de cabritos, como base para seus cálculos de % de sobrevivência, demonstrou que das 117 mandíbulas 64 eram direitas e 53 eram esquerdas (Brain 1981:18). Lyman também foi injusto ao afirmar que Brain não fez uso do termo número mínimo de indivíduos (Lyman 1994:61). Ele pode não ter utilizado a sigla (MNI), mas foi muito claro ao usá-lo por extenso e manejou adequadamente o seu conceito (Brain 1981:18-19).

Apesar de considerar esta obra de Willie como um manual, ressalto o fato de que o autor estudou somente um táxon. Com certeza se torna mais complexo o estudo de arqueofaunas de sítios situados na região intertropical do Neotrópico. Isto devido a grande diversidade de vertebrados que as arqueofaunas podem apresentar, principalmente de mamíferos (sem falar em aves, répteis e peixes). Portanto com certeza existem questões a serem resolvidas na zooarqueologia do Neotrópico que não estão contempladas nesta obra.

Também é de destacar que o guanaco é um ungulado que apresenta porte médio de cerca de 100 kg e os táxons de ungulados identificados nos sítios acima referidos apresentam portes médios bem abaixo do que o do guanaco. Como por exemplo a maior espécie do gênero *Mazama* (*M. americana*) possui porte médio de 30 kg; o *Ozotocerus bezoarticus* de 35 kg; o *Tayassu pecari* de 33 kg e o *Pecari tajacu* de somente 19 kg. O único táxon que teria porte médio comparável ao do guanaco seria o *Blastocerus dichotomus* (110 kg), que no entanto é um táxon raramente identificado em sítios, ao menos no Brasil (possivelmente a exceção seja em sítios da Província de Buenos Aires, na Argentina). Portanto, muitas das características observadas por Willie, decorrentes de processamento e consumo ou por outros fatores tafonômicos, nas arqueofaunas que estudou, talvez não sejam identificáveis

naquelas de táxons com portes médios menores. Com certeza teremos que realizar muitos estudos com estas outras arqueofaunas de ungulados do Neotrópico para enfim atingir as metas alcançadas por Willie e apresentadas nesta magnífica obra.

Referências

- Binford, Lewis R.
1978 *Nunamiut ethnoarchaeology*. Academic Press, Nova York.
- Brain, C. K.
1981 *The hunters or the hunted?* University of Chicago Press, Chicago.
- Lyman, R. Lee
1994 Quantitative units and terminology in Zooarchaeology. *American Antiquity* 59(1):36-71.

Los cazadores después del hielo de Mauricio Massone. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 2004. Reseñado por Donald Jackson y Victoria Castro (Departamento de Antropología, Universidad de Chile).

El estudio del profesor Mauricio Massone *Los cazadores después del hielo* es resultado de una larga tarea de investigación iniciada desde hace más de una década en la fría y ventosa estepa norte de Tierra del Fuego. Allí Massone, bajo el auspicio del Instituto de La Patagonia de la Universidad de Magallanes (Punta Arenas), emprendió las excavaciones de lo que había sido un antiguo alero, un refugio para los primeros habitantes en los últimos confines de América, el sitio Paleoindio más austral del continente, Tres Arroyos 1.

Trabajar con contextos de los primeros poblamientos americanos es una tarea problemática. Se trata de sitios con historias depositacionales tremendamente complejas, no sólo por la larga secuencia de eventos y procesos implicados en la formación de ellos sino, también, porque son escasamente conocidos; las condiciones climáticas y ambientales eran notoriamente distintas a las actuales, la fauna existente en la época es hoy fauna extinta, las

actuales fuentes de aprovisionamiento lítico estaban cubiertas por gruesos mantos de hielo y, como si fuera poco, la isla Grande de Tierra del Fuego no era una isla. En el libro están considerados estos relevantes factores que son abordados tras la organización coherente de diez capítulos bien ilustrados en torno al estudio de Tres Arroyos 1. En las breves páginas del capítulo I, *Buscando una antigua curva en el tiempo*, Massone reseña, a modo de introducción, sus trabajos iniciales en Tierra del Fuego, el descubrimiento del sitio, sus primeras excavaciones y la constitución de un equipo de investigación interdisciplinario en el marco de un proyecto Fondecyt (1960027) titulado *Hombre temprano y paleoambiente en Tierra del Fuego*. En el segundo capítulo realiza la historia de la investigación sobre el pleistoceno final de Patagonia, precisando los marcos teóricos y metodológicos utilizados y sintetizando los resultados obtenidos; luego se aboca a discutir los principales problemas paleoambientales vinculados, principalmente, con la apertura del estrecho de Magallanes y las posibilidades del poblamiento de Tierra del Fuego antes de constituirse en isla. Este capítulo reúne información especializada y actualizada esencial para entender las posibles rutas, cronología y condiciones bajo las cuales se llevó a cabo el primer poblamiento de Tierra del Fuego.

En el capítulo tercero, *Reflexiones teóricas*, se plantean el marco temporal y las características de los primeros poblamientos humanos de América y de Tierra del Fuego, se puntualizan las controversias del concepto *Paleoindio* y se discute si el poblamiento de Tierra del Fuego fue presionado por un fenómeno de arrinconamiento poblacional o una elección cultural. Se trata de un capítulo bien logrado en torno a los principales problemas de los primeros poblamientos. Suponemos que, por razones de espacio, no se dio curso a una discusión más amplia en torno al modelamiento de cazadores-recolectores con relación a su subsistencia, movilidad y

asentamientos, lo que habría enriquecido teóricamente la discusión. El capítulo cuarto expone los objetivos de la investigación y la metodología del estudio, perfilando el énfasis interdisciplinario (arqueología, geología, paleoambiente y conservación) y el enfoque holístico en cuanto a los estudios que apoyan sus resultados.

En el quinto capítulo el autor sintetiza el contexto de las evidencias de los cazadores tempranos de Tres Arroyos 1, discutiendo aspectos ambientales y culturales y describiendo, sucintamente, las evidencias recuperadas en el sitio para concluir con una interpretación global e integradora desde el punto de vista cronológico y estratigráfico del contexto cultural de la ocupación Paleoindia. En el capítulo sexto, *En torno a los fogones*, se describen y analizan cinco fogones en términos de sus vinculaciones estratigráficas, cronologías, sus contenidos y relaciones espaciales con los restos culturales asociados, permitiendo segregar eventos de actividades diferenciados respecto de ellos y discriminar asociaciones de micro-eventos temporales en la formación del sitio, resolviendo, en parte, los problemas propios del palimpsesto de los contextos Paleoindios, muchas veces ignorados. Este análisis muestra una metodología, además de rigurosa, novedosa para el estudio de este tipo de rasgos, logrando una interpretación sugerente respecto al uso del espacio y de áreas de actividad en torno a los fogones. El estudio de los fogones muestra asociaciones singulares con restos de fauna extinta. Es el caso de restos milodón con huellas claras de exposición al fuego que permiten, sobre la base del registro de 10 fogones de otros sitios paleoindios, cuestionar la hipótesis de Saxon en relación a que el milodón no habría sido cazado en Patagonia Austral.

El capítulo séptimo comprende un riguroso análisis e interpretación de los instrumentos y desechos líticos recuperados en el contexto, así como también de los artefactos

óseos y restos de colorantes, los que son relacionados con otros contextos Paleoindios de Patagonia. El conjunto de artefactos asociado a estas evidencias es sorprendentemente claro: desechos líticos con probable tratamiento térmico al interior de los fogones, núcleos y bifaces con remontaje que sugieren eventos discretos de talla y no perturbados, cuchillos bifaciales, raederas con retoque ultramarginal y raspadores frontales, instrumentos altamente formalizados, propios de una estrategia tecnológica conservada de grupos de alta movilidad como los Paleoindios; también están presentes un par de puntas cola de pescado, una de ellas entera, artefactos altamente diagnóstico para el Paleoindio sudamericano.

El capítulo octavo contiene los estudios de fauna, un indicador clave para definir un contexto Paleoindio, es decir, las relaciones entre fauna extinta y evidencias culturales asociadas. Aquí se exponen problemas vinculados con los estudios taxonómicos, tafonómicos y fechados taxón para varias especies. Escasas pero nítidas huellas de cortes de cuchillos en restos de *Hippidion sp.* y *Dusicyon avus* aseguran la intervención humana en la fauna extinta, uno de los requisitos esenciales para atestiguar que se trata, efectivamente, de un sitio Paleoindio. En este capítulo se aportan evidencias directas de la fauna extinta que vivió en Tierra del Fuego, desconocida hasta hace muy poco; estas evidencias incluyen caballo nativo (*Hippidion saldiasi*), milodón (*Mylodon darwini*), pantera (*Pantera onca mesembrina*) y una antigua especie de vicuña (*Vicugna vicugna*), además de la fauna actual, entre la que se destaca el guanaco (*Lama guanicoe*). Este elocuente registro no sólo aporta a la taxonomía de especies sino, también, a un importante conocimiento de la biogeografía y paleoecología de la fauna extinta del Pleistoceno de Magallanes.

Con el cúmulo de antecedentes analizados y discutidos en los capítulos precedentes

Massone puede construir el capítulo noveno que trata sobre la tradición cultural Fell 1 como una forma de vida en sur Patagonia, problema esencial con relación a su hipótesis inicial. En este capítulo se encuentra un aporte sobresaliente porque, por primera vez en los estudios del extremo sur de Chile, se puede conocer cómo se constituyó, que caracterizó y que significó la tradición Fell 1 asociada a los primeros grupos Paleoindios que ocuparon el extremo austral del continente. Sobre estas extensas bases, como capítulo final, se expone una evaluación y perspectivas de la investigación, breves, precisas y contundentes sobre este sitio Paleoindio en el contexto de las ocupaciones iniciales del extremo sur del continente. En síntesis, Tres Arroyos 1 muestra evidencias irrefutables, muy bien documentadas y estudiadas, para asegurar un sitio Paleoindio: presencia de fauna extinta con claras huellas de intervención antrópica, instrumentos líticos y de hueso manifiestamente culturales, fogones en cubeta propiamente tempranos, asociaciones estratigráficas confiables y dataciones radiocarbónicas (convencionales y AMS) sobre huesos de fauna extinta y fogones que sitúan esta ocupación hacia finales del Pleistoceno, con seguridad entre 10.300 y 10.700 años A.P. Las evidencias culturales, como puntas cola de pescado, raederas ultramarginales, raspadores frontales y fogones en cubeta, permiten vincular, con certeza, la ocupación de Tres Arroyos con el componente cultural Fell 1 de Magallanes estableciendo lúcidas relaciones con otros relevantes sitios tempranos del extremo austral del continente como cueva Fell, Palli-Aike, cueva del Medio y Piedra Museo. Sin lugar a dudas la reflexiva y sistemática investigación de Tres Arroyos 1, expuesta en este libro, constituye un aporte sustancial al esquivo conocimiento que tenemos sobre los primeros poblamientos de Sudamérica.

Temas de arqueología: análisis lítico, editado por Alejandro Acosta, Daniel Loponte y Mariano Ramos. Sociedad Argentina de Antropología-Secretaría de Cultura de la Nación-Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano-Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires, 2004. Reseñado por Mariano Bonomo (CONICET y Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata).

Temas de arqueología: análisis lítico es el primer volumen de una serie de publicaciones destinadas a discutir problemas teórico-metodológicos de la investigación arqueológica y sus abordajes en regiones de Argentina y de Sudamérica. La lectura de los cinco capítulos que componen esta obra constituye una buena oportunidad para sondear y analizar distintas variantes de los estudios de tecnología lítica que se están efectuando actualmente en el país. Debido al alto grado de preservación de los artefactos líticos en el registro arqueológico el estudio de esta fracción de la cultura material posee vital importancia para reconstruir gran parte de la historia de la humanidad. La arqueología argentina ha acompañado los esfuerzos que se vienen llevando a cabo a nivel mundial desde los inicios de la disciplina para explicar el comportamiento de los seres humanos a través de los objetos de piedra. La relevancia que tienen en el país las investigaciones sobre materiales líticos quedó manifestada en los últimos cinco congresos nacionales de arqueología, en los que han presentado más de 200 trabajos específicos del tema; sin embargo, la progresiva importancia que han alcanzado estos análisis en el país no ha sido seguida por libros propios de la materia.

En el primer capítulo, escrito por Carlos Aschero y Salomón Hocsman, se propone una vía metodológica para la clasificación macroscópica de conjuntos líticos con el objeto de evaluar aspectos tecno-morfológicos de las piezas de talla bifacial y comparar las prácticas involucradas en la producción de artefac-

tos. Para ello siguen los lineamientos de la tipología de Aschero, ampliándola con la redefinición de algunas variables formales y la incorporación de nuevas categorías y niveles consecutivos de clasificación. Esta tipología, constituida por dos informes inéditos de 1975 y 1983, es una de las referencias más citadas en la arqueología argentina. La consulta de esta tipología, que será publicada con las sugerencias de los participantes de dos talleres recientemente realizados, enriquecerá y complementará la lectura de este capítulo por los investigadores sudamericanos que no estén familiarizados con ella.

A lo largo de las páginas de la contribución de Aschero y Hocsmán se tratan dificultades analíticas con las que se enfrentan muchos estudios líticos como la diferenciación entre los procedimientos de adelgazamiento y de reducción, entre piezas en proceso de elaboración, instrumentos finalizados y núcleos, así como la diversidad de artefactos que se engloban dentro de la categoría de biface. De los distintos niveles de abordaje planteados el aporte más significativo es el de la clase técnica que permite reconocer el grado de trabajo invertido en la talla de artefactos bifaciales y unifaciales. La discriminación entre adelgazamiento y reducción es un problema central del artículo que los autores resuelven de manera operativa mediante la identificación de diferencias en la extensión y superposición de los lascados sobre las caras de los instrumentos, el mantenimiento o no del espesor original del soporte, etc. Además, toman en cuenta las particularidades de los desechos de talla, lo cual puede ayudar a clasificar piezas con características ambiguas de manera contextualizada. Los autores van más allá de la tipificación morfológica reflexionando sobre el marco social de aprendizaje, la experiencia adquirida y las intenciones del tallador que quedaron reflejadas en las secuencias manuales de modificación de los materiales.

En el segundo capítulo Eduardo Crivelli Montero y Mabel Fernández brindan una serie de índices de gran utilidad para quienes estén

interesados en extraer información tecnológica de cualquier muestra lítica. Desde un enfoque teórico sistémico efectúan una intensiva recopilación bibliográfica que condensa numerosas relaciones simples entre materiales líticos utilizadas en investigaciones realizadas, sobre todo, en Norteamérica y Europa. Entre algunas de las relaciones enumeradas se incluyen los procedimientos a seguir, los supuestos de los que se parten, las interpretaciones a las que se arriban, los métodos alternativos para explorar tópicos similares y las objeciones que se han señalado a su aplicación; también se enfatiza la representación sintética de datos e ideas mediante gráficos y tablas. A partir de la información cuantitativa derivada de los índices seleccionados y algunos ejemplos de Patagonia muestran cómo pueden ser inferidas variaciones en los conjuntos líticos de acuerdo a la funcionalidad de los sitios, las estrategias de movilidad y tecnológicas implicadas, la disponibilidad de las rocas aprovechadas, los pasos de la secuencia de reducción representados y las técnicas de talla utilizadas, entre otros factores económico-ambientales. Sin restar mérito al artículo una organización estructural más clara, en la que se agrupen clases semejantes de índices, podría haber beneficiado el argumento, facilitando su lectura y la búsqueda rápida de las herramientas analíticas de interés.

El tercer y el cuarto capítulo difieren de los anteriores porque son estudios de organización de la tecnología a través de casos particulares con los que se ponen a prueba modelos regionales de ocupación. La adopción de una perspectiva organizacional conduce a que ambos artículos compartan una serie de problemas y objetivos comunes. Entre otros puntos de contacto en ellos se incluye una detallada revisión crítica de las definiciones y los alcances teóricos de conceptos ligados a la tecnología lítica de cazadores-recolectores propuestos en la literatura anglosajona; se destaca la importancia de la distribución, disponibilidad y accesibilidad de las materias primas en el entorno para discernir sus modos de obtención y entender

los factores que influyeron en las particularidades de los conjuntos; también se establecen las consecuencias materiales de las estrategias conservadas y expeditivas.

El trabajo de Patricia Escola es un estudio exhaustivo y con métodos sistemáticos de los conjuntos de artefactos de las sociedades agropastoriles tempranas (2400-900 AP) que habitaron el desierto de altura de la Puna Meridional argentina. Con un extenso corpus empírico la autora responde, de manera positiva y sólida, una serie de preguntas surgidas del modelo propuesto por Daniel Olivera para explicar el funcionamiento de estos grupos humanos. Entre otras variables dedica especial atención a poner a prueba el modo como se explotaron los recursos líticos de fuentes primarias o secundarias situadas en microambientes heterogéneos desde las bases residenciales o campamentos temporales. A partir de la disponibilidad local o no local de las materias primas Escola analiza sus diferentes costos de aprovisionamiento, reducción inicial y transporte. Esta puerta de ingreso al registro le permite distinguir variaciones en el estado con que ingresaron los materiales a sitios con distinta funcionalidad, las etapas de manufactura, los grados de modificación y la vida útil de los instrumentos dentro de un proceso de producción lítica secuencial. Con el propósito de integrar y cruzar la abundante evidencia generada emplea el término trayectorias de producción, lo que le proporciona claves para relacionar los recursos líticos con las estrategias tecnológicas, la subsistencia y el sistema de asentamiento.

En el siguiente trabajo Nora Franco se propone investigar cuáles fueron las estrategias priorizadas para el uso de los recursos líticos por los cazadores-recolectores que ocuparon distintos sectores del Lago Argentino, en la Patagonia Meridional, entre 10.000 y 1000 años AP. Con esta finalidad articula información diversa proveniente de estudios paleoambientales, de tecnología lítica y etnoarqueológicos; además, enuncia sus expectativas arqueológicas en función del modelo teórico formulado por

Luis Borrero para explicar los distintos momentos del poblamiento de la Patagonia. En este trabajo, enmarcado en la corriente ecológico-evolutiva, se observa la calidad y gran cantidad de evidencia tecnológica y espacial que puede ser obtenida de los materiales registrados en la superficie del terreno. En este artículo se sintetizan los resultados del análisis de conjuntos localizados en posición superficial y estratigráfica en el marco de la estructura de los recursos líticos del área establecida a partir de muestreos de fuentes potenciales de aprovisionamiento con técnicas novedosas. Teniendo en cuenta desde qué período fue habitable cada ambiente, así como los costos y beneficios de las distintas alternativas tecnológicas seleccionadas, Franco analiza las tendencias en los modos de utilización del espacio a lo largo del tiempo; para ello se basa en la distribución de las variedades de materias primas utilizadas, su tratamiento diferencial y las características de los núcleos e instrumentos descartados en las distintas zonas por las cuales se trasladaron los grupos prehispánicos en el pasado.

Cierra este volumen el quinto capítulo, en el cual Mariano Ramos y Jorge Merenzon aplican el recurso del ensamblaje lítico al cuantioso conjunto de artefactos del Primer Componente del sitio arqueológico Túnel I, ubicado en el canal Beagle, Tierra del Fuego. Aunque algunos lectores (entre los que me incluyo) van a preferir el uso del término remontaje en este artículo se considera al ensamblaje como concepto general que agrupa a los remontajes (asociación entre positivos y negativos de lascado) y a las reparaciones (unión de superficies de fractura). Este artículo es la consecuencia de pacientes años de trabajos minuciosos y controlados desarrollados tanto en el campo como en el laboratorio. Los resultados conseguidos son muy significativos, aunque no coincido con los autores en que el peso sea una variable adecuada para medir su importancia ya que depende del mayor o menor volumen de las piezas que componen las uniones. Con los resultados alcanzados los autores se proponen infe-

rir las cadenas operativas mediante las cuales las rocas fueron transformadas en artefactos, las actividades antrópicas que generaron la dispersión o concentración de los materiales en el piso de ocupación definido y, en menor medida, los procesos postdeposicionales que actuaron en el sitio. El manejo riguroso de esta técnica les permite plantear distintas posibilidades sobre las causas de la fragmentación de las piezas, la ausencia o baja representación de determinados artefactos, la variabilidad que presenta una misma materia prima, etc. Siguiendo el esquema de contexto sistémico y arqueológico de Schiffer vinculan los conjuntos hallados con depósitos líticos primarios, secundarios o múltiples con base en las proporciones de ensamblajes, la localización de los materiales y la forma de las estructuras discretas de artefactos. Basados en un bajo nivel de perturbación del contexto intentan una aproximación a escala etnográfica con interrogantes referidos a la posición y movimientos del tallador, sus preferencias espaciales, los motivos del abandono de los artefactos y el orden de los pasos seguidos en la confección de las piezas.

En conclusión, este libro resultará de gran interés para quien esté abocado a entender la manera como se manufacturaron, usaron, repararon y descartaron los artefactos líticos en el pasado. En esta obra encontrará numerosa evidencia, tanto empírica como argumental, y podrá sumergirse en las perspectivas teóricas, herramientas conceptuales y vías metodológicas utilizadas en parte de los estudios de tecnología lítica contemporáneos. Si bien en la mayoría de los capítulos se reconoce que los dominios sociales e ideacionales inciden en la composición de los conjuntos de artefactos creo que es necesario invertir mayores esfuerzos en nuestras investigaciones para integrar estos factores a las explicaciones económico-ambientales predominantes en este libro; de esta forma podremos acercarnos a comprender una tecnología que, como nos viene mostrando la antropología, posee un papel so-

cial activo, es un producto histórico y está cargada simbólicamente.

Apuntes para análisis de industrias líticas

de André Pierre Prous Poirier. Monografías de Arqueología, Historia e Patrimonio, n° 2, Fundación Federico Maciñera, Ortigueira, 2004. Resenhado por Adriana Schmidt Dias (Universidade Federal do Rio Grande do Sul).

Atuando no Brasil desde a década de 1970, André Prous é hoje a principal referência para os estudos de coleções líticas no país. Inspirado pelos trabalhos pioneiros de Annette Laming-Emperaire (1967) e Tom Miller (1975) e pelas oficinas de lascamento experimental e traceologia ministradas por Tixier, Flenniken e Mansur nos anos 1980 Prous influenciou toda uma geração de pesquisadores no país ao integrar a arqueologia experimental e os estudos funcionais ao estudo das particularidades das industrias líticas brasileiras. *Apuntes para análisis de industrias líticas* é o resultado de um curso ministrado pelo autor em 2003 em Ortigueira (Espanha) e sintetiza as reflexões apresentadas em diversos artigos publicados por Prous e colaboradores ao longo das últimas décadas (Prous 1986/90, 1990, 1996; Prous e Lima 1986/90; Moura e Prous 1989).

Seu objetivo na elaboração deste manual foi «permitir não somente uma boa leitura dos objetos individuais (como tem sido feito, por muito tempo, pela tipologia tradicional), senão, sobretudo, uma análise dos conjuntos industriais - a partir de um estudo tecnológico». Esta perspectiva orienta-se pela noção de que «nenhum objeto de pedra está isolado: forma parte de um conjunto lítico do que não é mais do que um elemento, de um complexo 'industrial' que compreende instrumentos de outros materiais (madeira, osso...); enfim, participa de um conjunto cultural que lhe dá um sentido específico. É preciso, em consequência, estudá-lo em um contexto muito mais vasto que o exclusivo da tecnologia e segundo dois eixos: diacrônico (tradições e

rupturas tecnológicas e estilísticas) e sincrônico (reconstrução da economia e da sociedade que produziu a indústria, no sítio, e em certa medida, fora do sítio arqueológico)» (p. 9).

Orientado por esta perspectiva, o livro está dividido em 4 partes, estando a primeira relacionada aos aspectos teóricos da análise descritiva dos artefatos líticos. As reflexões do autor iniciam-se pela análise histórica da estruturação deste campo de pesquisa. Partindo das tipológicas clássicas, que privilegiavam a evolução morfológica dos artefatos, o campo da análise lítica sofreu um redimensionamento a partir da década de 1950, através de um interesse crescente pela tecnologia de produção dos artefatos, derivado da noção de cadeia operatória de André Leroi-Gorhan. Em ambos os lados do Atlântico, a arqueologia experimental, a etnoarqueologia e a traceologia, estimularam nas décadas subseqüentes os estudos tecnológicos e funcionais de indústrias líticas, deslocando-se o interesse pelos objetos privilegiados pelas tipologias tradicionais para o estudo do conjunto das coleções. Os artefatos líticos passam a ser entendidos como resultados de uma «história de vida», sendo sua leitura construída a partir de uma trajetória contínua que parte das escolhas técnicas do fabricante até o abandono definitivo pelo usuário. Esta perspectiva deve integrar todas as etapas de análise de um conjunto lítico, desde a escolha das matérias primas às técnicas de manufatura empregadas, tendo em vista as estratégias de uso e descarte as quais estes objetos estão integrados. Por fim, a diferença da maioria dos manuais sobre o tema, nos quais são tratados apenas os artefatos lascados, Prous enfatiza a necessidade de também incorporar às análises os blocos e seixos naturais que são coletados e utilizados, de forma ativa ou passiva, sem nenhuma alteração prévia, definidos pelo termo «artefatos brutos».

Tomando por base resultados de arqueologia experimental sobre sílex, obsidiana e quartzo, bem como estudos ar-

queológicos em variadas áreas, a segunda parte do livro trata dos métodos e técnicas de lascamento. Em um primeiro momento são enfatizadas as escolhas técnicas, constituindo-se este capítulo em um verdadeiro guia prático para experimentação arqueológica. Neste são analisadas as conseqüências das escolhas tecnológicas sobre a cadeia operatória em função do modelo de artefato desejado, do tipo de percutor selecionado e dos gestos do lascador. Posteriormente, são analisados os produtos da cadeia operatória em suas três distintas etapas: o desbastamento, o lascamento (ou debitage) e o retoque. Por desbastamento o autor define «a sucessão de operações de lascamento cujo fim é fabricar um objeto, esculpindo a matéria prima, o que corresponde adequadamente à fabricação de choppers, de bifaces, de pré-formas bifaciais e poliedros» (p. 40). São descritos neste capítulo os processos técnicos e os tipos de resíduos de lascamento relacionados à produção de distintas categorias de artefatos unifaciais, bifaciais ou poliédricos, bem como aqueles elaborados sobre blocos e seixos. O lascamento (ou debitage) consiste em retirar produtos utilizáveis (lascas e lâminas) de um bloco residual (núcleo) (p. 49). A ênfase neste tópico, portanto, centra-se na integração de procedimentos analíticos para o estudo dos produtos de debitage (lascas e núcleos), relacionando suas características morfológicas com as técnicas de lascamento empregadas (unipolar e bipolar), os acidentes de produção (involuntários ou intencionais) e as características dos gumes desejados. Por sua vez, o retoque compreende a formatação final dos gumes ativos de determinadas peças, sendo esta etapa da cadeia operatória analisada quanto as suas características e seus resultados em relação ao uso desejado. Complementando esta análise, são apresentados exemplos de estudos tecno-tipológicos associados a distintos contextos arqueológicos no Brasil, na Austrália, na América do Norte, na América Central, no Oriente Próximo e na Europa.

Com base em estudos experimentais e arqueológicos, o autor complementa sua análise dos métodos e técnicas de lascamento tratando do papel da preparação térmica na confecção de artefatos líticos, caracterizando os processos de aquecimento intencional e os acidentes térmicos, bem como os estigmas de aquecimento, geralmente deixados de lado nas análises tradicionais de coleções líticas. Por fim, o autor apresenta os resultados de seus estudos experimentais sobre as características tecno-tipológicas dos produtos de lascamento de quartzo, matéria prima raramente tratada na bibliografia sobre o tema e que corresponde a base das indústrias líticas associadas a sítios de caçadores coletores holocênicos do Brasil Central.

A terceira parte do livro dedica-se aos artefatos líticos produzidos por técnicas de picoteamento e/ou polimento, bem como por técnicas complementares como o amolado, o serrado e a perfuração, comuns a distintos contextos arqueológicos brasileiros. Prous avalia, a partir de sua experiência pessoal, as técnicas e o tempo de confecção destas distintas categorias de artefatos, acrescentando uma nota sobre os «efeitos» físicos deste tipo de trabalho sobre o experimentador (p. 108). O autor também apresenta uma listagem tipológica para estas categorias de artefatos, classificando-os de acordo com sua utilização enquanto artefatos ativos e/ou passivos, tema também raramente tratado em manuais de análise lítica, nos quais os produtos de lascamento sempre recebem maior destaque.

Aspectos relativos aos critérios básicos para o desenho de artefatos líticos encerram esta parte do livro. O autor destaca a importância do desenho na análise interpretativa do artefato, uma vez que «obriga ao desenhista buscar compreender toda sua história, reconstruindo as suas razões de ser e a cronologia de formação dos estigmas de fabricação» (p. 108). Desta forma são apresentadas ao leitor as convenções básicas para representação de artefatos líticos, desta-

cando-se as formas de tratamento das superfícies, a disposição das diferentes perspectivas, a orientação das peças e a caracterização de seus traços tecnológicos e funcionais.

Aspectos da análise funcional dos artefatos líticos são tratados na quarta parte do livro, destacando-se em um primeiro momento a relação entre técnicas de encabamento e as características de performance da parte ativa, exemplificados por casos arqueológicos e etnográficos. A seguir são analisados os métodos de análise funcional de artefatos líticos a partir da traceologia, apresentando-se ao leitor um histórico do desenvolvimento deste campo de análise. Partindo dos resultados de extensas experimentações realizadas pelo autor e colaboradores, são tratadas suas aplicações para o estudo de artefatos lascados ou utilizados sem modificação prévia (artefatos brutos), sejam estes agentes ativos ou passivos da ação.

Na última parte do livro a produção e uso de artefatos líticos são analisados a partir de contextos etnográficos e arqueológicos. Em um primeiro momento, o autor trata da produção e utilização de artefatos líticos lascados no século XX entre os aborígenes australianos, bem como entre os Xetá do Brasil Meridional, cujas coleções foram estudadas e publicadas por Annette Laming-Emperaire (1978) e Tom Miller (1979). Também são tratados a produção e utilização de machados polidos por sociedades tradicionais do Brasil e da Nova Guiné e as técnicas de confecção de pedras para tribulum (prancha com pontas de pedra arrastada por cavalo para cortar a palha e trilhar o grão), sistema conhecido deste o IV milênio aC no Oriente Próximo e que se conservou ativo até finais do século XX na Espanha e na Turquia. Em um segundo momento, o autor apresenta os resultados de estudos arqueológicos de coleções líticas, destacando-se as análises das indústrias de sílex de dois sítios clássicos do Paleolítico Francês (Pincevent e Etiolle), bem como seus estudos sobre fronteiras culturais

no sul do Brasil através da análise de esculturas zoomorfas (zoolitos), associados a sítios costeiros. A obra encerra-se com um guia resumido para o estudo e publicação de artefatos e coleções líticas, destacando-se no final do volume a apresentação de um vocabulário básico de termos para análise lítica em francês, espanhol, inglês e português, fundamental para uma melhor interlocução entre pesquisadores de distintas nacionalidades que venham a utilizar este manual como ferramenta analítica.

Este livro é, ao mesmo tempo, um guia didático para os que se iniciam neste tema de pesquisa e uma oportunidade de reflexão mais aprofundada para aqueles que se especializaram nesta linha de análise, estando baseado nas experiências pessoais do autor e em uma extensa revisão bibliográfica que abrange exemplos de diversos continentes, em especial do Brasil e da Austrália, nos quais as problemáticas de pesquisa em grande parte diferem do Velho Mundo e da América do Norte, regiões privilegiadas nos manuais e artigos clássicos sobre análise lítica.

Referências

- Laming-Emperaire, Annette
1967 *Guia para o estudo de indústrias líticas da América do Sul*. Manuais de Arqueologia da Universidade Federal do Paraná, nº2, Curitiba.
- Laming-Emperaire, Annette, Maria-José Menezes e Margarida Andreatta
1978 *O trabalho de pedra entre os Xetá da Serra dos Dourados, Estado do Paraná*. Coleção Revista do Museu Paulista, Série Ensaio, nº 2, São Paulo.
- Miller, Tom O.
1975 *Tecnologia lítica e arqueologia experimental no Brasil*. Anais do Museu de Antropologia da Universidade Federal de Santa Catarina, nº 8, Florianópolis.
- 1979 Stonework of the Xetá Indians of Brazil. En *Lithic use-wear analysis*, editado por Brian Hayden, pp 401-407. Academic Press, Nova York.
- Moura, Maria e André Prous
1989 Vestígios de utilização em instrumentos líticos utilizados «brutos». *Dédalo* 1:409-425.
- Prous, André
1986/90 Os artefatos líticos: elementos descritivos classificatórios. *Arquivos do Museu de História Natural da Universidade Federal de Minas Gerais* 11:1-88.
- 1990 A experimentação em arqueologia. *Revista do CEPA* 17(20):17-31.
- 1996 Algumas características das indústrias de seixo do Brasil central e nordestino. En *Anais da VIII Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira*, pp 345-362. EDIPUCRS, Porto Alegre.
- Prous, André e Marcio Lima
1986/90 A tecnologia de debitagem do quartzo no centro de Minas Gerais: lascamento bipolar. *Arquivos do Museu de História Natural da Universidade Federal de Minas Gerais* 11:91-114.

Andean archaeology, editado por Helaine Silverman. Blackwell, Oxford, 2004. Reseñado por J. Scott Raymond (Department of Archaeology, University of Calgary).

En 1947 un selecto grupo de arqueólogos se reunió en Nueva York para evaluar y sintetizar la investigación de la prehistoria peruana. El congreso fue patrocinado por la Viking Fund y el Institute of Andean Research y los artículos resultantes, editados por Wendell Bennett, fueron publicados en 1948 como una de las Memorias de la Society for American Archaeology. Ese libro es un punto básico de referencia en la arqueología peruana y se sostuvo como la única revisión sistemática de la arqueología peruana hecha por un grupo activo de investigadores hasta que Cambridge University publicó *Peruvian Prehistory* en 1988, editado por Richard Keatinge; en ese libro 13 arqueólogos fueron invitados a escribir artículos sintéticos que mostraran el progreso alcanzado por la

arqueología peruana en los últimos 40 años. *Andean Archaeology* es el tercer intento hecho por varios investigadores activos por sintetizar, críticamente, el estado de la investigación de la prehistoria peruana; el hecho de que se haya publicado apenas 16 años después del libro editado por Keatinge refleja el actual ritmo rápido de la investigación en el Perú y el gran número de investigadores involucrados. En la escogencia de los 24 articulistas Helaine Silverman incluyó, intencionalmente, una mezcla de investigadores con trayectoria y nóveles.

Los arqueólogos cuyo interés, investigación y experiencia yace más allá de las fronteras del Perú pueden sentirse ofendidos por la apropiación del término andino en el título del libro, en vez de que se haya usado el término más específico *Andes Centrales*, como si los Andes septentrionales y meridionales no fueran dignos de reconocimiento arqueológico; de una manera similar los Estados Unidos usurparon, hace años, la designación de americanos para sus ciudadanos mientras los de otros países del continente han tenido que soportarlo. Es lamentable que, debido a razones que supongo de mercado, el título de un libro académico deba reflejar los prejuicios mal informados del público en general, i.e., que la arqueología andina es equivalente a la arqueología del Perú; sin embargo, quizás esta es una queja insignificante.

La investigación de la arqueología de los Andes Centrales ha sido criticada, con justicia, por ser demasiado empírica y por negarse a abordar temas importantes para la teoría antropológica. Las excelentes condiciones de preservación en la costa peruana y la recuperación de grandes cantidades de restos materiales son, quizás, responsables de las publicaciones tediosamente aburridas y descriptivas hechas por peruanistas y de la incapacidad de los arqueólogos que trabajan en los Andes Centrales por liderar el camino en la exploración de nuevos conceptos teóricos, por lo menos en comparación con sus

colegas de de Mesoamérica y Norte América; Silverman ha enfrentado, directamente, esa preocupación de una manera admirable al solicitar contribuciones que abordan la teoría y al organizar el libro por temas. Aunque el orden del libro sigue, en general, una trayectoria cronológica los capítulos no están delimitados por segmentos discretos de tiempo. La síntesis histórica no sigue un desarrollo lineal; más bien, cada uno de los autores tuvo la libertad para expresar, en profundidad, temas laterales que iluminan el registro arqueológico en términos de dimensiones económicas, políticas, sociales y religiosas. La identidad, el género, la práctica, el paisaje, los pares políticos y otros conceptos claramente asociados con la teoría antropológica están tejidos, explícita o implícitamente, a través de todo el volumen.

Silverman inicia el libro con una discusión sustantiva en la cual discute el estado actual de la arqueología peruana; identifica las concepciones subyacentes que han guiado la dirección de la arqueología peruana y las interpretaciones de su prehistoria. En particular se enfoca en los marcos temporo-espaciales que han sido una fuente menor de tensión entre los arqueólogos en los últimos cincuenta años: los peruanos y algunos norteamericanos prefieren usar una cronología basada en etapas (e.g., Arcaico-Formativo-Desarrollos Regionales...) mientras que la mayoría de los norteamericanos usa el esquema, basado en períodos, propuesto por Rowe (Período Inicial, Horizonte Temprano, Intermedio Temprano...). Con el número creciente de fechas radiocarbónicas disponibles el fechamiento cruzado de las secuencias (datadas relativamente) de las sub-regiones del Perú ha desviado los alineamientos cronológicos; además, los nuevos datos recuperados en las dos últimas décadas han cuestionado algunos aspectos de las cronologías locales basadas en seriación. El resultado es una especie de tremedal temporo-espacial del cual no existe una salida honrosa.

Sabidamente Silverman no ha impuesto un marco cronológico riguroso a los articulistas, permitiéndoles usar las cronologías y terminologías con las cuales se sienten más cómodos; ha pedido, sin embargo, que usen fechas radiocarbónicas sin calibrar, excepto que indiquen lo contrario, y varios de ellos han aceptado esta restricción.

La prehistoria comienza con un capítulo escrito por Dillehay, Bonavia y Kaulicke que sitúa los «primeros colonos» del Perú en el contexto más amplio de las migraciones tempranas a Suramérica favoreciendo, sin sorpresa, la idea de que las economías tempranas explotaron una variedad amplia de recursos y no descansaron, necesariamente, en la caza de animales de gran tamaño. El capítulo revisa los cambios económicos y demográficos que ocurrieron hasta hace unos 4500 años (incluyendo los inicios de las sociedades complejas): el aumento de la importancia económica de las plantas cultivadas, la intensificación de la explotación de recursos marinos y la domesticación de llamas, alpacas y cuyes. Los autores concluyen que las economías fueron diversificadas y variadas.

Haas y Creamer retoman la historia hace unos 5000 años y discuten los cambios que ocurrieron en las sociedades peruanas durante lo que llaman arcaico tardío, que duró hasta hace unos 3800 años; la parte novedosa de su capítulo es la revisión e interpretación de la arquitectura monumental que se está investigando, actualmente, en la región de la costa central del Perú conocida como Norte Chico; la evidencia procedente de Caral, en el valle de Supe, será de particular interés para los estudiosos de la arqueología peruana.

En vez de intentar una revisión y síntesis amplias del horizonte Chavín, como han intentado trabajos anteriores sobre el fenómeno Chavín, Rodríguez Kembel y Rick se enfocan en el sitio de Chavín de Huántar. Sus innovadoras investigaciones recientes en el sitio sugieren la interpretación de la contemporaneidad de las estructuras, lo que los ha

llevado a un nuevo entendimiento del paisaje ritual, del control del acceso al espacio ritual y de la manipulación de la imaginería (y de los cambios en estos tres aspectos a través del tiempo). Embebiendo su análisis en lo que llaman un modelo de «sistema para servir vs sistema auto-servido» argumentan, convincentemente, que Chavín de Huántar fue el más efectivo de varios sitios contemporáneos que usaron la arquitectura monumental y las imágenes para aumentar la autoridad religiosa y, consecuentemente, el control de las elites sobre los recursos y el trabajo.

Los dos capítulos siguientes tratan, creativamente, con los dos últimos siglos AC y los cinco primeros siglos de nuestra era, un período que se conoce como Desarrollos Regionales o Intermedio Temprano. La síntesis de este período usualmente se concentra en la cultura Nasca de la costa sur del Perú y la cultura Moche de la costa norte, a expensas de los desarrollos contemporáneos en las tierras altas. Al identificar tópicos temáticos, embebidos en la teoría, los dos capítulos presentan una versión interesante y significativa de este importante período que precedió la expansión imperial en las tierras altas. DeLeonardis y Lau enfocan su atención en las prácticas funerarias y la veneración de los ancestros, lo que les permite adentrarse en culturas que, de otra manera, serían pobremente conocidas, como Recuay, y tener una dimensión comparativa inter-cultural. Bawden enfoca su artículo en la política Moche; examinando el desarrollo diacrónico de la imaginería simbólica Moche (que se extiende varios siglos antes de la prominencia Moche) y el uso de la arquitectura monumental en esa cultura emplea con propiedad el concepto de agencia para explicar la expansión, relativamente breve, de la hegemonía de los Moche del sur. Bawden también identifica las contradicciones internas de la sociedad Moche que, plausiblemente, contribuyeron al colapso de la estructura política.

El capítulo de Boytner, *Clothing the social world*, es uno de los más interesantes del libro; no está anclado en ningún período en particular pero revisa el importante papel que jugaron los textiles en el Perú antiguo en términos de género, identidad social y étnica, autoridad política, control económico y simbolismo religioso. Boytner advierte a los arqueólogos sobre la necesidad de invertir mayor cantidad de recursos en la investigación de los textiles e ir más allá de su simple descripción y del análisis de su tecnología.

El capítulo de Cook, *Wari art and society*, usa los ricos conjuntos de cerámica decorada encontrados recientemente en Conchopata para explorar la imaginería de los roles de género y el estatus social en las regiones interiores del imperio; me parece que este es un aporte refrescante al estudio de ese antiguo Estado. Igualmente interesante es el capítulo escrito por Isbell y Vranich en el cual comparan los medio ambientes de Wari y Tiwanaku, las capitales de dos Estados pre-incaicos; su conclusión de que fueron dos clases de ciudades que promovieron experiencias distintas en sus habitantes y visitantes genera preguntas importantes sobre las diferencias que pudieron haber existido en las estructuras políticas de los dos Estados.

Janusek usó un estudio diacrónico de unidades domésticas de Tiwanaku para estudiar la composición étnica de la ciudad; su conclusión crea una imagen de Tiwanaku mucho más compleja que la imagen de gran centro ceremonial aparente por los restos superficiales, esto es, una ciudad que tuvo, básicamente, elites pero, también, una etnicidad diversa.

El gran número de unidades políticas que existió en las tierras altas y en la costa de Perú durante el período comprendido entre la caída del imperio Wari y la expansión del imperio incaico hace que este segmento de la prehistoria peruana sea imposible de sintetizar de manera sucinta o coherente. Conlee, Dulanto, Mackey y Stanish han enfrentado el reto proveyendo esbozos de las sociedades

para las cuales existen, por lo menos, datos módicos; este capítulo es, posiblemente, el tratamiento más amplio y comprensivo que existe de este período y demuestra la gran diversidad de complejidad socio-política que enfrentaron los Incas cuando comenzaron a tejer su imperio.

Los dos últimos capítulos tratan con los imperios andinos. El primero, escrito por Hiltunen y McEwan, examina las bases para interpretar las crónicas coloniales españolas que registraron las leyendas/historias orales de los Incas. Los autores comparan dos tendencias de lectura de las crónicas: la estructuralista, que duda que las leyendas puedan ser tratadas como historias en el sentido europeo, y la historicista, que ve «realidad» histórica en algunas leyendas. Hiltunen y McEwan afirman que la tendencia historicista está ganando terreno sobre la estructuralista pero dudo que esta larga batalla epistemológica sea resuelta en un futuro cercano.

El último capítulo fue escrito por D'Altroy, experto en el imperio Inca, y Schreiber, experto en el imperio Wari. Los autores comparan esos dos imperios contextualizando su análisis en el cuerpo de literatura que existe sobre la naturaleza de los imperios; reconociendo que Wari sólo puede ser conocido a través de evidencia arqueológica y que para los Incas existe, además, información etnohistórica su comparación se limita, básicamente, a la infraestructura y a lo que puede deducirse de ella. Entre las similitudes más obvias se encuentran la arquitectura administrativa estandarizada, las instalaciones para almacenamiento y los caminos; otras similitudes, como de diversos grupos etno-políticos, se deducen de las extensas fronteras de los dos imperios y del conocimiento de la diversidad de restos culturales que precedió la expansión imperial de manera inmediata. Los autores enfatizan la importancia de explorar otras líneas de comparación y el riesgo de extrapolar la or-

ganización del Estado Wari desde la etnohistoria Inca.

Andean Archaeology es un digno sucesor de la Memoria publicada por la SAA en 1948 y del libro editado por Keatinge en

1988; está dirigido a una audiencia de estudiantes de pregrado avanzados pero creo que interesará a un público más amplio, especialmente a quienes trabajan en el estudio comparado de las civilizaciones antiguas.

NOTÍCIAS/NOTÍCIAS

JAMES B. PETERSEN
(2/8/1954 – 13/8/2005)

Eduardo Góes Neves (Museu de Arqueologia e Etnologia, Universidade de São Paulo)

No dia 13 de agosto de 2005, um sábado, por volta das 19:00, Jim Petersen foi assassinado com um tiro, depois de um assalto, em um restaurante na zona rural do município de Iraduba, no Estado do Amazonas, Brasil. Jim tinha 51 anos, completados onze dias antes, e estava no auge de uma brilhante carreira que incluía pesquisas nos Estados Unidos, no Caribe e na Amazônia brasileira. Em poucos meses ele iria finalmente deixar o cargo de Chefe do Departamento de Antropologia na Universidade de Vermont, nos Estados Unidos, o que lhe daria a chance de voltar a se dedicar integralmente à pesquisa e ao ensino da arqueologia, suas duas paixões. Jim morreu fazendo o que muitos de nós fazemos quando estamos no campo: bebendo uma cerveja e falando de arqueologia depois de um dia de trabalho sob o sol e a chuva da Amazônia. O assalto foi rápido e Jim não reagiu: entregou tudo o que tinha para depois receber um balaço no abdome. O assassino foi capturado na mesma noite: um moleque contratado por um ex-policial para cometer assaltos na região. A maneira gratuita como tudo ocorreu torna sua morte ainda mais difícil de aceitar.

Jim foi cremado e enterrado, com oferendas, em uma cerâmica Shipibo, em um cemitério perto da cidade de Burlington, onde vivia e ensinava. A morte de Jim, por sua estupidez e violência, mobilizou e comoveu

um grande número de arqueólogos, mesmo aqueles que não o conheciam. Algumas homenagens já foram realizadas e outras estão programadas. Livros serão a ele dedicados. Tudo isso contribuirá para manter viva sua memória, o que é muito importante. Mesmo assim, passados agora quatro meses, é ainda difícil acreditar que eu esteja escrevendo seu obituário. Jim era um ser humano generoso, cheio de vida, com um refinado senso de humor, sempre pronto a atender e ajudar quem quer que se interessasse sobre um tema de sua investigação ou conhecimento. Todos os que tivemos a sorte de conhecê-lo e com ele trabalhar dividimos uma mesma sensação, a de que o encontro com Jim mudou nossas vi-



das para melhor, nos tornando, no mínimo, melhores cientistas, mas também melhores cidadãos. Jim tinha uma erudição impressionante. Ele conhecia em detalhe os mais variados aspectos da arqueologia de diferentes partes do continente, como também tinha um conhecimento avançado de toda a pré-história do planeta. Sua paixão pelo ofício se revelava ainda em um sofisticado domínio da história da arqueologia, principalmente da estadunidense, onde os autores, conhecidos normalmente apenas pela literatura, adquiriam vida e se tornavam seres humanos reais, com toda a grandeza e a mesquinhez que caracterizam a espécie. O grande dom de Jim era converter esse conhecimento em algo acessível, a ser dividido com qualquer um que se interessasse.

Jim inspirou pessoas onde quer que tenha trabalhado. Os locais foram tantos, em épocas distintas, que é certo que todas essas pessoas não se conhecem pessoalmente e, em alguns casos, sequer ouviram falar umas das outras: alguns vivem de fazer arqueologia de contrato, outros são professores universitários, há ainda os que trabalham em agências de proteção ao patrimônio arqueológico e, finalmente, os índios, caboclos ou fazendeiros que o conheceram ao longo dos anos nas ilhas do Caribe, na Amazônia ou em sua nativa Nova Inglaterra. Para todas as pessoas Jim desmistificava a arqueologia, mostrando que a prática no campo e no laboratório, embora ancorada em alguns princípios metodológicos firmes, requer, antes de tudo, bom-senso, curiosidade e honestidade intelectual. É certamente por isso que ele contribuiu para a formação de tanta gente. Na Amazônia brasileira, sua influência direta ou indireta pode ser notada em pesquisas realizadas em distintas áreas como o alto Xingu e o alto rio Negro, a ilha de Marajó, o rio Tapajós e a área de confluência dos rios Negro e Solimões, onde morreu. Nessa última região, Jim foi, em 1995, um dos criadores, com Michael Heckenberger e eu, do Projeto Amazônia Central, que tem

propiciado a formação de muitos jovens arqueólogos no Brasil. A convivência com Jim nesses dez anos de projeto foi intensa. Constantemente recebíamos pelo correio, os membros da equipe do PAC residentes no Brasil, as cópias que ele mesmo fazia de artigos que considerava de interesse para nós, sempre acompanhadas de uma pequena nota a lápis ou caneta, no topo da primeira página. Todos os anos era comum - a cada etapa de campo - a intensa troca de livros, discos e fotos. Tudo repassado e copiado livremente, como deve ser o fluxo de informação.

A morte de Jim priva a arqueologia americana de uma de suas figuras mais luminosas, mas nós, que com ele convivíamos, somos privados de algo ainda mais raro: um amigo de verdade, generoso, inteligente, honesto que vai fazer muita falta. Para os que ficamos, a melhor maneira de celebrar sua memória é manter vivo seu espírito livre, sua curiosidade que desprezava a covardia e o esnobismo acadêmico. Os que não o conheceram e lerem este obituário podem também tomar uma cerveja em sua homenagem, algo que ele aprovaria. Jim deixou uma viúva, Jennifer Brennan, de Burlington, Vermont.

ROBERT E. BELL (1914-2006)

Ernesto Salazar (Escuela de Antropología, Pontificia Universidad Católica del Ecuador)

El 1 de enero Robert E. Bell, profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Oklahoma (EE.UU), rindió su tributo a la vida a la edad de 91 años. En su larga trayectoria de servicio a la ciencia y a la comunidad fue, además de docente, curador del Stovall Museum de la Universidad de Oklahoma, fundador de la Oklahoma Archaeological Society, editor de *American Antiquity* y miembro de la Historical Review Commission del Estado de Oklahoma. Aunque la mayor parte de su contribución científica la hizo en Estados Unidos,

particularmente en el área Caddoan y de Spiro Mound y en temas referentes a la prehistoria de Oklahoma, Ecuador debe a Robert Bell la iniciación de los estudios sobre el poblamiento inicial del país. Incentivado por los hallazgos superficiales de una rica industria de obsidiana y basalto en las faldas del monte Ilaló (Pichincha), hechos por el geólogo estadounidense Allan Graffham y la arqueóloga argentina radicada en el país, María Carlucci de Santiana, Bell excavó en 1961 el sitio de El Inga, conocido hoy como uno de los asentamientos más tempranos de los cazadores recolectores precolombinos. Los materiales recuperados incluían numerosos utensilios, como raspadores, raederas, cuchillos, y una gran variedad de puntas de proyectil, entre las que se destacan las llamadas «cola de pescado», conocidas ya por haber sido halladas en el sur de Suramérica (cueva de Fell) en contextos de 11.000 años de antigüedad. Además se reportó la presencia de una tecnología de láminas bien desarrollada y de la tecnología del buril, poco conocida entonces en otros sitios tempranos del continente. La datación de muestras de carbón indicó que El Inga fue ocupado por unos cinco mil años, desde 7080 AC hasta 1969 AC. En 1965 la Casa de la Cultura Ecuatoriana publicó su informe *Investigaciones arqueológicas en el sitio de El Inga, Ecuador*, en edición bilingüe (en español e inglés) que, acaso por su edición limitada, se ha convertido en ítem raro de la bibliografía arqueológica ecuatoriana. Por ello ha sido una grata sorpresa que el Sam Noble Oklahoma Museum of Natural History lo haya reimpresso recientemente (2000) en formato grande que permite destacar las excelentes ilustraciones que acompañan esta monografía. Posteriormente Bell amplió sus investigaciones con un reconocimiento arqueológico de toda la zona del Ilaló hasta las estribaciones de la Cordillera Oriental, encontrando numerosos sitios precerámicos; la publicación *Investigation of the El Inga complex and preceramic occupations of highland Ecuador* fue realizada por el Office



of Research Administration de la Universidad de Oklahoma (1974). Las investigaciones de Bell contribuyeron a llamar la atención sobre el precerámico ecuatoriano e influyeron, directa o indirectamente, en la excavación de la cueva Chobshi por Thomas Lynch, la introducción del método de datación por hidratación de la obsidiana en la arqueología del Ilaló, las numerosas publicaciones de William Mayer-Oakes (principalmente *El Inga, a paleo-Indian site in the Sierra of Northern Ecuador*) y el análisis de varias colecciones de superficie de sitios del Ilaló (i.e. Chinchiloma, Pucara y San Cayetano) realizado por el suscrito luego de su ingreso en la Graduate School del Departamento de Antropología de la Universidad de Oklahoma, justamente por invitación de Robert Bell. En nota personal quiero consignar mi imperecedera gratitud para quien fuera mi maestro, mentor y amigo. La arqueología ecuatoriana deja una chuquiragua eterna en la tumba de Robert E. Bell.



Universidad Nacional de Catamarca Facultad de Humanidades



La Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca ofrece estudios de Doctorado en Ciencias Humanas. El Programa de Doctorado cuenta con la dirección del Dr. José Yuni, y tiene menciones en Educación, Lengua y Literatura y Estudios Sociales y Culturales. En el marco de esta última Mención, se desarrolla la Línea de Investigación en Estudios Indígenas, coordinada por el Dr. Alejandro F. Haber y de cuyo cuerpo docente participan el Dr. Gonzalo Araújo Sanginés (University of St. Andrews Reino Unido), el Dr. Pedro Paulo A. Funari (Universidade de Campinas Brasil), el Dr. Cristóbal Gnecco (Universidad del Cauca Colombia), el Dr. Chris Gosden (University of Oxford - Reino Unido), la Dra. Jane Kaye (University of Oxford - Reino Unido), el Dr. Alejandro Isla (FLACSO), el Dr. Carlos David Londoño Sulkin (University of Regina - Canadá), el Dr. Eduardo G. Neves (Universidade de Sao Paulo Brasil), el Dr. Gustavo Politis (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires Argentina), la Dra. Claire Smith (Flinders University Australia) y el Dr. Martin Wobst (University of Massachusetts Estados Unidos).

Para informes dirigirse a www.huma.unca.edu.ar

DOCTORADO EN ARQUEOLOGÍA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CENTRO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, OLAVARRÍA

El Doctorado en Arqueología en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina, amplía el horizonte de formación académica de los graduados en arqueología y disciplinas afines y genera una oferta diferente y de calidad para los graduados de Argentina y de América del Sur. Aborda temas que no son regularmente ofrecidos en otros programas pero que son de crucial importancia para alcanzar una completa formación arqueológica contemporánea (e.g. temas de teoría arqueológica actual, etnoarqueología, geoarqueología, procesos de formación de sitios, tafonomía, protección del patrimonio, etc.). Aunque el Doctorado pretende que el graduado tenga una formación universal está enfocado a tratar temas de relevancia para la arqueología latinoamericana. El objetivo del Doctorado es formar doctores con una sólida formación teórico-práctica, capacidad crítica y reflexiva y aptitud para desarrollar un trabajo científico original de alta calidad. Se espera, además, que los alumnos del Doctorado desarrollen criterios éticos en relación a la práctica profesional y al respeto de los pueblos originarios de América y adopten una actitud consciente y reflexiva sobre las implicaciones sociales y políticas de sus investigaciones. El Doctorado en Arqueología tiene una planta estable de 20 profesores que dictan, al menos, un curso cada dos años. Este plantel se amplía anualmente con profesores invitados nacionales y extranjeros que imparten cursos en sus respectivas especialidades. El director del Doctorado es el Dr. Gustavo G. Politis. La inscripción está abierta de marzo a noviembre de cada año. Informes: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Avda. Del Valle 5737 - B 7400 JWI Olavarría, Argentina. Tel.+54(0)2284 450331/450115 int.315/392/306. Fax: +54(0)2284 451197 int. 301. Correo electrónico: doctorado@soc.unicen.edu.ar; sitio web: www.soc.unicen.edu.ar/posgrado

ENVÍO DE CONTRIBUCIONES/ENVIO DE CONTRIBUIÇÕES

Las contribuciones deben ser enviadas por internet a la siguiente dirección/As contribuições devem ser enviadas pela internet aos co-editores aos seguinte endereço: arqueologiasuramericana@yahoo.com

Normas para la presentación de artículos

1. El archivo del texto deberá enviarse separado de los archivos de tablas y gráficas; éstas deberán estar claramente numeradas. Las figuras deben ser archivos digitales en formato tif con una resolución de 300 puntos por pulgada con compresión LZW en escala de grises; el tamaño de caja será de 21 por 13 centímetros. El nombre de cada archivo debe ser el de la figura (por ejemplo: Figura 1.tif); las leyendas estarán incluidas en el archivo del texto. No se admiten figuras insertadas en archivos de texto.

2. La revista usa citas en el texto; para un sólo autor (Pérez 1998:40); para dos autores (Pérez y Ramírez 1998:40); para más de dos autores (Pérez *et al.* 1998:40). Las formas de citar las referencias en la bibliografía son las siguientes:

Libro:

Pérez, Jaime

1998 *Arqueología y democracia*. Nuevo Milenio, La Paz.

Artículo en revista:

Pérez, Jaime

1998 *Arqueología y democracia*. *Arqueología Suramericana* 1:14-37.

Artículo en libro:

Pérez, Jaime

1998 *Arqueología y democracia*. En *Política de la arqueología*, editado por Pedro Romero, pp 198-234. Nuevo Milenio, La Paz.

Normas para a apresentação de artigos

1. O arquivo de texto deverá ser enviado separado dos arquivos de tabelas e gráficos e estes deverão estar claramente numerados. As figuras devem ser arquivos digitais em formato tif, com um resolução de 300 pontos por polegada, com compreensão LZW, em escala de cinza; o tamanho da caixa deverá ser de 21 por 13 centímetros. O nome de cada arquivo deve ser o da figura (por exemplo: Figura 1.tif); as legendas deverão estar incluídas no arquivo do texto. Não se admitem figuras inseridas no arquivo de texto.

2. A revista usa citações no texto; para um só autor (Pérez 1998:40); para dois autores (Pérez e Ramírez 1998:40); para mais de dois autores (Pérez *et al.* 1998:40). As formas de citar as referências na bibliografia são as seguintes:

Livro:

Pérez, Jaime

1998 *Arqueología y democracia*. Nuevo Milenio, La Paz.

Artigo em revista:

Pérez, Jaime

1998 *Arqueología y democracia*. *Arqueología Suramericana* 1:14-37.

Artigos em livro:

Pérez, Jaime

1998 *Arqueología y democracia*. Em *Política de la arqueología*, editado por Pedro Romero, pp 198-234. Nuevo Milenio, La Paz.

CONTENIDO / CONTEÚDO

Editorial	1
Arqueología, espacio y tiempo: una mirada desde latinoamérica Carlo Emilio Piazzini Suárez	3
La fase Açutuba: um novo complexo cerâmico na Amazônia central Helena Pinto Lima, Eduardo Góes Neves e James B. Petersen	26
Prospectando caciques: teorías y métodos actuales para el estudio de las sociedades complejas en el norte de Suramérica Rodrigo Navarrete Sánchez	53
Entre lonkos y «ólogos». La participación de la comunidad indígena Rankülche de argentina en la investigación arqueológica María Luz Endere y Rafael Pedro Curtoni	72
Diálogos desde el sur/Diálogos desde o sul: Historias estratificadas e identidades en el desarrollo de la arqueología pública en el sur de África Alinah K. Segoby	93
Reseñas/Resenhas	119
Noticias/Notícias	161



Universidad
del Cauca

